

«Una mezcla excelente de historia detectivesca
y elementos sobrenaturales» —Science Fiction Chronicle

P. N. ELROD

LA LISTA SANGRIENTA



Lectulandia

Ventana Abierta

Arg

Siempre he sentido debilidad por las mujeres extrañas. Una dama preciosa me advirtió de que era una vampiresa, pero no quise escucharla. Más tarde, un peligroso sicario me disparó. La bala se abrió paso a través de mi espalda... ¡Y sobreviví!

Yo, Jack Fleming, reportero intrépido, me he convertido en un vampiro. Y eso tiene sus ventajas: no mueres, no envejeces, duermes durante todo el día... Y lo mejor de todo: puedes vengarte de tu propio asesino.

Lectulandia

Patricia Nead Elrod

La lista sangrienta

Archivos vampíricos - 1

ePub r1.0

Titivillus 08.05.17

Título original: *Bloodlist*
Patricia Nead Elrod, 1990
Traducción: Belén Fierro Aguilera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Mark y Ben.

Con toda mi gratitud para:

Walter B. Gibson,

Michael A. Stackpole,

Roger E. Moore y Barbara G. Young,

la gente fantástica que introdujo *Dark Shadows*
en mi niñez.

Y un agradecimiento muy especial para
el señor Jonathan Frid.

Capítulo 1

El coche iba como mínimo a cuarenta cuando el guardabarros frontal derecho chocó contra mi cadera izquierda, me lanzó fuera de la carretera dando vueltas, y me depositó sobre la hierba agitada por el viento.

Fue un accidente bien maquinado, que no requirió ni la menor destreza por parte del conductor. Los cuerpos, dependiendo de su tamaño y peso en relación con la velocidad y la posición del coche, normalmente hacen una de estas dos cosas: o se meten por debajo del coche o rebotan sobre él. Si se meten por debajo puede ser que los arrastren, lo que deja manchas de sangre por toda la carretera y por todo el vehículo. Si dan una voltereta sobre él, el conductor corre el riesgo de que se le abollen el capó y el techo, o se le rompa el parabrisas, o las tres cosas. El artista que se dedica profesionalmente a atropellar a la gente y darse a la fuga sabe cómo evitar tales riesgos y siempre intenta golpear al objetivo con el parachoques o el guardabarros frontal; de esa manera, sólo tendrá que retocar algunos arañazos en la pintura o a lo sumo cambiar un faro roto.

A mí me atropelló uno de esos expertos. Sin embargo, sólo sufrí un dolor mínimo, que fue disminuyendo rápidamente. La idea de que se me había roto la columna vertebral fue el primer pensamiento real que acudió a mi confundido cerebro al despertarme en la playa. Estaba grogui, la cabeza apenas me funcionaba lo justo para levantarme con dificultades y parpadear al ver mi ropa empapada. No se me ocurrió cuestionarme por qué estaba en la playa en esas condiciones, y todavía me encontraba en estado de aturdimiento cuando trepé por una pequeña pendiente arenosa y encontré la carretera. No tomé ninguna decisión racional sobre la dirección que tomar; simplemente, mis piernas me guiaban y yo caminaba. Al escuchar cómo retumbaba el motor de un coche detrás de mí, saqué el pulgar y me puse a caminar de costado.

El pequeño punto que se aproximaba por la carretera se transformó en un Ford verde oscuro, conducido por un hombre grande con aspecto de tener pocas luces. Cuando estaba a poca distancia, el coche redujo de repente y sus faros me apuntaron dolorosamente a los ojos. Me protegí de ellos con un parpadeo estúpido en el momento en que el motor arrancó y, con un rugido de la palanca de cambios, el coche salió disparado. El conductor metió la directa, como si hubiera cambiado de idea antes de recoger a un autostopista y giró bruscamente en el último momento. Si mi cerebro hubiera corrido un poco más, hubiera podido apartarme de un salto a tiempo.

El paisaje dejó de dar vueltas y me quedé allí tirado, mirando fijamente la Vía Láctea que brillaba de una manera antinatural a poca distancia de mi nariz y preguntándome qué demonios estaba pasando. Intenté moverme un poco, el dolor inicial del impacto había desaparecido, pero fui prudente por si tenía algún hueso roto. Todo funcionaba a la perfección, pero... había sido increíblemente afortunado. El estómago me daba vueltas y me quedé mirando a la carretera fijamente.

El Ford frenó, el motor se detuvo y el bulto que había detrás del volante salió por la puerta.

El único cobijo en cincuenta metros era una gran extensión de hierba. La playa estaba al otro lado de la carretera, pero aquel trecho en particular estaba despejado de rocas en las que pudiera ocultarme. Salvo el coche, la única opción que quedaba en mi lado de la carretera era un grupo de árboles a bastante distancia.

El hombre apareció de repente con una pistola en la mano.

Cualquier cosa era mejor que quedarse esperando. Mis pies se revolvieron en el suelo y huí hacia los árboles como un conejo atemorizado. Él me divisó, cambió de rumbo y me gritó que me parara. Después de que me golpeará con el coche, no creo que esperara realmente que yo fuera a hacerle ningún favor.

En un espacio abierto, los disparos no suenan como tales, no como los que se escuchan en las películas. Todo lo que escuché fue un estallido apagado e insignificante y, acto seguido, el impacto me tumbó.

Había sido un golpe de suerte; existía cierta inclinación entre nuestras posiciones y la parte estrecha de mi cuerpo estaba orientada hacia él. La bala penetró por la parte baja de mi espalda, justo por encima del hueso pélvico, se abrió paso por mis órganos vitales y salió por delante, por encima de la hebilla del cinturón. Me retorcí e instintivamente eché las manos para que no se me salieran las cosas de su sitio, pero no pasó nada. El dolor agudo y ardiente ya estaba desapareciendo y mis manos salieron limpias de lo que tendría que haber sido una sangría.

Mi asesino en potencia subió corriendo, me dio la vuelta y se paró bruscamente al ver que lanzaba una mirada acusadora a su cara estupefacta. Resoplaba con fuerza y parecía dispuesto a decir algo, pero tenía un nudo en la garganta. Rápidamente, colocó la pistola a la altura de mis ojos. El cañón parecía tan grande como una alcantarilla abierta. Su dedo estaba preparado para apretar el gatillo; su cerebro estaba enviando órdenes a los pequeños músculos, diciéndoles que se contrajeran. Antes de que pudieran obedecer, agarré la pistola y la retorcí para que la soltara. Él tenía el dedo enganchado en el gatillo, se escuchó un suave chasquido y pegó un alarido de sorpresa y dolor mientras uno de sus dedos se partía.

Retrocedió para intentar escapar y yo lo agarré de un tobillo, tiré y lo atraje hacia mí. Levantó su puño izquierdo y me dio en la cara, pero con poco efecto. Le di un revés no demasiado fuerte y lo dejé casi sin sentido. Un segundo después, sus brazos estaban clavados en el suelo y era completamente incapaz de liberarse. Era fácil sujetarlo, aunque tenía una constitución y unos músculos de luchador y pesaba casi cuarenta kilos más que yo. Levantó la vista hacia mi cara, que se encontraba a unos centímetros de la suya, y soltó un gimoteo.

El corazón y los pulmones del hombre traqueteaban en mis oídos como un tren. Todos mis sentidos se habían agudizado, renovado y perfeccionado. Incluso podía oler la sangre; un aroma excitante cuando se mezclaba con el hedor acre del miedo. Sobre su cuello grueso y áspero, la piel parecía extrañamente transparente allí donde

latía la gran vena. Al principio me molestaba, pero después me resultó tentador. Mi boca se desencajó, seca y dolorida a causa de una sed repentina. Sentí que caía sobre él como un gato sobre la leche.

Al tipo le dieron unas arcadas y se le soltó la vejiga cuando mis labios rozaron su garganta. Entonces perdió el conocimiento.

Me eché hacia atrás bruscamente, preguntándome qué demonios estaba intentando hacer. Me aparté hasta que dejé de tocarlo. Me quedé amilanado en medio de toda esa hierba puntiaguda, temblando como si estuviera en un estado febril, hasta que mi sed se calmó.

Con una mano por debajo de cada brazo, lo llevé arrastrando por encima de las irregulares matas de hierba y arena hasta llegar a su coche. Me sentía lo suficientemente fuerte como para cargar con él, pero no me hacía gracia entrar en contacto con sus pantalones mojados. Afortunadamente había dejado la llave de contacto puesta, por lo que me ahorré un registro de sus bolsillos inferiores. Abrí la puerta del pasajero y lo metí dentro.

Mi mente más o menos empezaba a funcionar de nuevo y estaba llena de preguntas. Para empezar, quién era aquel extraño y por qué quería matarme, así que metí la mano en el bolsillo de su chaqueta y saqué la cartera.

El carné de conducir estaba expedido a nombre de un tal Fred Sanderson, de Cicero. Puede que el nombre fuera falso, no significaba nada para mí, pero la ciudad tenía una nota amarga en mi memoria. Apenas habían pasado diez años desde que la banda de Capone invadiera el lugar y lo tomara. El gran Al ahora estaba en la cárcel, pasado pero no olvidado a juzgar por la presencia de Sanderson.

Salvo cinco dólares y el número de teléfono de alguien llamado Elsie, no había nada revelador en su cartera. Le desabroché el cinturón y lo deslicé por su recia cintura. Era un tipo pesado, pero se mantenía en forma. Como me había imaginado, la tira de cuero estaba especialmente construida con una tira superpuesta por la parte de dentro. Lo abrí, conté cuidadosamente y pasé los quinientos dólares que tenía allí escondidos al bolsillo de mi pantalón sin ningún remordimiento de conciencia. Después de lo que me había hecho pasar, me lo debía, y además yo necesitaba fondos.

Examiné su rostro. Su enorme mandíbula y sus labios gruesos me eran frustrantemente familiares, pero no recordaba por qué.

Había mucha luz en ese momento, el cielo estaba muy raro con el sol y las estrellas brillando en lo alto, juntos. Todo era muy confuso hasta que me di cuenta de que era la luna la que inundaba el lugar con esa luminosidad. El miedo se extendía por mi estómago como un agua helada que me hacía temblar. La noche estaba demasiado iluminada, cosa que no era buena, nada buena.

Distracción. Necesitaba una distracción. ¿Dónde estaba?

Al este, a lo lejos, se veían unos edificios altos. Seguía en las proximidades de Chicago. Lo último que recordaba era una llamada de teléfono que me hizo salir del hotel en el que acababa de registrarme. Salí a media tarde para hacer algo y esa misma noche acabé empapado, en un terreno desierto de la línea de la costa del lago Michigan, con un loco que intentaba matarme. Estupendo.

Sentía unos pinchazos en la cabeza, descubrí que tenía una hinchazón por detrás de una oreja y sonreí con alivio. Una conmoción de algún tipo; eso explicaría la desorientación inicial y la pérdida de memoria, y puede que incluso hubiera vuelto mis ojos demasiado sensibles. El disparo había sido producto de mi imaginación y me había encargado de Sanderson por pura adrenalina.

Por si acaso, comprobé mi cartera y me sorprendió encontrarla en su sitio, intacta. Pensaba que me habían atracado. La documentación estaba mojada y desordenada, pero todo estaba ahí, incluidos el dinero y el cambio de los valiosos veinte que había utilizado para pagar la habitación del hotel. Fue al volver a meter la cartera en el bolsillo cuando reparé en la pechera de mi chaqueta. Tenía un gran agujero de fuego justo en el corazón, rodeado de unas manchas rojas diluidas por el agua. Había un agujero más pequeño un poco más abajo, cerca de la hebilla del cinturón.

Me abrí la camisa y encontré una repugnante cicatriz redonda a la izquierda del esternón. Era grande, pero parecía recién curada.

El chapoteo del agua en la orilla me retumbaba en los oídos. A lo lejos, sobre el lago plateado, la forma aerodinámica del yate de un millonario, que se deslizaba lentamente hacia el este, desapareció por detrás de un promontorio. Mi mano izquierda empezó a moverse de forma nerviosa y cerré el puño. Volví a abrirlo. La palma tenía más de una docena de círculos rojos encima. Más cicatrices, y yo no podía ni imaginar cómo me las había hecho y qué podía haberlas provocado. Al menos no eran dolorosas. La mano derecha también estaba herida, con una roncha rosa y estrecha como un corte casi curado, justo por encima de los nudillos. Eso tampoco era doloroso. Con cuidado, me llevé una mano al corazón. Estaba completamente acelerado, como un pájaro atrapado, pero no tenía nada, salvo la cicatriz y la piel que conservaba el frío de la noche.

Volví a abrocharme la camisa. No quería ver nada más ni seguir especulando y fijé mi vista impotente en el lago. No obtuve respuestas ni consuelo allí, así que abrí la puerta del conductor y me deslicé tras el volante. Me froté la cara y me sorprendí al ver lo tupida que tenía la barba. Alargué la mano, giré el espejo retrovisor y me quedé helado al ver, sin comprender lo que estaba viendo, el cristal vacío.

No.

Por favor, Dios, no.

Aquella noche me había alcanzado la muerte, de manera inesperada e injusta. Me había transformado, y después se había ido, llevándose consigo el recuerdo de ese

momento supremo al que todos debemos enfrentarnos. Con los ojos cerrados, me aferré al volante y traté en vano de acostumbrarme emocionalmente a lo que había sido una vez un concepto lejano y puramente abstracto. En cierto sentido, estaba más asustado por la idea de que alguien hubiera querido matarme que por el hecho de que hubieran tenido éxito. Era demasiado para poder asimilarlo, así que lo mejor era olvidarse de los sentimientos por un momento. Antes me acostumbraba a las cosas de forma rápida, y en aquel momento no tenía elección. En un sentido más amplio, es a lo que los animales y la humanidad han tenido que enfrentarse desde que el viejo Adán se encontró fuera del paraíso: adaptarse o morir.

Como ya había muerto sólo me quedaba una alternativa, aunque fuera mentalmente angustiada.

Por hacer algo, le até a Sanderson los brazos a la espalda con el cinturón y utilicé su corbata de flores para los tobillos. Al revolver en la guantera aparecieron varios mapas de carretera, por lo que pude hacerme una idea de dónde me encontraba y descubrir la manera de volver al hotel.

Estaba un poco justo detrás del volante. Éramos aproximadamente de la misma estatura, pero yo tenía las piernas más largas. No me molesté en ajustar el asiento, pues eso siempre es más problemático de lo que parece. Se encendió el estárter, el motor arrancó y metí la primera. Treinta minutos más tarde, me detuve en lo que parecía un lugar seguro y retirado y apagué el motor. Según los mapas, estábamos aproximadamente a un kilómetro y medio de mi hotel; un paseo cómodo por unos vecindarios dormidos. Era una zona comercial de aspecto abandonado, con unas cuantas tiendas destartadas, algunos almacenes polvorientos y varios solares vacíos decorados con hierbajos y cristales rotos. A juzgar por el aspecto de las cosas, la crisis no había sido muy amable con ese lugar.

Sanderson estaba despierto, pues aunque fingía seguir dormido, el ritmo alterado del corazón y los pulmones lo traicionaban. Se controló mucho o estaba demasiado asustado como para estremecerse cuando tiré del pañuelo de seda amarillo que tenía en el bolsillo del pecho. Lo utilicé para limpiar mis huellas del volante, del salpicadero y de las marchas, y se lo volví a colocar en su sitio. Su pistola me pesaba en el bolsillo. Me incliné en el asiento y le di una palmadita firme en la mejilla.

—Ya puedes abrir los ojos, sé que estás despierto. —Me toqué los dientes con la lengua. Habían recobrado su longitud normal. Al menos podía hablar sin cecear—. He dicho que puedes abrir los ojos. —Le di una fuerte sacudida.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Te llamas...?

—F... Fred Sanderson.

—Eso está claro. ¿Qué estabas haciendo en la ciudad, Fred?

—Visitar a unos amigos.

—¿Tienen un barco?

Se calló hasta que volví a zarandearlo.

—Sí. ¿Y qué?

—¿Por qué me has atropellado?

—¿Qué...?

—Ya me has oído. ¿Por qué has intentado matarme?

Su enorme mandíbula volvió a cerrarse de nuevo, sus ojos se volvieron hacia la puerta y forcejeó para liberarse de sus ataduras. Entonces perdí la paciencia y, por primera vez en mi vida, sentí un enorme placer al golpear a un hombre. Pero me contuve. Quería persuadirlo, no matarlo y, sorprendentemente, necesité pocos golpes para debilitarlo. A pesar de su aspecto fuerte, no soportaba nada el dolor.

—Frank Paco —dijo—. Para mí es... sólo un trabajo —farfulló con la nariz ensangrentada.

—¿Es tu jefe?

—Sí. —Se sorbió la nariz.

—¿Me quería ver muerto? ¿Por qué?

Tosió de mala manera.

—¿Por qué?

—No quisiste hablar.

Cogí el pañuelo de nuevo y le limpié la nariz.

—Tampoco lo estás haciendo tú.

—Quería la lista, no quisiste decirle dónde, así que... —Se quedó helado—. ¿Cómo has...? Te he dado en todo el corazón...

—Tengo un chaleco antibalas. Vamos, continúa.

Sanderson no parecía muy convencido.

—Ya los sabes todo. —Su voz revelaba cada vez más pánico—. ¿Por qué preguntas si lo sabes todo?

—¿Cuál es el nombre del barco?

—Elvira.

—¿Qué es esa lista? ¿Qué contiene?

—No lo sé... Sinceramente, no lo sé. La tienes tú. Tú sabrás lo que es.

—¿Cómo la conseguí?

—No lo sé.

—Contesta.

—Benny Galligar. La obtuviste de él. ¡La tienes tú! Yo no sé nada, ¡lo juro! ¡Deja que me vaya! —Le faltaba poco para gritar y el pánico le hacía revolverse para intentar liberarse. Lo golpeé de nuevo, demasiado fuerte, y eso acabo con el interrogatorio por esa noche. Dejando la exasperación a un lado, volví a examinar el coche en busca de huellas y descubrí que estaba a nombre de International Freshwater Transport, Inc. Puede que no fuera de mucha utilidad, pero me quedé con el nombre como futura referencia.

En el exterior, limpié el tirador con el bajo de mi chaqueta y repetí la misma acción por el lado del pasajero. Sanderson tenía la cabeza recostada en el asiento, lo

que le dejaba el cuello tenso y vulnerable, y el olor a sangre emanaba de su cuerpo como un perfume. Retrocedí antes de que sucediera algo lamentable y me precipité calle abajo.

Tarde o temprano, que Dios me ayude, tendré que alimentarme.

El recepcionista nocturno del hotel estaba medio dormido cuando le pedí mi llave.

—¿Es la número... eh... dos? —murmuró mientras la buscaba a tientas, pero no había ninguna llave colgando de ese número—. Oiga, usted no es el señor Ross.

—No, soy Jack Fleming y quiero mi llave.

—¿Fleming? Ah, sí, hemos sacado sus cosas. No se preocupe, volveré a meterlas. Una cosa tras otra.

—¿Por qué han sacado mis cosas?

—Bueno, solamente pagó por una noche y como no volvió, no podíamos dejar que la habitación permaneciera libre. Hay una convención en la ciudad y alquilamos la habitación siempre que hay negocio. Ya sabe cómo funciona esto.

—Sí, lo sé. ¿Me puede dar mis cosas?

—Claro, no hay problema. —Sacó a rastras una maleta estropeada y otra más pequeña, pero no menos estropeada, en la que guardaba mi medio de sustento, una máquina de escribir. Mi ropa estaba intacta, aunque doblada de forma descuidada, y mi portátil parecía estar en buen estado. Mientras comprobaba mis cosas, el recepcionista se había espabilado y me estaba inspeccionando.

—¿Ha tenido algún problema? —preguntó prudentemente. Sus ojos se arrastraron con verdadera curiosidad por mi cara sin afeitado y mi ropa mojada y mugrienta.

—Algo parecido. —Saqué otra chaqueta de la maleta, le di la espalda y me cambié la vieja por la nueva.

—¡Santo Dios! ¿Se encuentra bien? ¡Tiene un agujero enorme y sangre por toda la espalda!

Fue un fastidio. Para ahorrarle al tipo la visión de mi pechera perforada, le había ofrecido una imagen en primera plana de mi espalda, por donde había salido la bala que me había matado. Me abotoné la chaqueta nueva y traté de despistarlo.

—Pues tendría que haber visto al otro tipo.

—Fuera de bromas, tiene...

—Sí, bueno, no se preocupe —dije secamente—. Cuanto menos sepa, mejor para los dos, no sé si me entiende.

—Sí, claro. —Desistió tristemente. Quizás como residente de muchos años de Chicago sabía exactamente lo que quería decir.

—¿Debo algo?

—Sólo un día más, eso es todo.

—Podían haber dejado las cosas aunque sólo fuera un día más, ¿no es cierto?

—¿Eh?

—¿No podían haber dejado un día más mis cosas dentro?

—Señor Fleming, había usted desaparecido...

El tono del hombre me puso alerta.

—¿Desaparecido por cuánto tiempo?

Miró en su libro de registro.

—Aquí está, se registró el lunes y dejó su llave al recepcionista del turno de día...

—¿He recibido alguna llamada?

—No sé, yo no tomo nota de las llamadas. La telefonista debe de saberlo. De todas formas, al ver que no volvía a pasar el miércoles para pagar, recogimos sus cosas. Ya es viernes y no podíamos tenerle reservada la habitación sin saber si iba a volver o no, y menos durante tres días.

Viernes por la mañana.

Pagué y me fui del hotel con las piernas temblando.

Estuve deambulando durante un par de horas, infeliz y frustrado por las lagunas de mi memoria. Quizás fuera la conmoción de haber sido asesinado. Hay gente capaz de borrar de su mente experiencias horribles, y supongo que el asesinato entra dentro de la categoría de experiencias horribles.

Lista. ¿Qué demonios sería?

Benny Galligar. Puede que lo conociera de Nueva York.

Se estaba haciendo cada vez más de día, así que el daño de la luz se añadía a mis problemas.

La luna se había ido hacía tiempo, las estrellas estaban debilitándose y había bastante luz. Si seguía estando fuera mientras el sol asomaba, mis globos oculares se freirían en sus cuencas. Pude ver el letrero pintado a mano de un hotel al final de la manzana y me apresuré hacia allí.

Al precio de cincuenta centavos, y era un precio excesivo, conseguí la celda de un monje con una única y mugrienta ventana con vistas a un callejón estrecho. Cerré la puerta; la cerradura era una pieza de alambre torcido que se metía por un ojete de metal atornillado en el marco. La puerta no cerraba bien, así que puse una silla desvencijada por debajo del pomo, pero estaba más que claro que cedería a la primera que alguien le soplara.

A pesar de la posición, la luz del sol podía encontrar un resquicio entre la suciedad y entrar. Pensé en dormir debajo de la cama, pero al mirar el suelo cambié de idea. Había ingresado en las filas de los «no muertos», pero aún conservaba las ideas claras sobre la higiene básica. Una manta fina que colgaba sobre la ventana oscurecía el lugar, pero no lo haría por mucho tiempo.

Me quité la ropa, llené el lavabo y me eché agua en la cara y el cuello. El afeitado tendría que esperar al día siguiente, pues no había tiempo esa noche. De todas formas era escalofriante no ser capaz de ver mi rostro reflejado en el espejo. Me examiné sin espejo. Unas marcas moradas y negras recubrían todo mi estómago y mis costados, junto con numerosas hileras de pequeñas medialunas que me habían cortado la piel.

Cabía suponer que procedían de nudillos metálicos. Las muñecas las tenía cubiertas de ronchas que parecían infectadas, señal de que había estado atado. Otras medialunas más grandes se superponían a las primeras, probablemente el resultado de varias patadas bien dadas.

Había visto cuerpos en aquel estado anteriormente, pero sólo en el depósito de cadáveres, cuando estuve investigando a una banda de asesinos. La visión siempre era repugnante. Teniendo en cuenta la cantidad de castigo que había sufrido, puede que el disparo en el corazón hubiera sido un acto de misericordia. La marca de la bala seguía ahí, pero el aspecto era menos desagradable que antes. Me palpé en busca del agujero de salida y me topé con una gran depresión en la espalda. Ninguno de los dos me dolía. Los círculos pequeños que tenía sobre la palma de la mano izquierda seguían siendo un misterio, pero también se habían curado rápidamente, y el rojo encendido se había suavizado hasta convertirse en rosa.

La violencia pura y dura que se había dirigido hacia mi persona era más que suficiente para dejarme emocionalmente aturdido. Por qué había sucedido era un verdadero enigma y resultaba inquietante en todos los sentidos.

Me froté con una toalla mojada, me puse ropa interior limpia y tiré la vieja. De la bala de Sanderson no había ni rastro, salvo los agujeros que había dejado en la ropa. Por alguna razón pensé en lo que mi madre me había contado una vez sobre la ropa interior y los accidentes, y sonreí, y en ese preciso momento sentí que mis labios se entumecían y ralentizaban. Ya había salido el sol.

Cogí la almohada y la colcha de la cama, me metí en el armario y cerré la puerta. Solté la ropa de cama en el suelo para bloquear cualquier filtración de luz y colocar algo entre la suciedad y yo. Luego dejé caer la cabeza sobre la almohada y ya no la levanté.

Puede que esperara algo como poder dormir, o directamente olvidar, pero no fue tan agradable. Permanecí allí durante el día, con el cuerpo totalmente paralizado, y la sensación de que de vez en cuando un mensaje sensorial recorría mi cerebro.

Suelo duro.

Pisadas en algún lugar del edificio.

Algo se arrastraba sobre mi mano derecha.

El cerebro lo percibía todo, pero no quería o no podía reaccionar. Tuve un sueño ajetreado.

Agua, sensación de flotar, oscuridad, presión, luz cegadora. Simbología barata del nacimiento, sólo que la comadrona tenía nudillos metálicos y una pistola. Tenía el rostro con la sonrisa malévolamente de Sanderson y se echó a un lado para que el doctor pudiera apuntarme con su propia pistola y, de un disparo, devolverme para siempre a la oscuridad.

Calor, aire podrido, ropas empapadas por un sudor de miles de años. Voces y gritos a la espera de algo. ¿Dónde está? ¿Dónde la has puesto?

Luchar, pero sin control.

El pelo de él formaba un nido oscuro sobre la almohada, suave y tupido al tacto de mis dedos. Los ojos azul cielo de ella resplandecían con un rojo intenso mientras yo le daba sangre y ella a cambio me proporcionaba el paraíso en la tierra. ¿Dónde está? ¿Dónde... la has puesto? Dínoslo y dejaremos que te marches.

Mentira, olvido. No sé. Estoy moribundo.

Siempre le llevaba flores, ella nunca comía dulces. Nunca comía. Nuestra broma privada.

Dejadme solo, no la tengo, pero ellos me insistían, y mataban un poco más de mí cada vez.

Los libros caían abiertos, las palabras claras, bruscas y completamente falsas. Miles de libros alineados en filas irregulares como un ejército antes de que se le hayan enviado los uniformes. Un libro gordo y negro, casi, pero no completamente, veraz. El cabello de ella, fosco y negro... Olvida los libros, tan sólo ámala, eso es lo único que ella quiere en realidad. Dale...

... la lista, ¿dónde la has puesto?

¿Dónde has ido? ¿Por qué me abandonas?

Un barco, uno grande, pero el agua nos cubre a todos, y nos hundimos hacia el frío...

... y, agarrotado, tengo que moverme. Si pudiera moverme el sueño se pararía. Dios, deja que me duerma o me despierte, pero esto no.

Sin control.

Un hombre que grita.

Cae.

Muere.

Sin control.

Puesta del sol.

Liberación.

Capítulo 2

Eché la almohada a un lado y me obligué a bombear aire en los pulmones, que estaban aletargados. La danza del sueño se deshizo en nada, y dejó a un hombre frío, entumecido y asustado frente a sus recuerdos. ¿Por qué ella no me había hablado de los sueños? Me habló de qué hacer cuando llegara la hora de la muerte, pero no mencionó eso. Puede que sólo fuera un trauma, puede que acabara desapareciendo. En aquel momento no había otra cosa que hacer salvo intentar no darle importancia y vestirme.

Era algo difícil afeitarse sin verse, pero si me cortaba no lo iba a sentir. Sería interesante cuando llegara la hora de cortarme el pelo. Tendría que encontrar un barbero sin espejo.

Mi otro traje era demasiado grueso para el tiempo que hacía, pero el calor no parecía ser una molestia para mí. En cierto sentido, resultaba inquietante no estar sudoroso. Descolgué la manta, la eché sobre la cama y entreabrí la ventana para guardar las apariencias. Puse la almohada y la colcha junto con la manta y cerré la puerta del armario.

Mis zapatos crujieron al bajar las escaleras. El baño en el lago no les había sentado muy bien. Solté la inútil llave de la habitación en recepción y salí a la calle.

El primer cubo de basura que encontré se convirtió en el hogar para mi ropa agujereada y manchada de sangre. Las etiquetas y las marcas de lavandería acabaron en un sumidero un poco más abajo de la calle.

Un mercenario callejero me cobró una moneda de cinco centavos por las señas de un barrio lleno de casas de empeño. La mayoría de ellas estaban cerradas en ese momento, y las que estaban abiertas no tenían lo que yo necesitaba. Me apoyé en un portal, cansado e intranquilo. Mis sentidos estaban plenamente agudizados, a juego con mis dientes. Con los dedos temblorosos, devolví los caninos a sus alvéolos. Tenía que alimentarme pronto o me quedaría seco.

La última tienda que encontré abierta no parecía más prometedora que el resto, pero lo primero que vi en su interior fue un baúl enorme que se encontraba en el pasillo central. Era de metro por metro y medio y de aspecto sólido. Aparte de algunas pegatinas de viaje y el polvo acumulado, estaba casi nuevo. Mi fascinación resultó evidente ante el propietario, que estaba ojo avizor, y me llevó diez minutos regatear para reducir el precio a un nivel razonable. Una vez que llegamos a un acuerdo, el dinero cambió de mano y yo saqué arrastrando el baúl por la puerta.

No había taxis a la vista, así que me resigné a ir caminando las seis manzanas de vuelta al hotel. El baúl era difícil de llevar por sus dimensiones, pero resultaba extrañamente poco pesado debido a la fuerza que yo había adquirido en los últimos tiempos. Caminaba lo más rápido posible, con la esperanza de que otros peatones estuvieran alerta y se quitaran de mi paso a tiempo.

—Oye, amigo, ven un momento.

Me sobresalté al oír estas palabras, me detuve y maldije. Estaban a punto de atracarme como a un paleta recién salido de la granja. El hombre del callejón estaba en la oscuridad, a excepción del bolsillo por el que sobresalía su pistola; no le servía de nada con mi visión nocturna.

—Vamos, pon la caja en el suelo y ven hacia aquí. Ahora. —Sacudió la pistola.

Solté el baúl sobre el pavimento. Ahora era lo bastante rápido como para coger al tipo, pero la pistola podía dispararse y atraer a los polis, y yo no tenía ninguna gana de exponer a un agujero de bala el último traje que me quedaba. Con el firme deseo de encontrarme en cualquier otro lugar, avancé hacia adelante.

El hombre se iluminó, empalideció y se esfumó. Recorrí el callejón de arriba abajo.

Como procedente de una gran distancia, escuché su grito de sorpresa y el ruido de unos pies que se alejaban corriendo. No obstante, ésa era la menor de mis preocupaciones; estaba volviendo a tener problemas con mis sentidos. No tenía peso, ni forma, tan sólo un aspecto que daba pánico; no podía ver nada, pero era consciente de las formas y tamaños de lo que se aproximaba a mí. Sentí que el viento me empujaba a través de la pared de un edificio. Mi cuerpo (¿?) estaba rezumando entre las grietas de los ladrillos. Di un fuerte empujón y me lancé a través de la pared del edificio de enfrente, y cuando volví a verme los pies estaba en una tienda de ropa de mujer.

Era estupendo volver a tener pies, piernas y todas las otras cosas que normalmente acompañan al cuerpo. Me apoyé sobre una mesa, encantado de tener manos de nuevo. Era verdaderamente maravilloso...

Miré a mi alrededor y me pregunté cómo se suponía que saldría de allí.

En general, la desmaterialización era mala para los nervios, pero también resultaba una manera fantástica de evitar un atraco.

Mi fuga de la tienda de ropa no fue tarea fácil. La manera habitual de pasar por las puertas requería romper una cerradura, lo que podía hacer saltar una alarma. Por lo menos el lugar estaba cerrado. Mi repentina aparición desde la nada podía significar la ruina para el propietario si yo decidía tomar la salida más fácil, es decir, usar la puerta. Pero no estaba seguro de que pudiera repetir el truco. Visto de manera retrospectiva parecía más instintivo que consciente, como intentar nadar cuando te lanzan al agua por primera vez. No te dejes llevar por el pánico y el cuerpo hará el resto.

El tercer intento fue un éxito.

Tan sólo un segundo antes estaba dentro de la tienda, pero ahora estaba fuera de ella, junto al baúl, y cerciorándome de que mi cuerpo estaba completo. Todo estaba intacto, pero yo estaba muy cansado y tenía la garganta dolorida a causa de la sed.

Volví a la habitación, encendí la luz e hice hueco en el suelo para el baúl. Entre aquel armatoste, la cama y mis pertenencias, estaba empezando a parecer el decorado de una película de los hermanos Marx. Me dejé caer sobre la silla chirriante y me planteé con tristeza el comer. No había manera de poder escapar a mi condición. El mero pensamiento de salir a por un filete, aunque fuera el mejor del mundo, me daba náuseas. La idea, sin embargo, me llevó a otro pensamiento.

Me precipité escaleras abajo y llamé a un taxi. Cuando llegó, yo estaba muy agitado. Me obligué a entrar en él con formalidad y recordé sentarme cerca de la puerta para no quedar dentro del campo de visión del espejo retrovisor.

—¿Adónde, señor?

—A los mataderos —dije con un ceceo provocado por mis dientes.

Pasamos dos veces junto al agua para llegar allí, y mi resistencia natural me presionó contra el asiento mientras el taxi avanzaba dando tumbos. La presión era incómoda pero soportable. El tremendo vacío interior era mucho peor.

—¿Todo bien, señor? —El conductor me indicó que le pagara.

Asentí sin hablar y fijé la vista en el suelo, porque no quería asustarlo. Me sentía extraño y sin duda lo parecía. La última vez que me puse así, un hombre había empalidecido, y no era conveniente que se repitiera la experiencia.

El aire estaba impregnado de olor a sangre. Había otros olores, pero ése era el único que se abría paso entre todos ellos y me mostraba la dirección que tenía que seguir.

El lugar estaba lleno de gente y de bullicio: un tren que emitía silbidos agudos, el ganado que descendía y bramaba, los hombres que gritaban y maldecían... Había hombres por todas partes, incluso donde yo quería ir.

De todas formas, me dirigí hacia allí.

Solamente me molestó un tipo enorme que, a juzgar por el tamaño de sus hombros, parecía que era el que manejaba las almádenas que enviaban a los animales a su viaje final a las mesas de los comedores. No podía entender lo que me estaba diciendo, salvo que de alguna manera estaba siendo hostil. No era más que un obstáculo molesto, pero me paró de un bofetón.

Ese tipo de conducta me irrita hasta en las mejores circunstancias, pero en este caso no sentí dolor físico. Aparté su mano de un manotazo y gruñí alguna amenaza; una reacción bastante moderada teniendo en cuenta lo mal que me sentía. Nos clavamos los ojos con ira y por primera vez interferí en la mente de otro ser humano.

Le dije que se fuera, y gracias a mi breve contacto con sus pensamientos, supe que creía que su brusca retirada había sido idea suya. Tenía que pensar en lo ocurrido, estudiarlo y verificarlo para asegurarme de que no era un mero producto de mi imaginación, pero en ese momento me dominaba algo más fuerte y mucho más insistente. Todo lo que quería era acabar con esa agonía desesperada y sin sentido que

me estaba volviendo loco. Aclarar mis borrosos y desvaídos pensamientos. Mi cuerpo estaba tomando el control con el fin de sobrevivir. Necesitaba intimidad frente a las posibles intromisiones; la buscó y la encontró entre los corrales de ganado más alejados. Quería una víctima inactiva y escogió el animal menos asustado de los doce que se encontraban apiñados en el cercado.

Había también una mente; una ajena a la mía, con impulsos torpes que yo podía anular. Permaneció inmóvil mientras me aproximaba porque yo quería que lo hiciese. Me acerqué y toqué una de las venas de su gran corpachón, casi sollozando de alivio. No sentí ningún pensamiento consciente ni el menor atisbo de repugnancia por lo que tenía que hacer. A partir de aquel momento sería lo normal para poder sobrevivir. Lo rodeé, sabiendo de manera intuitiva lo que tenía que hacer: atravesar con cuidado la carne gruesa con mis dientes para abrir la vena.

Cálida y llena de vida, la sangre latió dentro de mi boca.

En menos de un minuto, ya tenía toda la sangre que necesitaba. Liberé agradecido al animal, tanto física como mentalmente. Goteaba un poco de sangre de la herida, pero pronto paró y la bestia se mezcló con las demás, sin que pareciera que se encontrara peor que ellas. Me apoyé en la cerca y me limpié los labios con un pañuelo. El dolor y la visión restringida desaparecieron. Fue como despertar de los malos sueños del día. Sólo tenía que deshacerme del recuerdo y empezar a funcionar de nuevo. La primera idea que me asaltó fue marcharme de los mataderos de la manera más discreta posible. El truco para desaparecer que acababa de aprender podía venirme muy bien, pero tendría que dedicarle tiempo y acostumbrarme a hacerlo.

De manera prosaica, utilicé mis piernas viejas y fiables, abandoné el lugar y busqué un taxi, volví al hotel y lo dejé a la espera. Subí las escaleras, metí mis cosas en el baúl, cargué con él escaleras abajo y pagué la cuenta. El conductor y yo logramos meterlo en el coche. Sobresalía por la parte trasera, pero no corría un peligro apremiante de caer a la calle.

Me recosté en el asiento trasero y le pedí que me llevara a la misma estación de tren que me había recibido en la ciudad dos días atrás. Corrijo, seis días, pero sólo me acordé de la amnesia más tarde. En ese momento me sentía como un finalista de un maratón de baile. No bastaba con alimentarme y evitar la luz del sol, tenía que tener tierra alrededor del cuerpo y pronto. Tenía que ir a casa.

Una vez en la estación, facturé mi baúl en el siguiente tren a Cincinnati. Cuando llegó un hombre a buscarlo yo ya estaba dentro. Para mi deleite, ahora era capaz de desaparecer y volver a tomar forma sin problemas y sin perder el tiempo con las cerraduras o con las gruesas tiras de cuero. Me senté con cautela sobre el maletín de la máquina de escribir, me agarré con los brazos a sus costados y sujeté la maleta con las rodillas para evitar que el traqueteo afectara demasiado a las cosas mientras me

zarandeaban de un extremo al otro de la estación. Allí dentro, estrujado como una sardina en lata, el baúl no me parecía tan grande, pero a juzgar por los gruñidos y las maldiciones procedentes del exterior, el mozo discrepaba.

El viaje, al menos por la noche, fue muy aburrido. Al principio sufrí un par de ataques de una especie de claustrofobia, pero estaba demasiado cansado para permitir que la estrechez de mis dependencias pudiera conmigo. Reduje el movimiento al mínimo, pues no quería alertar al mozo de los equipajes, pero seguí moviéndome nervioso, buscando en vano una posición más cómoda. Era tentador salir a dar una vuelta, mas estaba desmedidamente cansado y no estaba muy seguro de mi capacidad de volver a meterme dentro. Al menos no necesitaba aire.

Aunque el tren avanzaba lentamente hacia Cincinnati, amaneció antes de que llegáramos, y durante el día estuve atrapado en la oscuridad con la sola compañía de mis recuerdos sin sentido. Fue tan malo como el último ataque de sueño, pero se desvaneció más pronto, y cuando el tren paró me había introducido en un trance de semiinconsciencia que no me aportó ningún descanso, pero al menos me hizo más corto el viaje. Cuando llegó de nuevo la noche yo estaba inmóvil, y los molestos sonidos que se oían me permitieron deducir acertadamente que el baúl había sido descargado y estaba esperando a que lo reclamaran.

Me sentía ligeramente mejor al estar en Cincinnati, y salí sin dificultades del baúl para aparecer de nuevo agazapado entre el resto del equipaje. Cuando nadie miraba salí disimuladamente y me mezclé con el resto de los viajeros, con el ala del sombrero baja. Aquélla era mi ciudad natal y tenía muchos amigos, pero lo último que quería era renovar antiguas amistades. Una vez en el exterior, me metí corriendo en un taxi y di las instrucciones de que nos llevara hacia el norte de la ciudad y bajara por una carretera estrecha que cruzaba un campo. El conductor se puso un poco nervioso después de un rato y me preguntó si estaba seguro de saber adónde me dirigía. Estaba seguro, tan seguro como el hierro sabe dónde está el imán.

Le hice parar y le pregunté si no le importaba esperar.

—¿Esperar a qué? No hay nada ahí fuera.

Saqué un billete de un dólar y le dije que esa era su propina, lo rompí por la mitad y le di una de ellas. Todavía parecía inquieto.

—El contador tendrá que seguir corriendo.

Me pareció bien. Salí de la carretera y subí por un camino privado lleno de malas hierbas.

La granja de mi abuelo estaba desierta y el lugar parecía más pequeño de lo que yo recordaba. En realidad el terreno que la rodeaba se había reducido con el paso de los años, pues en cierto momento hubo que vender unos cuantos acres para pagar los impuestos. Sin embargo, mi padre se negó a vender la casa y la superficie de tierra adyacente. Tampoco es que hubiera muchos compradores en aquellos días. El abuelo, el bisabuelo Fleming y sus familias estaban enterrados allí, junto con un montón de recuerdos. A pesar del estado de abandono del lugar, me alegraba de que aún fuera

nuestro.

Mis padres vivían en la ciudad, en una casa más pequeña y más moderna. Mamá valoraba su estufa de gas y las tuberías interiores; ya nadie vivía en la granja. Alcé la vista hacia la ventana de la esquina del segundo piso, que pertenecía a la habitación en la que nací. La casa era mi hogar como nunca antes, pues se levantaba sobre la tierra viva que yo necesitaba para sobrevivir.

Al registrar el granero aparecieron unos sacos viejos de pienso en buenas condiciones que aún se podían utilizar, una vez sacudido el polvo y los ratones de campo. Cogí cuatro sacos, plegué uno dentro de otro, para conseguir dos bolsas resistentes. En otra búsqueda aparecieron un ovillo de bramante y una pala oxidada con el mango roto. Lo que le faltaba de palanca lo podía compensar yo con mi fuerza.

Los jardines del cementerio seguían cuidados, cosa que indicaba las ocasionales visitas de papá. Despejé de hojas y cascarillas de bellotas un trozo de suelo bajo el gran roble y me puse a amontonar tierra en los sacos. Trabajé sobre una gran extensión, de manera que la ausencia de tierra no fuera apreciable. Cuando terminé de rellenar las tres cuartas partes de los sacos anudé fuertemente sus extremos con el bramante.

A pesar del esfuerzo, no estaba cansado.

Una piedra grande que no había estado allí en mi última visita, unos cuantos años atrás, marcaba la tumba de mi abuelo. Me acerqué a tocar el frío y gris granito. El jalón de madera al que había sucedido contenía las mismas letras talladas que deletreaban mi propio nombre:

En memoria de
JONATHAN RUSSELL FLEMING
1820-1908.

Me alegraba de que no hubiera ninguna frase sensiblera grabada por debajo de la fecha, nada habría sido apropiado. Un hombre como mi abuelo o los sentimientos de mi familia hacia él no habrían podido resumirse tan fácilmente.

Cuando yo tenía ocho años mi mascota se murió. Al igual que yo, había sido el pequeño de una camada de siete, y por esa razón era mi favorito. Con el espantoso sentido práctico que caracterizaba la vida en una granja, iban a arrojar el cuerpo al quemador de basuras. Incapaz de aceptar la idea, me oculté debajo del porche agarrado a la pequeña bola de pelo, deseando que volviera a la vida. Cuando la familia me echó en falta, ignoré sus llamadas. Al fin y al cabo, ellos me habían ignorado a mí, así que era justo.

Finalmente mamá me encontró y me sacó a rastras de mi escondite, con la promesa de una azotaina en el trasero tan pronto como me bajara los calzones. Incluso a esa temprana edad era muy testarudo, así que me negué a prestarme al castigo y me resistí con fuerza a que me separaran de mi cachorro.

Mi abuelo intervino.

—Esta vez no —le dijo a mi madre—. Yo me ocuparé de él. No estoy tan furioso como tú. —Me dio la mano, bajamos hacia el cementerio y lo dejamos bajo el roble.

—No deberías haberte escondido, Jack —me dijo finalmente.

—No, señor. Pero iban a quemar a Pete, y yo no quería que fuera al infierno. —
Contuve la respiración; era la primera vez que utilizaba una palabra así.

Para mi asombro, mi abuelo asintió.

—Entiendo lo que quieres decir. ¿Te sentirías mejor si lo enterráramos como es debido?

—Sí, señor, pero no quería que se muriera.

—Yo tampoco, pero hay muchas cosas con las que no podemos hacer nada, y la muerte es una de ellas.

—¿Por qué?

El viejo meditó la pregunta un momento, trataba de ajustar la respuesta a un niño de ocho años.

—¿Verdad que te gusta el verano?

—Sí, señor, no hay colegio.

—Pero si durara siempre podrías aburrirte de él, ¿no crees?

—No sé.

—Cuando llega el colegio junto con el otoño y vuelves a ver a tus amigos, ¿no te alegra el cambio?

—Supongo que sí.

—Y cuando llega el invierno haces cosas diferentes porque nieva, y eso también es un buen cambio.

—Sí, señor.

—Bien, entonces, esta es la parte interesante, Jack; la muerte también es un cambio, al igual que las estaciones. La gente vive en la primavera, como tus hermanos, hermanas y tú, se hace mayor durante el verano y el otoño, como tus padres y como yo, y después, tarde o temprano, muere, y eso es como el invierno. No es nada malo; tan sólo es un cambio.

—¿Pero la gente no va al cielo?

—Claro que sí, pero uno tiene que cambiar, tiene que morir para llegar allí. Algunas personas están contentas de cambiar, porque eso quiere decir que ya no tendrán preocupaciones y en cambio tendrán algo diferente que hacer. Cuando tu abuela estaba muriéndose, hace años, sufría y estaba cansada; estaba preparada para el cambio. Nosotros nos pusimos tristes cuando se fue, pero también sabíamos que ya no sufriría más. Sabíamos que había ido al cielo y que era feliz.

La voz del abuelo se había quebrado. Yo estaba aturdido al ver lágrimas rodando por su rostro arrugado. Sacó un pañuelo y se las secó.

—Pues bien, no lo sé con seguridad, pero apuesto que tu Pete estaba sufriendo de alguna manera y sabía que necesitaba morir, y cuando lo hizo dejó de sufrir. Él no

quería entristecerte, pero no podía evitarlo.

—¿Entonces ha cambiado?

—Sí.

—¿Y está en el cielo?

—No veo por qué no, pero lo importante no es lo que pase con su cuerpecito, a él le da igual. La parte de él que tú querías ya no está ahí; ha cambiado. Lo verdaderamente importante es que lo sepas, y es normal que sientas tristeza. También es bueno que te alegres cuando recuerdes lo feliz que te hizo mientras estuvo por aquí.

Estuve pensando seriamente en ello mientras enterrábamos al cachorro cerca del roble y cubríamos la pequeña sepultura con unas piedras. A mitad del trabajo empecé a llorar. Mi abuelo me dejó su pañuelo sin decir una palabra y continuó con el trabajo. Al terminar, dirigió la vista hacia el horizonte del norte e inhaló profundamente para limpiarse los pulmones.

—Creo que está llegando el invierno —dijo, y me guiñó el ojo. Tan sólo era septiembre; no lo entendí. Lo comprendí a la mañana siguiente cuando descubrimos que había muerto mientras dormía. Fui el único que no lloró en el funeral.

No pude evitar pensar en mi propio cambio.

—¿Qué piensas de mí ahora, abuelo? —susurré a la piedra. Casi podía sentir los grandes huesos descansando en su caja de pino, pacientemente, esperando el Segundo Advenimiento.

Volví a dejar la pala rota en el granero y regresé por el camino. Los dos sacos de nueve kilos se balanceaban ligeros en mis manos.

El viaje de vuelta a Chicago fue aburrido, pero más fácil de soportar con la tierra amontonada en el baúl, junto a mí. Descansado y más seguro con respecto al truco de la desaparición, me pasé la mayor parte de la noche sentado sobre la maleta y leyendo una revista. Casi pude ignorar las veces que pasamos por encima del agua, y cuando llegó la luz del día fui capaz de dormir de verdad, o lo que fuera aquello. El sueño había desaparecido. La presencia de la tierra mitigó incluso el hambre de la siguiente noche dejándola reducida a un escaso dolor.

Me llevó una buena media hora reclamar mi baúl. La estación de Chicago era mucho más activa, como cuando llegué allí por primera vez. Tenía que buscar un rastro de hacía una semana, pero tenía buena idea de por dónde empezar.

Cargamos laboriosamente el baúl en un taxi que me llevó a un pequeño hotel que el conductor sabía que estaba a un paseo de los mataderos. Se encontraba más allá del último hotelucho en el que había estado. Por diez dólares a la semana tenía cortinas más fuertes, un ventilador que funcionaba, una radio y baño propio. Su proximidad a los mataderos debía de haber tenido un efecto sobre el precio y la presencia de lujos extras.

Sin molestarme en deshacer las maletas ni en dejar la llave, abandoné el hotel para cenar algo. Mi visita esta vez fue más discreta; conocía mejor el estado de las cosas y confiaba en mi truco de desaparecer para huir de los problemas. Se requería un poquito de práctica para perfeccionarlo, pero estaba cogiéndolo con rapidez. Aprender a mover las orejas cuando era un chaval me había llevado mucho más tiempo.

En el camino de vuelta, me detuve en un quiosco de periódicos, compré algunos periódicos locales, un ejemplar de uno para el que trabajé en Nueva York, y un callejero. El vendedor me indicó la dirección de la oficina de la Western Unión más cercana. El lugar estaba abierto, y tenía dos empleados jóvenes al mando. Escribí un telegrama a mis padres diciéndoles que había llegado a Chicago, que había logrado aterrizar en un trabajo estupendo en una agencia de publicidad y que me habían adelantado algo de dinero por una de mis ideas. Junto con el mensaje, les mandé veinticinco dólares. Habían estado pasando momentos difíciles desde la crisis, y apenas pasaba un día de paga que no les enviara cinco pavos por correo para echar una mano; pero esta vez la cantidad era llamativamente grande. Puede que pensaran que había participado en el robo de un banco, lo cual no estaba muy lejos de la verdad, pero no podía contarles lo ocurrido.

Volví al hotel. Mientras se llenaba la bañera leí los titulares, las tiras cómicas, y las indicaciones sobre las tarifas para los anuncios personales. Con el material de papelería del hotel, imprimí mi mensaje habitual, las siete palabras, cerré los grifos de la bañera y bajé las escaleras.

El sitio tenía un auténtico botones de guardia. Estaba leyendo un cómic en un rincón, con la silla de madera inclinada hacia atrás sobre dos de las patas, de forma que dejaba marcas en el suelo. Le pregunté si quería ganarse cincuenta centavos. Guardó el tebeo. Tardó un minuto en volver a poner las cosas en orden. Los recados que los huéspedes solían pedirle eran buscarles compañía femenina, una botella de alcohol o ambas cosas, pero ninguna de ellas me servía de mucho a mí en aquel momento. Le di los cincuenta centavos y dinero suficiente para que colocara mi mensaje en todos los periódicos que yo había comprado. Le daría para dos semanas. Me prometió que sería lo primero que hiciera al día siguiente. Le dije que me trajera los recibos por la noche y que le daría otra propina.

Subí las escaleras. Mi habitación se había empañado un poco por el agua del baño. Abrí la ventana y encendí el ventilador, que la considerada dirección había sujetado con tornillos a la mesa; removía el aire y me provocaba una sensación agradable sobre la piel mientras me desnudaba.

El dolor ya se había evaporado y la cicatriz que tenía en el corazón estaba desapareciendo rápidamente. Mi cuerpo estaba haciendo buen uso de la sangre fresca que había bebido.

Analicé la bañera con cautela antes de introducirme en ella, con una mueca de aprensión. En realidad, lo único que tenía que preocuparme eran las cosas que

circulaban libremente en el agua. No sucedió nada cuando me metí y me enjaboné. Me puse cómodo y pensé en la playa... Quizás con el agua a mi alrededor podría volver... las estrellas eran tan brillantes, el lago se extendía sin parar... plata y negro. Antes de la paz de esa playa hubo una oscuridad abrumadora..., una fuerte presión que procedía de todas partes y que hacía que me hundiera... una presión asfixiante, que crecía cada vez más...

Estaba tumbado de espaldas sobre el suelo del cuarto de baño, junto a un charco. La presión había desaparecido, pero mi mano izquierda se retorció como si la electricidad hubiera pasado a través de ella. Mi cuerpo temblaba de manera incontrolable. Duró un poco más y me dio un susto de muerte, antes de parar abruptamente.

Si producía ese tipo de reacción, ya no estaba tan seguro de querer recordar mi muerte. Me vestí y, nervioso, traté de borrar de mi mente el incidente mientras juraba no volver a relajarme en una bañera.

Era más de medianoche cuando salí al aire húmedo y giré a la derecha. La dirección que buscaba figuraba en la guía telefónica y el mapa decía que estaba en el mismo lado del río de Chicago que mi hotel. Después de pasar las dos últimas noches encerrado en un baúl necesitaba un largo paseo. Al menos me ahorraría un taxi.

Cuarenta minutos más tarde llegué a los almacenes de International Freshwater Transport, Inc. No había ningún Ford verde oscuro en la calle. No sabía si sentirme decepcionado o aliviado.

La puerta principal era de acero, tan gruesa que resultaba casi ridícula. Intenté atravesar el metal, pero descubrí que era más denso que los ladrillos del edificio o que mi baúl y no pude traspasarlo hasta que me deslicé por debajo de la estrecha ranura entre la puerta y el umbral. Me sentí como la arena que gotea por la parte estrecha de un reloj de arena.

El negocio no tenía presupuesto para extras. La oficina de recepción era un pequeño cubículo separado del almacén por unas tablas de madera clavadas a marcos de dos por cuatro. Había un escritorio de acero, algunas sillas rotas, y un par de armarios de archivos, sospechosamente abiertos. Los documentos que había en su interior eran de rutina y no me servían de nada.

El escritorio sólo tenía un cajón cerrado, que abrí con la ayuda de un abridor de cartas. En su interior había dos libros mayores, el del último año y el del actual, y una botella de güisqui medio llena. Después de mirar los libros, era obvio que habían cerrado el cajón por el güisqui. IFT, Inc. Era justo lo que sugería su nombre: cargamentos que llegaban, se almacenaban y partían hacia sus destinos. La mayor parte del tráfico era entre los EE. UU. y Canadá, de ahí «International» en el nombre. Puede que quedara bien en los membretes. Puede que el coche de Sanderson fuera robado, en cuyo caso estaba perdiendo mi tiempo.

Hojeé más papeles que había sobre el escritorio. Nada. El secante del escritorio era un calendario gigante. Estaba en la última semana del mes y cubierto de viejos

garabatos y extrañas notas. El primer lunes estaba marcado con un círculo rojo y tenía una anotación subrayada. Una mancha de humedad había removido la tinta, así que los detalles se habían perdido, pero se leía un nombre claramente en ese batiburrillo.

«Señor Paco». Algo... Señor Paco.

El jefe de Sanderson. Al menos había una relación; eso me hizo registrar con más cuidado todos los papeles, pero al final tuve que dejarlo. Aparte del nombre en el secante no se le volvía a mencionar, pero a pesar de ello pasé por las habituales rutinas para este tipo de cosas. Apunté nombres y direcciones, todo lo que más tarde pudiera resultar útil. Para no correr riesgos, limpié mis huellas por si acaso, cosa improbable, llamaban a los polis al descubrir el cajón roto. Acabé con la oficina y registré el almacén.

Era grande, como es natural, y oscuro, a pesar de la excelente visión nocturna de que disfrutaba ahora. Sin embargo, mi preocupación fue sólo una reacción impulsiva. El nivel real de luz era más que suficiente. Como cabía esperar, estaba lleno de cajas de madera, etiquetadas y cuidadosamente apiladas. Algunas estaban marcadas como utensilios de granja, otras como piezas de recambio, y no había nada de naturaleza perecedera. Abrí una caja haciendo palanca, husmeé el material embalado, y encontré nuevos trastos de metal que en realidad parecían piezas de recambio. El negocio parecía bien organizado y lícito y nada, absolutamente nada, me resultaba familiar.

Quedaba un cuarto de hora para las cuatro cuando volví a mi habitación. Pensé que debería sentirme cansado, pero no lo estaba; pensé también que debería estar hambriento, pero no sentía punzadas en el estómago. No había ni rastro de todas aquellas cosas que uno normalmente siente después de un gran esfuerzo, y yo las echaba de menos. Echaba tanto de menos ser humano que incluso las molestias físicas hubieran sido bienvenidas. Estaba abatido y no podía ni beber para olvidar.

Mi baúl estaba abierto.

Dejé el abatimiento a un lado para dejar paso al miedo.

La tapa estaba levantada y yo no era consciente de haberla dejado así. Mis ojos trataron inútilmente de fijarse en algo que debería estar allí, pero que no estaba.

Mis preciados sacos de arena habían desaparecido.

En su lugar había una hoja plegada de papel del hotel. La cogí. Una letra menuda y precisa la llenaba.

Señor mío:

Usted no me conoce pero, como se habrá dado cuenta, yo sí sé algo sobre usted. Si quiere saber más, encuéntrese conmigo en la dirección que hay más abajo. Estaré allí hasta el amanecer. No tendrá ninguna dificultad para encontrar la calle puesto que da a los mataderos.

Atentamente,

Un amigo

Capítulo 3

Con sumo cuidado volví a plegar el papel, mientras pensaba febrilmente. No conocía a nadie en la ciudad, sin contar a Fred Sanderson, y la nota parecía estar escrita en un tono demasiado educado para alguien de su calaña. El que la había escrito estaba, sin duda alguna, al corriente de mi naturaleza, puesto que se había llevado mi tierra. Además tenía que estar loco. ¿Quién sino un completo chiflado querría hacerse amigo de un vampiro?

El mapa reveló que el lugar del encuentro estaba efectivamente a tan sólo unas cuantas manzanas de los mataderos, a no más de diez minutos andando.

Lo recorrí en cuatro.

Consciente de que podía ser una especie de trampa, vacilé un momento, dividido entre la curiosidad y la prudencia. Coger el baúl y volverme con él a Cincinnati era una opción atractiva, pero la identidad de mi corresponsal seguiría siendo un misterio y, probablemente, no podía permitírmelo. En algún punto de toda mi andadura había sido muy descuidado.

La curiosidad y la necesidad de recuperar mi tierra ganaron, pero aun así comprobé el lugar antes de entrar. Era una zona comercial, con pequeñas tiendas a nivel de la calle y unas cuantas oficinas desperdigadas en los pisos más altos. Muchas de ellas estaban vacías, y el resto luchaba duramente por alcanzar la prosperidad que se suponía que había al doblar la esquina. Di una vuelta a toda la manzana con calma, para asegurarme de que no me aguardaba ninguna sorpresa entre las sombras. Salvo por la presencia de algunos coches aparcados con los motores fríos, el lugar estaba desierto y dormido.

Había una ventana encendida en el edificio al que me dirigía yo, en el segundo piso. Las persianas estaban bajadas. No se veía nada desde la calle.

Una vez dentro, trepé por las escaleras tan silenciosamente como pude, pero mi prudencia era inútil. Entre algún que otro tablón suelto y mis zapatos, los crujidos estaban ensordeciéndome. Cuando llegué arriba había dos puertas, una enfrente de la otra, con paneles de cristal opaco y números pintados sobre el cristal. La que tenía luz en su interior era la de la izquierda. Me quedé quieto y escuché; en la habitación que había al otro lado de la puerta tan sólo se podía escuchar el bombeo lento de un par de pulmones.

Pegado a la pared para no ofrecer un blanco fácil, giré el pomo de la puerta y empujé. La puerta se abrió fácilmente y sin un chasquido. En ese momento pude escuchar cómo se aceleraba el latido de un corazón. Sus pulmones empezaron a trabajar más rápido para mantener el equilibrio. Dada las circunstancias, los míos también lo habrían hecho si aún funcionaran con regularidad.

La voz del hombre habló con un tono de falsa calma.

—Veo que encontró mi nota. Buenas noches, señor. ¿Podría acercarse a la luz para que podamos vernos? —Tenía un claro acento británico.

No se me ocurrió nada mejor y me aparté de la pared. El interior era una habitación pequeña y simple con un único escritorio de madera situado enfrente de la puerta. El hombre que se encontraba detrás de él rondaba los treinta y cinco años, era alto y delgado, y tenía la cara huesuda y una nariz aguileña. Sus vivaces ojos grises estaban fijos en mí y brillaban con excitación.

En el suelo, cerca del escritorio, había dos sacos de tierra. Siguió mi mirada y adoptó un tono de disculpa.

—Espero que no se haya ofendido por todo este teatro, pero pensaba que era lo único que podía garantizar su presencia aquí.

Yo estaba enfadado y se lo demostré. Él se retrajo y trató de agarrar algo del escritorio. Algo que había debajo de un periódico abierto. Era demasiado grande para ser una pistola y no tenía la forma de rifle. Me calmé; traerme hasta allí había supuesto un problema y un riesgo considerable para él, así que al menos dejaría que terminara de hablar. Estuvimos unos minutos esperando un movimiento por parte del otro. Su respiración se estabilizó y yo relajé mi postura.

—Parece que sabe quién soy —aventuré.

—Sólo sé el nombre que dio al registrarse en el hotel. Sin embargo, sé lo que es.

—¿Y qué piensa hacer al respecto?

—Eso depende completamente de usted. —Me señaló con la mano que tenía libre una silla que se encontraba cerca del escritorio—. Quizá le gustaría ponerse más cómodo, señor... Dígame, ¿realmente se llama Robinson?

—Puede llamarme Jack por ahora, y estoy bien aquí. —Era sumamente consciente del examen al que me estaba sometiendo ese hombre, como si esperara algo de mí.

—Entonces es cierto.

—¿El qué?

—Que no puede entrar en una vivienda sin que se le invite. Yo vivo aquí de vez en cuando, como ve.

Cada vez me gustaba menos la situación.

—Dígame qué es lo que quiere.

—Sí, sé que estoy siendo injusto, pero no lo conozco y no tengo razón para confiar en usted.

—Yo podría decir lo mismo. —Ninguna fuerza invisible como la falta de una invitación me mantenía en el exterior, tan sólo la cautela normal. Primero quería saber qué es lo que escondía debajo del periódico, y que no me haría ningún daño que subestimara mis poderes.

—Sin duda pero, si todo lo que se cuenta es cierto, usted es una persona mucho más peligrosa que yo.

Estupendo, verdaderamente el tipo estaba loco.

—¿Y usted es peligroso?

—Para usted sí, al menos durante el día; y puede que resulte ser un enemigo

mortal.

Estaba en lo cierto. Conocía mi hotel y puede que tuviera los medios de averiguar dónde iría en caso de que decidiera huir a casa. También podía entrar, coger mi tierra y descubrir la gran amenaza que escondía debajo el periódico.

Me observó mientras yo pensaba todo esto.

—Sólo le he dicho eso para que se quedara aquí; espero que entienda que no soy necesariamente un enemigo.

—¿Entonces, qué es usted, una especie de... Van Helsing? —Estuve a punto de decir Renfield y cambié en el último momento.

Esto le hizo gracia.

—¿Así que ha leído Drácula?

—Sí, y he visto la película.

—¿Qué piensa de ella?

—Podían haberla hecho peor.

—¿Es bastante fiel?

—¿En qué sentido?

—En lo que a usted se refiere, naturalmente.

—Todavía me falta lo de estar al acecho envuelto en una capa y un esmoquin, y babear sobre las gargantas de las mujeres.

—¿Pero tiene que beber sangre?

Eso me resultaba muy difícil de admitir.

—¿Por qué le incomoda tanto eso?

—¿Por qué es usted tan entrometido, joder? ¿Qué es lo que quiere?

—Le pido disculpas. Estoy siendo tremendamente grosero al tratarle como un espécimen de laboratorio. Por favor, no se ofenda por mi entusiasmo.

El hombre parecía verdaderamente sincero. Me encogí de hombros.

—Soy periodista y sé lo que es eso.

—Gracias. ¿Para qué periódico trabaja?

—No trabajo. Dejé un periódico para el que trabajaba en Nueva York y me vine aquí.

—¿Y?

—Y nada. He estado demasiado ocupado para buscar trabajo.

—Qué extraño que necesite uno. Pensaba que con el paso de los años habría acumulado suficientes fondos para vivir a gusto.

—No está muy acertado en lo que a mí se refiere.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que todavía soy nuevo en esto. Sólo tengo cuatro días de antigüedad.

Eso le hizo vacilar.

—¿Es un vampiro desde hace tan sólo cuatro días?

—Noches, para ser precisos.

—Eso es fascinante.

—Si usted lo dice...

—¿Podría decirme cómo se ha convertido? ¿Lo atacó un vampiro?

La melodramática pregunta me hizo sonreír. Sacudí la cabeza.

—Es una larga historia...

Captó la indirecta.

—¿Puede darme su palabra de que no me hará pedazos si lo invito a entrar?

—Mi palabra no vale nada, puesto que no me conoce.

Se encogió de hombros.

—Usted ha tentado a la suerte viniendo aquí. Yo también correré el riesgo.

Un loco o un valiente.

—Le doy mi palabra. De todas formas, éste es el único traje en condiciones que me queda y no quiero estropearlo.

Si la broma fue divertida, a él no se lo pareció.

—Muy bien, Jack, entre libremente y por propia voluntad.

—¿No cree que parece un poco cursi?

—Lo es, ¿pero funciona?

Entré lenta y ostentosamente. Su corazón golpeaba como un martillo, pero su rostro se mostraba tranquilo; un hombre asustado que lo ocultaba muy bien. La idea de que yo era el estímulo para todo ese miedo me reconfortaba y me ponía nervioso a la vez, por lo que tenía que hacer que nos relajáramos. Le tendí la mano.

—Jack Fleming.

Sacó con cuidado las manos de debajo del periódico y apretó fugazmente la mía.

—Charles Escott.

—Encantado de conocerlo.

—Por favor, siéntese. —Volvió a indicarme la silla que estaba cerca del escritorio. Por Dios, estábamos siendo demasiado educados y formales.

Me senté y traté de parecer inofensivo. Tras un momento, se hundió en su silla, sin perderme de vista un momento. Por lo que esperaba de mí, al parecer había sobreestimado mi ferocidad. Hacía años que no recurría a la violencia. El corazón de Escott se ralentizó y yo suspiré mentalmente de alivio.

—Debe de ser obvio que estoy sumamente interesado en usted —dijo—. Me encantaría escuchar su historia, si no le importa contarla.

Me mordí el labio inferior e intenté formarme mi propio juicio sobre él, examinando su mirada y el entorno. Había dos puertas: la que había utilizado yo y otra por detrás de él. Las paredes estaban desprovistas de cualquier tipo de decoración y la pintura era blanca. El lugar no aportaba ninguna clave de su personalidad, el propio hombre era la única clave. Ojos penetrantes y vivos, labios finos, manos nerviosas; me recordaba a uno de mis profesores de la escuela universitaria, tiempo atrás. Su ropa estaba bien cuidada y era anodina; ni cara ni barata, sino corriente; pasaba desapercibida. Supuse que habría estado siguiéndome.

Debía de haberlo hecho muy bien, porque yo había estado mirando por encima del hombro toda la noche.

—¿Tiene pensado dispararme con lo que tiene debajo del periódico?

—Lo siento, se trata de una cuestión de prudencia natural.

Retiró el periódico para mostrar una ballesta curva.

Esta vez el hombre había demostrado ser un experto. Si algo podía dañarme era el virote de madera de que disponía el artilugio. Lo miré con cierto respeto.

—Si le hace sentir más cómodo puede dejarla ahí, pero no me dispare.

Escott levantó las cejas, sorprendido de que le hubiera concedido ese permiso. Eso indicaba que podía apartar las cosas de él si así lo decidía. Yo estaba seguro de que podía hacerlo, pero no deseaba forzar la situación. Levantó la mano del gatillo, pero dejó el arma al alcance de su mano.

Ahora que habíamos alcanzado una especie de tregua, me sentía más hablador.

—Todo empezó en Nueva York, hace un par de años. Se le había dado una gran publicidad a la película Drácula. Fue un gran éxito, las mujeres se desmayaban por los pasillos y ese tipo de cosas. Mi editor me envió a entrevistar a la gente que la había visto, y escribir sobre la manera en que les había afectado. Todo lo que me contaban eran cosas bastante predecibles, pero entonces conocí a una chica que pensaba que, en general, había sido terriblemente divertida. Era preciosa. Empezamos a hablar de lo sobrenatural. Al principio pensaba que podía estar interesada en el espiritismo o la astrología o alguna tontería de esas, pero no era así. Era como un coleccionista de mariposas que conocí una vez.

Escott hizo una señal para expresar que necesitaba que me explicara mejor.

—Tenía centenares de mariposas. Lo sabía todo sobre ellas, y estaba dispuesto a aprender más, pero en realidad nunca quiso ser una de ellas. Ella era así. Sabía mucho, le gustaba hablar, pero en realidad no creía en ello.

—Entiendo. Supongo que le gustaba.

—Me enamoré al segundo de conocerla. —Lo dejé así, sin saber si Escott podía entenderlo. Cogí aire y continué—. Quedábamos como un par de chiquillos y una noche me invitó a su casa. Cenamos, o al menos yo. Ella nunca comía cuando salíamos: yo pensaba que sólo bromeaba conmigo usando el pretexto de la película. Era una broma privada entre nosotros, ¿entiende? Después de cenar escuchamos la radio, bailamos un poco... —Mi voz estaba cargándose de emoción sin que pudiera evitarlo.

—Señor Fleming, si es demasiado personal para usted no es necesario que continúe.

Sus palabras me calmaron un poco.

—Gracias. Ya imaginaré lo que me supone entrar en detalles...

—Comprendo. —Lo dijo como si realmente se hiciera cargo.

—Después de eso, empezamos a pasar todo el tiempo juntos, al menos durante la noche. No era una broma, realmente era una mujer vampiro, pero no parecía

importarnos mucho. Yo también estaba en total posesión de mis facultades. Investigué el tema, naturalmente, y hablé con ella sobre eso. Ninguno de los libros que encontré sobre vampirismo mencionaba ni remotamente algo sobre lo que nosotros teníamos o sentíamos el uno por el otro. Estaban llenos de un montón de historias de víctimas indefensas y atacantes sedientos de sangre; cosas un poco morbosas, en realidad. Si quiere un término psicológico, podría llamarlo violación simbólica. Cuando te metes en el lado freudiano de las cosas resulta verdaderamente extraño, pero no tiene nada que ver con la realidad que compartíamos.

—Durante esta relación, ustedes... ¿Llegó a haber intercambio de sangre? — mantuvo la voz cautelosamente neutra.

—Sí —fue mi breve respuesta.

—¿El propósito de este intercambio era que finalmente se volviera como ella?

—Y funcionó.

—¿Funcionó?

—Ella decía que no siempre funcionaba o de lo contrario habría vampiros por todas partes. Casi todo el mundo es inmune a ello, ¿entiende? Es como una enfermedad muy rara: algunas personas no pueden cogerla aunque quieran.

—¿Usted quería?

—Si eso servía para que estuviéramos siempre juntos, sí, y ella hizo todo lo que pudo para lograrlo, aunque nunca hay garantías. No habría forma de saberlo hasta el día en que yo muriera, pero al menos hasta entonces estaríamos siempre juntos.

—¿Entonces sucedió algo?

Tenía las palabras clavadas en mi garganta.

—Teníamos una cita. Fui a su casa a recogerla y no estaba. No tenía muchas pertenencias, pero algunas de sus ropas y los cosméticos no estaban; había dejado el resto de sus cosas como si tuviera la intención de volver. Más tarde me llegó una carta por correo. Decía que había tenido algún problema, que unos tipos andaban detrás de ella por lo que era, y que tenía que protegerse. Volvería cuando estuviera a salvo. Eso fue hace cinco años. —No comenté las semanas de preocupación, miedo y frustración y los meses que pasé tratando de encontrarla. En cinco años el dolor no había desaparecido y la herida todavía estaba abierta.

Lo vio en mi rostro.

—Lo siento mucho.

—Creo... que es posible que la encontrarán. —Me levanté de repente y paseé por la sala, intentando liberarme de ese arranque emocional. De espaldas a él, me paré a mirar las calles vacías a través de las persianas.

—Usted es la única persona a quien he contado toda la historia.

—Le pido disculpas por forzar la confidencia. No se lo contaré a nadie.

Le creí.

—Gracias. —Tras un rato, recobré el control y me senté—. La vida sigue, supongo. Finalmente decidí dejar Nueva York. El pasado lunes entré en la ciudad,

encontré una pensión para pasar la noche, recibí una llamada de teléfono y salí. En algún momento de la noche entre la noche del jueves y la mañana del viernes desperté muerto en una playa al oeste de la ciudad.

Se tomó un tiempo para asimilarlo.

—¿Quién lo llamó?

—No sé, puede que fuera alguien llamado Benny Galligar.

—¿Cómo murió? —Así dicho, casi parecía una pregunta normal.

—Me pegaron un tiro. Y antes de eso me propinaron una brutal paliza.

—¿Quién lo hizo? ¿Por qué?

—¡No lo sé!

—Usted no...

—No puedo recordar ni una maldita cosa entre la tarde del lunes y la mañana del viernes.

—Es extraordinario.

—Si usted lo dice. —Después acabé el resto de la historia.

—Es verdaderamente extraordinario.

—Se está repitiendo.

—El suyo es un caso fascinante.

—Habla como un médico. Por cierto, ¿a qué se dedica? Ahora le toca.

—Sin duda se lo debo. Soy detective privado; la gente viene a mí con sus problemas y yo intento ayudarles. En lenguaje corriente sería un investigador privado, pero el cariz particular de mis casos y las connotaciones relacionadas con ellos pueden dar a la gente una idea equivocada sobre mi trabajo.

—¿Quiere decir que no lleva casos de divorcio?

Reprimió una sonrisa y se inclinó hacia delante juntando sus manos.

—Señor Fleming, si no tiene ninguna objeción, me encantaría ayudarlo a descubrir lo que le ha ocurrido en esos días perdidos..., ayudarlo a esclarecer su propio asesinato, por decirlo así.

—Bueno, no sé...

—Podríamos ayudarnos mucho mutuamente.

—Le escucho.

—Por ejemplo, usted es un recién llegado a la ciudad, y yo la conozco muy bien. Conozco a la gente que dirige las cosas y a los que controlan a dicha gente. Puede que Capone se haya marchado, pero las bandas todavía están activas y son muy poderosas. Frank Paco dirige una de ellas. Si lo quería muerto, puede que tuviera una buena razón.

Se levantó y alargó la mano hacia la ballesta. Me puse tenso y luego me relajé. Estaba buscando una pipa que se había quedado debajo del periódico.

—¿Le importa?

—No, adelante.

—A veces me ayuda a pensar, y sobre todo me mantiene despierto. —Inclinó la

silla hacia atrás una vez que sacó la pipa y se quedó mirando el techo fijamente. Yo me quedé mirando mis zapatos y pensé que tenía que comprarme otro par a la noche siguiente; parecían los de un vagabundo, o algo aún peor. El humo de la pipa iba añadiendo gradualmente un gusto acre al ambiente, pero por alguna razón me incomodaba y consideré la idea de subir las persianas para favorecer la circulación del aire.

Me miró fijamente con total curiosidad; yo estaba empezando a pensar que ésa era su expresión favorita.

—Disculpe, ¿usted respira?

—Sólo cuando hablo. Me temo que forma parte de mi condición.

—En invierno deberá acordarse de llevar una bufanda que le tape la boca o la gente se dará cuenta.

—No había pensado en eso. Escuche, ¿le importaría contestar a algunas preguntas?

—En absoluto.

—¿Cómo me encontró y cómo supo lo que soy?

—Reconozco que de toda la vida tengo un interés por lo extravagante, pero no esperaba llegar a encontrarme cara a cara con un ejemplar vivo, por decirlo así. La primera vez que lo vi fue en la estación de tren y al instante me di cuenta de que nos parecíamos físicamente, aunque como es natural, es usted un poco más joven.

—No lo creo. ¿Qué edad aparento?

—No más de veintitrés o veinticuatro.

—Pues tengo treinta y seis —protesté.

—Quizás sea parte de su nueva condición. Eso es muy interesante. Pero, por seguir con la historia, le diré que disfruto observando a la gente: tomo apuntes de sus gestos, formas de andar, rostros, pero no me gusta que me pillen haciéndolo, porque eso arruina la diversión. La gente saca conclusiones equivocadas, se ofende o ambas cosas, por lo que practico la observación a cubierto.

—¿Cómo dice?

—Nunca me pillan observando. Sigo a la gente, mi cara mira hacia una dirección y mis ojos hacia otra y... analizo sus reflejos en los espejos.

—No me di cuenta de que hubiera ningún espejo.

—Es cierto, pero había varios paneles de cristal que hacían las veces. Incluso la ventana de la puerta del taxi que tomó fue útil. Vi su baúl y al mozo, pero no pude verlo a usted. Era algo tan poco corriente que no pude ignorarlo, así que lo seguí en otro taxi hasta su hotel. Escuché cómo se registraba y conseguí el número de habitación y el nombre que dio. Cuando volvió a bajar y se fue a los mataderos, por alguna razón lo perdí, pero, por suerte, volvió a aparecer en un quiosco de periódicos que se encontraba de camino a casa. Después pasó un tiempo en una oficina de la Western Union, y cuando se fue de allí traté de descubrir la naturaleza de los telegramas que envió. Debo decir a favor de los empleados que estuvieron bastante

reticentes, aunque uno mencionó que había enviado dinero a su madre. Y después tuve que marcharme para no perderlo. Monté guardia en su hotel con la intención de pasar a verlo durante el día y confirmar así si mis sospechas eran ciertas. Volvió a marcharse un poco más tarde y aproveché la oportunidad para entrar en su habitación.

Una vez dentro, me tomé la libertad de registrar su equipaje y encontré esos dos sacos de tierra. Eso me alteró bastante, porque hasta entonces sólo estaba medio convenciéndome de lo que mis ojos me decían. Claro que puede que usted hubiera tenido alguna otra razón para cargar con ellos por todas partes, pero ¿cómo se explicaba su carencia de reflejo? Quería encontrarme con usted y que habláramos, pero tenía que hacerlo sin provocarle un miedo innecesario. Tenía que hacerlo en unas condiciones controlables. Mis conocimientos sobre los vampiros hasta el momento se limitan al libro de Stoker y a la película. Tenía que confiar en que estuvieran en lo cierto. Le dejé mi nota, cogí sus sacos para asegurarme de que vendría y monté mis defensas.

—¿Sólo la ballesta?

—Y la esperanza de que no pudiera cruzar el umbral sin una invitación.

—¿Eso es todo?

Abrió el cajón del escritorio y sacó una ristra de ajos y un gran crucifijo. Se quedó perplejo al ver que yo ni me inmutaba, y sus ojos se agrandaron alarmados cuando, de hecho, los cogí. Arrugué la nariz al acercarme el ajo, pero no pasó nada de lo que pasa en las historias. Se lo devolví a Escott.

—No siempre se puede ganar.

Toqueteó la cruz, pasmado.

—Pero pensaba...

—Sí, yo también lo pensaba hace tiempo. Míralo de esta manera: yo básicamente era un buen tipo antes de que alguien me matara, y ahora no me siento diferente. Puede que si yo fuera, digamos, el Drácula verdadero con su historia, también me retorcería al ver un crucifijo. En cuanto a los ajos, en la parte de Europa donde se originaron como un arma contra los vampiros es un remedio básico para casi todo. ¿Tienes un resfriado, reumatismo o jaqueca? Prueba un poco de ajo. ¿Preocupado por los vampiros? El ajo nunca está de más. Claro que tampoco ayuda. ¿Qué efecto puede tener algo que huele mal contra alguien que no respira?

—Ésa es una puntualización interesante —admitió—. ¿Y al menos estaba en lo cierto con lo del umbral?

—Me temo que no. ¿Cómo piensa que pude entrar en el hotel la primera vez?

—Ah, claro.

—¿Cómo pudo entrar en mi habitación?

—Con la ayuda de una totalmente ilegal, pero muy útil, ganzúa, que también me sirvió para su baúl. Debo felicitarle por su brillante idea; un enorme baúl es, sin duda alguna, menos evidente que un ataúd.

—Fue lo único que se me ocurrió. Además, es mejor que tener que dormir en un

armario ropero.

—Y estoy seguro de que un ataúd le impediría entrar en los mejores hoteles.

Le lancé una mirada; estaba bromeando.

—Sin embargo, ¿por qué? ¿Por qué quería conocerme? Si está loco, no lo aparenta.

—Gracias. Supongo. —Sacudió la cabeza—. No estoy seguro de poder explicar el porqué. Quizás sufro de curiosidad terminal. Si hubiera sido un tipo de persona diferente, creo que no habría querido conocerlo esta noche.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, cualquier hombre que envíe dinero a su madre no puede ser del todo malo.

—¡Vaya!

—¿Cómo me despistó en los mataderos?

—Así. —Desaparecí, fui flotando hasta la puerta, volví a adquirir forma y entré de nuevo. Escott no había movido ni un músculo, pero su corazón martilleaba y sus ojos se habían vuelto un poco vidriosos.

Al cabo de largo rato, dijo:

—Eso ha sido muy interesante, por no decir desconcertante. ¿Le importaría hacerlo de nuevo?

No me importaba lo más mínimo, era una buena práctica. Él seguía desconcertado. Cuando pensé que tenía bastante control, probé una desaparición parcial sin levantarme de la silla. Fue puro alarde.

—Eso es absolutamente asombroso —dijo. Parecía un chiquillo con un juguete nuevo—. Puedo ver a través de usted. Es como una doble exposición fotográfica. ¿Puede hablar mientras se encuentra en ese estado?

Moví los labios. Todavía me quedaba algo de aire para formar palabras. Tras un segundo, mi respuesta se volvió audible. Con una voz débil y cavernosa dije:

—No sé, no lo he intentado.

—Parece que cuanto más sólido es, la calidad de sonido es mejor. —Se levantó y alargó el brazo hacia mí—. ¿Puedo?

—Claro.

También a mí me estaba resultando interesante, aunque era desconcertante ver cómo me atravesaba la mano de Escott. Estaba seguro de que podía sentirlo, como una especie de cosquillas internas.

—Bastante frío —comentó—. Y parece cambiar.

—Tengo que concentrarme para mantener ese estado. —Me relajé y me materialicé completamente—. Es agotador, en cierto sentido.

—Supongo que sí. Todo lo que está encima de usted se desvanece: su ropa, sus efectos personales, me refiero... Me pregunto cuáles serán sus límites. —Alargó su pipa—. ¿Le importaría sólo una vez más?

No me importaba. Volvió a acercarse la pipa y dio una chupada.

—Sigue encendida... Lo encuentro muy interesante.

—¿Por qué?

—Quiere decir que las cosas no se ven afectadas por estar en contacto con usted. Eso puede resultar muy útil.

Me pregunté para qué querría utilizarlo, desaparecí de nuevo y volví a aparecer.

—Puede que haya un límite de peso o tamaño. Esta vez he tratado de llevarme la silla conmigo y no he podido.

—Quizás necesite más práctica. Podemos investigar todo esto minuciosamente, estoy seguro. Sin duda lo que usted hace no lo contemplan las leyes actuales de la física. —Le vino otra idea a la cabeza—. Sus dientes... ¿Me permite examinarlos?

Me encogí de hombros y abrí la boca.

—Es muy afortunado; están perfectos.

—¿E-fe-to?

—¿Nunca ha tenido caries?

—Aa, ajá.

—¿Qué? —soltó.

—Que he tenido caries.

—Pues no tiene ningún empaste.

—¿Está seguro? Compruebe este lado por detrás.

Lo hizo, pero sólo encontró molares intactos.

—Su condición no está exenta de efectos beneficiosos.

—Qué extraño —rezongué.

—¿Me permite otro vistazo? —Con delicadeza echó hacia atrás mi labio superior y comprobó las encías por encima de los caninos—. Parecen retráctiles... y muy afilados. —Tiró de uno—. Se extiende ligeramente hacia fuera en un ángulo... umm... de aproximadamente un centímetro y medio más que los otros. —Soltó el diente y sentí cómo se deslizaba lentamente hacia atrás—. Probablemente la extensión sea el resultado de un reflejo involuntario que se produce cuando se produce una estimulación por hambre. ¿Es así?

—Sí, salen cuando los necesito.

—Puede que me guste ver eso alguna vez. —Jugueteó con su pipa.

El interés clínico del hombre, al menos sobre el tema de mis hábitos culinarios, me resultó un poco molesto.

Escott continuaba farfullando para sí, inconsciente de mi creciente irritación. Era como un examen médico, y a mí nunca me habían gustado. Finalmente tuve que quitarme la chaqueta y la camisa para que pudiera ver las cicatrices de bala.

—Ya apenas queda marca en la parte de delante, pero en la parte de atrás hay una mancha grande, aunque muy leve, y parece haber encogido. Por su descripción de la herida del pecho diría que le dispararon a corto alcance pero con una bala de gran calibre, quizás una dum-dum.

—Le quité una 45 automática a Sanderson.

—Me preguntaba qué era lo que le abultaba tanto en el bolsillo de la chaqueta. Sin duda reúne los requisitos.

—Aquí está. —La saqué y se la tendí.

—¿Y le disparó por segunda vez sin hacerle daño?

—Me destrozó mi traje y eso no ha mejorado. No me hizo ninguna gracia. —Me abroché la camisa.

—Supongo que no. —Miró por la ventana—. Bueno, bueno, se le está haciendo bastante tarde y yo también estoy un poco dormido. ¿Podemos continuar la charla mañana a la hora que le venga bien?

—Me gustaría, claro.

—Mientras tanto, empezaré a investigar en su caso.

—Bueno, no se pase o puede que vea lo sucio que juegan esos tipos. Será mejor que se quede con la pistola.

—Muy bien, al menos como prueba.

Cogí mis sacos de arena.

—Vendré un poco después del anochecer.

—Perfecto. Que pase usted buenas noches, señor Fleming.

—Que tenga usted un buen día, señor Escott.

Capítulo 4

Ya no quedaba mucha noche. Si me apuraba, aún podía salir y encontrar otro lugar en el que permanecer antes de que me pillara el sol. En lugar de eso volví a casa, descargué los sacos de arena en el baúl y me desnudé. Mis instintos para la gente estaban bastante desarrollados y aquel hombre me inspiraba buenas sensaciones. La cuestión de si debía confiar en él o no sólo la consideré por un momento. Algo temeroso, me di cuenta de que estaba solo y de que necesitaba desesperadamente un amigo.

A la noche siguiente no tenía hambre, así que pude saltarme la visita a los mataderos e ir directamente a la oficina de Escott. El resplandor crepuscular de la puesta de sol me quemaba los ojos, y anoté en mi mente que debía comprarme un par de gafas oscuras en cuanto pudiera.

Sólo eran las ocho. La ciudad continuaba atestada con un tráfico intenso y yo tenía la mente puesta en las gafas de sol, por lo que estuve a punto de no fijarme en el Ford verde oscuro aparcado enfrente de la escalera de Escott hasta que fue demasiado tarde. Me aproximé al comienzo de la escalera y en el último momento pasé de largo sin romper el paso. Arriba había dos hombres que acababan de salir por la puerta de Escott.

Di la vuelta al edificio apresuradamente para poder verlos bien desde atrás. Al asomarme desde la esquina, llegué a tiempo para ver cómo cargaban en el maletero del Ford un bulto largo y pesado envuelto en una alfombra. Estaban colorados y jadeaban; su carga parecía demasiado pesada para su tamaño. Dejaron caer el capó y se sacudieron el polvo de las manos. El que estaba al mando tenía el dedo índice de la mano derecha vendado.

Abrieron las puertas del coche de espaldas a mí y entraron. Agazapado, fui directo al maletero antes de que las cerraran. No había tiempo para intentar abrirlo. El motor estaba al ralentí, y me estaba echando todos los gases del tubo de escape a la cara. Como no se me ocurrió una idea mejor, desaparecí y me colé por la ranura entre el capó y el cuerpo del coche antes de que arrancaran. Volví a cobrar forma al asegurarme de que había suficiente espacio para hacerlo.

Me encontraba tumbado de costado, agolpado incómodamente contra la alfombra con olor a polvo, grasa y cosas menos agradables. Era difícil oír bien por encima del ruido del coche, pero estaba seguro de que había detectado una respiración sorda bajo aquella capa de lana. Casi con toda seguridad se trataba de Escott. Tenía la esperanza de que parásemos antes de que se asfixiara. En las circunstancias en las que nos encontrábamos me era imposible liberarlo.

Pasados los cinco primeros minutos del trayecto perdí todo sentido de la orientación y tuve que combatir el mareo. Pasamos sobre una masa de agua y, al poco, el sonido de las ruedas sobre la carretera se volvió uniforme. No parecía haber más paradas ni giros, y la velocidad permanecía constante; estábamos en una

autopista. Eso era preocupante: si el trayecto se alargaba demasiado, acabaría en alguna parte, metido en un aprieto y sin mi tierra. Pero bastante antes de que pudiera convertirse en un problema, el coche ralentizó y, con un giro brusco a la derecha, se adentró en una carretera de tierra llena de baches. Frenamos y el motor se paró.

Acerqué el oído al bulto y me tranquilicé al oír el sonido de los pulmones funcionando, a pesar de que era poco probable que el dueño de dichos pulmones continuara consciente. En el exterior, los grillos y otras pequeñas criaturas hacían sus pequeños ruidos. Demasiado cerca para mi gusto, los dos hombres salieron tambaleándose del coche. Como no quería que me descubrieran en una situación táctica tan pobre, salí flotando del maletero y volví a mi forma en un lugar donde esperaba que no me vieran.

Había árboles por todas partes, pero demasiado esparcidos como para ofrecer un buen cobijo. Cuando me volví hacia el coche pensé que el juego había comenzado, Sanderson estaba mirando directamente en mi dirección, pero de repente sus ojos pasaron sobre mí, como si no me hubieran visto. No tenía visión nocturna. Es más, su amigo le ofreció una linterna para facilitarle su trabajo.

Abrieron el maletero y con un tirón no muy delicado, sacaron el bulto y lo lanzaron al suelo. Al ver su brusquedad me dije que tenía que haber intervenido antes, pero, a pesar de la oscuridad, no quería arriesgarme a que Sanderson me reconociera. Me até un pañuelo de *cowboy* en la parte inferior de la cara, cosa que me hizo sentir ridículo, al borde de lo melodramático, me levanté el cuello de la chaqueta y me bajé el ala del sombrero.

Los hombres sabían lo que estaban haciendo, como dos verdaderos profesionales. Tiraron hacia arriba de una punta de la alfombra y el cuerpo inconsciente de Escott rodó sobre la tierra y las hojas.

—¿Quieres hacerlo aquí? —le preguntó a Sanderson el otro, más joven.

—No, podríamos pringarnos de sangre. Lo tiraremos al río.

—Podríamos llevarlo en la alfombra.

—Georgie —contestó con paciencia—. Si hacemos eso tendríamos que lanzarla con él. El jefe no querrá perder un buen instrumento; algún día igual quiere utilizar la alfombra, ¿y dónde estará? Vamos, cógelo por las piernas.

Con un gruñido, alzaron su carga. Antes de que hubieran avanzado tres metros, salí como una flecha y propiné un puñetazo a Sanderson con todas mis ganas. Sentí y escuché el crujido de los huesos por debajo de mi puño. La cabeza enorme del hombre, impulsada con la fuerza de un disparo, dio contra un árbol.

Su compañero tuvo poco tiempo para reaccionar, pero fue rápido. Soltó las piernas de Escott y echó mano a su pistola, momento en que lo dejé sin sentido de un puñetazo en el estómago. Se retorció violentamente y, de un golpe no demasiado fuerte en la cabeza, lo dejé inconsciente.

Me quité la máscara, me puse de rodillas junto a Escott y lo examiné. Tenía una hinchazón por detrás de la oreja izquierda y un poco de sangre a causa de un corte en

el labio, pero, por lo demás, parecía estar ileso. Siguiendo una corazonada registré a Georgie y encontré una petaca de güisqui. Aspiré para cerciorarme de que se podía beber y eché unas gotas en la boca de Escott. Para gran alivio y sorpresa míos, tosió con violencia y abrió los ojos. Como es natural, estaba aturdido; hicieron falta unos cuantos minutos más y otro trago para que empezara a hacer preguntas.

—Madre mía, ¿cómo hemos acabado aquí?

—Gracias al servicio de taxi de Fred Sanderson.

—Me pescaron como a un maldito aficionado —se quejó al tiempo que se palpaba el doloroso bulto—. ¿También lo han cogido a usted?

—Por los pelos, pero no. Hice autoestop cuando vi cómo lo subían al coche. Ninguno de ellos parecía un vendedor de alfombras. —Le indiqué la alfombra desechada.

Escott estaba tembloroso, pero hizo un tremendo esfuerzo para ponerse en pie. Lo ayudé.

—Le debo mucho, señor Fleming. Espero que pueda, de alguna manera...

—No se preocupe por eso —interrumpí—. Hoy podía haber venido a verme con un martillo y una estaca, pero no lo ha hecho. Estamos en paz.

—Pero, mi querido compañero, nunca se me ha ocurrido una cosa así. —Estaba verdaderamente estupefacto.

—No obstante, a mí sí. En mi condición actual, tengo que cuidar de las personas en quien confío; sé que usted va a ser justo conmigo. Y ahora, antes de que nos pongamos sensibleros, metamos a esos dos en el coche y volvamos a casa.

Le di la linterna y me ocupé de subir a Georgie, tirándole de los brazos, en el asiento trasero. Como ya tenía alguna práctica, le quité la corbata y le até las manos juntas por detrás, antes de volver a por Sanderson.

No tuvimos que aventurarnos demasiado para saber que algo no iba nada bien. La postura de Sanderson era lo bastante laxa como para alertar a Escott, quien a pesar de todo, le tomó el pulso cautelosamente. Yo sabía que iba a ser un esfuerzo inútil.

Escott giró el cuerpo hacia la luz y su respiración escapó en un silbido brusco. Aparté la mirada rápidamente, asqueado por lo que había hecho.

Veinte minutos más tarde estábamos casi de vuelta en Chicago. El cuerpo de Sanderson estaba en el maletero, envuelto en la alfombra. De vez en cuando Escott controlaba el asiento trasero para asegurarse de que Georgie, con los ojos vendados, permanecía tranquilo. Yo, en silencio, conducía con cuidado para no llamar la atención de cualquier poli que tuviera un cupo que llenar.

—Quiero que lo entienda —dije finalmente—. Estoy aterrado.

—Lo entiendo. Pero, sin duda, una buena dosis de miedo atemperará sus acciones de aquí en adelante.

—No es eso. Me asusta en lo que me he convertido. Lo que he hecho antes... Sabía lo que pasaría si lo golpeaba así y lo hice de todas formas.

—Bueno.

Me lo quedé mirando, sorprendido. Su cara mostraba una expresión adusta que puede que hiciera juego con la mía.

—¿Bueno?

—Mmm. ¿Piensa sinceramente que siento pesar o compasión por un hombre que iba a matarme y estaba seguramente decidido a hacer lo mismo con usted? Su sentimiento de culpa es inmerecido. Si yo estuviera en su lugar, no le daría más importancia que un soldado cuando debe disparar al enemigo.

Media vida antes había tenido que disparar contra el enemigo. Y entonces tampoco me había gustado.

—Con la vida que llevaba, se habría tropezado con la muerte tarde o temprano, y seguro que a manos de alguien con mucha menos conciencia. Si le sirve de consuelo, estoy seguro de que ni se enteró.

—¿Cuál es la palabra mágica? ¿En qué me he convertido? Ya no soy humano.

—Eso es una tontería, y por su propio bien le sugiero que se lo quite de la cabeza lo antes posible. ¿Cree verdaderamente que los cambios biológicos que está experimentando lo han despojado de humanidad? Todavía está hecho de material mortal, todavía tiene necesidades emocionales. Creo que le está dando demasiado crédito a un personaje de ficción surgido de la imaginación de un director de cine.

Le lancé una mirada cortante.

—No, no puedo leer las mentes, pero puedo seguir su línea de razonamiento. El personaje de Drácula era un monstruo. También era un vampiro. Usted ahora es un vampiro, ergo es un monstruo.

—¿Qué le hace pensar que no lo soy? Puede que pare y estrangule al tipo de atrás.

—Si lo considera necesario, adelante, pero creo que no va a hacerlo.

Estaba en lo cierto. Había sido una estupidez que sólo había dicho impulsado por la rabia.

—Se siente culpable, de ahí su reacción malévola. Siéntase culpable si lo necesita, pero deje a un lado la autocompasión, porque es la más destructiva de todas las emociones.

—¿Por qué es usted tan listo?

—Leo mucho. —Inclinó la cabeza, cansado, con la vista perdida en el verde de los bordes de la carretera.

—¿Todavía quiere continuar con esto? —dije refiriéndome a la investigación.

—Claro que sí, pero no en este preciso momento.

Oí algo en la parte de atrás y miré a nuestro prisionero por el espejo.

—Se está despertando —susurré.

Escott asintió, y se tapó los labios con un dedo. Nos mantuvimos callados durante el resto del viaje mientras Georgie, en el asiento trasero, fingía estar dormido.

Conduje, siguiendo las indicaciones que él me iba dando con la mano, hasta detenerme en una zona en la que no se podía aparcar. Frotamos el interior para borrar las huellas, salimos y Escott levantó el capó. Se entretuvo con algo unos segundos,

bajo mi mirada nerviosa. Nos sobresaltamos cuando el ruido ensordecedor de la bocina del coche llenó las calles. Escott soltó el capó y lo limpió con su pañuelo. Entonces me agarró del brazo y doblamos rápidamente la esquina para quitarnos de la vista.

—¿Por qué ha hecho eso?

—Hay una comisaría de policía a treinta metros del coche. Una vez que la bocina llame su atención puede que se lleven a Georgie, al menos por alteración del orden público. Y una vez que encuentren a Sanderson, puede que sean más creativos en sus acusaciones.

—¿Por qué no ha querido interrogar a Georgie?

—No habría sabido gran cosa. Estoy completamente convencido de que Paco ha ordenado mi desaparición porque he metido la pata en alguna de mis investigaciones. Hoy estuve indagando bastante y eso ha debido de inquietarlo, y puede que crea que voy a seguir haciéndolo hasta que nos elimine a uno de los dos, o a los dos.

—Se le ve muy tranquilo.

—En este momento me duele demasiado la cabeza como para preocuparme por el futuro.

—No puede volver a su oficina, puede que la estén vigilando.

—Tengo otros lugares en..., mmm..., los que quedarme por el momento. Sin embargo, tengo que volver a buscar unos documentos; son demasiado importantes como para dejarlos allí. Le agradecería que me acompañase. No me encuentro del todo bien.

—No se preocupe. Pero ¿qué pasa si nos encontramos con algunos de los hombres de ese mafioso?

—Me inclino a pensar que en este trabajo sólo estaban implicados Georgie y Sanderson, pero no lo sabremos hasta que estemos allí, cosa que no haremos a menos que consigamos un taxi.

Cogí la indirecta. Dejé a Escott descansando en un banco que había a la entrada de una barbería y fui a echar un vistazo, tomé un taxi cerca de un hotel y volví a por él. Él indicó el camino y pagó al conductor unas manzanas antes de nuestro destino real. El resto del trayecto lo hicimos a pie con los ojos bien alerta, y nos metimos en la calle que daba a la parte trasera de su oficina. Escott se acercó a la puerta de un estanco pequeño, sacó una llave, entró y me hizo un gesto para que lo siguiera. Estaba lleno de estantes repletos y una mezcla de olores dulces. El segundo piso estaba destinado a almacenes y abarrotado de cajas cubiertas de polvo. Escott empujó una de las paredes del fondo, y algo hizo clic. Había una puerta que daba a una sección de casi dos metros de altura empotrada entre los clavos de la pared. Cinco centímetros más allá de esa abertura se veía otra pared. Apoyé la oreja en ella para escuchar.

Hice un gesto tranquilizador, y luego me di cuenta de que él no podía verlo, puesto que estábamos en la más absoluta oscuridad.

—No hay nadie al otro lado, los habría oído —murmuré.

—Ah, claro —dijo. Empujó la pared y se abrió otra puerta que atravesó con cuidado. Lo seguí. Nos paramos en un aseo pequeño, pero sólo un momento. Escott continuó hacia la siguiente habitación.

Supuse acertadamente que las habitaciones en las que vivía Escott estaban por detrás de la vivienda. Salvo una radio que hacía las veces de mesita de noche cerca de un catre del ejército y las persianas de las ventanas, el lugar estaba vacío; incluso una habitación de hotel tenía más personalidad. Me sentí un poco nervioso mientras Escott se movía sin problemas en la penumbra. Cogió una maleta de debajo del catre, abrió un armario minúsculo y se puso a guardar cosas.

—Se le ha caído un calcetín —observé.

—Lo he hecho a propósito. Más tarde enviarán a alguien y quiero que lleguen a la conclusión de que me he ido apresuradamente, cosa que sin duda estoy haciendo. Además, se le está haciendo un agujero.

Se dirigió a la oficina. Habían registrado su mesa. Hizo una pausa y gesticuló al ver el desorden, pero inmediatamente se inclinó para coger algunos papeles que estaban esparcidos por ahí.

—Tendré que ordenar esto más tarde —murmuró. El crucifijo continuaba sobre el escritorio, lo cogió y volvió a llevarlo a la habitación. Me pregunté qué es lo que habrían pensado sus atacantes al verlo.

—Creo que no será adecuado llevarlo en la maleta. Lo dejaré de momento en el estanco. Es demasiado llamativo para cargar con él ahora.

—¿Cómo es que lo tiene?

—Es un instrumento de trabajo que conservo de mis días de actor. Lo usé para un pequeño papel que interpreté en la gran tragedia escocesa.

—¿El qué?

—Macbeth —dijo en voz baja—. Para ser un arma de aquella época es un poco voluminosa, pero es poderosa, letal y silenciosa. Tengo otros más pequeños, pero pensaba que le impresionaría más con algo grande.

—Tiene razón.

—¿Está seguro de que la madera puede hacerle daño?

—La mujer que conocí en Nueva York lo mencionó.

—Ah. —Escott volvió al aseo y sacó la maleta a empujones por la puerta, junto con el crucifijo. Hizo una pausa en el botiquín, se metió en el bolsillo algunos enseres para el afeitado y después, para mi asombro, tiró del armazón del propio botiquín, que se desplazó y dejó al descubierto una caja lisa de metal que se encontraba en el borde del espacio que había por detrás. La abrió para asegurarse de que los documentos que había en su interior continuaban intactos antes de llevárselos.

—¿Quién le hizo la obra de carpintería?

—Ah, la hice yo mismo —dijo con cierto orgullo—. Me gustan mucho ese tipo de cosas, ¿y a usted?

Mientras Escott cerraba la puerta del estanco, pregunté:

—¿El lugar es de su propiedad?

—La mitad. En realidad es el otro propietario quien lo dirige. Lo ayudé financieramente en los tiempos difíciles y él me ayuda manteniendo un buen lugar en el que esconderme y, si es necesario, proporcionándome rutas de escape con sólo veinticuatro horas de demora.

—¿Es usted rico?

—A veces. —Se tambaleó un poco—. Lo siento, el golpe en la cabeza está haciéndose sentir.

—Déjeme llevar su maleta.

—Si insiste...

—¿Adónde vamos ahora?

—No estoy seguro. Como no sé dónde cometí el error en mis investigaciones, no sé exactamente cuáles de mis otros escondites son seguros.

—Entonces mantengámonos alejados de ellos y vayamos al hotel.

—Señor Fleming, creo que no ha entendido la enorme influencia que la mafia tiene en esta ciudad. Si dejo ver mi cara en el hotel equivocado, es muy probable que al llegar allí salga volando, así que no malgaste esfuerzos por mí esta noche. Dentro de unas horas, si no ha sido ya, Paco y sus hombres se enterarán de mi milagrosa fuga y empezarán a buscarme. Es muy malo para su imagen cuando alguien frustra sus planes, ya me entiende.

—Entonces, ¿va a abandonar la ciudad?

—No... no estoy seguro. —Le resbalaban gotas de sudor por la frente y tenía la cara gris. Estaba teniendo una especie de reacción retardada. Lo cogí del brazo para sostenerlo en pie.

—Oiga, está realmente enfermo. Vamos, subiremos las escaleras del hotel sin que le vean, allí podrá relajarse.

—Pero no debería...

—No puede pensar en su estado. Estará bastante seguro allí, en mi habitación.

Protestó débilmente una vez más, pero tarde o temprano todo el mundo necesita un guardián. Lo sujeté yo mismo y lo arrastré hacia fuera.

Una vez de vuelta en el hotel, Escott se desplomó sobre la cama con un gemido. Mientras, yo pedí algo de hielo y le serví un güisqui doble de la petaca de Georgie, que habíamos tomado prestada de manera permanente. Con el güisqui en su organismo y el hielo sobre el golpe, se sumió en un sueño exhausto, pero reparador. Me quedé con él durante el resto de la noche. Me estaba preguntando qué iba a hacer a continuación cuando alguien llamó a la puerta. Era el botones, con el cambio y los recibos.

—No estaba aquí cuando vine, o se los habría traído antes.

—No pasa nada, he estado ocupado. ¿Los tienes todos?

Me mostró unas cuantas resmas de papel de periódico.

—Claro.

Le di una propina y le dije que quería un ejemplar de cada periódico cada noche, y que lo anotara en mi cuenta. Sonrió, pues sabía que tenía que darle una propina cada vez que me los trajera. Le guiñé un ojo y me metí en la habitación con los periódicos en la mano.

Pasé el resto de la noche leyendo. Mi anuncio aparecía en los anuncios personales de todos ellos y por algún milagro la redacción y la ortografía eran correctas.

MI QUERIDÍSIMA MAUREEN.

¿SIGUES A SALVO? JACK.

Es el mismo anuncio que, sin interrupción, había estado poniendo en los periódicos durante los últimos cinco años. Si ella estaba viva, con verlo solamente una vez, me lo haría saber. Después de todo este tiempo ya albergaba pocas esperanzas. Un día tras otro revisando los periódicos en busca de una respuesta sin obtener ninguna me había hecho desesperar. Rechacé el inevitable abatimiento provocado por la decepción examinando el resto de las páginas.

En España se estaba fraguando la guerra, FDR estaba convencido de que la crisis económica había acabado, y había un rumor alentador en las páginas de moda según el cual iban a subirse los bajos de los vestidos. Los anuncios de zapatos me recordaron que era el momento de hacer algo con mi calzado, así que bajé las escaleras con un crujido de botas para buscar a mi amigo el botones. Le di una foto de lo que quería, con mi talla garabateada a su lado, cinco pavos y una plegaria silenciosa para que no hiciera preguntas.

Fue una noche más larga de lo normal, sin nada que hacer salvo estar atento al sueño de Escott. Sin embargo, los periódicos llenaron mi tiempo, y mantuve los ojos y el cerebro centrados en ellos, pues de lo contrario habría estado viendo una y otra vez el rostro aplastado de Sanderson. Antes de acostarme escribí una nota para Escott, diciéndole que podía permanecer allí todo el tiempo que quisiera y pedir algo de comida a mis expensas. Abrí la ventana de par en par, encendí el ventilador y me eché en el baúl para pasar el día.

Cuando me desperté ya se había ido. Había una nota encima de la radio en la que declaraba su intención de volver cuando oscureciera. Me quedé intranquilo, pero lo dejé pasar y me di mi baño de todas las noches. Luego me vestí y bajé tranquilamente las escaleras para comprar algo para leer. El botones tenía mis zapatos y le dije que se quedara con el cambio como propina. Estaba haciendo una fortuna gracias a su excéntrico huésped, pero a mí no me importaba; era honesto, no hacía preguntas y me había conseguido unos zapatos que me sentaban más o menos bien. Nos llevábamos tan bien que incluso me prestó su propio ejemplar de *Shadow Magazine*. Cuando Escott se dejó caer por allí más tarde, me encontró cómodamente absorto en un artículo llamado La isla del terror.

—Un título fascinante —observó—. Tome, le cogí prestada su llave.

—Cójala cuando quiera, tengo otras formas de entrar. —Señalé el baúl y dejé a un lado la revista. Él le echó un vistazo, divertido—. Conozco al escritor; me gusta seguir su trabajo —dije, intentando que no pareciera que estaba a la defensiva.

—Tengo serias dudas de que alguien pueda hacerlo, los presenta a una velocidad asombrosa.

—Bueno, normalmente tienen más de un tipo trabajando en plantilla.

—En este caso no, al menos de momento. Ciertos elementos de su estilo permanecen constantes.

—No parece la clase de tipos a los que le gusten esas cosas.

—Es usted la única persona que piensa así.

—Ya veo. ¿Se siente mejor?

—Aparte de una ligera jaqueca y algún dolor que otro, me siento bastante bien de nuevo, gracias.

—¿Qué ha estado haciendo en la calle a plena luz del día?

—Pasear y hacer algunas llamadas con el teléfono de abajo. Me ayuda a no sentirme atrapado...

—Siéntese. —Quitó una pila de papel de prensa de la silla—. Y cuéntemelo todo.

—Gracias, lo haré. Ayer hice una visita a la International Freshwater Transport y mientras preguntaba por sus tarifas eché un vistazo por allí, pero bajo la atenta mirada de sus ayudantes. Al menos tres de ellos no tenían ninguna otra cosa que hacer salvo vigilarme, y los nombres del calendario de trabajo diario eran sospechosamente vulgares.

—¿Vulgares?

—John Smith, John Jones, John...

—Entiendo, continúe.

—Al salir del almacén, vi a Sanderson. Con la descripción que me dio y puesto que todavía llevaba el dedo índice vendado, era imposible no reconocerlo. Él también me miró dos veces. Quizás, por un momento, pensó que era usted. Salí de allí y pasé un rato investigando el negocio. Varias horas y falsas pistas después, deduje que Frank Paco era el dueño del negocio, pero se mostraba demasiado discreto al respecto. La IFT no es un negocio próspero, y parece que ganan lo justo para mantener sus cabezas a flote, perdón por el juego de palabras, pero no mucho más. Y no parece que estén interesados en que las cosas mejoren. No se les veía muy ansiosos de hacer negocio conmigo y las tarifas que me dijeron eran desalentadoramente altas.

—¿Entonces piensa que sólo tiene unos cuantos clientes selectos?

—Sí, y para mí eso es indicio de contrabando.

—¿De qué tipo?

—Casi todo: bienes robados, drogas, gente que quiere entrar o salir de otro país... Ese tipo de negocios pueden ser mucho más rentables si se organizan adecuadamente.

Quizás si volvemos a su almacén y abrimos algunos embalajes podríamos descubrir la fuente de sus beneficios.

—Me encantaría volver a intentarlo.

—En fin, después de todas esas tareas estaba bastante hambriento y paré en un pequeño café que me gusta, y ésa fue mi perdición. Fue un descuido total por mi parte; aparte de eso, el señor Sanderson era un hombre muy habilidoso siguiendo a la gente. Su joven compañero, Georgie, se sentó cerca de mí a tomar un café, mientras Sanderson, a quien yo podía reconocer, permanecía discretamente en su coche. Georgie me escuchó pedir la comida sin el acento americano que había utilizado en la IFT. Debió de mencionárselo a Sanderson, y después me siguieron hasta mi oficina.

—¿Cómo lo ha descubierto?

Tosió con suavidad.

—Una de las camareras se había fijado en mí, no puedo imaginar por qué, y dio la casualidad de que se percató también de que su coche empezó a seguirme cuando me marché, y no le dio buena espina. De ahí pude deducir sus últimos movimientos. Después de descubrir mi oficina, es probable que Sanderson llamara a su jefe para informarle del sospechoso comportamiento que yo había mostrado en el almacén. Paco no es famoso por su tolerancia para con los curiosos, por lo que imagino que los enviaría a por mí. Creo que fue Georgie el que me golpeó primero. Tenía zapatos de suela de goma.

—¿Cómo pudo acercarse por la espalda sin que se diera cuenta en un sitio tan pequeño?

—Sanderson utilizó su coche para distraerme. Estaba acelerando el motor con el capó levantado como si tuviera algún problema. Cuando me acerqué a la ventana para ver de dónde venía ese ruido, Georgie me aporreó. Como vio, registraron mi escritorio y, afortunadamente para mí, esperaron a que oscureciera para bajarme envuelto en la alfombra. Ya conoce el resto.

—Salvo lo que ha estado haciendo hoy.

—Una vez descartado eso, volví a casa a cambiarme de ropa y a hacer unas cuantas llamadas más. Georgie todavía está en la cárcel y su amigo Paco no lo sabe. También he descubierto que Paco ya no me está buscando activamente.

—¿Por qué no?

—Ésa es una buena pregunta. Quizás esté bajo las órdenes de algún otro, u ocupado con alguna otra cosa.

—¿Quién o qué?

Se encogió de hombros.

—Mientras tanto, sea lo que sea tiene mi gratitud. Tengo la impresión de que lo que he descubierto puede ser interesante para usted. Si no tiene nada mejor que hacer, podemos ir a investigar más detenidamente esta noche.

—¿Está bromeando? Cogeré mi sombrero.

Descendimos las escaleras y nos metimos en un Nash negro que había sido un

modelo de lujo unos años atrás. La carrocería tenía unos hoyitos en el metal, que formaban una línea casi recta desde la parte delantera hasta la de detrás, pero el acabado estaba muy pulido y el interior era limpio y blanco como su oficina.

—¿Qué son esas marcas? Parecen agujeros de bala.

—Son agujeros de bala. Hice que los repararan, porque eran fatales para la pintura.

—¿Agujeros de bala?

—Abolladuras de bala, en realidad.

—¿Cómo han llegado ahí?

—Tengo entendido que alguien disparó con una ametralladora a su anterior propietario. —Se dispuso a encender el motor.

En el asiento de delante, entre nosotros, había un sombrero; un bombín marrón con una cinta de satén rojo. En un lado de la cinta había un alfiler de corbata en miniatura, con la forma de una herradura con adornos de diamante. Escott se quitó el sombrero y se puso este. Iba vestido de gris oscuro, y supuse que había una buena razón para ir tan mal conjuntado. Vio la pregunta que estaba formándose en mi cara y sonrió.

—Es nuestro pasaporte —explicó, cosa que en realidad no explicaba nada. Le gustaba hacerse el misterioso, así que le dejé disfrutar. Estaba trabajando en mi caso así que, por mí, podía hacer lo que quisiera.

Nos dirigimos a una zona que, según él, se llamaba Bronze Belt y era la versión local de Harlem. Una vez allí, circuló por las calles lentamente, escudriñándolas en busca de algo o de alguien. Le pregunté qué era lo que buscaba.

—Ah, a una persona. Lo único que hay que tener es un buen contacto, a alguien que esté dentro.

Estuve a punto de preguntarle dentro de dónde, pero habría sido demasiado obvio y, de todas formas, yo estaba pensando en otra cosa.

—¿Ha descubierto algo de Benny Galligar?

—Me he enterado a través de mis fuentes locales de que hace trabajos de «poca monta», aunque está especializado en el robo de cajas fuertes y últimamente hace algún trabajo de guardaespaldas. Nadie lo ha visto desde hace una semana o más, pero tengo en marcha diversas líneas de investigación. Tiene que aparecer pronto.

—Esperemos, me gustaría saber por qué me llamó, si fue él quien me llamó.

—Procede de Nueva York. Lo más lógico es que lo conozca de allí. Si pudiera recordar a alguien con ese nombre...

—Se cambiará de nombre como el que se cambia de calcetines. Aunque conozco a uno o dos Bennys. En Nueva York prácticamente tropiezas con ellos; puede que lo reconociera si lo viera.

—Me lo han descrito como un hombre menudo, pelo canoso, con arrugas y de aspecto agradable. Entre cuarenta o cuarenta cinco años, de actitud nerviosa, y cuando le apetece finge un acento irlandés...

Eso me sonó.

—Espere, Benny O'Hara, a veces me daba un chivatazo, ya sabe, dónde ir para ver algo interesante.

—¿Para una noticia?

—Así es cómo funcionaba normalmente. Lo conocía como Benny O'Hara. ¿Cómo podría saber que yo estaba en la ciudad?

—Quizás estaba hospedado en su hotel. Lo comprobaré. He estado allí una vez, el recepcionista de la noche recuerda su última visita con bastante claridad, quizás pueda persuadirle para que vuelva atrás en su memoria.

—Sí, entre él y el recepcionista de día podríamos conseguir alguna información útil.

—Seguramente; lo intentaré.

Nos paramos en un semáforo y un chaval flaco y moreno asomó la cara por mi ventanilla.

—Ya decía yo que este coche me resultaba familiar —dijo, sonriéndonos de manera burlona—. ¿Está buscando un limpiabotas, señor Escott?

—Hola, Cal. En realidad estoy buscando un zapato. ¿Cómo estás?

—Como siempre. Un día de retraso y un dólar menos.

—No puedo hacer nada con respecto a tus problemas con el tiempo, pero quizás pueda ayudarte con tus problemas monetarios. —Le pasó un dólar, que el otro hizo desaparecer en un instante.

—Usted sí que es un amigo. La próxima vez que necesite un limpiabotas búsqieme, invita la casa.

—¿Dónde estarás?

—En cualquier lugar, pero si baja tres manzanas y gira a la derecha, la gente de la esquina sabrá decirle. Sólo tiene que decir que lo he enviado yo. —Nos enseñó los dientes, sacó la cabeza del coche, y se marchó dando rápidas zancadas.

El semáforo cambió y Escott, siguiendo las indicaciones, aparcó el enorme coche en un espacio que había sobre el bordillo y lo dejó allí.

Había un grupo de hombres de color más allá del espacio iluminado por una farola situada en la esquina de enfrente. Escott me dijo que no me moviera y salió. Los hombres estaban hablando y continuaron haciéndolo, pero sus actitudes habían cambiado sutilmente. Era evidente que estaban alertados por nuestra presencia, pero se conformaban con esperar y dejar que nosotros hiciéramos el primer movimiento. Dos de ellos tiraron sus cigarrillos y se enderezaron un poco más, con los brazos colgando de manera que podían alcanzar mejor las protuberancias angulares que sus chaquetas ajustadas no eran capaces de ocultar. Otros dos cambiaron el peso de pie. Salieron y rodearon a Escott cuando estuvo lo bastante cerca.

Movió la cabeza ligeramente mientras les saludaba y hubo una pequeña conversación que no pude oír por el ruido del coche. Primero les dijo algo a los hombres armados; el que estaba al mando le dirigió una pregunta recelosa. Escott se

tocó el sombrero; parecía sereno. El hombre no estaba satisfecho con la situación, pero Escott continuó hablando y cuando señaló el coche, me imaginé que estaría diciendo algo de mí. La mitad de mi mente iba y venía, pero éste era su momento y, a pesar de sus actitudes beligerantes, no parecía que estuviera en un peligro inminente. Me quedé sentado y le dejé arreglárselas solo mientras trataba sin éxito de leer los labios.

El hombre que estaba al mando envió a uno del grupo al interior del edificio que estaban custodiando. Volvió a salir al cabo de un minuto con una noticia que desagradó aún más al líder, pero asintió a regañadientes mirando a Escott. Éste volvió al coche y me abrió la puerta.

—Vamos a entrar.

—¿Qué? ¿A la sartén?

—Es el Shoe Box.

—¿Es un garito?

—Antes lo era. Ahora es una discoteca respetable.

—¿Las cosas van mal? —Señalé con las cejas a los hombres.

—No mucho. De momento no hay de qué preocuparse. El caballero con el que nos encontraremos es un tipo prudente, pero nos recibirá siempre que se le avise con antelación suficiente. Siente una tremenda aversión por las sorpresas.

—¿El jefe de la banda?

—Qué manera más colorida tiene de definir las cosas. Sin duda se debe a su formación periodística.

—Y el hecho de que nos encontremos en Chicago; parece ser la industria principal aquí.

—Sólo para una pequeña parte de la población, se lo aseguro. Aquí no todo el mundo es jefe, alguien tiene que hacer el trabajo de apoyo.

—¿Cómo él? —Uno de los del grupo estaba caminando hacia nosotros.

—Sí. Venga, vamos.

Paré el motor, quité las llaves y salí. Escott cerró la puerta y nos marchamos.

—¿No vas a cerrarlo con llave?

—No es necesario. Ahora nadie se atrevería a tocarlo.

Eché una ojeada alrededor y reparé en varias docenas de ojos que nos observaban desde las ventanas y las puertas a lo largo de la calle; hombres, mujeres e incluso algunos chavales. Todos mantenían la misma mirada atenta que los guardianes. El Shoe Box era una fortaleza. Me sentía como el objetivo de una barraca de tiro al blanco, lo que me llevó a especular si alguno de ellos estaría armado. Sin embargo, Escott parecía cómodo, y no había ningún sitio cercano que le sirviera de parapeto, así que intenté relajarme. Seguimos al tipo hacia el interior del edificio.

Había un pequeño vestíbulo y después un largo pasillo con un suelo de madera que hacía las veces de tambor para nuestras pisadas. Escuché una música fuerte y movida que vibraba a través de la pared que tenía a mano derecha, mezclado con el

sonido de las conversaciones, el tintineo de los cristales y las risas. Pasamos por una puerta con doble cerradura que continuaba hasta la parte de atrás del edificio y conducía a otra puerta. El tipo que nos guiaba nos dijo que podía dejar entrar a Escott, pero que a mí tendría que registrarme. Si eso aligeraba las cosas, por mí no había ningún inconveniente, así que separé los brazos. Era eficiente y tenía el tacto rápido y ligero de un carterista, cosa que puede que fuera su ocupación habitual cuando no estaba ejerciendo sus deberes de guardián. Encontró el bolígrafo, la agenda y la cartera, y no halló en mis bolsillos nada que fuera más letal que unas monedas. Dio unos pequeños golpes al talón de mis zapatos, registró mi sombrero y se convenció de que todo era inofensivo. Abrió la puerta y se echó a un lado.

Al otro lado había una sala grande, amueblada con sofás, sillones mullidos y mesas bajas. Una de las mesas era, en realidad, un modelo de radio de lujo que costaba más de lo que yo había ganado en un año. Estaba sonando suavemente, lo justo como para camuflar los sonidos que procedían del club. Al otro extremo de la sala había una pequeña barra cerca de una mesa de comedor alargada en la que sólo estaba sentado un hombre, tomando lo que parecía ser el postre de una comida. Cuando llegamos se pasó la servilleta por los labios en pequeños toques y se giró para mirarnos.

Su piel era negra como el carbón, llevaba el pelo rapado casi del todo y una barba corta, que perfilaba su mandíbula y le adornaba la boca y la barbilla. Vestido de marrón claro con una camisa de seda color carmesí y corbata, resultaba casi cursi, pero él se lo podía permitir. Se puso en pie; se trataba de un hombre grande, uno de esos que no es posible ignorar.

Escott fue quien habló primero y lo hizo con un tono de voz más elevado del requerido para el lugar, una mezcla de ira y piedad.

—¡Oh, tú, Otelo, un tiempo tan eminente / caído en los lazos de un esclavo maldito! / ¿Qué se dirá de ti?

Nuestro anfitrión se quedó inmóvil un momento, mirando fijamente a Escott, quien seguramente pensó que necesitaba una camisa de fuerza y una mordaza. Después respondió de viva voz:

—Pues cualquier cosa: / asesino honorable, si queréis / pues nada he hecho por odio, sino todo por honor.

Después soltó una breve y sonada carcajada y se acercó para darle un apretón de manos a Escott. Ambos hombres sonreían.

—Charles, hijo de puta, ¿qué pretendes poniéndote en ridículo de esa manera con el sombrero? ¡Podías haber mencionado tu nombre a los chicos! ¿Cómo demonios estás?

—Tengo buena salud y solamente quería ver si aún funcionaba. Habría llamado, pero te habías trasladado sin dejar ningún número ni dirección.

—Entonces es culpa tuya. Deberías pasarte por aquí más a menudo. Les has dado a mis hombres un buen susto con ese número del sombrero viejo.

—Ésa era mi intención: mantenerlos en ascuas.

—Bueno, no te sienta bien con ese traje, así que deshazte de él. ¿Habéis comido? Entonces tomaremos el postre: tarta y café.

—Eso estaría bien, pero, por favor, permíteme hacer algunas presentaciones. Un amigo mío, Jack Fleming. Jack, tengo el honor de presentarle al mejor Otelo con el que he tenido el placer de trabajar: Shoe Coldfield.

Coldfield extendió su mano.

—Cualquier amigo de Charles es bienvenido en el Shoe Box. No me preguntes cómo empecé. Pero no me pierdas de vista, algún día seré alcalde de esta ciudad.

—En realidad puedes llegar a algo más que eso —dijo Escott con un humor cargado de ironía.

—Bien, gobernador entonces, pero solamente si mejoran el sueldo. ¿Cómo encontraste el sitio?

—Hemos visto a Call, o mejor dicho, él nos ha visto a nosotros.

—Un chiquillo inteligente, ése.

—Ha crecido.

—Come bien.

Nos sentamos a la mesa y un muchacho con una chaqueta de ayudante de camarero, que también estaba trabajando en el club, nos sirvió el café. Todavía se podía escuchar la música a través de las paredes; era un contrapunto molesto con la radio.

—¿Qué te trae por aquí, Charles? ¿Estás preparando una reposición?

—Lo haría de buena gana. En caso de que vuelva a los escenarios, serás el primero en saberlo. La verdad es que necesito un favor.

—¿En estos días, quién no lo necesita? ¿Qué es lo que te preocupa?

—Estoy trabajando en un pequeño problema para el señor Fleming, y desde ayer, para mí mismo, en el que está implicado Frank Paco.

Nuestro anfitrión se puso más serio, y asumió un tono de precaución.

—¿En qué sentido está implicado?

—Ayer, dos de sus hombres intentaron matarme y, si no hubiera sido por la oportuna intervención del señor Fleming, sin duda lo habrían conseguido. Él sobrevivió a un atentado contra su vida procedente de la misma fuente la semana pasada, y se esconde desde entonces.

—Lo lógico. ¿Qué es lo que necesitas? ¿Qué te saquemos de la ciudad?

—Nada tan drástico. Deja que te ponga al corriente de toda la situación... — Escott le contó la verdad fundamental, aunque dijo que yo lo busqué y, prudentemente, omitió todo lo referente a mi condición—... así que hasta que el señor Fleming descubra qué fue lo que ocurrió durante esos cuatro días que no recuerda, siempre tendrá este problema.

—¿Y en qué crees que puedo ayudar yo? Lo que él necesita es un psiquiatra.

—Esperaba que pudieras ayudarnos a entrar en la casa de Paco.

Coldfield se calló de repente, me figuro que por pura incredulidad, puesto que yo estaba sintiendo lo mismo.

—Me he confundido —dijo finalmente—. Tú eres el que necesitas un psiquiatra.

—Shoe, estoy hablando en serio.

—Te conviene hacerlo, si Paco está detrás de ti. ¿Por qué quieres entrar en su casa?

—Para echar un buen vistazo y descubrir qué es lo que se trae entre manos.

—Demonios, eso lo puedo hacer yo desde aquí. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Algo de información sobre la International Freshwater Transport nos podría ser útil.

—La utiliza para llevar a cabo sus operaciones de contrabando, todo el mundo sabe eso.

—¿Pero con qué trafica?

—Normalmente con bebida y también con artículos extranjeros de lujo. Está dispuesto a llevar prácticamente cualquier cosa si se le paga bien, incluidas personas, tanto dentro como fuera del país. Últimamente se dedica a pasar piezas de maquinaria y productos químicos.

—¿Es posible descubrir a quiénes van dirigidos y con qué fin?

—Puedo intentarlo mañana, pero no garantizo nada. Generalmente suelo mantener a mi gente alejada de su territorio. Supongo que querrás nombres concretos de productos químicos, profesor.

—Eso podría ayudar a identificar qué es lo que se trae entre manos; pero, por favor, no expongas a tu gente a un riesgo innecesario. Ayer solamente me dediqué a hacer unas preguntas sin importancia y su reacción fue de lo más violenta.

—No te preocupes. ¿Queréis llevarlo a la quiebra?

—Eso estaría muy bien.

—Sí, podemos soñar, pero tiene amigos. Se dice que tiene tratos con Slick Morelli, de Nueva York.

—¿Ese nombre le resulta familiar? —me preguntó Escott.

—Claro, es el propietario de una gran discoteca de allí. Dirigía muchos garitos y los puso en muy buen lugar después de que se revocara la Prohibición. Vendió algunos y se concentró en uno o dos de los más grandes. Siempre tenía las mejores actuaciones y las chicas más bonitas. Claro que eso sólo es lo que he oído, nunca he tenido la oportunidad de verlo.

—No ha cambiado mucho —dijo Coldfield—. Ha hecho lo mismo en uno de los clubes más grandes de la ciudad, situado en la zona norte; es el propietario de una participación.

—¿El Nightcrawler? —preguntó Escott.

—Sí, puede que le guste la pesca, o algo.

—¿Tiene su propio yate?

Asintió.

—Muy bonito. Demasiado, si no eres el dueño. La Elvira.

Me removí en la silla al oír que se mencionaba un barco.

Escott se dio cuenta, pero continuó.

—Un tipo gordo llamado Lucky Lebredo es quien supervisa el juego allí.

Escott me lanzó una mirada. Pensé en el nombre, y sacudí la cabeza. Se giró hacia Coldfield.

—¿Conoces la relación entre Paco y Morelli?

Se encogió de hombros.

—Si la hay, probablemente sea monetaria. A Paco le gusta dilapidar el dinero y siempre necesita más; Morelli conserva el suyo en un colchón y ayuda a todo el que le pide un préstamo. El interés del préstamo se lo cobra en tu pellejo.

—¿Piensas que Lebredo está involucrado con ellos?

—No lo sé. Puede que no, pues parece que lo único que hace es apostar. Tiene una calculadora por cerebro, y una baraja de cartas que es como una extensión de su cuerpo. —Hizo una pausa. Escott estaba mirando hacia algo que planeaba sobre el centro de mesa y que nosotros no podíamos ver. Esperamos en silencio a que acabase, hasta que pestañeó unas cuantas veces.

—¿Has vuelto? —le preguntó Coldfield despreocupadamente.

—Sí, sólo estaba pensando, pero necesito más información.

—¿Entonces sigues pensando seriamente en entrar?

—Muy seriamente.

—¿Qué tienes en mente?

—¿Has leído los ecos de sociedad?

—Nunca me los pierdo —repuso el otro con sarcasmo.

—Entonces puede que te hayas enterado de que Frank Paco va a dar una recepción en su finca este viernes. El lugar va a estar repleto de policías y parásitos, puesto que Paco planea apoyar a cierto candidato en las próximas elecciones gubernamentales.

—Sí...

—Seguramente habrá servicios de *catering* para todo el acto.

Coldfield se quedó pensando y sonrió.

—¿Quieres decir que también sabes cocinar?

—No, pero puedo pasar por un camarero.

—No, en este caso no. Sabes perfectamente que uno de mis socios va a encargarse de la comida y el servicio y, seamos realistas, tú, Charles, eres demasiado blanco para este trabajo.

—Entonces puedo trabajar como camarero blanco.

—Y destacar como un pulgar dolorido. No señor, a Paco le gusta su personal bien preparado. Además, ¿qué haría un hombre blanco trabajando para mí? Los blancos trabajan para proveedores de *catering* blancos, y éstos, de vez en cuando, aceptan algún chico de color porque trabajan más barato, pero nunca al revés.

El orgullo de Escott había sido herido.

—¿Soy o no soy un actor?

—El mejor, pero no hay maquillaje que consiga que pases por un negro, y además tu nariz tampoco sería la adecuada. Si fueras yo, ¿correrías ese riesgo?

—Estoy de acuerdo —dije—. Paco podría reconocerlo, Georgie podría estar ya libre bajo fianza, y si alguno de ellos lo ve, le darán una paliza, al igual que a los proveedores de *catering*.

Escott me lanzó una mirada desafiante, pero después se calmó visiblemente y no siguió insistiendo.

—Por supuesto, ambos tenéis razón. Tendremos que pensar en otra cosa. Quizás podría conseguir una invitación o falsificar una.

—No es fácil, las cotejan con su lista de invitados. Tendrías que estar en el grupo de cualquier otro para pasar furtivamente, y aun así te registrarían bien. Oye, ¿por qué tiene que ser este viernes? Inténtalo alguna otra noche que Paco esté fuera y puedas entrar forzando la entrada. Puedo meter a uno de mis chicos entre el personal del *catering* para estudiar el terreno para ti.

—Eso es muy amable de tu parte.

—Estupendo, cualquier cosa por salvar tu pellejo. Escucha, ¿qué os parece si cenamos todos mañana aquí?

—Cenar, sí, pero yo invito. Es lo justo para compensar una ausencia demasiado larga. En Hallman's, por ejemplo.

—Estás bromeando, Charles. Nunca conseguiría pasar de la puerta.

—Pasarás si estás en mi grupo. Si estás planeando llegar a gobernador tendrás que acostumbrarte a forzar algunas entradas.

—Cuando hago eso, los polis se ponen nerviosos.

—Y hacen bien. ¿A las ocho?

—Eso es muy pronto para mí, pero allí estaré, e intentaré tener alguna información del almacén a través de mis chicos.

—Haz el favor de avisarles de que tengan mucho cuidado; el golpe que me dieron en la cabeza casi me mata.

—Tienes el cráneo demasiado duro. Tengo entendido que no como el pistolero de Paco, Sanderson. Lo encontraron en un maletero el otro día. ¿Tiene algo que ver con vuestro problema? Los periódicos dicen que Georgie Reamer lo golpeó con una almádena. —Se me quedó mirando con interés.

Tuve la prudencia de no mirar a Escott en busca de una pista. Sobre lo sucedido la pasada noche, ¿cuánto sabría o supondría Coldfield que era asunto mío? Me encogí de hombros.

—Oiga, yo he sido periodista... No crea todo lo que lee.

Nos marchamos sin que los hombres de Coldfield pusieran ningún impedimento, e incluso uno de ellos asintió con la cabeza y sonrió cuando salimos hacia el intacto Nash. Le devolví las llaves a Escott y nos montamos. Todavía seguían por ahí los

rostros vigilantes, pero no tan interesados en nosotros como antes. Se había corrido la voz de que éramos bienvenidos en el vecindario.

—¡Qué tipo! —comenté.

—Sí, lo conocí en Canadá cuando éramos jóvenes y estábamos hambrientos. Yo estaba en una compañía de actores cuando entró en el teatro con su caja de limpiar zapatos pidiendo trabajo. Nos hicimos amigos y, con un montón de argumentos, persuadimos al director para que lo contratara de forma permanente. Trabajaba cambiando el decorado y en el ropero con medio sueldo. En ocasiones, cuando estábamos un poco cortos de actores, le hacía pintarse la cara de blanco para que pudiera llevar una lanza en un segundo plano, pero su talento estaba siendo desaprovechado. Si nos hubieras visto en Hamlet como Rosencrantz y Guildenstern... Por culpa del sudor, casi se le cae el maquillaje y se desenmascara. Al menos demostró a los otros actores de la compañía que era más que capaz, pero nuestro director era un réprobo viejo y testarudo. Se negó incluso a considerar a Shoe para el papel de Otelo.

—¿Pero lo interpretó?

—Claro que sí, aunque me costó mucho. Lo único que conseguí fue que le dejaran ser suplente del actor principal. El director aceptó eso.

—¿Entonces el actor principal cayó enfermo?

—No precisamente... Hubo que ayudarlo bastante. Entre el hidrato de cloral que el Iago de la compañía dejó caer sobre él y la ipecacuana que le suministré para tratar sus síntomas, no estaba en condiciones de interpretar al Moro de Venecia, y Shoe tuvo su oportunidad. Tengo que decir que el teatro se vino abajo con su actuación.

—¿Qué pasó con el actor principal?

—Se recuperó en una semana más o menos y no le causó ningún daño. Para entonces había recibido un telegrama en el que se le ofrecía un trabajo de publicidad en la radio en Nueva York y se fue. Me temo que no le echamos mucho de menos. Un actor de tres al cuarto, y encima antipático, eso es lo que era.

—¿El telegrama era verdadero?

—¿Por qué? Qué mente más retorcida tiene, señor Fleming.

Capítulo 5

Ya había hecho mi visita a los mataderos y estaba preparado y a la espera cuando Escott pasó a recogerme a las ocho menos cuarto. Llevaba un traje normal y corriente, cosa que era un alivio para mí, ya que Hallman's sonaba a lugar de etiqueta y yo me sentía más cómodo sin esmoquin.

—Puedo tener un problema en ese lugar —dije.

—¿Qué problema?

—Digamos que tengo una dieta muy limitada.

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Madre mía, siento no haber pensado en eso.

—Yo tampoco lo he hecho. Hacer negocios durante una comida es algo muy normal. Lo dimos por sentado.

Escott lo consideró.

—Sí, entiendo... Debe de tener una gran cantidad de tiempo libre al no tener que parar cada cuatro o cinco horas a comer.

—Volvería a hacerlo de buena gana si pudiera.

—Entonces, quizás prefiera no venir esta noche.

—No, diré que tengo un problema de estómago y me pediré un café. Ya que estamos trabajando en mi caso, quiero seguir cada palmo del camino, si le parece bien.

—No tengo ninguna objeción. Hoy he estado haciendo algunas preguntas sobre Benny Galligar, O'Hara, pero no he sacado nada en claro.

—Si tenía algún problema con Paco, es posible que se haya largado de la ciudad por un tiempo.

—Estoy de acuerdo. Sería lo más sensato. Deberíamos tomar ejemplo.

—Sí, lástima que no tenga ningún sentido común.

Hallman's era un lugar de etiqueta, después de todo. Escott debía de haberse dado cuenta de mis carencias cuando estuvo en mi habitación el lunes pasado, y yo lo bendije en silencio por haber tenido la consideración de ponerse un traje normal. Al igual que muchos otros lugares frecuentados por los gánsteres de Chicago, Hallman's se hallaba codo con codo con los vecindarios menos respetables. La calle a la que daba era una zona de renta alta llena de luces, tiendas caras, y otros restaurantes elegantes, pero si atravesabas el callejón de detrás te la jugabas. Unas veces había alguna pandilla y otras un prestamista, pero en ambos casos se trataba de gente que andaba detrás del dinero de los demás. Los polis patrullaban de forma regular por la zona, pero apenas podían evitar que algún que otro extranjero fuera atracado por los depredadores locales. Esta vez, cuando Escott salió del coche, se cuidó de cerrarlo.

En la entrada con toldo había un hombre uniformado junto a unos tiestos con palmeras, y por el suelo corría una alfombra roja hasta el bordillo. El hombre nos sujetó la puerta y se inclinó ligeramente.

—Es un placer volver a verlo, señor Escott.

—Gracias, señor Burdge. ¿Nos recomienda algo esta noche?

—Cualquiera de los platos de ternera, pero no prueben el pescado. El que normalmente cocina el pescado no está esta noche y su sustituto se formó en el ejército.

—En el ejército del interior, sin duda.

—Lo ha entendido.

Entramos y dejamos los sombreros en el guardarropa. Le dijimos al *maître* que aún esperábamos a uno más y que aguardaríamos cerca de la puerta. La espera no fue larga; a las ocho llegó un Nash negro nuevo y reluciente y se paró cerca de la alfombra roja.

—Veo que tienen gustos similares con los coches —comenté.

—Bueno, hace unos años me propuso un trato tan bueno con mi actual medio de transporte que no pude rechazarlo. Debo decir que todavía sabe cómo hacer una entrada, tiene un talento natural. El escenario ha perdido un actor magnífico.

El chófer salió y abrió la puerta de atrás del Nash; Burdge, el portero, se enderezó un poco más y sujetó la puerta del restaurante. Había cierta solidez en su autocontrol que sólo se debilitó un poco cuando Coldfield emergió a la luz. Era una estampa perfecta, con un esmoquin hecho a medida, una capa de satén y un bastón con el puño de plata. Llevaba esa ropa cómodamente, como Fred Astaire, aunque un Astaire mucho más grande, con la piel negra como el carbón y barba. Se acercó con mucha calma al portero, que parecía no saber cómo manejar la situación. Coldfield lanzó una mirada a Burdge que hizo desaparecer cualquier inclinación a negarle la entrada y entonces entró.

Escott unió sus manos en un aplauso delicado.

—Buena interpretación, señor mío. Es una lástima que no hayamos podido grabarlo en una película.

Coldfield estaba satisfecho.

—Tú lo has dicho, esta noche marcará un hito. —Asintió con la cabeza hacia mí—. ¿Preparados para que los echen a la calle con un auténtico experto en la materia?

—Me gustaría que alguien lo intentara.

El *maître* estaba bien entrenado; levantó un poco las cejas y volvió a bajarlas antes de recobrar el control de sí mismo.

—¿Su mesa de siempre, señor Escott? —preguntó. Al cabo de un minuto entendí el porqué. La mesa habitual de Escott estaba en un discreto rincón, apartado de la zona principal del comedor. El hombre sólo estaba haciendo ver a Escott que no estaba tratando de esconder a nuestro oscuro compañero. Tanto si era así como si no, yo nunca lo sabría.

Nos sentamos y pasamos a pedir las bebidas y hojear el menú. Entonces inicié mi interpretación: lo dejé a un lado y sacudí la cabeza.

—¿Le pasa algo, señor Fleming? —preguntó Escott.

—Todavía no me siento en condiciones de comer nada. No me ha sentado bien una hamburguesa que he comido para almorzar y pensar en más comida... —Puse cara de mareo y me encogí de hombros.

—Qué lástima. Puede que le vaya bien un poco de caldo para reponerse, ¿no?

—No, gracias. Dejaré que las cosas sigan su curso, por decirlo de alguna manera. Por mí no se preocupen, continúen y disfruten.

Lo hicieron. Escott tomó ternera, Coldfield un bistec de buey, y yo me dediqué a observar a los otros clientes entre conversación y conversación. El olor de la comida me estaba poniendo enfermo, pero era el recuerdo de comer lo que realmente me molestaba. Estaba en un restaurante de lujo, con otro que pagaba la cuenta y lo único que podía hacer era disfrutar del decorado.

Tuvimos nuestra dosis de miradas. Un grupo interrumpió su cena de manera ostentosa y se marchó con las espaldas tias de indignación. No se habrían molestado, ni tan siquiera se habrían fijado en su presencia, si Coldfield hubiera formado parte del personal de limpieza, pero el hecho de que fuera un cliente, como ellos, era demasiado para sus delicadas sensibilidades. El *maître* había escuchado todos los improperios verbales, ya que estaba cerca de la puerta cuando ellos se disponían a irse, pero como era un hombre despierto, se alejó de la zona a tiempo. Este grosero espectáculo no pasó desapercibido al resto de los comensales, quienes se preguntaron qué debían hacer ellos. Por suerte, tuvieron el buen gusto de meterse en sus propios asuntos, y el rumor de las conversaciones volvió a sus niveles normales.

—Puede que te haya salido bien, después de todo, Charles —murmuró Coldfield.

—Eso parece. Me gustaría vivir para ver el día...

—Sí, lo sé, lo sé. Bueno, al menos me has traído aquí...

—No, has venido tú.

—Soy la pesadilla de los porteros —reconoció—. Pero has tenido suerte.

—¿Y eso?

—No se ha dado cuenta de que soy judío.

En mitad de la cena, un camarero llegó con un teléfono.

—Tiene una llamada importante, señor Escott.

Escott saludó por el auricular y frunció el ceño. No podía escuchar lo que estaba diciendo el que estaba al otro lado, a pesar de que puse todo mi empeño en ello.

Sacudió la cabeza.

—No, no me es posible, me coges en muy mal momento... ¿Qué? Está bien entonces, pero date prisa. —Colgó y se llevaron el teléfono.

—¿Cuál es el problema? —pregunté.

—Me voy a tener que ausentar unos minutos. Una de mis fuentes de información quiere hablar y sólo lo hará cara a cara. Se dirige hacia aquí.

—¿No puede entrar él?

—No. Le gusta mantenerse en movimiento, por lo que tenemos que representar esta pequeña comedia de vez en cuando. Damos vueltas a la manzana en coche

durante unos minutos y luego me deja. Un tipo extraño, pero a menudo útil. Si me excusan, caballeros, estaré de vuelta a tiempo para el postre. —Se puso en pie con una ligera y peculiar reverencia propia de los ingleses y se marchó. Coldfield observó su partida con una sonrisa indulgente.

—¿Hace cuánto que lo conoce?

—En total, hará unos catorce años. No nos hemos visto mucho desde que emprendió su carrera de detective privado, ya que también yo he estado bastante ocupado.

—¿Le molesta lo que hace para ganarse la vida?

—¿Por qué debería? A él no parece molestarle lo que hago yo.

—¿A qué se dedica?

Me lanzó una mirada de sorpresa fingida.

—Vaya, pues dirijo una discoteca.

—¿Tiene bastantes beneficios?

—No digas que te dedicas a algo si no obtienes beneficio de ello.

—¿Cuánto tiempo hace que es detective privado?

—Un tiempo.

—¿Siempre es tan preciso?

—Así es como se sobrevive en esta ciudad.

No dio una sola respuesta directa a ninguna de mis preguntas, que eran un poco intermitentes, e hice bastantes antes de caer en la cuenta. Debió de ser el reportero que había en mí. Una vez que entendí cómo estaban las cosas, continuamos charlando de temas carentes de interés mientras el lugar se iba vaciando lentamente. Después estuvimos viendo cómo limpiaba el personal. Nuestro camarero andaba cerca de nuestra mesa, sin mostrarse grosero, pero dejando claro que pensaba que ya era momento de que nos marcháramos.

—¿Va a irse sin pagar? —dije bromeando mientras miraba el reloj de la pared. Se había ido hacía cerca de cuarenta minutos.

—No, lo pondrán en su cuenta. Lleva viniendo aquí años.

De todas formas estaba preocupado. La llamada de teléfono podía haber sido una trampa para que saliera. Coldfield interpretó la expresión de mi cara y me dijo que me relajara.

—Charles sabe cuidar de sí mismo.

—Eso espero.

Seguimos esperando. Un solitario ayudante de camarero con gafas de culo de botella se movía de un lado para otro limpiando las mesas. Su caminar y sus movimientos me molestaban por alguna razón, y cuando vislumbré su cara sin las gafas supe el porqué. Era la forma de andar marcada y ágil de un retrasado mental. Se movía de mesa en mesa, limpiando y limpiando, después nos miraba y se preguntaba por qué no nos habríamos ido ya. Tendría unos cincuenta años y llevaba la melena gris demasiado larga, tenía una frente cuadrada y franca, y unas cejas grises e hirsutas

que se prolongaban sobre el puente de su nariz. Tenía la boca ligeramente abierta mientras nos miraba a nosotros y al camarero, sin saber muy bien qué es lo que tenía que hacer.

—Puede que debamos esperar fuera —dijo Coldfield.

El camarero vino y le dijo algo al hombre, mientras señalaba la cocina. Él asintió con la cabeza y se fue.

—Sí, creo que es lo mejor.

Nos levantamos, para alivio del personal, y salimos al aire cálido y bochornoso de la noche. Los tiestos de flores ya estaban en el interior y el portero cerró con llave cuando salimos.

—¿Tiene alguna idea de quién lo llamó?

Sacudió la cabeza.

—Vamos, cojamos mi coche.

Coldfield le dijo a su chófer que esperara en la puerta del restaurante por si Escott volvía, se montó en el asiento del conductor y giró la llave. Abrió la otra puerta para mí y apenas me había dado tiempo a cerrarla cuando nos pusimos en marcha. Me fijé en que, mientras conducía con giros bruscos entre los edificios, tenía los labios apretados. Él también estaba preocupado.

Hicimos un circuito fútil en forma de ocho entre las dos manzanas opuestas, y entonces Coldfield frenó, aparcó cerca del toldo y paró el motor. La tensión estaba apoderándose de él, pero la mantenía controlada. No dio un portazo de frustración al salir y yo intenté seguir su ejemplo.

Nos quedamos a la espera durante un rato más. Había un callejón entre el restaurante y un segundo edificio, y escuché un ruido que procedía de allí, pero era tan sólo el personal del hotel, que se marchaba. Fueron saliendo uno a uno por la puerta lateral hasta que, por último, el director cerró con llave. Reconocí al portero y salí detrás de él. Había visto a Escott subirse a un coche viejo con alguien y marcharse, pero no pude conseguir que fuera más específico. Salió disparado hacia su casa y yo volví junto a Coldfield con las malas noticias.

Sus ojos examinaron la calle de arriba abajo, mientras sus manos agarraban con fuerza el puño de plata de su bastón.

—Malditos sean ese idiota y su trabajo —gruñó.

Asentí en silencio. Un coche pasó sin parar. Cada nuevo par de faros nos hacía girar el cuello, pero era en vano.

Oímos otro sonido procedente del callejón —unas pisadas—, pero era el ayudante de camarero de mediana edad. Cargaba con una caja, lo cual me hizo recordar que lo había visto con ella en el callejón mientras los otros trabajadores se marchaban. Pasó por delante de nosotros caminando, miró fijamente a Coldfield, bien porque lo había reconocido o bien por su color, continuó hacia el aparcamiento, y desapareció al doblar la esquina. Un instante después, escuchamos un ruido ahogado, procedente de una garganta humana sorprendida. Coldfield, el chófer y yo intercambiamos miradas

y nos apresuramos a investigar.

El ayudante de camarero se encontraba de espaldas a la pared de ladrillo del restaurante, agarrando de manera protectora su caja. Tres jóvenes que aún no habrían cumplido los veinte lo rodeaban formando un semicírculo a su alrededor. Agrupados cerca del Nash de Escott había otros cuatro del mismo estilo: chicos de la calle, duros y musculosos, con la conciencia social de unas ratas del muelle. No hacía falta ser un genio para adivinar que habían estado intentando robar el único coche que quedaba en el aparcamiento y el pobre ayudante de camarero los había interrumpido.

Durante unos segundos nos quedamos todos paralizados y con la mirada perdida en aquel cuadro, intentando captar toda la escena, pero entonces el chófer sacó suavemente una 38 y se preparó para disparar. Empezó a decir algo, pero una forma larga y delgada describió un arco sobre su grueso brazo. El chófer soltó un grito ahogado mientras se le combaban las rodillas y caía. Un chaval salió tambaleándose de su escondite, y descargó un tubo de hierro sobre la cabeza inclinada del hombre.

El tiempo que transcurrió desde que alzó el tubo y lo dejó caer debió de ser muy breve, pero a mí me pareció que se movía a través de melaza fría. Sin pensarlo, intervine, le arrebaté el tubo al chaval y le golpeé en el estómago con la mano que me quedaba libre. Esta vez, recordé a tiempo que tenía que controlarme. No quería lastimarle los órganos internos.

Los otros chicos se lo tomaron como una señal de ataque. Tres de ellos fueron directos a por Coldfield, que se defendió con su bastón, con la mejor demostración de lucha callejera que yo había visto. Era grande y bastante duro, pero estábamos en clara desventaja. Dos chavales se precipitaron sobre mí con cuchillos que les quité con facilidad. Parecían demasiado lentos comparados conmigo. De un empujón, los envié de forma asombrosa hacia un tercer chaval, y cayeron los tres al suelo. Utilicé el respiro para echar a un lado al chófer y recoger su pistola.

Los tres disparos lanzados al cielo los asustaron. Desaparecieron como el agua en un terreno árido antes de que se apagarán los últimos ecos.

A Coldfield le faltaba algo de aliento, pero lo único que había salido malparado era su esmoquin, que necesitaría algún arreglo. Se acercó y se arrodilló cerca del chófer.

—¿Está roto?

El hombre palpó el brazo con cuidado y sacudió la cabeza.

—No, me ha cogido muy arriba. Puede que el chasquido haya sonado muy fuerte.

—Iremos al médico para que lo vea. Seguiré conduciendo yo por esta noche.

—¿Está bien? —me preguntó.

Fingí estar sin aliento y asentí.

—No hay ningún problema.

—Malditos matones. Las calles ya no son seguras.

Me disponía a preguntarle si lo habían sido alguna vez, cuando me di cuenta de que el ayudante seguía pegado contra la pared, muy asustado.

—¡Oiga! ¿Está bien?

Se retorció sobre su caja. Temblaba demasiado como para moverse, y los ojos detrás de sus gruesas gafas estaban casi fuera de sus cuencas. Me acerqué a él lentamente, hablando de forma tranquilizadora para no atemorizarlo más. Salió a la luz de las farolas. Le castañeaban los dientes. Le pregunté dónde vivía.

Movió ligeramente la cabeza de lado a lado.

—Chicos malos... daño.

—¿Le han hecho daño?

—No. —Se quedó mirando fijamente el brazo del chófer—. ¿Daño?

—¿Dónde vive?

—Número cinco. —Levantó cinco dedos y los contó.

—Eso está muy bien. ¿El número cinco de dónde?

Volvió a contar. Esta vez llegó hasta diez deprisa y esperó mi aprobación.

Coldfield suspiró.

—Detesto decirlo, pero puede que debamos llamar a un poli que sepa a dónde pertenece.

—Puede que lleve encima alguna dirección. ¿Tiene algún documento?

Me miró con asombro.

—¿La cartera? —Intenté. Otra mirada de asombro. Saqué mi propia cartera y se la mostré—. ¿Tiene usted una?

Se hurgó los bolsillos después de dejar su caja en el suelo y encontró una. Abrí la mía y le mostré los documentos que tenía en su interior, pero en lugar de hacer lo mismo, se quedó mirándola fijamente. Con impaciencia, Coldfield se la quitó, y el hombre al instante rompió a llorar como protesta.

—Mía —dijo sin fuerzas, y me miró en busca de ayuda. Le corrían las lágrimas por la cara—. Mía.

Coldfield se echó un poco hacia atrás para que diera un poco más de luz sobre la cartera, y entonces la dobló, se acercó airado al tipo y le dio un puñetazo en toda la cara. Sus ojos echaban chispas.

—¡Eres un maldito hijo de puta!

El chófer y yo nos quedamos mirando, boquiabiertos, y después miramos al ayudante que volvió a ponerse en pie, sujetándose la cabeza por un lado. Al principio no teníamos muy claro lo que estábamos viendo, pero entonces vimos que una parte de la frente del hombre se había despegado sin ningún derramamiento de sangre. Se sujetó el colgajo con el pulgar, lo desgarró del todo y se frotó con cuidado lo que pronto sería un ojo amoratado.

—¿Ahora podría conseguir ese trabajo de *catering*? —preguntó Escott.

A todos nos llevó un tiempo recobrar el habla. Yo también sentía ganas de golpearlo, pero Escott se deshizo en disculpas, especialmente hacia el chófer. Su plan original había sido meterse en su coche y acercarse a nosotros, pero los matones se interpusieron en su camino. Una vez dadas todas las explicaciones, Coldfield se

calmó.

—Pero no siento haberte golpeado; tenía motivos para hacerlo —dijo, todavía molesto. Recordé que detestaba las sorpresas.

—No te culpo por ello, viejo. —Escott abrió el maletero y guardó la caja que contenía su ropa y los utensilios de maquillaje. Sacó una petaca y nos la pasó, lo que hizo que mejorara bastante la atmósfera general—. Mi pregunta sigue en pie: ¿Me uno a los proveedores de *catering*?

Coldfield suspiró.

—Sí, ¿por qué no? Si te dejas matar, eso equilibrará las cosas por lo de esta noche.

Nos dirigimos al Shoe Box, y Coldfield se puso manos a la obra para buscar un médico para su chófer. Finalmente llamó a otro de sus hombres para que lo llevara al hospital, donde le examinarían el brazo adecuadamente. El chófer no culpó a Escott por lo ocurrido, dijo que los ladrones de coches habrían estado allí de cualquier forma y se marchó con su amigo. Mientras bajaban hacia la entrada le oí dar un informe sumamente dramático sobre cómo lo hirieron y cómo el jefe había intervenido y les había sacado del apuro sin ayuda. Probablemente consiguiera algunas copas por esa historia y además la reputación de Coldfield saldría aún más reforzada.

Cuando nuestro anfitrión acabó con el asunto había unas bebidas esperándonos. Él se tomó la suya de un trago y se hundió en uno de los sillones. La radio estaba apagada y el club parecía tranquilo. Los únicos ruidos procedían de los clientes que se encontraban unas cuantas salas más allá y de alguien que se movía de forma ruidosa en una cocina cercana.

—Oiga, Jack. —Me hizo regresar bruscamente de donde fuera que habían empezado a vagar mis pensamientos—. Vamos, tómese algo. Se lo merece después de todo este jaleo.

Me uní a ellos. Escott estaba sentado en el borde de un sofá; tenía una hoja de papel en la mano y la frente arrugada.

—¿Qué es eso?

—Una lista de lo que Paco ha estado trayendo en barco y guardando, pero no me preguntes lo que significa; ésa es la especialidad de Charles. —Vino a la barra y se sirvió otra copa. Al volver, hizo una seña hacia mi vaso intacto.

—¿No le gusta mi bebida?

—Está bien, no soy un gran bebedor.

—Más bien eres un luchador. Estaba ocupado en ese momento, pero pude ver algo, y nunca en mi vida había visto a nadie moverse tan rápido.

—Es asombroso lo que puedes hacer cuando estás asustado.

Resopló y alzó el vaso.

—Era para estarlo.

Pensé en fingir dar un sorbo, pero no sería suficiente, pues me estaba observando detenidamente. Me preparé y tragué. La cosa cayó por mi garganta y golpeó mis

intestinos como plomo ardiendo.

Coldfield interpretó mi expresión al instante.

—Creo que no es un gran bebedor, no.

—Tengo mal el estómago, eso es todo, siempre lo he tenido. —Seguí tragando intentando mantenerlo dentro, y sintiéndome como un globo a punto de estallar. Escott me proporcionó alguna distracción al sacudir su cabeza sobre el papel.

—Pasa algo con esto, no hay duda, pero necesito más información. Mañana tendré que descubrir quién es el que en realidad encarga esto y dónde acaba cuando sale del almacén.

—Está bien, pero asegúrate de presentarte ante los proveedores de *catering* cerca de las seis, o se marcharán sin ti. Les he hecho saber lo que estás tratando de obtener y les he dicho que no organizarías ningún escándalo. ¿Vas a volver a hacer esta interpretación?

—Claro.

—¿Qué pasa con Jack? Dijiste que querías que entrara también.

—No exactamente. Le pediré al señor Fleming que permanezca por los alrededores con el coche. Si las cosas se ponen muy calientes, saldré de allí y él nos llevará lejos. —Me miró—. ¿Está de acuerdo? —Antes había estado demasiado absorto como para prestar atención, pero ahora sus ojos se movieron rápidamente del vaso vacío a mi cara y comprendió lo que había pasado.

Traté de esbozar una débil sonrisa, pero mantuve los labios cerrados con firmeza, para que entendiera que tenía un problema urgente.

Escott le dio a Coldfield las gracias por todo, dijo que teníamos que ponernos en marcha, y luego me hizo salir sin ceremonias del Shoe Box y me metió en el coche en un tiempo récord. Después de recorrer una manzana le dije que se echara a un lado de la carretera. No podía resistirlo por más tiempo. Lo hizo, abrí la puerta y me asomé para el estallido. La bebida salió disparada hacia la cuneta como el chorro de una boca de riego en un parque de bomberos. Escupí las últimas gotas, parpadeé varias veces mirando hacia abajo, hacia la suciedad y me olvidé de agarrarme con fuerza al marco de la puerta cuando me sacudió el mareo. Escott me cogió del brazo para impedir...

—¿Señor Fleming?

... que cayera sobre el agua negra. Una mano fuerte en mi cuello me obligó a bajar la cabeza...

—¿Fleming?

... el esfuerzo de vomitar, la falta de aire, la sangre se agolpaba por detrás de mis ojos...

—¡Fleming!

Tiró de mí para ponerme recto y evitar que me deslizara por debajo del salpicadero.

—¿Qué le pasa? ¿Fleming?

—Un sueño... en el barco.

—Ha recordado algo... ¿El qué?

Tuvo que esperar un minuto largo para que se me pasara el temblor, y todavía tenía convulsiones en la mano izquierda cuando le conté lo que recordaba. Él la miró y después levantó la vista hacia mí.

—Ha tocado un nervio, ¿no es así?

—Ya casi se ha pasado.

—¿Había tenido alguna vez un ataque de este tipo?

—¿Ataque?

—Cuando veo a alguien que se debilita de esta manera, yo lo llamo un ataque, y en su caso no parece el primero.

—Sí, tuve uno hace unos días cuando intenté recordar qué era lo que me había pasado antes de despertarme en la playa. Es como si ya no estuviera allí. No me gusta esa pérdida de control.

Hizo un ruido de comprensión.

—¿En su última experiencia se encontraba en un estado de tanta agitación como ahora?

—Por desgracia, sí. Salvo que entonces me pasó intentando recordar y esta vez liberándome de esa cosa...

—¿La memoria se disparó espontáneamente?

—Sí, así es.

Carraspeó como un médico y me indicó con un gesto que cerrara la puerta, antes de meter las marchas y poner el coche rumbo a mi hotel.

—¿En qué está pensando? —preguté.

—Es sólo una idea... Pensaba en una reconstrucción de su último momento a bordo del barco...

—Lo intento, pero es muy difícil reconstruir algo cuando no se sabe cómo sucedió la primera vez.

—Sabemos que lo golpearon y le dispararon.

—¿Quiere golpearme y dispararme? —dije con cautela.

—Sólo es una sugerencia, nada más.

—Olvidémonos de ese método hasta que pueda considerarlo.

—Como desee. Después de todo, podría perder mi licencia si asaltara a un cliente, aunque sea en beneficio suyo.

Observé cómo pasaban las calles a nuestro lado, mientras esperaba que remitiera el hormigueo de la mano izquierda.

—¿Sigues queriendo que vaya mañana?

Se quedó sorprendido.

—¿Por qué piensa lo contrario?

Cerré el puño y volví a abrirlo estirando los dedos.

—Por esto. Porque podría fastidiarle.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo.

—He conocido anteriormente a algunos detec... investigadores privados, y normalmente lo último que quieren es que sus clientes no los dejen ni a sol ni a sombra mientras trabajan.

—Normalmente es así, pero en este caso, a sol lo tiene más difícil...

—Qué gracioso.

—Además usted es esencial para nuestro éxito. Seguramente es consciente de la extremada utilidad de sus habilidades.

—¿Por moverme por ahí sin que me vean? Ajá, aunque no esté demasiado seguro de lo que estoy buscando.

—En ese caso, puede que lo sepa cuando lo vea, como media docena de cajones de embalaje marcados como piezas de recambio. Tendrá mucha más libertad de movimiento que yo. Sólo tiene que evitar que le descubran.

—Más o menos lo que suponía. Pero ¿cómo llego allí? A las seis no me habré levantado aún.

—Puede utilizar mi coche. Lo dejaré en su hotel después de haber acabado mis investigaciones. En el asiento encontrará un mapa marcado que le indicará cómo llegar al lugar.

Salí a las ocho menos cuarto de la noche siguiente y seguí las indicaciones que me había dejado clara y meticulosamente escritas. Además del mapa, había un croquis de la casa y de los terrenos colindantes, y junto a la carretera, marcado con una X, había un lugar recubierto de arbustos donde podía aparcar sin problemas. Paco se tomaba su intimidad muy en serio. Había advertencias sobre guardias armados, alambradas altas, e incluso perros guardianes, todo lo cual yo tenía la intención de evitar.

El lugar estaba lo bastante lejos de la ciudad como para crear la ilusión de encontrarse en el campo. Los alrededores estaban muy iluminados por las estrellas y la luz de la luna. No había oscuridad sobre la que pudieran posarse mis ojos; incluso las sombras más profundas bajos los árboles habían sido reducidas a pequeños parches grises desprovistos de misterio y miedo. La oscuridad se había acabado para siempre para mí. Quizás esa noche me encontrara con el responsable.

Veinte cautelosos minutos más tarde me encontraba agazapado por debajo de la ventana que Escott me había indicado. Estaba mentalmente nervioso, pero sin las señales físicas que con frecuencia acompañan a la excitación. Mis pulmones no bombeaban con rapidez, mi corazón no martilleaba a la espera de la acción, ni siquiera estaba sudando. Tenía las manos secas. La única prueba de agitación interna era la extrema rigidez que presentaba mi columna vertebral. Eso me ayudó a permanecer inmóvil mientras esperaba y fue suficiente para volverme invisible ante los guardias que patrullaban de manera ocasional. Tan sólo era otra sombra entre los arbustos.

Escott me llamó en voz baja desde la ventana. No había moros en la costa, ni

dentro ni fuera. Mi cuerpo desapareció y volvió a aparecer detrás de él en la misma posición agazapada en la que me encontraba anteriormente. Me desentumecí lentamente, e intenté orientarme. Estábamos en el baño.

Escott estaba mirando por la pequeña ventana y entonces se giró dando un respingo.

—Dios mío, es desconcertante —susurró. Hice un gran esfuerzo por no sonreír ante su reacción—. ¿Está bien?

—Perfectamente. —Me quedé mirando con fascinación su trabajo de maquillaje: era perfecto—. ¿Puede ver con esas gafas?

Sacó una hoja de papel con un tosco croquis.

—Esta es la cocina, donde estaré yo... De momento me han asignado fregar los platos y tengo abierta la ventana que está encima del fregadero, por si necesitamos hablar. Este es el comedor, los invitados todavía están ahí. Aproximadamente unos treinta están armados. A los encargados del *catering* sólo nos está permitido entrar en estas zonas, el resto es su territorio. El despacho de Paco no debe de ser difícil de identificar, pero lo que debe buscar en particular es el sótano. En la cocina hay una puerta cerrada que da allí, pero me inclino a pensar que hay otra entrada.

—¿Piensa que la puerta cerrada es para proteger algo más que su licor?

—Espero que sea así, desde luego. Quiero saber dónde ha metido todo el dinero que ha pedido prestado a Slick Morelli.

—¿Debo buscar algo en particular?

—Cualquier cosa que vea que esté fuera de lugar en una casa normal... o incluso en esta. Quizás incluso su lista, si han sido lo suficientemente descuidados como para dejarla por ahí. Podían haberla conseguido de Benny Galligar durante la última semana.

—O'Hara.

—Lo que sea.

Asentí con la cabeza porque parecía nervioso.

—Está bien, no se preocupe por mí. ¿Cuánto tiempo estará aquí?

—Se supone que mi grupo se marchará hacia las once. Les diré que me dejen cerca del coche y le esperaré allí. Deberá ser lo más discreto posible.

Parecía que había tiempo de sobra y así se lo dije.

—Será mejor que vuelva a sus platos. Si descubro algo se lo haré saber.

—He aprendido a ser un hombre paciente, señor Fleming. Buena suerte.

Salió por la puerta y me quedé a solas, sin ni siquiera mi reflejo como compañía. Le di tiempo para que se alejara y después salí flotando del baño. Considerando su proximidad con respecto al comedor y la cocina, sufriría un desfile constante de intrusos. Mi descenso invisible hacia el vestíbulo me mantenía a salvo. Pero tendría que materializarme pronto para orientarme. Pasaron dos hombres caminando, cuyas voces se apagaban y amortiguaban en mis oídos. Seguí su estela hasta que desaparecieron. Intenté volver a mi forma de una manera parcial, pegando lo que

debía de ser mi espalda contra la pared.

El zumbido confuso del ruido de fondo se transformó en los tonos familiares de una conversación clara, procedentes de una sala grande y de puertas dobles que había a mi derecha, en la que estaban cenando los invitados. En el pasillo inferior izquierdo había una intersección en forma de T. Escogí el brazo derecho de la T y empecé a abrir puertas.

Encontré armarios, algunos dormitorios pequeños que aparentemente pertenecían al personal de la plantilla, y otro baño. Al no obtener ningún resultado probé suerte por el otro brazo de la T y encontré más de lo mismo, con la única excepción de una puerta cerrada que resultaba alentadora. Pasé a través de ella como un fantasma y sentí que el suelo disminuía en una serie de ángulos rectos que descendían. Era la otra entrada al sótano. En el descansillo del fondo había otra puerta cerrada, que tampoco le sirvió de nada a su propietario.

Una vez en su interior, me materialicé parcialmente y hallé el premio gordo. Era un laboratorio muy bien iluminado, repleto del tipo de cosas que había visto en la escuela universitaria cuando me dormía en las clases obligatorias de química. Era tan grande como mi antigua clase, pero estaba más ordenado y parecía más nuevo. Lo único que no tenía en común con la escuela superior era el matón de la cara chupada que se encontraba tranquilamente sentado a metro y medio de mí. Tan sólo mi carencia de movimientos bruscos y su completa absorción en una revista le impidieron descubrir mi intrusión. Desaparecí, me puse detrás de él y volví a adquirir forma.

Su cara no me resultaba familiar, pero su ropa llamativa y sus nudillos callosos bastaban para identificar a qué se dedicaba. Sobre una mesa cercana había medio vaso de leche con migas flotando y un plato de galletas que el tipo sumergía en la leche de vez en cuando. Me llamó la atención su revista: también estaba interesado en las aventuras de las Sombras e iba por la mitad de La isla del terror. Algún día tengo que escribir a Walter y hablarle sobre su fan gánster.

Sin molestarle, comprobé tranquilamente el resto del lugar. Al fondo había una puerta con un panel de cristal que daba a un área oscura dedicada al horno y luego continuaba hacia las escaleras de la cocina. También había una bodega de vino cerrada, un lavadero, varios muebles antiguos y un montón de polvo. Al volver por el camino del laboratorio, volví a subir a la T, bajé por su base y exploré otro pasillo. Aquella zona no prometía mucho, pues sólo contenía algunos saloncitos; no vi nada parecido a un despacho hasta que llegué a la última puerta. Estaba cerrada, pero eso no fue ningún problema.

A Paco le gustaba presumir. El interior de su santuario parecía el decorado del despacho de un presidente. Estaba lleno de tapicería de terciopelo y cuero, madera negra teñida y pinturas al óleo de paisajes tradicionales con marcos de oro. El único retrato era de un hombre de aspecto de bulldog, con rasgos duros y ojos saltones. Se parecía lo bastante a Sanderson como para ser un pariente cercano. Era difícil

determinar su altura, ya que la pintura estaba hecha a mayor escala que el natural. No despertó ningún recuerdo en mí y me pregunté si el pintor sería realmente muy bueno.

Mi formación como detective se limitaba a lo que había aprendido viendo películas, así que empecé buscando una caja fuerte por detrás de los cuadros, pero no hubo suerte. Los cajones del escritorio estaban cerrados y, como Escott no quería dejar ninguna señal evidente de intrusión, no los toqué y revisé los papeles que habían dejado por encima. No había nada importante en ellos, sólo algunas notas sobre la fiesta y algunos garabatos.

Probé a subir las escaleras y sólo encontré más dormitorios y baños, así que renuncié y regresé sigilosamente a la cocina. No podía sacar nada en claro del ruido y de la confusión de voces que había allí, y vagué hacia el exterior para mirar por las ventanas. Las cortinas estaban descorridas y los bastidores de las ventanas, levantados para dejar pasar algo de brisa. La cocina estaba llena de humo y repleta de gente ocupada preparando montañas de comida. Al mirar por una ventana, me encontré cara a cara con Escott, que estaba inclinado sobre una pila de platos y levantó las cejas manchadas de espuma. Golpeé suavemente la ventana para llamar su atención y le dije que fuera a la puerta de la bodega. Asintió sin entusiasmo como para sí. Estaba tan metido en su personaje que me asaltó la duda de que realmente me hubiese escuchado y entendido. Pero, al cabo de unos minutos, cuando abrí la puerta desde el interior, él estaba girando el pomo y se encontraba en el pequeño descansillo que había a continuación.

Le expliqué el problema que tenía con el laboratorio: podía entrar en cualquier parte, pero me faltaban sus conocimientos.

Se guardó las gafas postizas en el bolsillo y se frotó los ojos.

—Puedo ausentarme de los platos el tiempo suficiente para echar un vistazo. Indíqueme el camino.

Fuimos directamente a la puerta con el panel de cristal y miramos dentro desde la seguridad de la oscuridad que nos rodeaba. Sus ojos se iluminaron al ver todo aquel equipamiento. Se lo quedó mirando fijamente durante casi un minuto, y después me cogió del brazo y nos echamos hacia atrás.

—¿Qué es lo que pasa? —susurré.

Sacudió la cabeza con un pequeño movimiento de impaciencia.

—Tengo que entrar ahí. ¿Puede deshacerse del guardia?

—¿De forma permanente?

—No hay por qué ser tan radical, si no le importa... Espere, se está moviendo.

Retrocedimos un poco más hacia las sombras, y observamos a través del cristal. El hombre dejó la revista abierta sobre la mesa, se masajeó la espalda, se levantó y se estiró. Comprobó la hora, bostezó y abrió la puerta que daba a la escalera, antes de cerrarla por fuera.

Me lancé hacia adelante, me colé a través de nuestra puerta y dejé entrar a Escott.

—Sólo tiene unos minutos.

—¿Cómo lo sabe?

Señalé el vaso de leche vacío.

—Ha ido al váter a deshacerse de eso, no le llevará mucho tiempo.

—Excelente deducción —dijo con tono de aprobación, y se puso manos a la obra. Se paseó por toda la sala, inspeccionando la variedad de tubos de cristal y matraces, y abriendo las vitrinas. En una de ellas encontró una especie de libreta escrita a mano y en otra una pequeña caja fuerte. Reprimió un grito de triunfo, la dejó sobre sus piernas y trató de abrirla. Ambos nos sorprendimos cuando la cerradura giró y la puerta se abrió.

—¿Qué hay dentro?

—Algo extraño —dijo más para sí que para mí. Abrió la libreta y revisó una página tras otra, visiblemente desconcertado.

—¿Pasa algo?

Parecía demasiado ocupado como para prestarme atención, y volvió a examinar unos recipientes de cristal cerrados que parecían estar llenos de cromo líquido. Golpeó uno y la superficie convexa vibró como un espejo derretido. Los dejó, buscó y localizó provisiones de sustancias químicas en una alacena. Leyó las etiquetas, pero abrió uno de los recipientes para asegurarse de su contenido. Un olor a huevos podridos impregnó el aire, y Escott puso la cara de un chiquillo a quien acabaran de regalarle todo lo que había pedido por Navidad.

—Vamos, ¿qué es?

—Ninguna fuente de calor real salvo esos quemadores Bunsen —murmuró pensativamente—, pero eso podría discutirse. ¡Bueno, bueno! Ya podemos irnos.

—Me alegra oír eso.

Volvió a dejar todo en su sitio salvo la libreta, y salimos diez segundos antes de que el guardia volviera. Se puso cómodo de nuevo con la revista y siguió leyendo.

—¿Por qué no está en la fiesta? —susurré.

—Puede que sea tímido. Vamos.

Tras volver a las escaleras de la cocina, Escott se sentó en el segundo peldaño más bajo, sacó una linterna pequeña y examinó la libreta. Cinco minutos más tarde una risa silenciosa le provocó tales convulsiones que tuvo que cerrarla para recobrar la respiración.

Me alargó la libreta.

—Aunque no encontremos nada más, esto sería prueba suficiente de las tendencias criminales de Frank Paco. ¿No se dice que no puedes estafar a un hombre honesto?

—¿Qué es?

Me respondió soltando un latín lentamente y con evidente placer:

—Magnus opus.

—¿Qué gran obra?

—Abra la primera página, y lea lo que está escrito a la cabeza.

—«Lo que está encima es como lo que está debajo, y lo que está debajo es como lo que está encima». ¿A qué se refiere? ¿Gente que se entierra?

—Se trata de un tipo de filosofía, una búsqueda de la iluminación que hace tiempo se volvió corrupta y siniestra por culpa de charlatanes innobles. Ya ha visto el mercurio y el azufre. Lo único que faltaba era un horno purificador. Esto, querido amigo, es alquimia.

—Alquimia —repetí sin comprender—. ¿Paco está intentando crear oro?

—¡Bah! El hombre no tiene la formación necesaria.

—Entonces tiene un químico a su servicio.

—Más bien un químico y físico. —Sacudió la cabeza—. No uno de verdad, sino un fraude en el sentido amplio de la palabra.

—¿Un estafador?

—Precisamente.

—¿Alguien ha convencido a Paco de que puede convertir el plomo en oro?

—No el plomo, sino el mercurio. Se encuentra por encima del oro en la tabla periódica, y no muy lejos. Las notas de la libreta indican que planean utilizar radio...

—¿Radio?

—... en algún proceso exótico para reducir un número atómico o dos del mercurio, para así crear oro o platino.

—Eso es imposible.

—En teoría parece posible, pero sólo en teoría.

—¿Es imposible?

—En el estado actual de la ciencia sí, pero la idea puede ser maravillosamente rentable si se presenta de la manera adecuada ante oídos codiciosos y receptivos. Se trata de un estafador profesional, de genio excepcional y no poca osadía. Sería un honor conocerlo.

—¿Pero dónde puede conseguir radio?

—No tiene que conseguirlo... Eso es lo que encontré en la caja fuerte.

—¿Una caja fuerte abierta? Pero si el radio es más caro que el oro.

—Exageradamente más caro y mucho más peligroso, para tenerlo por ahí tirado de cualquier manera. Hace sólo cuatro años se dio el caso de un hombre de Pittsburg que murió trágicamente al ingerir una medicina de un curandero que contenía sales radiactivas. El radio que ellos han escondido en esa caja fuerte no es nada más que un sustituto convincente. Sin duda se lo compraron por una gran suma de dinero al socio del estafador.

—Entonces el radio falso y todo este equipo de laboratorio no es más que *atrezzo*.

—Un nuevo giro de un juego muy antiguo, ¿no cree?

—Sí. Además, puede que Paco sea consciente de ello y esté moviendo los hilos del impostor. Hay mucho rico ahí arriba disfrutando de su bebida y puede que a algunos de los más codiciosos les dé una pequeña vuelta por aquí abajo.

—Muy bueno —admitió—. Parece que he vuelto a subestimar a la oposición. Está bien, de momento pasemos del impostor y pongamos a Paco en su lugar. Selecciona a unos cuantos candidatos crédulos entre sus invitados, les lleva a creer que pueden conseguir una cantidad de oro ilimitada usando el radio como una piedra filosofal moderna y les ofrece la oportunidad de invertir...

—O ayuda para comprar radio...

—Y después los experimentos acaban en fracaso y los bolsillos de Paco llenos con el dinero que no se ha gastado.

—¿Cree que pidió prestado el dinero a Morelli para empezar con esto, para montar este laboratorio?

—Es un telón de fondo convincente, ¿no cree? Hoy he vuelto a hablar con Shoe y me ha afirmado que Paco había pedido cierta cantidad de dinero a Morelli hace unos meses, antes de que usted llegara a la ciudad.

—¿No cree que esté relacionado conmigo?

—Realmente no lo sé. Por el momento lo único que puedo decir es que parece poco probable.

—Pues es una situación interesante.

—¿En qué sentido?

—Paco se ha puesto él mismo al descubierto... Quiero decir que si le sucediera algo a su laboratorio...

—¿Está sugiriendo que hagamos algo precipitado?

—¿Alguna objeción?

—Después de lo que Paco ha estado a punto de hacerme, no soltaría ni una maldición por lo que pueda pasarle, siempre que sea algo tremendamente desagradable.

—¿Tiene alguna idea?

—Sí, pero quiero que la gente de Shoe esté fuera de aquí antes de que hagamos algo. ¿Está el coche en su lugar?

—Como lo señaló en el mapa.

—Bien. Debo pedirle que vaya allí y me espere. El personal del *catering* se marcha a medianoche.

—Claro, ¿pero qué está planeando hacer?

Estábamos hablando muy alto, o nuestras voces se colaron por algún camino inesperado, ya que en ese momento la puerta con ventana de cristal del laboratorio se abrió y se encendieron las luces del sótano. Escott se encontraba de espaldas a él, y su cuerpo escudaba el mío con su sombra. Volvió a ponerse sus gruesas gafas y me susurró imperativamente que me escondiera. Lo último que vi de él fue su expresión de sobresalto cuando yo desaparecí.

—¡Oye! ¿Y tú quién eres? —Unas pisadas muy agresivas se aproximaron y se pararon—. ¡Oye! ¡Te estoy hablando! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Fregar —masculló Escott con la misma voz que había utilizado con tanto éxito

la pasada noche. Me puse detrás del hombre. Si iba a haber algún problema, quería estar en una buena posición para ocuparme de ello.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es lo que estás fregando aquí? No sabes, ¿eh? Vuelve a la cocina. Vamos..., muévete. Como vuelvas a bajar aquí te vas a enterar de lo que vale un peine.

Ambos subieron las escaleras atropelladamente. Empujó a Escott hacia fuera, cerró la puerta con llave, y volvió a tomar posición. Recorrió el sótano para comprobar que no se hubiera dejado a nadie más, pero finalmente volvió al laboratorio con signos de cansancio, y apagó las luces. Parecía aburrido, cosa que no era buena. Un hombre aburrido se pone a vigilar sólo por distraerse. Sea lo que sea lo que Escott tuviera en mente, teníamos que ser prudentes.

Floté escaleras arriba, salí al exterior y aparecí en la misma ventana de antes. Escott estaba ocupado fregando, tratando de recuperar el tiempo perdido.

—Estaré en el coche —susurré.

Él asintió como impelido por el ritmo de una música interior que nadie podía oír, y metió otra pila de platos en el agua con jabón, que ya estaba gris.

Se veía a la legua a los guardias que patrullaban la finca. No tuve problemas para evitarlos, pero los perros eran otra cuestión. Andaban por el otro lado del terreno cuando llegué y en aquel momento se encontraban justo en el camino de mi huida. Uno de los hombres tenía, a poca distancia por delante de él, un gran sabueso mestizo que captó mi olor. Sus orejas se pusieron firmes y vino a la carga, arrastrando a su amo. Me gustan los perros, pero esta vez la capacidad de desaparecer me vino mejor que nunca.

Estaba cerca de un pino y lo utilicé para orientarme. Permanecí cerca del tronco para no dejarme llevar por el ligero viento. El hombre y el perro se aproximaron y él dejó al animal que olfateara por ahí. Sin embargo, en cuando entró en contacto conmigo, el perro soltó un aullido de infelicidad y decidió buscar alguna otra cosa a la que amenazar que encajara un poco mejor en el campo de su experiencia. Se separó y salió corriendo. Su amo, sofocado y molesto, tuvo que ir tras él.

Tenía vía libre para salir corriendo de allí. La conmoción estaba despertando el tipo de atención que solamente tiene un buen recibimiento en un circo de tres pistas. Me materialicé de nuevo y, con un movimiento rápido, salí del escenario del payaso y el perro y encontré la alambrada por la que había entrado trepando. Fueron cinco largos minutos de penoso avance entre maleza, zarzas y una larga extensión de hierba, hasta llegar al coche, y algo de decepción una vez allí, ya que no había nada que hacer salvo esperar a Escott. Durante las dos horas siguientes estuve quitándome el follaje de la ropa, dando patadas a las piedras y agachándome cada vez que asomaban un par de faros por la carretera.

Poco después de las doce, un camión grande subía retumbando desde la casa de Paco y paró unos segundos. Una sola figura alargada saltó desde la parte de atrás, se despidió de alguien que estaba en su interior, y se quedó allí, frente al tubo de escape,

mientras el camión se marchaba. Escott caminaba dando saltos, como si estuviera de vacaciones y no hubiera pasado toda la noche fregando platos para un hombre que había intentado matarlo.

—Siento la interrupción anterior. Ciertamente, me alegra que el tipo no lo haya descubierto.

—¿No le ha causado ningún problema?

—En absoluto. En primer lugar, creo que el hombre no tenía ninguna gana de informar a nadie de que una persona de mi aparente capacidad intelectual hubiera logrado bajar allí, porque podría hacerle quedar muy mal.

—Muy bien, no quería tener que hacer algo que pudiera lamentar. ¿Va a quitarse esa cara?

—Sí, de todas formas está empezando a levantarse a causa del sudor. —Abrió el maletero del Nash y encendió una pequeña linterna con una pieza de cristal rojo sobre el foco en lugar de la habitual cubierta clara. Advirtió que me había fijado en ella.

—Puede que usted tenga una visión nocturna excelente, pero yo debo protegerme lo mejor que pueda.

Fijó la luz para poder trabajar, y empezó a abrir una gran caja de metal, de esas que se despliegan en varios niveles, como las que utilizan los pescadores para guardar sus cebos y el resto del equipo. En lugar de anzuelos y un sedal de reserva, contenía un amplio surtido de maquillaje, polvos, brochas, esponjas y una docena de cosas diferentes que yo no sabría identificar en todo aquel desorden. Era la única de sus cosas que no estaba completamente limpia y ordenada.

Ante una luz que para él era bastante débil, fue quitándose rápidamente las gafas, la frente postiza, unos dientes que sobresalían de su mandíbula inferior, una desgredada peluca gris y unos cuantos mechones de pelo. Se untó una crema fría y se limpió el resto del maquillaje con una toalla fina que había visto tiempos mejores; después cerró el equipo. Se quitó la bata blanca de friegaplatos y se abrochó una camisa oscura en su lugar.

—Ya podemos ponernos a trabajar.

—Mantengo la pregunta: ¿qué ha planeado?

Volvió a buscar en el maletero y sacó la respuesta a mi pregunta.

—Está bromeando. ¿Va a llevar eso consigo?

—Trato de estar siempre preparado y no, no estoy bromeando. Puede ponerlo donde sea más conveniente.

—¿Dónde? ¿Quiere que se lo meta a Frank Paco por...?

—No sea grosero. Se ha endeudado de manera imprudente con Slick Morelli para construir unas instalaciones en las que «producir» el oro de sus sueños. Usted ha sugerido que esas instalaciones fueran destruidas...

—Bueno, no con esas palabras...

—Sería un revés que tal vez no pudiera permitirse.

—¿No podría volver a empezar?

—Pienso que no, ya que su credibilidad entre la comunidad criminal se verá destruida una vez que la historia trascienda, y yo puedo asegurarme de que así sea. Le costará mucho poner en marcha las cosas y no podrá liquidar la deuda con su acreedor.

—Tal vez consiga que se le carguen.

—Ésa es una posibilidad. Si tiene dudas dígamelo ahora, porque esto es un delito grave.

—Mi asesinato también lo fue. Paco nos debe una, así que vamos a cobrarla.

Capítulo 6

Entré silenciosamente en la casa por la cocina y empecé a recuperar la forma, pero me di cuenta justo a tiempo de que debía esquivar a dos hombres que estaban haciendo una incursión de última hora en el congelador.

—¿Has visto eso? —preguntó una voz distorsionada.

—¿El qué?

—Me ha parecido que algo se movía por allí.

—Entonces comprobémoslo.

Me mantuve tranquilo, incluso cuando algo extraño se introdujo dentro de mi cuerpo incorpóreo.

—Jesús, aquí hace un frío del demonio. Cierra eso.

—¿Ves algo?

—No.

—Como hables así, el jefe se pensará que estás borracho.

—Pues no me vendría mal un trago.

Los dejé con su comida y me dirigí al sótano. El laboratorio estaba como cuando me fui de allí, con el guardia de «la leche con galletas» y todo. Lo intenté, pero no pude conseguir que aflorase en mí ninguna antipatía hacia el tipo, por lo que tuve que hacer un verdadero esfuerzo para darle un buen golpe detrás de la oreja para poder trabajar sin interrupciones. Para compensar el ataque, lo coloqué delicadamente sobre el suelo y plegué con cuidado la revista para meterla en el bolsillo de su chaqueta. Después, en un abrir y cerrar de ojos, atravesé el laboratorio, abrí los armarios y los dejé abiertos, volqué los cajones y busqué documentos que pudieran serme de utilidad. Aunque Escott había sido muy meticuloso y seguramente tenía razón en que lo verdaderamente importante estaría arriba, junto a Paco.

En ese momento saqué el regalo de Escott, un único cartucho de dinamita con una mecha de cinco minutos. Haría el trabajo, pero quería estar seguro de que el laboratorio era destruido por completo, y por eso me pasé los siguientes minutos vertiendo varios litros de alcohol por toda la sala. La alacena de almacenamiento estaba llena de artículos que podían utilizarse y todo lo que estaba marcado como inflamable lo añadí al caos general. Me aseguré de que las rejillas de ventilación estuvieran completamente abiertas. No había ninguna ventana que diera al exterior o también las habría abierto. Después de eso le di a las llaves del gas para que los quemadores Bunsen se abrieran a tope y empezó a oírse un silbido en la sala.

Apoyé la dinamita sobre la mesa despejada que había en el centro y encendí la mecha con cierto nerviosismo. En los cinco minutos que llevaría que se incendiara todo, había planeado estar en el coche con Escott y desgastando la carretera de vuelta a Chicago.

Me cargué sobre los hombros al guardia, que, gracias a mi nueva fuerza, me pareció increíblemente ligero. A continuación abrí la puerta del laboratorio que

conducía a la intersección en T y volví a cerrarla con llave. Subí las escaleras con mi carga, abrí la segunda puerta que daba al pasillo y deje al hombre a un lado, en el suelo. Me quedé de espaldas al pasillo mientras estaba ocupado con la puerta. A mi espalda, demasiado tarde, escuché el sonido sordo de una ametralladora que se preparaba para disparar. Mi suposición de que en la entrada habría menos trasiego que en la cocina había sido errónea.

—Quieto ahí, amigo —me dijo una voz.

Tuve que obedecer mientras me preguntaba cómo podría entretenerlos. Si desaparecía en ese momento, podían comprobar el sótano y, dependiendo de su suerte, podían impedir la explosión o saltar por los aires. Tenía dos hombres por detrás de mí. Uno de ellos se aproximó, y yo subí las manos lentamente.

—Quítate de en medio, Harry.

Harry gruñó y asintió. Me registró con manos rápidas y profesionales.

—Está limpio —anunció, y volvió hacia atrás.

—¿Qué está pasando? —preguntó otra voz más autoritaria.

—Hemos cogido a un ladrón, señor Paco.

—Comprueba el laboratorio, Harry.

Hice un movimiento para detenerlo, pero el tipo volvió a decirme que no me moviera. Harry bajó las escaleras.

—La puerta continúa cerrada con llave, señor Paco —gritó.

—¿Entonces cómo ha sacado a Newton, idiota? Sube aquí y regístralos. Tiene que tener las llaves o algo.

Mis músculos se estaban poniendo tensos. La voz de Frank Paco había tocado un nervio que tenía dormido en mi cerebro. Necesitaba tiempo para pensar, para recordar...

—¡Tú! Date la vuelta.

Me giré lentamente y disfruté de la perplejidad, el reconocimiento, y después la conmoción en el rostro de Paco.

—Fleming —dijo con un resoplido lento. Sólo yo pude escucharlo. Sentí cómo una sonrisa malévola recorría los rasgos de mi cara.

El retrato de la oficina había sido demasiado favorecedor... El artista debió pedir una pésima comisión. Había plasmado su cara ancha y sus ojos saltones, pero también había omitido la dureza de su interior y la desconfianza que mostraba su boca. Era más bajo que Sanderson, pero de constitución muy parecida; voluminoso, pero con músculo, no grasa, y sin miedo a utilizarlo. Sin embargo en ese momento, al verme la cara, retrocedió un paso lleno de temor.

—¿Señor Paco? —dijo, vacilante, el hombre de la ametralladora.

La necesidad de imponer su autoridad anuló su confusión. Se enderezó y me miró fijamente, ignorando sus primeros instintos. Lógico. Por lo que él sabía, Jack Fleming había muerto hacía una semana.

—¿Quién eres?

—Me llamo Gerald Fleming. Creo que conoce a mi hermano mayor, Jack.

Paco aceptó la explicación, como yo esperaba. De nuevo sobre terreno firme, recuperó el control de la situación.

—Sí —reconoció con voz razonable—. Conozco a tu hermano.

—Se conocieron la semana pasada, ¿no es así?

—Sí, teníamos que hablar de algunas cosas. Pero tú eres quien contesta a las preguntas aquí, cabrón. ¿Qué estás haciendo en mi casa?

—Pensé que podíamos hablar.

—Hablaremos y será mejor que contestes francamente. ¿Qué es lo que buscas?

No dije nada y mi mirada de ojos rojos lo incomodó.

—Este tipo es una especie de monstruo. Sacadlo de aquí y deshaceos de él.

Harry y el de la metralleta me cogieron cada uno por un brazo y, pasando por delante de Paco, se me llevaron por el palo de la T.

—Deshazte de mí y nunca encontrarás esa lista —grité hacia atrás. Mis escoltas vacilaron.

—¿Qué te hace pensar que la quiero?

—Mi hermano me dijo que andabas tras ella. Él me la dio. Sé que lo has atrapado. Te cambio la lista por él.

Paco se rió entre dientes. La situación le parecía graciosa.

—¿Y qué pasa si ya la tengo?

—Que entonces ya no te molestarías en hablar conmigo. —Puede que el farol dilatara las cosas un poco más. Yo no sabía cómo estaban las cosas, pero estaba seguro de que a bordo del Elvira no había hablado. Puede que todavía quisiera aquella lista—. He venido a buscar a mi hermano. Me has cogido in fraganti, pero estoy dispuesto a negociar.

—Apuesto a que sí. —Paco se acercó, sus ojos estaban absortos en mi cara. Esperaba que mi recuperada juventud pasara su estudio riguroso—. Negociaré contigo igual que lo hice con él. —Levantó la mano e intentó desencajarme la mandíbula. Fingí que acusaba el impacto, moví bruscamente la cabeza y dejé que las rodillas se me doblaran. Los dos hombres que tenía a ambos lados me mantuvieron en pie.

No es que me hiciera mucho daño, pero sentí un frío en las tripas.

Van a matarme... Van a golpearme y a matarme...

—¿Me has oído, cabrón? —La voz de Paco me empujaba hacia la entrada—. Empieza a hablar. Dime cómo has entrado aquí. Dime...

—¿Frank?

—¿Qué? —Sacudió bruscamente la cabeza con irritación. Otro hombre se le acercó tranquilamente. Llevaba ropa de etiqueta y gafas y su cara tenía el aspecto colorado y distraído de un alcohólico empedernido.

—Pregúntale qué es lo que estaba haciendo en el laboratorio. ¿Está seguro el laboratorio?

—Debe de haber entrado de algún modo para sacar a Newton, doctor —dijo Harry—. La puerta está cerrada con llave y yo no tengo la llave para comprobarlo.

—Ah, sí, naturalmente, sujétame la copa. —El hombre hurgó en sus bolsillos—. Tengo las mías justo aquí... umm... en algún lugar.

—Ya se lo he dicho, sólo he venido a buscar a mi hermano —insistí ante la necesidad de distraerlos.

—¿Entonces por qué arrastras de un lado para otro a Newton?

—Pensé que podía utilizarlo como rehén.

Paco no se lo creyó, y no se le podía culpar por ello. Me dio un fuerte puñetazo en el estómago. Me retorcí y recordé que tenía que obligar a mis pulmones a soltar aire. Me encorvé entre los dos que me sujetaban, y fingí algunas arcadas con la esperanza de que mi interpretación fuera convincente.

—¿Cómo has entrado aquí? —repitió Paco.

—Pasé sigilosamente por delante de tus hombres... Abrí la ventana...

—Frank, tú tienes tu llave, debo de haber dejado las mías...

—¡Ahora no, doctor!

—Como haya causado algún daño ahí abajo, te vas a acordar de ese «ahora no».

Paco gruñó y se tanteó los bolsillos. Me puse derecho, acumulé saliva en la boca y le escupí en la cara.

Fue distracción más que suficiente. Paco me miró boquiabierto, inmóvil, con total y absoluta incredulidad. Alzó lentamente su enorme mano para limpiarse. Encontré un placer perverso en la situación y se lo demostré.

—Déjalo ahí —sugerí—. Te sienta bien.

Se puso rojo como la remolacha y me golpeó con tanta fuerza que los dos tipos que me sujetaban me soltaron. Se alzó detrás de mí con los puños preparados y las piernas rígidas, y yo hice una gran interpretación escondiéndome con miedo y echándome hacia atrás. Me golpeó una y otra vez. Yo sólo era ligeramente consciente de los golpes, y sentía el impacto en lugar del dolor. Se desgastaría la mano antes de que pudiera hacerme algún daño real. Sin embargo hice un gran trabajo de interpretación: grité, levanté los brazos, intenté protegerme la cara y las ingles mientras, a cada segundo, me iba alejando un poco más de la puerta del sótano.

Lo escuché una fracción de segundo antes que cualquier otro y, preparado, me cubrí la cabeza y me quedé tirado en el suelo.

La explosión retumbó escaleras arriba, destrozó la puerta del fondo e hizo añicos los cristales de todas las ventanas de la casa. Toda la estructura se tambaleó; tanto el yeso como los cuadros enmarcados saltaron de las paredes al suelo tembloroso. Los hombres que estaban en el vestíbulo saltaron por los aires por la conmoción, y la metralleta se disparó sola e hizo unos agujeros en el techo.

La onda expansiva alcanzó de lleno a Paco, al doctor y a Harry. Paco dio una voltereta sobre mí. La gente gritaba alarmada en las otras partes de la casa y, por debajo de todo, como el ronroneo de un tigre, yo oía el fuego. Era el momento de

marcharse.

Me puse en pie a tiempo de recibir a los refuerzos que entraban corriendo desde el comedor. Se dieron cuenta de que yo era un intruso y dos de ellos me sujetaron mientras un tercero ayudaba a Paco. Él se zafó de las manos que intentaban ayudarlo y vino directo a por mí. Se detuvo a unos centímetros, con una mirada de odio en el rostro.

—Llevar a este bastardo a mi oficina. Qué alguien llame a los bomberos.

Me llevaron a rastras hasta la oficina del otro lado de la casa. Por detrás de nosotros, Paco le hablaba al doctor.

—Levanta, puñetero borracho. Tenemos trabajo que hacer.

Fingí debilidad, con la esperanza de que se descuidaran y me quitaran los ojos de encima un momento de forma que pudiera desaparecer, pero no hubo suerte, no con el jefe justo detrás. Mantuvieron sus ojos y sus pistolas clavadas en mi cabeza hasta que llegó Paco, arrastrando al doctor consigo.

El doctor estaba algo borracho y se tiró sobre un sofá, mientras se sujetaba la cabeza. Paco fue hacia el enorme escritorio, lo abrió con llave y empezó a meter documentos en un maletín.

—¿Qué va a decir Slick de esto? —se preguntó el doctor en voz alta.

—Yo te lo diré —dijo Paco—. Y si todavía te quedara algo de cerebro sobrio dentro de esa cabeza, también te lo imaginarías.

—¿Qué vamos a hacer?

—Un viaje rápido fuera de la ciudad con algunos de mis mejores muchachos hasta que esto se olvide.

—Una frase acertada.

—Y este cabrón también se viene. Slick y yo le apretaremos las tuercas como a su hermano, pero con éste no correré ningún riesgo. Si aparezco con su lista y se la doy, Slick cancelará todos mis pagarés.

—Supongo que vas a hablar con él.

—Te aseguro que hablará. No tiene las agallas de su hermano.

¿Ah, no?

—¿Y qué pasa conmigo?

—No te preocupes, encontraré un lugar seguro para ti hasta que se restablezcan las cosas. —Cerró el maletín de golpe—. Vamos.

Abrieron la puerta que daba al pasillo lleno de humo. Los hombres de Paco estaban apagando el fuego. Él cerró la puerta de un portazo, con un arranque de tos.

—Iremos por la parte de atrás —dijo, y se dirigió hacia la puerta que se encontraba al otro lado de la sala.

En el mismo instante en que tocó el pomo, las luces se apagaron. Sin saber cuánto tiempo duraría, me aproveché de la situación. En cuestión de segundos dejé sin sentido al doctor y a los otros dos hombres. Los ruidos alertaron a Paco. Giró sobre sus talones con una pistola en la mano.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Doctor? ¿Sam? ¡Contestadme!

Le agarré la muñeca, dejando a un lado la pistola y se la retorcí. Gruñó de dolor y soltó la pistola de los repentinos dedos debilitados. Estaba intentando no gritar. Cedí, pero sólo un poco.

—Fleming, eres tú, ¿no es así? Aún podemos hablar. Todavía puedo entregarte a tu hermano. —En ese momento sí que gritó, porque sin darme cuenta le apreté fuertemente la muñeca y le crujieron los huesos. Soltó el maletín y se hundió en el suelo cuando mi mano dejó de sujetarlo.

—No hay trato, Paco —susurré desde la oscuridad.

—¿Qué es lo que quieres? Sólo dime...

Lo que yo quería era algo que no le convenía saber. El odio que tenía dentro estaba creciendo como una cosa viva, independiente, y tenía ganas de soltarlo sobre ese hombre para que lo dejara hecho sangrientas trizas. Lo cogí por la ropa y lo puse contra la pared. Hizo un pequeño movimiento con la mano izquierda. Tenía que haber prestado atención, pero estaba demasiado enloquecido como para darme cuenta. Respiró de una forma levemente más profunda y contuvo la respiración un breve instante, lo que me sirvió como advertencia, pero demasiado tarde. El frío cañón de una derrerger alemana de plata me presionó por debajo del tórax y Paco disparó ambos gatillos.

Dos cometas candentes me traspasaron, dejando tras de sí una dura réplica de dolor. Mi cuerpo sufrió un espasmo por cada bala. Debí de gritar en voz alta como un acto reflejo, porque me dolió como el demonio. Paco soltó la respiración con alivio y esperó a que me cayera.

En lugar de eso le quité de un manotazo la pistola de los dedos y me eché a reír. Incluso a mí me resultó desagradable, y pude imaginarme lo que le estaba provocando a él. Mis pulmones se quedaron sin aire y continuaba riéndome, casi hasta el punto del desmayo, embriagado por la mirada de miedo en su rostro. Luchó por escapar, pero lo obligué a ponerse derecho y lo sujeté contra la pared. Había una débil luz procedente de su ventana que bastaba para que me viera la cara. Sus ojos saltones se abultaron aún más, sacudió la cabeza, y pareció disponerse a gritar, pero finalmente todo se redujo a un gemido que se escurrió de su boca como el babeo.

—¿Qué hay en esa lista? —dije, al tiempo que lo sacudía para puntualizar la pregunta. Sus talones golpearon la pared.

—N... n... números.

—¿Qué números?

—Un c... código... No sé...

—¿Para qué la quieres?

Él forcejeó de nuevo.

—Estás muerto, yo te disparé...

—Tú eres el condenado que me mató, hijo de puta. Dime por qué.

—... muerto, te disparé...

—¿Para qué es esa lista? ¿Por qué la quieres?

—¡Slick! —Soltó el nombre en un grito. Podía haber sido una contestación o un grito de socorro.

—¿Qué tiene que ver Slick con eso?

—Quiere... Él... Ve a buscarlo a él. Déjame marchar, oh Dios, déjame marchar.

—¿Quién mató a Fleming?

—No lo sé.

—¿Lo hiciste tú?

—¡No! —La negación fue demasiado rápida y contundente—. ¡Fue Slick! Él ordenó que se hiciera. ¡Él!

—¿Por qué?

—Para cerrarte la boca. Por favor, deja que me vaya...

—¿Dónde?

—En un yate.

—¿El Elvira?

—Sí.

—¿Quién más estaba allí?

—Fred, trató de decirme... Oh Dios, trató...

—¿Qué? ¿Decirte qué?

—Estás muerto. Vete, vete. —Le caían lágrimas por las mejillas desde sus ojos desorbitados.

Un odio viviente y abrasador estaba golpeando en mi interior, luchando por liberarse, asfixiando mi cerebro como el humo que estaba empezando a asomarse por la sala. Nuestros ojos se miraron fijamente. Primero no pudo apartarlos y luego fue demasiado tarde. Se agarrotó bajo mis manos como un cadáver. Relajó la boca y un sonido atragantado salió por ella. El sonido se dio forma a sí mismo y creció en volumen y longitud hasta convertirse en un auténtico chillido que no tenía nada de humano. Lo solté y me alejé. Otra cosa dentro de mí también lo liberó, y el chillido se fue apagando. Paco se desplomó con la cara contra el suelo y se quedó allí.

Me quedé mirándolo fijamente, asustado y sin saber qué le había hecho. Yo estaba frío y temblaba. Me sentía sin fuerzas, débil. Alguien corría por el pasillo llamando a gritos a Paco. La puerta se abrió, y el humo entró formando nubes en la sala junto con dos hombres cegados, que no dejaban de toser.

Paco todavía estaba vivo, pero no se movía, y cuando le di la vuelta, vi en sus ojos una negrura que daba miedo. Tan seguro estaba de que le había roto la muñeca, como de que le había hecho pedazos la mente. Cuando pensé en lo que él me había hecho, a mí y quién sabe a cuántos pobres más que no pudieron devolverle el golpe, no sentí ninguna lástima por él. Cogí su maletín y retrocedí unos pasos atravesando la puerta por la que habíamos entrado antes de que las luces se apagaran. Por entonces, los recién llegados estaban tropezando con los cuerpos inconscientes.

—¿Qué demonios es esto? Están todos fuera de combate... ¿Señor Paco? ¿Señor

Paco?

Pero Paco continuaba inconsciente.

—Saquémoslos de aquí.

—¿Por la parte de atrás?

—Llevaría demasiado tiempo... Abre la ventana.

Me marché sin hacer ruido mientras los hombres estaban ocupados bajando los cuerpos hacia los macizos de flores que había en el exterior. Nadie se dio cuenta de que en ese momento yo estaba cruzando la finca. Todo el mundo tenía puestos los ojos en la casa. Algunos de ellos eran invitados que todavía permanecían allí con sus trajes de etiqueta, otros eran criados, el resto tenía el aspecto de los matones que eran, y todos ellos se amontonaban en pequeños grupos y miraban fijamente el humo que ascendía desde las ventanas hacia el cielo. Desde el otro lado de la casa oí que pedían ayuda a gritos, pero los hombres que estaban intentando sacar a Paco me ahorraron el problema. Puede que no pudiera verlo ni en pintura, pero no le habría dejado morir ardiendo.

Me fui alejando, atravesé las puertas principales y bajé por la carretera sin que nada se interpusiera en mi camino. Desde la distancia pude escuchar cómo se aproximaba el primer camión de bomberos.

Escott estaba apoyado en el guardabarros del Nash, con el cuello estirado para conseguir una vista mejor de las cosas.

—¿Todo ha salido bien? —preguntó cuando pudo verme.

—Sí, ha sido un verdadero éxito.

—¿Pasa algo?

—No. —Me metí en el coche e intenté tranquilizarme. Me sentía igual que cuando golpeé a Sanderson en la cara, sólo que esta vez había sido la mente de Paco. Eso me preocupaba. Me asustaba el hecho de tener ese poder, y las cosas que podría hacerle a alguien que no se lo mereciera.

Escott arrancó el coche e hicimos el camino de vuelta a la ciudad sin ningún percance. Él me miraba, muerto de ganas de preguntar qué era lo que me preocupaba, pero se obligó a ser paciente. Me encogí de hombros y sacudí el cuerpo, como si hubiera resuelto un problema. No se había solucionado ni de lejos, pero al menos podía dejarlo de lado por el momento.

Él se tomó mis movimientos como una invitación a conversar.

—¿Qué lleva en ese maletín?

Lo había olvidado.

—Unos documentos de Paco. Parece ser que él pensaba que eran lo suficientemente importantes como para salvarlos de una casa ardiendo, así que me los llevé por él.

—¡Madre mía, sí, de hecho deben de ser muy interesantes! ¿Pero no lo vio?

—Sí, me vio, pero me hice pasar por mi hermano pequeño Gerald, inventado en ese mismo momento, y él se lo tragó.

—¿Y no estará buscando a Gerald?

—La explosión y el fuego han sido un duro golpe para él. No creo que esté buscándome en absoluto. Estaba hablando de encontrar un agujero profundo y meterse allí cuanto antes. Si sus muchachos son inteligentes, estarán pensando lo mismo.

—Pues lo son. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Creo que he conocido al alquimista; lo llamaban doctor. Estaba borracho, pero aun así tenía más cerebro que los demás; casi arruina la explosión. La última vez que lo vi lo estaban sacando a rastras por una ventana. Supongo que había tragado mucho humo. Le preocupaba lo que Slick pudiera decir una vez que le llegara la noticia, por eso Paco quería abandonar la ciudad. Está completamente endeudado con Morelli.

—Puede que ahora vengan tiempos difíciles para ellos.

—Yo... Empecé a recordar cosas, la voz de Paco... Estuve a punto de sufrir otro ataque, pero pude evitarlo. Me confirmaron lo que ya sospechaba, que me habían asesinado a bordo del Elvira por una especie de lista codificada. Paco y Morelli estaban detrás de ella, por lo que no son sólo el préstamo y el dinero lo que los vincula.

—También usted y lo que usted sabe.

—Como no hablé... sé que me dieron una paliza de padre y muy señor mío antes de que Paco...

Alzó la pistola hacia mi pecho y disparó. El fognazo llenó mis ojos, caí al suelo...

Mi cabeza se golpeó fuertemente contra el salpicadero. Tenía los zapatos manchados de hierba y humedad. Escott pronunció mi nombre con un tono de preocupación y llevó el coche hacia un aparcamiento. Me levantó presionándome contra el asiento, sacudí la cabeza como un boxeador profesional aturdido, y parpadeé mientras intentaba volver al presente.

—¿Fleming?

—Estoy bien. —De hecho, estaba un poco sorprendido; el tipo parecía verdaderamente preocupado por mí.

—No lo parece —dijo.

Me retumbaban los oídos por el recuerdo del disparo y me sentía débil; la visión se me estaba enturbiando. Me volvía la conmoción de los recuerdos y no podía hacer nada, salvo atacar la causa de esos nuevos síntomas.

—Tan sólo... Déjeme en los mataderos. Iré caminando a casa desde allí, si no le importa.

No le importó.

Puede que más tarde lo hablara con él, pero de momento las cosas que me agitaban el cerebro podían esperar. Ambos estábamos cansados. Por hacer algo, abrí el maletín y hurgué entre los documentos. Hasta entonces no habíamos tenido tanta información. Sin duda, Escott disfrutaría con todo ello más tarde. Entonces encontré

un artículo interesante en el fondo del maletín que pude comprender al instante. Si las letras de la envoltura casera decían la verdad, tenía en mis manos cinco sencillos fardos de veinte billetes de cien: diez mil dólares en total, en la palma de mi mano. Después de pasar tantos años viviendo al límite, tanto dinero en efectivo me hacía sentir condenadamente bien.

—¿Quién dice que no hay justicia? —murmuré.

—¿Qué?

—¿Quiere algo?

Escott lanzó una mirada al dinero y se las arregló para que no nos saliéramos de la carretera.

—Vaya, vaya.

—¿Cree que está marcado?

—Conociendo a Paco, no lo creo, pero será mejor que lo examinemos con detenimiento.

—¿Está insinuando que nos quedemos con ello?

—¿Por qué no? Una vez me preguntó si yo era rico. Dije que a veces. Ésta es una de esas veces. Un poco de dinero extra siempre viene bien.

—Pensaba que estaría por encima de este tipo de cosas.

Parecía afligido.

—Un detective independiente tiene derecho a cualquier recompensa que le permita su conciencia. Si esto es dinero de Paco, mi conciencia puede ser bastante elástica. ¿Lo es? En tal caso, creo que debemos considerarlo como una recompensa suficiente por el trabajo que hemos hecho esta noche. Le daré un buen uso a mi parte, como, por ejemplo, encargar unas reformas en mi casa.

Si se refería a su oficina de dos habitaciones, necesitaría bastante ayuda. Bajé la vista hacia el trozo de tela hecho trizas que tenía a la altura del estómago.

—Creo que yo me compraré ropa nueva.

Escott miró los agujeros.

—Pensaba que olía a cordita. ¿Qué ha pasado?

—Hice enfadar a Paco.

Sabiamente, decidí dejarlo así.

Después de alimentarme y de disfrutar de un buen descanso me sentí mucho mejor. La noche siguiente hice un gran esfuerzo para encontrar una tienda de caballeros que cerrara pronto. Así que examiné detenidamente la publicidad de los periódicos, eché un vistazo al mapa y localicé un lugar cercano que podía cubrir mis necesidades. A continuación bajé las escaleras, cogí un puñado de cambio del escritorio, y me metí en una cabina de teléfono. El operador me pasó con Cincinnati.

—Hola, mamá. ¿Cómo estáis?

Después de la noche pasada necesitaba una dosis de realidad, y utilicé felizmente mi cambio para hablar con ella y con mi padre sobre cosas mundanas. Discutimos un poco por el dinero.

—No pienses que no lo apreciamos, Jack —dijo mamá—, pero no puedes permitirte el lujo de enviarnos veinticinco dólares cada vez. Tienes que ahorrar algo para ti.

Pensé en los cinco mil dólares que Escott se había llevado esta noche. Mis gastos actuales se cubrían con quince dólares a la semana, alquiler y propinas incluidos. Mi comida, naturalmente, era gratuita. A ese ritmo podría ahorrar con facilidad los veinticinco dólares a la semana para mi familia durante los siguientes dos años o más. Puede que para entonces Roosevelt ya hubiera estabilizado la economía.

—Estoy ahorrando algo... ¿Cómo están mis hermanos?

—¿Qué?

—¿Cómo está la familia? ¿Algún otro sobrino o sobrina?

—Sí, Sarah Jane escribió el otro día... —Y se embarcó en un parloteo lineal sobre mis tres hermanos y tres hermanas y la creciente prole de sus nietos. Después le pasó el teléfono a papá.

—¿Dónde te alojas? Queremos escribirte.

—Por ahora estoy en un pequeño hotel y puede que me traslade si encuentro un lugar mejor. —Contesté con evasivas. No quería que se enterasen de que había dado un nombre falso. Le pregunté sobre la tienda y sus compañeros de copas y sobre lo que él pensaba de Hitler, cambiando de conversación cada vez que me hacía una pregunta personal. Lo mejor que se puede decir sobre mi habilidad como mentiroso es que es penosa y mis padres siempre se daban cuenta cuando estaba intentando colarles algo. Lo mejor era mantener una cierta distancia hasta que pudiera descubrir qué era lo que podía contarles sobre mi condición, si es que podía contarles algo.

—¿Qué ha pasado con los reportajes esos? —preguntó—. ¿Tanto se trabaja en una agencia de publicidad? Pensaba que estaban todas en Nueva York.

—Tienen unas cuantas por aquí, y pagan un buen dinero a chicos brillantes como yo.

—¿Cómo...? ¿Qué...? Ah, sí, tu madre pregunta que cuándo nos vas a visitar.

—Cuando tenga vacaciones.

—¿Y cuándo será eso?

—No lo sé, acabo de empezar. Dadme un poco de tiempo para adaptarme a las cosas.

—Sabes que tienes trabajo aquí si lo necesitas.

—Lo sé y gracias.

—Bueno, esto te estará costando una fortuna. La próxima vez, escribe.

—Lo haré, no te preocupes.

Volvió a pasarle el teléfono a mamá, que dijo bastante más de lo mismo, y volvió a repetirme todo de nuevo para asegurarse de que lo había entendido.

—Y recuerda lo que te he dicho sobre ahorrar algo de dinero para ti.

—Sí, mamá.

—Y ten cuidado con lo que comes. No tomes perritos calientes.

—No, mamá, lo prometo.

Se despidió y volvió a pasarle el teléfono a papá; me dijo que no me metiera en problemas y se despidió.

Me quedé un rato en la cabina de teléfono, cabizbajo y con un dolor punzante y frío en mi interior. No había echado de menos mi casa desde la primera vez que la dejé para ir al ejército, de chaval. Al menos en aquel momento sabía que podía volver, que la casa y las cosas seguirían como siempre, pero ése era el pensamiento de un chaval. Sus vidas habían cambiado y yo había cambiado y madurado. No me gustaba necesariamente la situación, pero no había mucho que pudiera hacer al respecto.

Salí rápidamente del espacio cerrado de la cabina e intenté poner un poco de distancia entre la soledad y yo. La depresión no desapareció, pero fue mitigándose con las distracciones que las amplias calles ofrecían. Tras treinta minutos de rodeo me planté frente a la tienda de caballeros que aparecía anunciada en los periódicos.

Estaba cerrada y no tendría a nadie detrás, razón por la que la había elegido. No necesitaba a ningún empleado rondándome y haciendo preguntas incómodas sobre mi aversión a los espejos.

Me deslicé a su interior y dediqué un momento a estudiar el lugar. La ventana de delante tenía las persianas bajadas, pero ese nivel bajo de iluminación era más que suficiente. Si hubiera encendido las luces sólo habría conseguido molestar a algún poli que estuviera de paso. Después de curiosear un poco, busqué un lápiz, un talonario y un par de guantes, y procedí a servirme yo mismo.

Con buena letra, anoté la compra de diversas camisas, corbatas, un par de trajes, algunas otras prendas sueltas, y el verdadero golpe: un esmoquin, completado con una bufanda blanca con flecos para cubrirme el cuello. Pensaba que la bufanda haría que me pareciera más a Fred Astaire que a Bela Lugosi.

La ropa era de buena calidad y con un precio acorde, pero aparte del alquiler y las propinas no había gastado dinero en muchas otras cosas. Pagué tres dólares de más por las compras, puesto que no tenía billetes pequeños, pero pensé que sería suficiente compensación para el propietario de la tienda por mi inconveniente intrusión nocturna. Podía haber salido de allí con las cosas, pero soy un tipo honrado. Además, si informaran del incidente a la policía, probablemente ésta no hiciera nada. Pagué el precio de los artículos y un poco más. Había peces más grandes que coger que un cliente que se atendía a sí mismo con tanta formalidad.

Después de empaquetar todo en un montón de cajas largas y lisas, intenté salir por la puerta de atrás para evitar testigos de mi improvisada imitación de Houdini. Había alarmas en todas las puertas, preparadas para saltar en el momento en que se abrieran, así que estaba obligado a desmaterializarme para salir. No pudieron pasar todas las cajas a la vez, así que dejé caer algunas al suelo. Después de eso hice varios viajes de entrada y salida, agarrando con fuerza las más grandes. Esa noche adquirí mucha práctica, pues tuve que entrar por la puerta de atrás del hotel empleando el mismo

método. Todas las cajas llevaban el nombre de la tienda que yo había «robado», y no quería que me vieran entrando al vestíbulo a esas horas con pruebas acusatorias. En el caso de que la historia del ladrón honrado apareciera en los periódicos de la mañana, lo último que necesitaba era un recepcionista atando cabos. Puede que estuviera siendo demasiado cauteloso, pero a veces la paranoia compensa.

Antes de media noche ya había llegado y mi nueva ropa ya estaba colgada sin las etiquetas. Me di otro pequeño paseo para deshacerme de las cajas y envolturas en algún cubo de basura solitario.

Cuando regresé, Escott estaba sentado en mi sillón fumando en su pipa.

—Sin duda no pierde el tiempo. —Señaló con la cabeza mi armario abierto y su nuevo contenido, y sus ojos se dirigieron al sombrero de copa que había sobre la cómoda—. ¿Está planeando una salida nocturna?

—Puede ser. Por lo que he oído del club Nightcrawler, me imagino que con un traje y una corbata sencillos y viejos no conseguiría pasar de las chicas de la entrada.

Asintió con un murmullo. Si tenía alguna pregunta sobre cómo y dónde había adquirido las cosas, se la guardó para sí.

—¿Es una visita social?

—Más o menos. Me preguntaba si había visto los periódicos.

Sabía de qué me estaba hablando.

—Sí, pero ya sabe cómo se pueden distorsionar las cosas. A los editores les gusta hacer retoques y vender periódicos.

—Es cierto, pero aun teniendo eso en cuenta, gran parte del ejemplar está dedicado a la condición mental de Frank Paco.

—Debía de llevar un tiempo al borde de la locura. El incendio puede haberle hecho caer en picado... o puede que esté fingiendo para evitar que Morelli se cobre su deuda.

—¿Has vuelto a recordar algo desde la pasada noche?

—No he pensado en ello —mentí—. He estado ocupado.

—Yo también. —Sacó cinco mil dólares de su bolsillo interior y me los dio.

—¿Limpios?

—Muy limpios.

—Intentaré no gastármelo todo de una vez. Aunque, ¿no le debo algo?

—¿Por qué?

—Por este caso, ¿o estos días está trabajando gratis?

Emitió un sonido parecido a una carcajada.

—Señor Fleming, ya he recibido unos honorarios excepcionales por este caso y están bien guardados en casa, los cinco mil. Ha sido más que generoso, créame. En realidad, no tenía pensado pasarle factura, especialmente después de evitar que Sanderson lanzase mi descuidado cuerpo al río.

—Está bien, entonces estamos en paz.

—No tiene los mismos horarios que los bancos. ¿Tiene un lugar seguro para

guardar su parte?

—No se preocupe, la guardaré bajo llave.

—Muy bien. —Volvió a cambiar de tema, pero sin variar el tono familiar en su voz—. ¿Sabía que algunos de los hombres claves de la organización de Paco han sido arrestados como sospechosos de incendio premeditado?

—¡Vaya! —Solté una risilla.

—También he estado revisando los documentos que se llevó de allí.

—¡Bien hecho!

—Sí. He hecho copias para referencias futuras y después se los he devuelto de forma anónima a la gente adecuada. Si Paco estuviera ante un tribunal, con toda seguridad iría a la cárcel en lugar de a un hospital.

—Mejor que esté en el hospital; así no puede pagar una fianza y abandonar la ciudad.

—No tiene a un agente de la policía vigilándolo.

—No tropezarán con un tipo que se lo merezca más.

—¿Qué le hizo? —me preguntó con el mismo tono tranquilo.

No estaba preparado para hablar de eso. Él se dio cuenta de ello, pero se sentó y esperó.

—¿Tiene algo que ver con su condición? —dijo después de largo rato.

Tras toda la actividad de la noche pasada yo había tenido que ir directamente a los mataderos; él sabía que no había tocado la garganta de Paco. Un asalto así podría haberlo vuelto loco, aunque en ese momento ni siquiera se me ocurrió intentarlo. Escott estaba buscando algo más sutil.

Evité su mirada.

—¿Le ha visto?

—He hablado con una enfermera.

—¿Cómo está?

—Igual que la noche pasada.

Él quería saber más.

—¿Es el resultado de uno de sus poderes?

Me sorprendí evitando su mirada de nuevo y dejé de hacerlo.

—Dicho así, parece que hable de Chandu el Mago.

—Yo diría más Lamont Cranston.

Se refería a la introducción del programa de radio *The Shadow*. Cada vez que empezaba, a la audiencia se le recordaba su poder para nublar las mentes de los hombres.

—Sí, supongo que fue algo así.

—¿Qué tipo de control tiene?

—No lo sé, ése fue el problema.

—¿Va a aprender a usarlo?

—¡No!

Me dio unos minutos para que me despejara. Recorrí de un lado a otro la pequeña habitación y me quedé mirando por la ventana durante un rato. La calle continuaba allí abajo. Pensé en Maureen y en todas las cosas que me había dicho.

—Señor Fleming...

Su formalidad era irritante.

—¿Por qué no me llama Jack?

—Iba a esperar a que se hubiera resuelto su caso. Prefiero mantener las cosas como una relación de negocios con mis clientes hasta que dejan de ser mis clientes.

Me lo quedé mirando en ese momento. Mi mente estaba concentrada y recé por controlarla. Sus grisáceos ojos habían detenido sus movimientos normales y estaban mirando los míos. Era condenadamente fácil.

—Llámame Jack.

La pipa cayó al suelo con un chasquido, y el tabaco se esparció por el impacto. El movimiento me distrajo lo suficiente. Parpadeó y su rostro resumió la expresión que tenía hacía unos segundos.

—¿Dónde está su pipa? —pregunté.

La encontró y se disculpó por el desorden.

—¿Pero cómo ha llegado ahí? Se me debe de haber ca... —Soltó aire lentamente—. ¿Acaba de hacerlo?

—Sí, le dije que hiciera algo. Que la pipa se cayera ha sido un tema aparte. ¿Entiende ahora por qué quiero dejar las cosas como están?

—Hipnotismo inducido...

—No...

—Jack, no es algo que debas ignorar, esto exige responsabilidad.

—¿Sigo siendo tu cliente?

Era una pregunta rara y él no sabía por qué se la había formulado.

Le dije:

—¿Ves cómo funciona? Ni tan siquiera eres consciente de lo que he hecho. Piensas que ha sido idea tuya. Si te digo que saltes por la ventana cantando «Swanee» lo harás.

—Si fuera hipnosis, no lo haría.

—Sí, eso ya lo sé. No puedes conseguir que una persona haga algo en contra de su voluntad..., pero ése es el tipo normal, no el nuestro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque vi lo que le pasó a Paco.

—¿Lo hiciste a propósito?

—No... no lo sé... También fue algo emocional. No sé cómo funciona, simplemente pasó. Me salí de mis casillas y no quiero volver a hacerlo. No tengo derecho.

—¿Y cómo tienes pensado controlarlo si decides ignorarlo?

—No lo sé... Idearé algo. Podría evitar toda esta discusión diciéndote tan sólo

que lo olvidaras.

—Pues hazlo.

—No. No voy a ir moviéndome por tu cerebro con una llave inglesa para que acabes como Paco.

Escott asintió pensativamente, relleno su pipa y la encendió.

—Casi desearía que el resto de la gente fuera tan moralista, pero entonces me quedaría sin trabajo.

Tardé un minuto en descubrir el contenido de sus suposiciones, más allá de lo obvio, pero es que a veces puedo ser bastante lento. Su forma de pincharme fue más una prueba que una curiosidad. Al parecer mi reacción fue satisfactoria y casi me molestó su juego. Digo casi, porque si invirtiéramos nuestras posiciones puede que hubiera hecho lo mismo que él.

Intenté reírme, pero la risa me salió amarga.

—Sí, soy un maldito Jack Armstrong.

Se puso de pie.

—Si no tienes otros planes, ¿quieres salir a dar una vuelta en coche? A mí me relaja bastante y tengo algo que puede que te guste ver.

No tenía planes, así que acepté. Condujo el Nash tan al norte como daban las calles sin llegar al lago, y después tomó una carretera este-oeste. Redujo la marcha y pasó muy despacio por delante de un edificio de ladrillos de dos pisos que ocupaba toda la manzana. El edificio estaba a oscuras salvo unas ventanas del piso superior.

—El club Nightcrawler —dijo, por si no me había fijado en el neón apagado que tenía en la parte de delante—. Pensé que te gustaría verlo. Cierran los sábados.

Siguió conduciendo manzana abajo y paró. Salimos del coche y pasamos caminando por delante del local, antes de dar una vuelta y volver. Observé que había alguien de pie en el callejón y le dije a Escott que continuara. Nos alejamos del club, fuimos hacia el norte de nuevo hasta que nos detuvimos en la barandilla con vistas al lago. Estábamos tan sólo a dos metros y pico por encima del agua, pero yo odiaba las alturas, por pequeñas que fueran, y me mantuve alejado de la baranda. Escott se apoyó en ella y se quedó mirando fijamente el montón de basura apoyado en la frontera de hormigón de la tierra.

—¿Quién estaba en el callejón?

—Un camarero fuera de servicio, pero vestido de manera elegante.

—Podemos volver a intentarlo más tarde.

Se apartó de la barandilla y se encaminó hacia el este siguiendo el curso del río. No había mucho que ver: algunos barcos amarrados y otros anclados un poco más lejos; todos ellos parecían dormidos a esa hora.

—¿Ves algo allí a lo lejos? —Señaló en dirección a algo grande que había en el lago. La última vez que lo había visto estaba de perfil. En aquel momento su popa miraba hacia nosotros, pero no tuve problemas para leer el nombre.

—El Elvira.

—No puedo estar seguro por culpa de la oscuridad, pero me pareció que estaba en el mismo sitio que esta tarde. En este momento Morelli está a bordo, con su amiga. Pasa allí su tiempo libre siempre que puede.

—Tiene que ser agradable.

—¿Te viene algún recuerdo?

Sacudí la cabeza.

—Lo siento. Ahora mismo es tan sólo un barco más.

Seguimos caminando y dimos un gran rodeo antes de volver al club. Esta vez el callejón estaba despejado, pero no había nada que mereciera la pena ver. Era bastante amplio, para que pudieran pasar los camiones de reparto, y no contenía más que la típica porción de desperdicios en los bordes, la plataforma de carga y descarga habitual y los pasos de las puertas traseras. Al tomar aire de forma fortuita, reparé en la peste a humedad y a vejez. Nada extraordinario: lo normal en cualquier callejón del mundo con un mal alcantarillado.

Volví a sacudir la cabeza ante su pregunta. El local no me era útil para hacer memoria. Volvimos caminando al coche, o al menos lo intentamos. El tipo de la ropa elegante debía de haberse dado una vuelta a la manzana. Era difícil saber quién estaba más sorprendido. Automáticamente se echó las manos al cinturón donde guardaba la pistola.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Marchaos!

Estábamos más que dispuestos a complacerle y nos alejamos de él, pero como un perro guardián, salió al trote detrás de nosotros para asegurarse de que nos marchábamos. Todo estaba discurriendo por cauces pacíficos hasta que salió otro tipo por la puerta de atrás.

—¿Qué pasa, Ed?

—Un par de tipos que ya se van.

—¿Con quién estáis? —nos preguntó.

—Solos, estamos dando un paseo de vuelta a casa —dijo Escott. Lo dijo con acento americano y voz de ligera embriaguez.

—¿Y dónde está vuestra casa?

—Eso no es asunto tuyo. Queréis que nos marchemos, pues nos marchamos. —Se agarró de mi brazo con un balanceo y empezamos a alejarnos.

—Ed.

Ed no necesitó más instrucciones. Se puso frente a nosotros y sacó su pistola. Yo esperaba que estuviera lo suficientemente oscuro para que no pudiera ver nuestros rostros con claridad.

—¿Pero qué pasa? —protestó Escott—. Si ya nos vamos.

—En un segundo —dijo Ed—. Daos la vuelta y bajad las manos.

Nos llevó a la zona de carga y descarga, donde el segundo hombre se unió a nosotros a nivel de la calle. También tenía una pistola. Con la otra mano sacó una linterna. Mientras la agarraba con torpeza para encenderla, sentí cómo se contraían

los músculos de Escott. No nos convenía que aquellos imbéciles nos vieran con claridad. Mientras ellos miraban la linterna, Escott me soltó el brazo y se giró hacia atrás, agarró la mano con la que Ed sujetaba la pistola y lo obligó a soltarla. Yo me lancé hacia el otro tipo e intenté hacer lo mismo. Alzó su pistola y disparó una vez, pero lo desvié antes de que pudiera hacer ningún daño. No perdí el tiempo alejando la pistola de él, sino que simplemente lo golpeé en un lado de la cabeza y lo dejé sin sentido. Cayó con fuerza y dejó de ser una preocupación.

Comprobé que Escott estaba bien. Ed había perdido su pistola y ambos se peleaban y rodaban por el cemento para recuperarla. La quité de en medio de una patada y, cuando se presentó la ocasión entre puñetazo y golpe, me metí y le di un golpe seco. Arrastré a Escott por los pies, y salimos corriendo del callejón hacia el coche, antes de que un disparo perdido pudiera atraer refuerzos. Escott ya había sacado las llaves y estaba preparado. Abrió la puerta del pasajero, y nos deslizamos dentro. El Nash arrancó y salió quemando las ruedas.

Él estaba sin aliento y le corrían pequeñas gotas de sudor por la cara, pero sus ojos brillaban de felicidad. El tipo estaba tan loco que se lo había pasado en grande.

—Ha sido un buen ejercicio —resopló—. Al menos sabemos que se toman su seguridad tan en serio como Paco.

—Eso podría ser un problema.

—Pero no para ti, mi querido amigo. Gracias por echarme una mano, ese tipo era terriblemente rápido.

—Es cierto. ¿Has acabado por esta noche o quieres encargarte de algún estibador errante para completar la faena?

—En otro momento. Créeme, no pensaba que fueran a reaccionar con tantos celos. Puede que les haya alertado mi actuación de borracho. Una lástima, era bien acogida sobre el escenario. Tendré que mostrarte alguna vez mis recortes de prensa. Vaya por Dios.

Paró el coche un poco más lejos, y la rueda delantera derecha chocó contra el bordillo al aparcar. Escott todavía respiraba con dificultad y tenía la piel húmeda y gris.

—¡Oh, mierda! ¡Maldita sea! —Se presionó con una mano el costado izquierdo. La sangre se filtró libremente entre sus dedos—. Ese bastardo tenía un cuchillo. —Se cayó de lado contra mí y perdió el conocimiento.

Capítulo 7

El doctor Clarson era un hombre menudo y de manos morenas que, a simple vista, no parecía muy hábil para el trabajo que estaba haciendo. Llevaba su pelo rizado cortado casi al cero. Tendría unos cincuenta años, pero las canas de sus sienes le hacían parecer más viejo. Sus movimientos eran mínimos, y si tenía alguna opinión sobre vendar a un hombre blanco en su pequeña sala de reconocimiento un lunes a las dos de la mañana, se la guardó para sí mismo de una manera muy profesional.

Escott estaba otra vez sobre la camilla. La sala era demasiado pequeña para albergar a nadie más aparte del doctor y él, por lo que Shoe Coldfield y yo tuvimos que contentarnos con quedarnos plantados en la sala de espera que había fuera. Había seis sillas viejas de madera, con tantas marcas como el suelo, una mesa pequeña que debía de haber servido al recepcionista como mostrador y algunos armarios de archivos antiguos, también de madera. Sin embargo, el sitio estaba muy limpio y olía fuertemente a antiséptico. Shoe parecía preocupado, pero no angustiado. A pesar del aspecto del lugar, confiaba en las habilidades médicas de Clarson.

Yo estaba intranquilo y necesitaba pasearme, pero lo mantenía controlado, tratando de seguir el ejemplo de paciencia de Shoe. Éste permanecía sentado, con bastante calma, en una de las sillas, mientras sus ojos iban del doctor a Escott, por si le necesitaba. Yo no podía dejar de moverme desde mi posición junto a la mesa e intentaba no mirar las manchas de sangre con las que habíamos decorado el suelo cuando llevamos a Escott. Tenía razón, joder, mis manos y la ropa estaban cubiertas de ella. De acuerdo a todo lo que había leído en el pasado sobre el tema de la sangre y los vampiros, tendría que haber sentido otra cosa que no fuera un terror enfermizo.

La sangre que tenía en mis manos estaba pegajosa, y pregunté si había unos aseos cerca. Shoe levantó la vista y me acompañó hasta uno que había en el pasillo de abajo. Lo limpiamos todo lo mejor que pudimos, pero nuestras ropas tendrían que pasar por la lavandería.

En la consulta, las cosas no habían cambiado. Volvimos a sentarnos. Empecé a morderme una uña, un hábito en el que no había incurrido desde que era un chaval. Sabía muy mal, por lo que obligué a mi mano a reunirse con la otra abajo y mantenerse quieta. Yo miraba a Coldfield y me preguntaba por qué no nos habría pedido explicaciones, puesto que tenía derecho a hacerlo, pero no me aventuré a decir nada. Miré la espalda de Clarson y me pregunté qué era lo que le estaba llevando tanto tiempo y si deberíamos llamar a una ambulancia.

Había acomodado a Escott en el asiento y, tras sacar un pañuelo, lo había mantenido presionado contra su costado. El pañuelo se empapó en lo que a mí me pareció un instante, pero en ese momento comprendí que mi capacidad de cálculo estaba distorsionada a causa del miedo. Con la cabeza a la altura del corazón, Escott recobró el conocimiento después de un momento y dijo algo ininteligible, antes de pronunciar claramente mi nombre.

—Estoy aquí. Te llevaré al hospital si puedo encontrar uno.

—No. Vamos a ver a Shoe... Está más cerca.

No tenía una idea mejor y al menos sabía adónde tenía que ir. De alguna manera atravesé el agua y conduje como alma que lleva el diablo hacia el Shoe Box.

Media docena de hombres negros saltaron cuando aparecimos chirriando en el exterior del local, y no podía culparles. Un par de ellos se acercaron al coche, y reconocí a uno de los que había conocido en nuestra anterior visita. Pegó su cara a la ventanilla, abrió los ojos de par en par y puso cara de sorpresa al ver la postura acurrucada de Escott.

—¿Está Shoe por aquí? Su amigo Escott ha sido herido.

El tipo no perdió tiempo observando el cuadro, sino que se enderezó y le gritó a alguien que estaba cerca de la puerta del club, quien desapareció en su interior.

—¿Es grave?

—No lo sé... Es una herida de cuchillo; no la sintió al principio.

—Sí, esas heridas son así. —Hablaban por experiencia propia, pero no entró en más detalles.

Escott tenía los ojos abiertos, pero no parecía consciente de gran cosa. Tenía los labios azules y un brillo de sudor le cubría la cara fría. Yo reconocía una conmoción cuando la veía y sólo deseaba que Coldfield se diera prisa. Tras un par de años presionando el pañuelo empapado, levanté la vista y vi su rostro en la ventana del pasajero.

—Mierda, ¿qué ha pasado?

—Una pelea de cuchillos. Quería venir aquí.

—Es su noche de suerte —dijo. Volvió la vista hacia la entrada del club y le dijo a alguien que se diera prisa. Ese alguien era el doctor Clarson; examinó a Escott y se montó en el asiento de atrás, para indicarme a dónde tenía que dirigirme. Shoe se montó en el otro lado y arrancamos. Paramos tres manzanas más allá, frente a una escalera polvorienta que daba a un edificio oscuro. En el primer piso, un rótulo anunciaba que la oficina del doctor estaba en la sala 201 e indicaba la hora.

Shoe había asumido el deber de presionar cuando Clarson subió a abrir y encender las luces. Entre los dos, Shoe y yo, subimos a Escott a la consulta, con la esperanza de no infligirle más daño. Escott ya debía de estar sufriendo para entonces; sus ojos grises se alzaron ante la fuerte luz blanca y continuaron hacia la parte de arriba de su cabeza.

A medida que se prolongaba la espera, fui fijándome en la débil respiración de Escott. Cada pocos segundos tenía que reprimir el impulso de levantarme y controlar las cosas. Los músculos de mis piernas se ponían en tensión y después se relajaban a la fuerza, pues yo mismo me obligaba a permanecer quieto para no desconcentrar al doctor. Por hacer algo fingí respirar. En esa sala de espera pequeña y tranquila, era posible que Coldfield notara su ausencia como lo había hecho Escott.

Escott...

Al escuchar un suspiro largo y decreciente en la sala contigua, Coldfield se puso derecho en su silla y me miró.

El doctor se irguió e inclinó la cabeza sobre su trabajo. Él era quien había emitido el suspiro que habíamos oído. Nos apiñamos en la entrada para ver. Le había quitado la ropa y le había dejado el tronco desnudo y expuesto, salvo por los vendajes que tenía justo por debajo de la línea de su tórax. Clarson se lavó en un lavabo diminuto que había en el rincón y se secó las manos cuidadosamente.

—¿Cómo se come esto, Shoe? —preguntó sin girarse.

Shoe me miró.

—¿Quiere contármelo ahora?

Les expliqué cómo había sucedido todo, y que tenía algo que ver con la investigación que estaba llevando a cabo Escott sobre mi caso. Clarson sacudió la cabeza, con lo que quería dar su opinión silenciosa sobre los hombres maduros que intentan actuar como los personajes de las series del sábado por la tarde.

—No va a despertar de momento —nos dijo—. Así que supongo que será mejor que esto quede entre nosotros.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Shoe.

—Lo dejaremos aquí esta noche para que descanse. Ha perdido mucha sangre y tiene algunos daños musculares, pero nada interno o no estaría aquí. —No especificó si se refería a encontrarse en una consulta en lugar de una sala de emergencia o entre los vivos.

—¿Y mañana?

—Por la mañana veremos. No quiero moverlo por ahora. Voy a tenerle aquí tranquilo durante unas horas, así que vosotros dos podéis ir. Os llamaré al club si hay algún problema.

—¿Piensa que pueda haber alguno? —pregunté.

—En realidad no, una infección a lo sumo. Lo he limpiado bien, pero los cuchillos a veces están sucios.

Coldfield y yo le dimos las gracias y nos dirigimos escaleras abajo hacia el coche. Había algo de sangre en la tapicería, pero ya estaba seca. No hicimos más que meternos en el coche cuando un cuerpo larguirucho y huesudo se acercó dando tumbos hacia nosotros por detrás. Era Cal, el chaval flaco que limpiaba zapatos, pero en ese momento estaba sin su caja y su sonrisa despreocupada.

Coldfield se sorprendió, que para él era lo mismo que ser molestado.

—¿Qué haces que no estás durmiendo, chico?

—Jimmy me ha dicho lo del señor Escott.

—Ya está bien...

—¿Puedo verlo?

—No está despierto y el doctor dice que necesita reposo. No ha sido nada grave, así que vamos, sube al coche.

Cal miró con tristeza hacia las escaleras y después, de mala gana, se montó en el

coche entre nosotros. Conduje de vuelta al Shoe Box y Coldfield me hizo aparcar por la parte de atrás. Sin que nadie le dijera nada, Cal salió y se dirigió por delante de nosotros hacia la puerta de atrás.

—¿Vive aquí? —pregunté.

—Sí, junto con unos cuantos chicos de su edad. Se ganan el sueldo con un trabajo honrado.

—¿Y sus familias?

—Algunos no tienen una familia de la que hablar. El padre de Cal se mató en un accidente y su madre trabaja en un bar, demasiado cerca del alcohol. Cuando deje la bebida, Cal se mudará con ella, pero hasta entonces aquí tiene su hogar.

—¿En un club nocturno?

La pregunta debía de haberlo molestado, pero no lo hizo.

—Mi hermana cuida de ellos. Este lugar es un castillo comparado con otros donde han estado. Les doy trabajo, y cuando no están trabajando van al colegio. No les obligo a hacer nada que ellos no quieran hacer; pueden marcharse cuando ellos quieran, y algunos lo hacen, pero los más listos no.

El titular «La ciudad de los chicos de los cinturones de bronce» me vino a la cabeza. Sería una historia bonita, pero no era el momento de una entrevista.

—¿Quiere venir a tomar una copa?

—Gracias, pero la próxima vez. Tengo que llegar a casa y asearme.

—¿Tiene algún medio de ir casa?

—Puedo caminar.

—No, en este vecindario no. Vamos, ahora me toca a mí llevarlo a usted. — Fuimos hacia su impecable Nash y montamos. Me preguntó dónde vivía y se lo dije —. Eso está bastante lejos.

—Me gusta caminar.

—En algunas partes de esta ciudad es mejor correr.

—Ya me he dado cuenta. —Le di las llaves del coche de Escott—. Tome, yo no estaré hasta última hora de mañana, encárguese de ellas.

—Claro. ¿Sigues pensando en meterse con Morelli?

—Ahora tengo que hacerlo.

—Hágame caso y desista. —No mencionó las consecuencias. No era necesario, los dos teníamos en mente a Escott.

De vuelta en mi habitación, recogí mi ropa sucia para que el personal del hotel se encargara de ella. Para ahorrarme el problema de explicar las manchas de sangre, tiré la camisa. Pasé el resto de la noche tumbado de espaldas, mirando fijamente al techo de la habitación. Era deprimente tener que pasar solo las largas horas de la mañana, no poder ver el amanecer y no vivir el cambio de humor que puede llevar consigo un nuevo día. Lo único bueno era el olvido que me aportaba tan pronto como la tapa de mi baúl caía; un instante después parecía que había una noche nueva ante mí, como si el día nunca hubiera existido.

Lo primero que hice fue telefonar al Shoe Box y hablar con Coldfield.

—¿Ha estado fuera todo el día? He estado llamándolo.

—Sí. ¿Llamándome para qué? ¿Escott está bien?

—Está débil, pero insistió en marcharse a casa. Pensé que querría saberlo, eso es todo. —Me dio una dirección diferente a la de la oficina pequeña y la apunté—. No vaya a cansarlo.

—No, sólo quiero pedirle disculpas por meterle en todo esto.

—No es culpa suya, sino de aquel que tenía el cuchillo.

Asentí y colgué.

El taxi me dejó en una hilera de edificios de dos y tres pisos que parecían lo bastante viejos como para haber escapado del Gran Incendio, o para haber sido contruidos inmediatamente después. Había unos chavales jugando en la calle tranquila, y unos padres sentados en los escalones tomando el aire a media luz. Era un vecindario respetable de clase media. Casi no parecía adecuado para Escott, pero, una vez más, no pude pensar en otra cosa que hubiera sido más apropiada.

Toqué al timbre de un edificio de ladrillo marrón de tres pisos y Cal abrió la puerta.

—Hola, señor Fleming. Shoe ha dicho que va a venir.

Desde algún lugar del interior, Escott dijo:

—Iba a venir, Cal.

Cal sonrió y lo repitió correctamente. Se quedó de pie detrás de mí. La casa tenía una entrada pequeña, con un perchero en la pared para colgar los sombreros y los abrigos. Justo enfrente estaban las escaleras que conducían a las sombras. A mano izquierda estaba el pasillo que pasaba por la parte de atrás de la casa. Paralelas a las escaleras había un conjunto de puertas abiertas, y al otro lado de éstas estaba el salón angosto, en el que se encontraba Escott tumbado sobre un sofá tapizado de cretona. Llevaba puesto un albornoz morado; el color le hacía parecer más pálido de lo que estaba. Tenía ojeras, pero parecía contento de verme.

—Entra y siéntate. ¿Quieres tomar té?

La pregunta la hizo para fingir delante de Cal. Yo decliné educadamente.

—Tienes mejor aspecto que la noche pasada. ¿Cómo te encuentras?

—Cansado, pero sobreviviré. Shoe me invitó a quedarme en su casa, pero yo quería venir a la mía. Finalmente llegamos a un acuerdo, y me dejó que me fuera, pero con la condición de que Cal pasara la noche aquí y me echara un ojo.

—Bien, tenía miedo de que estuvieras solo.

En un segundo vistazo, el lugar sólo parecía angosto. Los techos altos hacían que la zona del suelo pareciera proporcionalmente más pequeña. El suelo tenía un lustre brillante, que reflejaba la luz de la lámpara y unos cuantos muebles antiguos y cómodos. Había diversos cuadros colgados a lo largo de las molduras superiores. Todos ellos eran grandes pinturas mediocres de mujeres desnudas recostadas sobre nubes, con bebés desnudos y palomas, y no eran muy acordes con el carácter de

Escott.

—¿El lugar venía amueblado?

Advirtió hacia dónde estaba mirando yo, y arrugó los ojos.

—¿Te gustan?

—Son... interesantes.

No se le escapó mi comentario.

—Tienes un gusto excelente. Sin duda el vendedor de objetos usados les dará un buen provecho tan pronto como me deshaga de ellos.

—¿Venían con la casa?

—Sí, claro. Tiene una historia interesante. Mis vecinos me han informado de que antes era una casa de putas.

—¿Los anteriores inquilinos se han ido?

—Sí, el propietario murió hace algún tiempo, la casa se puso a la venta y yo pude comprarla a un precio bastante económico, ya que nadie quería vivir en ella. Ya sabes, de vez en cuando se deja caer por aquí algún antiguo cliente que todavía no se ha enterado. Mi vida no es aburrida... A veces es extraña, pero nunca aburrida. — Sorbió un poco de té—. Shoe piensa que debería persuadirte para que abandonararas tu caso y lo dejaras en manos de la policía.

—Sabes que no puedo acudir a ellos en mi condición actual.

—Lo sé, pero Shoe no. Obviamente, él ha pensado que yo ya no estoy interesado en el caso debido a este pequeño incidente.

—No me sorprende demasiado; lo mencionó la noche pasada. Siento todo esto. Si hubiera sido más rápido...

Sacudió la cabeza.

—Nadie podría haber sido más rápido. Después de todo, me has salvado, y te estoy agradecido. Olvídalo, estaré en pie bastante pronto.

Cal entró con un vaso de agua y un bote pequeño de pastillas.

—Es la hora.

Escott hizo una mueca y cogió dos. Se las tragó rápidamente para acabar cuanto antes y luego Cal se llevó el vaso a la cocina. En cuanto se fue, Escott escupió las pastillas escrupulosamente en un pañuelo y se lo metió en el bolsillo del albornoz. Bebió más té para quitarse el regusto de las pastillas.

—¿Qué es? —pregunté.

—Morfina. He visto lo que puede hacer a la gente, y la verdad es que prefiero soportar el dolor. Al menos sé que se me pasará. Clarson es un hombre excelente y discreto, pero debería ser más sensato. Esta mañana tenía un empacho de esa cosa y apenas podía hacer nada solo.

Me pregunté si podría tener ganas de hacer algo en sus condiciones.

—¿Necesitas algo ahora?

—Sólo más paciencia.

—¿No me vas a hablar detenidamente de todo este desastre?

—Nos parecemos tanto que sé que no debo hacerlo.

—Voy a ir allí pronto.

—¿Esta noche?

—Mañana. Quiero darles tiempo para que se calmen de la gresca de la noche pasada. Querían saber con quién estábamos. ¿Crees que pensaban que éramos hombres de Paco?

—Posiblemente, o de una cualquiera de las docenas de bandas más pequeñas que buscan problemas. Me inclino a pensar que simplemente sospecharon porque es lo normal en ellos. ¿Qué planeas hacer?

—Hace dos semanas yo era periodista... Investigaré las cosas como si fuera cualquier otra cosa, y veré lo que pasa. —Una idea en el mejor de los casos vaga, pero que en otras ocasiones me había funcionado y se había convertido en una solución aceptable. Tenía la esperanza de que me permitiera recuperar algo de la memoria perdida.

Escott estaba visiblemente cansado, así que le deseé que se mejorara, me marché y estuve paseando por la ciudad durante un par de horas. Coldfield tenía razón en que algunos lugares eran peligrosos, pero yo ya era un chico grande y podía cuidarme solo. Estuve echando un vistazo a las cosas, conociendo las calles y la personalidad de cada manzana, en mi lento recorrido hacia los mataderos y mi inevitable parada en ellos.

En ese momento había dejado de ser tan aprensivo con respecto a la sangre que bebía. Una sensación extraña me golpeó en mi segunda visita allí. Mi primera comida la hice como con una especie de pánico; «debes hacer esto o morirás». Había sido algo rápido, casi onírico, que no me había dejado tiempo para pensar. Mi segunda visita había sido más relajada, y cuando llegó el momento de ir al grano, casi lo echo todo a perder. La idea de abrir la vena de un animal con los dientes y chupar la sangre de la herida era repugnante, pero por necesidad tuve que quitarme esa idea de la cabeza y hacerlo. Intelectualmente, tenía problemas para manejar el proceso, pero al menos ya me estaba acostumbrando. Pensar en ello en términos de una costumbre, como lavarse los dientes, ayudaba; algo aburrido, pero que había que hacer.

La sangre satisfacía mi hambre y me daba fuerza, pero su ingestión tenía poco que ver con sentarse cómodamente alrededor de una mesa con amigos y charlar durante varias horas frente a viandas y bebidas de verdad.

Cuando me fui de los mataderos, paseé durante largo rato hasta encontrar un cine que abría toda la noche, en el que entré. Leslie Howard suspiraba por Merle Oberon en La pimpinela escarlata, y la vi tres veces seguidas, hasta que empecé apoyar a Raymond Masey para que ganara. No lo hizo, así que volví a casa y estuve leyendo periódicos hasta el amanecer.

Mi mensaje para Maureen seguía en los anuncios, pero no había respuesta. Me volví a decir que era una tontería esperar después de tantos meses y que debería renunciar. Como siempre, me encogí de hombros mentalmente. No deberías sufrir por

esto ni una semana más, la verdad es que no.

Pero en realidad lo hacía. El truco era ignorar el dolor y mantener la esperanza.

El esmoquin me sentaba bastante bien. Era uno de esos hombres con suerte que pueden comprar ropa de percha, pantalones incluidos. Los zapatos nuevos de charol me quedaban un poco justos, pero me acostumbraría a ellos a lo largo de la noche. Un espejo habría sido útil, pues tenía interés por ver lo joven que parecía. Había comido demasiado la noche anterior y tenía buen color, así que planeé hacerme pasar por Gerald Fleming de nuevo.

Metí algo de dinero en efectivo en una cartera nueva y la doblé varias veces para quitarle un poco la rigidez. El resto del dinero estaba bajo llave en el baúl, con mis otros documentos personales. La cartera tenía una pequeña tarjeta de cartón con unas líneas para apuntar el nombre y la dirección. Lo rellené con el nombre de Gerald Fleming, una dirección falsa de fuera de la ciudad, y el nombre de Jack Fleming como persona a la que contactar en caso de una emergencia. Como identificación legal era totalmente inútil, pero al menos era mejor que nada. Me puse la bufanda de seda blanca de forma que quedaba colgando por delante, y apliqué el toque final con el sombrero de copa.

Salí por la puerta de atrás, en parte por la paranoia y en parte por la idea de que si alguien en el vestíbulo me veía con ese atuendo memorable me subirían el alquiler. Unas manzanas más lejos cogí un taxi e hice que me llevara a la boca del lobo.

Aquella noche había luz en las ventanas del Nightcrawler, y una corriente de gente elegante entraba y salía a pesar de lo avanzado de la hora. Pagué al conductor y subí deprisa los enormes escalones para deslizarme en su interior junto a un grupo de juerguistas, pero me encontré el paso bloqueado por una ágil montaña disfrazada de hombre con esmoquin. Tenía el pelo rubio y corto, los ojos pequeños y una mueca permanente en su boca.

—Buenas noches —dijo cortésmente. Contesté algo entre dientes, y advertí que me estaba sometiendo a un estudio pormenorizado. Miró rápidamente hacia una rejilla montada como respiradero descomunal en un brazo de la entrada en forma de U. La oscuridad de la pequeña sala que había al otro lado no era la adecuada para esconder al hombre con la pistola que estaba allí sentado. Éste asintió con la cabeza y la montaña se echó a un lado y me dejó pasar. Fingí no haberme dado cuenta de ese intercambio, puesto que habían llegado a la conclusión de que no era un personaje peligroso. Era mejor que me subestimaran. Parecía joven y esperanzadamente inocente... Lo único que necesitaba era un toque de estupidez. Pensé en algunas de las payasadas que había hecho en el pasado y pensé que seguramente no me fuera difícil.

El portero cumplía con su deber, pero yo me paré en la puerta con un pequeño ataque de duda e inseguridad. Aunque habría sido demasiado peligroso para él, lamenté que Escott no estuviera conmigo. A pesar de las ventajas de que disfrutaba ahora, todavía podía salir herido. Durante un segundo estuve a punto de darme la

vuelta, pero una mujer de aspecto atolondrado, con el cabello negro rizado y demasiado maquillaje, me captó con la mirada y me saludó a gritos. Su grupo había entrado antes que yo y ya estaban algo borrachos.

—¿Qué estás esperando, un tranvía? Vamos, entra, guapo —chilló.

Yo no aguantaba a ese tipo de borrachos, pero entré antes de que mis pensamientos echaran a volar de nuevo. La chica se enganchó de mi brazo.

—¿No es mono? Oye, Ricky, ¿no es mono?

—Sí —dijo, y se balanceó un poco—. ¿Cómo es que los guardias lo han dejado entrar si conmigo han sido tan recelosos?

—Así es como a mí me gustan, altos y monos —le dijo la chica a Ricky en tono de reproche. Yo no había sido mono desde que cambié mis pantalones cortos por la ropa usada de un hermano mayor, pero dejé que me arrastraran al interior. Al alejarme de la puerta, oí que los hombres que teníamos detrás se reían. Bueno. Si ellos encontraban mi situación algo graciosa, seguramente pensarán que era inofensivo.

Tan educadamente como las circunstancias lo permitían, me deshice de las garras de la mujer y dejé mi sombrero y mi bufanda con la primera de las muchas rubias despampanantes que trabajaban allí. El platino era el color predominante, hasta el punto de que parecía un requisito para ser contratada. Las chicas iban ataviadas con vestidos negros cortos con lentejuelas de plata en forma de tela de araña. Sobre la cabeza llevaban alfileres negros, rojos y de plata del estilo de las arañas, con la intención de ir a juego con el nombre del club.

Con dificultad, desvié mi atención de las chicas para dirigirla al resto del local. Había mucho ruido.

El estrépito de las conversaciones que intentaban hacerse oír sobre el ruido de la estridente orquesta era como un motín en una perrera enorme. Con esa imagen en la mente era fácil clasificar a los clientes. Había algunos de clase alta, con pedigrí, pero la raza predominante eran los chuchos; bien vestidos, pero chuchos al fin y al cabo.

Se acercó otra rubia y me llevó a una mesa del tamaño de un plato llano, donde me dijo que el camarero vendría pronto. El local estaba sorprendentemente lleno para ser una noche de día laborable, pero estaba bien organizado. En menos de un minuto, apareció un joven que tomó nota de mi café irlandés, que llegó también en menos de un minuto. Fingí sorber, aunque para llevármelo a los labios requerí de un verdadero acto de voluntad, y tuve que reprimir una arcada. Para distraerme, miré a mi alrededor y vi a varias mujeres jóvenes sin acompañante, cosa que me dio esperanzas. No es que fuese el típico chico guapo: las chicas estaban trabajando. En aquel momento no era eso lo que estaba buscando, por lo que mi mirada se deslizó hacia las parejas que se contoneaban en el piso de abajo. La banda dejó de tocar, los bailarines se dispersaron y las luces se apagaron. En un pequeño escenario se veía a otra rubia platino inclinada sobre el gran piano. Llevaba puesto algo largo, blanco y plateado, un agradable contraste con las minifaldas negras de las otras chicas y un

complemento perfecto para su melena reluciente y larga.

Cantó algo triste y superficial con una voz que era sorprendentemente buena; llenó la sala e hizo callar incluso a los más borrachos. Como hacía con cualquier mujer en la que me fijaba, me dediqué a compararla con Maureen, buscando algún defecto, pero por una vez la mujer no salió demasiado malparada. Acabó su canción, y las luces se apagaron del todo y volvieron a encenderse, pero para entonces ya se había ido, dejando a su audiencia con ganas de más. La banda comenzó a tocar de nuevo y las parejas regresaron a la pista. Alcé la vista y vi que una chica preciosa, con una bandeja con productos de estanco en la mano, me sonreía.

—Bobbi siempre los deja sin sentido —comentó con la cabeza inclinada hacia el escenario. Me dispuse a coger algunos cigarrillos y conseguí hablar con ella un poco. En apenas dos minutos me enteré de dónde vivía, cuándo salía del trabajo, la hora de la siguiente actuación de Bobbi, la ubicación de las salas de juego y los requisitos para poder entrar; que se reducían a poseer una gran cantidad de dinero en efectivo y disposición para perderlo todo rápidamente. Su interés se enfrió y cambió, pues al parecer ya había tenido experiencias con jugadores. Yo también había conocido a ese tipo de hombres; preferían el juego a hacer el amor, peor para ellos.

Y yo estaba intentando imitarlos. Abandoné mi mesa y me dirigí hacia una puerta custodiada en la que ponía «PRIVADO». El hombretón que había allí me preguntó mi nombre. Le di el que estaba utilizando esa noche y comprobé, con cierta decepción, que no le provocaba ninguna reacción. Hizo una llamada por teléfono, tocó un timbre y abrió la puerta de par en par.

Había otra gran sala, pero mucho más tranquila, iluminada con lámparas de araña de cristal y enturbiada por el humo del tabaco. Ya había estado otras veces en lugares como aquél, pero nunca cuando estaban intactos. Normalmente los había conocido después de una redada, cuando estaba escribiendo una nota sobre lo ocurrido y anotando quién había sido arrestado y por qué. Hasta aquella noche, nunca había podido permitirme esta clase de decadencia. Y me sentaba estupendamente.

En caja compré doscientos dólares en fichas, que formaron un pequeño montón en mi bolsillo. Por hacer algo, encendí un cigarrillo y estudié los rostros de la gente. Ninguno me resultaba familiar y eso era lo mejor, ya que no quería que se fijaran en mí en aquel momento. Estuve pululando por ahí, buscando a Slick Morelli. O no se encontraba allí, o mi memoria no estaba cooperando como lo había hecho en casa de Frank Paco. Puede que estuviera pidiéndole demasiado a mi traumatizado cerebro.

Le di un descanso, busqué un rincón aislado y me metí en una partida de *blackjack*, en la que gané diez dólares y perdí cincuenta antes de darme cuenta de que podía hacer trampa sin que me descubrieran.

La cara del crupier tenía una expresión como de pescado muerto, pero su propietario no tenía el menor control sobre su ritmo cardíaco. Cuando, como ocurría de vez en cuando, disminuía el nivel de ruido más próximo, yo podía oírlo. Cuando repartía una buena mano para la casa, le latía un poco más fuerte y más deprisa, y al

cabo de un rato practicando la escucha, mi ritmo de ganancia aumentó ligeramente. No ganaba siempre, pues eso era imposible con los demás jugadores y la intervención del azar, pero al final lo que había ganado superaba a lo que había perdido. Después de una hora abandoné la mesa con mil dólares de más y excitado ante la perspectiva de una nueva vocación en la vida.

Di otra vuelta por el salón, y me fijé en las caras nuevas, especialmente en los bobos de las mesas de ruletas y de las tragaperras. Una de las clientas de la máquina era la cantante, Bobbi. Tenía el mismo buen aspecto de cerca, si no mejor, que a veinte metros y sobre el escenario. En ese momento llevaba sobre sus hombros desnudos un chal negro adornado con lentejuelas. Debía de ser para darle cierto recato al vestido largo que llevaba en el escenario, pero puesto que el material negro era casi transparente, provocaba justamente el efecto contrario.

Metió una moneda en la ranura y tiró de la palanca hacia abajo con la fuerza precisa, lo que indicaba mucha práctica. Su rostro no revelaba ninguna decepción. Sus movimientos eran automáticos: meter una moneda, tirar de la palanca, y esperar, meter una moneda... Me estaba hipnotizando. Ganaba un bote pequeño, añadía el dinero al montón que tenía preparado y comenzaba de nuevo. Me pregunté si preferiría jugar a hacer el amor.

Se percató de mi presencia por el rabillo del ojo. Por suerte, la primera emoción que le inspiré fue de fastidio.

—El *cabaret* está en la otra sala, rey.

—Lo siento, no sabía que estaba molestando.

—No deberías mirar por encima de los hombros de la gente.

Me moví para situarme en su campo de visión, de forma que pudiera echar un vistazo a toda la sala. Saqué un cigarrillo y le ofrecí uno a ella.

—Mata la voz y mancha los dientes —me dijo, tirando de la palanca hacia abajo con decisión. Guardé el cigarro sin encender, y me ofrecí a invitarle a una copa.

—No, gracias, y antes de que me preguntes qué hago aquí, estoy ayudando a mi madre inválida a trabajar en la granja.

Al menos estaba hablando conmigo. No es que me dijese nada que yo quisiera escuchar, pero estaba hablando. La miré mientras seguía jugando. Tenía más fuerza que gracia en sus movimientos automáticos, pero la visión era bastante absorbente.

—¿Conoces a Slick Morelli? —pregunté.

Ella mantuvo el ritmo, pero sus párpados vacilaron.

—¿No lo conoce todo el mundo?

—¿Dónde está?

—Por ahí.

—¿Podrías indicarme quién es?

—¿Piensas que yo soy la azafata de grupo o algo así? Vete a hablar con uno de los chicos que hay por ahí. —Sacudió la cabeza en dirección a la puerta. El movimiento hizo que se le soltara un mechón de pelo. Hizo una pausa para recogerse con la

yema de los dedos, y utilizó el ademán para lanzarme una mirada antes de volver a la máquina. Traté de mantener una sonrisa neutra y no amenazadora.

—Tengo entendido que ha puesto su yate en venta —probé—. El Elvira.

Se rió. Otra moneda, otra bajada de palanca. No vi el resultado. Ella metió otra moneda.

—¿Y por qué no? Necesita el dinero.

Esta vez la palanca se quedó arriba. Sus ojos se posaron sobre los míos. Creía que iban a ser azules, pero eran de color avellana. Ella analizó mi cara, intentando encuadrarme en una categoría y finalmente se decidió; nada elogioso.

—¿Qué quieres? —dijo con desaliento.

—Que me presentes a Slick.

Estuvo a punto de preguntarme por qué, pero se lo pensó mejor.

—Ve a hablar con uno de los chicos.

—Ellos no son tan guapos. Me llamo Gerald Fleming... Estoy seguro de que Slick querrá hablar conmigo de mi hermano Jack.

Los nombres no significaban nada para ella, lo cual fue un alivio.

—Jack lo conoció hace dos semanas, a bordo del Elvira.

Los latidos de su corazón se dispararon de repente, pero siguió mirando al frente.

—Tiene mi constitución y una cara muy parecida a la mía, pero ya está en la mitad de la treintena.

Nada nuevo, seguía reaccionando a la mención del yate.

—Frank Paco y un tipo llamado Sanderson estuvieron también allí. Ahora Fred está muerto y Paco está internado en un manicomio...

Empalideció al oír esos nombres, pero todavía intentó disimularlo con una especie de resistencia terca.

—¿Y qué? —Llevaba un suave perfume de flores, pero por debajo de las rosas yo podía olfatear el miedo. Le pregunté por qué tenía miedo. Ella no lo negó—. Sólo a la muerte o a los impuestos. ¿Es que hay algo más?

¿Slick Morelli o yo?

—Creo que será mejor que te vayas.

—Preferiría quedarme.

—Tú mismo, a mí ni me va ni me viene.

—Sólo un chaval se desanimaría.

—Bueno.

—Sé que Slick mató a mi hermano.

Tenía mucho autocontrol, pero ahora el miedo estaba ahogando al perfume. Continuó jugando a fingir que no había entendido.

—Si lo ves esta noche, díselo. Estaré por aquí.

—¿No estás de broma, verdad?

—No.

—¿Por qué piensas que él...?

—Porque estuve en la última cena de Frank Paco, la del final caluroso que ha salido en todos los periódicos. Escuché cosas. El nombre de Slick surgió en el transcurso de la conversación.

—¿No estás siendo algo estúpido al entrar aquí de esa manera?

—Puede ser, pero Slick no me hará daño, porque tengo algo que él quiere.

—¿El qué?

—Lo mismo que quería de mi hermano Jack, pero que no consiguió.

—Está bien, no hace falta que me lo cuentes.

—Cuanto menos sepas, mejor. No creo que quieras verte metida en esto.

—Todo el mundo me cuenta sus cosas. ¿Por qué te preocupas?

—Me recuerdas a alguien.

—Muchas gracias.

—También ella tenía miedo a veces.

Me miró, preocupada y recelosa. Me callé y me alejé, pues no tenía más que decirle y no podía confiar en mi voz. Maureen todavía estaba demasiado presente dentro de mí y me sentía culpable por encontrar atractiva a Bobbi. Era tan guapa como Maureen, pero de una forma diferente; también era vulnerable y luchaba por ocultarlo. Me dio mucho en qué pensar y me dejé llevar ciegamente durante un rato. Encendí varios cigarros, pero no me tragué el humo. Mi cuerpo me proporcionaba el aire necesario para hablar, pero rechazaba cualquier sustancia ajena salvo una, y ya me había emborrachado de eso la noche anterior. Así que me limitaba a echar bocanadas superficiales de humo, que se sumaban al ambiente general.

En uno de los rincones un poco más alejados del ruido, había comenzado una partida de póquer en serio. Había cinco jugadores, pero la mayoría de las fichas estaban a un lado de la mesa, frente a un hombre gordo totalmente calvo, con una tupida barba marrón que le cubría la papada como el babero de un bebé. Justo cuando estaba acercándome a uno de los jugadores, éste tiró su mano y decidió dejar de perder por esa noche. Se fue con la cara sudorosa. Su cuerpo emitía el tipo de hedor que sólo emana de un jugador habitual que pierde. Yo era el único observador de la partida. Probablemente, el hombre gordo ganaba demasiado a menudo como para que tuviera algún interés.

Las cartas siguieron cayendo y él recogiendo sus ganancias y apostando cuidadosamente sus fichas, que eran de un color muy parecido al de sus dedos cortos y chatos. Debía de tener unos nueve mil dólares frente a sí.

—¿Le gustaría unirse? —dijo, sin levantar la vista.

—No, gracias, observaré. —No me gustaba el póquer; estaba de acuerdo con Ambrose Bierce, quien lo definía como un juego que utilizaba cartas con alguna finalidad desconocida. Había estado escuchando los latidos de los corazones y sabía que mi pequeño truco sería totalmente inútil en la mesa con esos veteranos del farol. Para probarlo, jugué mentalmente una mano contra el hombre gordo, mirando por encima del hombro de otro jugador. Perdí repetidas veces, pues sus reacciones

emocionales eran tan inexistentes como los sentimientos que se expresaban en aquella mesa. Todas las manos eran iguales para él. Aburrido, finalmente me marché sigilosamente. Los ojos vidriosos y cargados de monotonía del hombre gordo me siguieron antes de volver de golpe a sus cartas.

Después de patrullar al salón en busca de Morelli, volví a la mesa del *blackjack* y me instalé para jugar sin ayuda. Como juego, era mucho más rápido y me permitió disfrutar del ejercicio mental que requería. Antes de que me diera cuenta, habían pasado ya dos horas y era el único jugador que quedaba. Eso aumentaba mis probabilidades de ganar, pues para entonces ya conocía bastante bien las reacciones del crupier como para leer su mente.

Tiré mi última carta: un veintiuno exacto, que me había salido de forma casual. Era hora de irse. Apenas podía creerlo, había reunido cinco mil ochocientos dólares en fichas. A ese ritmo podría comprar a mi padre toda una nueva cadena de tiendas. Y mi conciencia apenas se había molestado. Era el dinero de Slick Morelli y ahora me pertenecía.

Al ir a cambiar las fichas, levanté la vista y mis ojos se encontraron con la cara de Bobbi. Cruzó sin prisa el salón, ni sonriente ni amenazadora, sin expresión alguna. Se sentó en el taburete que estaba próximo a mí e hizo al crupier una señal silenciosa. Éste cerró la mesa y se fue.

—Te has marchado muy deprisa. ¿Por qué? —preguntó.

—Pensaba que era lo que querías.

—Ahora mismo no sé lo que quiero.

La música de baile se filtraba esporádicamente desde la sala del club cuando la puerta se abría y cerraba. Volví a percibir su aroma: rosas y miedo. Era extrañamente excitante. Tenía la piel muy brillante y en la sombra por debajo de su mandíbula podía ver las venas que palpitaban llenas de vida. Y olerlas.

Me mantuve quieto y esperé a que ella alzara la vista hacia mí. Era muy guapa, además de la primera mujer que yo había deseado en muchísimo tiempo. Cuando finalmente me miró, sugerí que nos fuéramos de allí. Se puso en pie y me permitió que la siguiera por una puerta sin ningún rótulo, situada en la parte trasera. Estábamos en una sala oscura, sin ruidos para ella; para mí, la inundaban el ritmo irregular de sus pulmones y el retumbar de los latidos de su corazón. Dejó resbalar el chal por detrás de sus hombros al subir los brazos para rodearme el cuello. Su esbelta figura se presionó cálidamente contra mi cuerpo, justo como yo quería. Acaricié su cabello, le alcé la barbilla y besé sus labios rojos.

Pero la pasión la aportaba sólo yo. Su rostro estaba vacío de todo pensamiento o sentimiento, y su mente en algún estado neutral, esperando mi siguiente sugerencia. Me eché hacia atrás, dubitativo. De repente, tenía la sensación de que aquello no estaba bien, así que me aparté.

Cuando estaba vivo no me había impuesto a ninguna mujer, y no iba a empezar en ese momento. Mi nueva naturaleza me había proporcionado una vía de seducción

demasiado fácil. Maureen no la había utilizado nunca. Había querido un amante dispuesto, no un esclavo.

Los brazos de Bobbi se dejaron caer y, gradualmente, la consciencia fue volviendo a sus ojos. Si tenía alguna idea de lo que había estado haciendo, no dio ninguna muestra de ello. Puede que pensara que había sido su propio deseo el que nos había llevado allí. Puse una mano en el pomo de la puerta y la suya me detuvo.

—Creo que deberíamos irnos.

—No. —Su voz era apenas más que un susurro—. He tenido que contarle a Slick lo que me dijiste.

—Lo sé, no pasa nada. Por eso te ha enviado detrás de mí.

—¿Era tan evidente?

—No, sólo inesperado.

—Puedo sacarte de aquí. Les he dicho que te darías cuenta y echarías a correr.

—No hace falta que te arriesgues.

—No pasa nada. —Su respiración estaba volviendo a la normalidad y todavía sujetaba mi mano. Su cara volvía a estar inclinada hacia arriba y ya estaba libre de cualquier forma de sugestión. Bajé la cabeza y la besé, y sentí euforia al ver que respondía a mi beso. Quería quedarme allí, pero, aunque de mala gana, tenía que marcharme. Sentía una especie de presión agradable en la parte superior de mi mandíbula. Era diferente a los dolores del hambre, pero de la misma intensidad, y me obligó a sacar los caninos. Ahora que todavía podía controlarme, los devolví a su lugar. No era el momento ni el lugar para ese tipo de cosas.

—Esto no es lo que Slick tenía planeado —me dijo.

—Lo sé.

—Oye, podríamos vernos mañana...

—Mañana por la noche. Antes tengo que hablar con Slick.

—¿Por qué?

Si trataba de contestar a eso, estaríamos allí toda la noche, cosa que sería lo más deseable en otras circunstancias. Sacudí la cabeza y sonreí un poco.

—Tienes que volver antes de que te echen de menos.

Se descompuso.

—Detesto cuando me obliga a hacer esto. Me dijo que era una broma, pero sé que no es así. Él quería que te sacara, y te pidiera que nos viéramos fuera, para que te vieran abandonando el club.

—Lo complaceré, pero no quiero que te metas.

—Pero ahora eres un pez con el anzuelo puesto. ¿No te das cuenta?

—¿Como mi hermano?

Ella estaba intentando no temblar.

—No sé nada sobre él, de verdad que no. Hace dos semanas, Slick pasó varios días en el yate. Volvió exhausto y de mal humor. Puede que tu hermano tuviera algo que ver, pero no lo sé...

Parecía como si necesitase un abrazo y se lo di.

—No te preocupes, la decisión es mía. Voy a salir por la puerta de delante.

—Te matará —dijo con seguridad.

—No, no lo hará. —Ya era demasiado tarde para eso, pero una persona no necesita tener una bala en el corazón para estar emocionalmente muerta. Volví a sonreír y, cuando ella me sonrió a su vez, me sentí vivo por primera vez desde hacía años.

Capítulo 8

Cambié las fichas por efectivo en una ventanilla, bajo la mirada atenta de dos hombres con pistola, y guardé el dinero. El cajero puso un gran empeño en invitarme a volver de nuevo la noche siguiente. Debí de imaginarse que la suerte del principiante ya me habría abandonado para entonces.

La banda estaba tocando una última canción, una lenta, y yo aparecí por detrás de la puerta en la que ponía «PRIVADO». Bobbi había salido por otra puerta y estaba en la pista de baile, flotando en los brazos de un hombre que no separaba la cara de su cabello reluciente. Algunos tipos eran muy afortunados. Puede que fuera Morelli, pero sólo podía suponerlo.

Las mesas habían perdido a la mayoría de sus clientes. Habían acordonado una sección entera del club y los chicos del cubo y la fregona estaban ocupados limpiando. Recogí mi sombrero de copa y mi bufanda, dejé sobre el mostrador suficiente propina como para despertar a la chica, y salí por la puerta principal.

Me preguntaba cuánto margen me darían antes de ir a por mí.

La fría brisa que salía del lago e inundaba la noche parecía limpia y húmeda. En pleno invierno, probablemente el lugar fuera un glaciar, pero en aquel momento se estaba muy bien. Quedaban unas cuantas horas para el amanecer. Si planeaban intentar algo, esperaba que lo hicieran antes de terminar la noche. Giré a la izquierda junto a la fachada del club, y caminé lentamente. A mi espalda, oí dos pares de zapatos que mantenían el ritmo con los míos. Reprimí una sonrisa.

Hice una pausa entre las farolas y miré hacia atrás. Uno de ellos era la montaña ambulante, y el otro era guardia de la puerta del casino. Traté de no hacerme demasiadas ilusiones. Puede que sólo fueran un par de empleados mal pagados, que querían el dinero que acababa de conseguir. Continué andando y di la vuelta a la esquina. Había dos hombres más parados en la calle. Uno de ellos se sacó un palillo de dientes de la boca y lo arrojó con un movimiento rápido. Debía de haberlo visto en alguna película.

Los tipos que venían por detrás se unieron a nosotros y completamos el quinteto. Para no despertar sus sospechas, traté de esquivarlos huyendo por la calle. Eran rápidos y profesionales, y ni siquiera me arrugaron la ropa, pero yo no estaba haciendo uso de toda mi fuerza para resistirme. Con los brazos sujetos a los costados y la bufanda blanca sobre los ojos, me llevaron a gran velocidad de vuelta al club.

Por la longitud del paseo y el olor final, estábamos entrando por la puerta del callejón. Hice las típicas protestas verbales, hasta que uno de ellos me metió mi propio pañuelo en la boca. Lo hicieron solamente para asustarme. Si hubiera empezado a pedir auxilio de verdad, habrían sido mucho más duros. Me subieron a rastras y en silencio unos cuantos escalones y luego me llevaron por un suelo de linóleo. Por el olor a grasa que aún flotaba en el ambiente, me figuré que era la

cocina. Anduvimos por un suelo de madera unos veintiocho pasos, antes de tropezar con un tramo de escaleras. Unos nudillos golpearon la madera y me empujaron hacia adelante.

La puerta se cerró. Me quedé parado sobre la moqueta de una sala en la que había dos pares de pulmones; uno justo detrás de mí, probablemente la montaña, y el otro unos tres metros por delante de mí. Apretó el interruptor de la luz, y sentí un calor suave sobre la cara.

Me tiraron de la bufanda. El calor procedía de un flexo cuya bombilla habían inclinado para que me diera directamente en los ojos. El resto de la sala estaba a oscuras, pero eso no importaba; el hombre que intentaba esconderse detrás de la luz cegadora era bastante visible para mí.

Era de mediana estatura y cabello oscuro, con una tez color aceituna claro, ligeramente estropeada por las cicatrices de un pasado acné juvenil. Estaría en la treintena, y tenía unos dulces ojos oscuros que parecían de mujer. Habría sido un tipo atractivo, pero su nariz era demasiado pequeña y tenía lo que parecía un corte de navaja por boca. Su mirada era intensa y yo me removí con inquietud.

Sonrió con aprobación ante mi reacción.

Escudriñé la sala cuando no lo miraba a él. Era un despacho sencillo, con un bonito tapete, un par de marinas en las paredes, y un juego caro de escritorio y silla. Sobre el escritorio había un teléfono y un registro, y en el rincón que quedaba por detrás de mí, un armario de archivos.

No había ningún otro lugar para sentarse, aunque el tapete mostraba algunos hoyitos que indicaban la presencia en algún momento de sillas. Era lo bastante inteligente como para saber lo mucho que estos pequeños detalles pueden minar la confianza de una persona.

Mi anfitrión permaneció sentado tras su escritorio, relajado, examinándose detenidamente, y al cabo de un rato alzó un dedo para hacer una señal al hombre que estaba detrás de mí. Unas manos me registraron, y soltaron sobre el escritorio mi cartera, medio paquete de cigarrillos y una cajita de cerillas. Abrió la cartera, ignoró el dinero y sus ojos se demoraron un momento sobre la pequeña tarjeta de cartón.

—Creo que puedes considerar esto como una emergencia —comenzó—. ¿Te gustaría que te pusiéramos en contacto con tu hermano?

Hablando en sentido figurado, respiré con alivio. Me preocupaba que no me tomara por Gerald. No contesté, pero miré hacia la luz con los ojos entornados, como si intentara mirar a través de ella.

—He oído decir que has estado en casa de Paco. Me han dicho que querías negociar con la lista de tu hermano. Sé dónde está tu hermano y estoy dispuesto a hacer un trato.

Lo dijo sencillamente, como si fuera la verdad, pero yo no lo creía tan tonto como para pensar que yo iba a ser tan crédulo. Tan sólo estaba tanteándome.

—¿Estás dispuesto a negociar conmigo?

—Sólo si tú eres Slick Morelli.

En lugar de contestar, movió ligeramente la mano. La montaña se acercó y me clavó los puños en el estómago. Me dolió un poco —muy poco— y fingí el resto, dejándome caer sobre las rodillas como había hecho en casa de Paco; estos tipos no tienen imaginación.

—Puedes llamarme señor Morelli, chaval —me dijo—. Ahora, da las gracias.

Me pusieron de pie y me dieron dos puñetazos más antes de que me aburriera con el tema y le dijera lo que quería oír. Había una finalidad en todo aquello; conseguir que me rindiera y obedeciera una vez. Así, luego le sería más fácil que me rindiera en otras cosas. Conocía su oficio. Yo lo había visto en otras situaciones. Las caras pueden cambiar, pero la técnica sigue siendo la misma. Dejé que la montaña me levantara y me concentré en la respiración. Dadas las circunstancias, seguro que los dos se darían cuenta si paraba.

—Bueno, ¿dónde está la lista?

Una vez más, no dije nada; mis recuerdos estaban en un lugar al que no tenía acceso. Me habían matado por eso anteriormente, y sin duda lo intentarían de nuevo..., un trabajo difícil dado mi estado actual, pero no imposible. Sin embargo, esta vez tenía un cierto control, y trataría de aguantar todo lo posible, con la esperanza de que mi contacto con ellos desencadenara algún recuerdo.

Morelli abrió un cajón del escritorio, sacó un puro largo y negro, y lo encajó en una boquilla de plata. Se me puso la piel de gallina, mi mano izquierda empezó a moverse de forma nerviosa, y retrocedí un paso hacia la montaña. Éste me sujetó mientras Morelli me miraba y disfrutaba con mi miedo. La reacción estalló sin previo aviso, y lo único que pude hacer fue reprimir el impulso de salir a toda velocidad por la puerta. Terminó de encenderse el puro y el humo azul empezó a subir hasta el techo.

—Empieza a hablar, Fleming.

Una película me pasó ante los ojos y parpadeé incontrolablemente. Empecé a frotar bruscamente las manos, como si las tuviera sucias.

—Empieza a hablar, Fleming.

Si las manos de la montaña no me hubiesen sostenido en pie, habría caído de rodillas.

La peste del puro inundaba la pequeña sala. El extremo encendido se apartó de mis ojos y apuntó a mi mano izquierda. El dolor subió rápidamente por el brazo, pasó por mi cerebro, y salió arañando por mis dientes apretados. Traté de arrancármelo y las ataduras...

La montaña me zarandeó. Mis piernas de gelatina tocaron el suelo, me levanté por mí mismo, y me quedé mirando a Morelli con una rabia llameante. Tenía ganas de dejarla salir, a pesar de que sabía lo que provocaría en su mente; sería una justa venganza por mi dolor pasado, pero no conseguiría nada. Mis ojos siguieron la trayectoria de otra nube de humo. Su comportamiento relajado me recordó que él

tenía todo el tiempo del mundo, pero yo sólo hasta el amanecer.

—¿Qué le has hecho a Jack Fleming? —pregunté—. ¿Cómo lo atrapaste?

—Aquí soy yo quien hace las preguntas, chaval. —Declaración que subrayó con otro puñetazo.

—¿Hiciste que Paco le pegara un tiro?

En ese momento me encontraba en el suelo y sentí el golpe lejano de un zapato en la parte de atrás de la pierna. Emití un ruido apropiado como respuesta. La montaña se agachó para levantarme. Hablé por primera vez, susurrándome al oído.

—Dile lo que quiere oír, chaval. No me permitirá dejarlo.

Así que se suponía que era mi amigo, y sentía algo de lástima por mí. Puede que si cooperaba me pegara menos. Chorradas.

—¿Dónde está la lista? —Morelli fingió no haber oído a su muchacho.

Me obligaron a ponerme en pie. Lo hice teniendo cuidado con la pierna que había recibido la patada, o al menos lo fingí, y sacudí la cabeza. La montaña me golpeó de nuevo y ahí fue cuando exageré mi actuación. Por accidente o por pura torpeza, mi cuerpo salió disparado demasiado lejos o demasiado rápido y mi cabeza chocó fuertemente con el borde del escritorio.

Era de caoba maciza.

Unas luces centellearon tras mis ojos. Me asaltó una sensación de mareo, y si me desmayaba, pensarían que estaba muerto. Volverían a arrojarme al lago y esta vez no podría emerger. Mis ojos pestañearon y sentí la caída, pero fue la montaña quien me dio la vuelta.

Respira, sigue respirando.

Me estaba observando detenidamente. Miré hacia atrás, me concentré en hinchar y deshinchar el pecho y en combatir el dolor de cabeza.

Respira, respira hasta que se pase lo peor del golpe.

—Por un momento he pensado que lo habíamos perdido, pero ahora parece que está bien —dijo la montaña.

—Entonces despiértalo. —Morelli parecía muy enfadado—. Y esta vez, Gordy, ten más cuidado con él.

Me echó en la cara el vaso de agua que yo no había querido, y la escupí por la nariz y la boca como si fuera veneno. Se abrió la puerta y metieron una silla. Me la pusieron debajo. Quizás Gordy, la montaña, estuviera cansándose de sostenerme.

—Dile lo que quiere saber, chaval —me recomendó.

Tenía la cabeza inclinada y palpé con cuidado la zona dolorida. No había sangre, pero dolía. Dolía mucho más que los disparos de Paco. Recordé la hora y me remangué para echar un vistazo al reloj. Era tarde, pero no tanto como esperaba.

Morelli seguía detrás de su escritorio, fumándose el puro. Hacía calor en la oficina y, a pesar del sistema de refrigeración de aire, estaba impregnada de humo y de olor a sudor. En ese momento me alegré de que me hubieran tirado el agua encima; así también yo daba la impresión de estar sudoroso.

—Te daré una pista, Fleming. Habla o eres hombre muerto. Te daremos una paliza y te mataremos. Si hablas, vivirás.

¿Por cuánto tiempo?, me pregunté.

—¿Dónde está la lista?

La misma cantilena de siempre. Me quedé quieto y dejé que Gordy se ganara su sustento. No era demasiado creativo, pero tenía mucha resistencia y fuerza. Estaba empezando a necesitarlas, puesto que yo seguía cayéndome de la silla como parte de mi actuación. Fue un cuarto de hora largo y brutal, hasta que, finalmente, estallé. Lo había visto en películas y en la vida real. Hice lo que estaban esperando: sollocé, supliqué y todo lo que se me ocurrió, que era justamente lo que Morelli quería ver. En ese momento se sentía bien; había vencido a un hombre, le había abierto las tripas sin ni tan siquiera levantarse de la silla.

Resbalé hacia el suelo, me hice un ovillo sobre la alfombra y empecé a fingir que emitía unos ruidos incontrolados. Eso me permitiría ocultar la cara y amortiguar la voz. Siempre que intentaba mentir, eran las dos cosas que me delataban. Entre gemidos y quejidos les conté que Jack había pasado la lista a su hermano pequeño, pero me reservé los detalles necesarios; si me prodigaba demasiado, podían no creérselo.

—Muy bien —dijo Morelli—. Pero ¿dónde está ahora?

—La llevé a una habitación del hotel de Jack y le estuve esperando. Me imaginé que ya habrías estado allí y que no volverías de nuevo, y había alguna posibilidad de que Jack fuera a buscar sus cosas.

—Muy listo, chaval. Sigue hablando.

—Está en el hotel, oculta en el sótano. Tendré que enseñarte dónde. No la encontrarías sin mí.

Al principio no se tragarón eso último y me llevó mucho tiempo convencerles de que me llevaran con ellos.

Volvieron a taparme los ojos, pero esta vez no me pusieron el pañuelo en la boca. Bajamos las escaleras y esperamos en la cocina. Apareció un coche y se paró, dejando el motor al ralentí. Abrieron la puerta, me ayudaron a bajar los escalones de cemento y me metieron de un empujón en el asiento de atrás. Me quedé agachado como si me encontrara en mal estado; en realidad estaba preocupado por el omnipresente espejo retrovisor.

Gordy estaba a mi derecha y tenía a otro hombre a mi izquierda. Cada uno me tenía fuertemente sujeto por una muñeca, lo que me impedía hacer movimientos repentinos. Morelli se había sentado delante con el conductor, y de vez en cuando le daba alguna indicación.

Pasamos sobre agua una vez, dos veces, hubo varias curvas y esperamos en silencio cuando los semáforos y las señales nos obligaron a ello. Finalmente el coche redujo la marcha y aparcó, con el motor todavía encendido. La puerta derecha se abrió y Gordy me sacó a rastras. Me quitó la bufanda y lo primero que vi fue una

pistola en su mano. Cerca de él estaba el guardia del casino, que tenía una mano dentro de su chaqueta, cual Napoleón moderno. Su cuerpo me bloqueaba la visión de Morelli en el asiento del pasajero. Fiambre o no, estaba estremando la prudencia para no permitirme ver su cara. Por mí estaba bien. De todos modos, empezaba a hartarme de la situación.

—Vamos, andando —dijo.

El hotel estaba una manzana más lejos en el mismo lado de la calle. El recepcionista nocturno me recordaría, pero yo no quería ponerlo a prueba. Solamente los había llevado a ese vecindario porque de ese modo mi historia sería más verosímil. Quería tenerlos cerca de mi hotel actual.

Como antes, marcharon agarrándome de los brazos. Por una vez tuve suerte. Tenían que pasar por la entrada de un callejón que discurría entre el hotel y el siguiente edificio. Existía el riesgo de que pudieran darse cuenta de mi fuerza excepcional, pero quizás lo atribuirían a la desesperación. Y no sería falso; muy pronto estaría desesperado.

Cuando nos adentramos en el callejón, me liberé de una sacudida, propiné un ligero golpe de revés en el estómago al tipo de la pistola y empujé a Gordy sobre un cubo de basura. Se recuperó rápidamente, salió del cubo y empezó a perseguirme antes de que yo llegara a la mitad del callejón. Su amigo me estaba alcanzando cuando llegué a la valla de madera del final del callejón. Salté por encima de ella con una agilidad que me sorprendió incluso a mí, aterricé como un gato, y di otro salto hacia adelante, lo que me hizo ganar una gran ventaja.

La valla protegía una calle jalonada de viviendas de piedra caliza, con escalinatas, barandillas y grandes puertas de entrada. Había escondites potenciales por todas partes. Fui hacia la derecha, pues quería ganar un poco más de distancia antes de desaparecer. Era un truco que no necesitaba que presenciasen. Estaba buscando un lugar adecuado para hacerlo cuando uno de ellos hizo algo inesperado. Debió de haber sido el pistolero, pues Morelli había olvidado decirle que me querían vivo.

Sentí como el golpe de un martillo entre mis hombros. El impacto me hizo olvidarme un momento de la cabeza dolorida. Estaba a media zancada cuando mi cuerpo salió despedido y perdió el equilibrio por el impacto. Traté de mantenerme en pie, pero el choque fue demasiado para mi organismo, y mis piernas se combaron y caí. Rodé sobre la acera, y el impulso me arrastró hasta frenarme contra la rueda de un coche que había aparcado. Los dos hombres salieron corriendo hacia mí y me dieron la vuelta.

Habría sido demasiado idiota si no me hubiera aprovechado de una situación así. Además me habían hecho un agujero en la espalda. Hice todo lo posible para cubrir con las manos lo que debía de haber sido la herida de salida, con la esperanza de que estuviera demasiado oscuro para que pudieran ver el charco de sangre. Cuando se acercaron, fingí que respiraba con dificultad, me retorcí convulsivamente y, poco a poco, dejé escapar un último estremecimiento con un horrible estertor. Me quedé

mirándolos fijamente con los ojos vidriosos. Ellos también me miraron fijamente, y entonces Gordy se agachó para buscarme el pulso en la garganta. Se enderezó y miró a su amigo, sacudiendo la cabeza.

—Te acabas de meter en un lío bien gordo —afirmó.

Había acertado al suponer que tenía que haber sido el pistolero y en ese momento vi por qué no había oído el disparo; su arma tenía un silenciador. Había bastado para amortiguar el sonido y que los residentes de la zona continuaran durmiendo.

Un minuto después, el coche se acercó. Morelli salió aceleradamente, pero al cabo de unos pasos se detuvo. Miró una vez a sus hombres y a continuación bajó la mirada hacia mí. Me preocupaba no haber alargado la escena de mi muerte lo suficiente como para enviarle un mensaje críptico que lo preocupara. Se giró hacia sus hombres. Gordy señaló al otro tipo, que se había quedado blanco. Morelli se puso morado. Parecía que los tendones de su cuello fueran a abrirse paso a través de la piel. Su cuerpo se estremeció de rabia mientras respiraba atropelladamente. Había tenido una última oportunidad de conseguir su valiosa lista, y la había perdido por culpa de la estupidez de aquel tipo. Le arrebató la pistola y, utilizándola como una porra, arremetió contra él. Cuando acabó, el otro tan sólo era un cuerpo que decoraba la acera. Le entregó la pistola ensangrentada a Gordy y volvió con paso airado al coche. Gordy recogió a su amigo y lo siguió un minuto más tarde.

—¿Qué pasa con él? —preguntó. No estaban dentro de mi campo de visión, pero me podía imaginar que señalaba en mi dirección.

—Déjalo. No tiene cartera, pensarán que lo han atracado. Déjalo.

Las puertas del coche se cerraron de golpe y se marcharon.

Me quedé tirado en la acera, dando gracias. Cuando me levanté y me asaltó el dolor de cabeza, estaba de humor para hacer cualquier cosa. Estaba fuera del Nightcrawler, más o menos de una pieza, y Morelli pensaba que había muerto. Lo peor era que mi traje nuevo había quedado hecho un desastre, había perdido cinco mil ochocientos dólares y seguía sin saber mucho más que cuando empecé.

El cielo estaba empezando a iluminarse y tenía que volver a casa. Me disponía a doblar la esquina para regresar al hotel, pero entonces me lo pensé mejor. Existía una posibilidad remota de que Morelli pudiera estar allí, o que volviera al día siguiente y que descubriera que el tipo del esmoquin aireado rondaba por ahí pidiendo un taxi. No, era una pésima idea. Seguí caminando con rapidez, con la esperanza de encontrar otro negocio abierto, o, mejor aún, un taxi libre. No hubo suerte, y por entonces la luz ya estaba cegando mis ojos.

Estaba lo suficientemente angustiado como para hacer una entrada ilegal en una tienda cerrada que había en la esquina y utilizar el teléfono para pedir un medio de transporte. Todavía llevaba algo de suelto en los bolsillos, así que dejé unas monedas sobre el mostrador a cambio del par de gafas de sol más oscuras que tenían, y salí a esperar, oteando la calle con aire preocupado. Estaba atado a ese sitio, sin poder moverme hasta que llegara el maldito taxi.

La suave luz gris procedente del este era cegadora, y apenas pude verlo cuando llegó. Me dejé caer en la parte de atrás y le prometí una propina de dos dólares si conseguía llevarme al hotel en el menor tiempo posible. Con esa motivación, le pisó a fondo.

Cuando llegamos al hotel, el taxista me acompañó a mi habitación a por el dinero, pero tuve que bajar de nuevo al vestíbulo a por la llave. Mi puerta estaba cerrada con llave y el método que yo solía utilizar para entrar habría hecho que el hombre saliera a las calles dando alaridos. El tener una relación amistosa con el recepcionista de la noche me ahorró un poco de tiempo. Le persuadí para que le diera al conductor el dinero y que lo pusiera en mi cuenta. Lo hizo con una sonrisa, gracias a Dios, y luego me dio la llave y huí escaleras arriba.

Ya había amanecido. Moverse era como nadar en un mar de sirope y encima me estaba quedando ciego. Encontré la cerradura más por suerte que por cualquier otra cosa, cerré la puerta de un empujón y me eché al suelo. Sentía la cabeza a punto de estallar debido a la luz del sol que se filtraba por la ventana. Me arrastré hasta el baúl, pero estaba cerrado. Intenté colarme dentro, pero no pude; La luz estaba secándome el cerebro, y apenas podía pensar. ¿Dónde estaba la maldita llave del baúl?

Me metí a tientas en el armario, y desgarré los bolsillos de mi traje viejo. Había supuesto mal. La cómoda, la había dejado en un cajón... Gateé hasta allí y la busqué... El cajón del medio, por debajo de las camisas... Gemí con alivio cuando mis dedos agarrotados la rozaron y la agarraron.

La introduje a tientas en la cerradura y estaba a punto de romperla cuando de repente dio una vuelta y se abrió. Subí la tapa, obligué a mis dedos a enderezarse, me tambaleé un momento y caí dentro. La proximidad de la tierra de mi hogar me ayudó, y mis brazos recobraron la suficiente elasticidad como para dejar caer la tapa de nuevo y encerrarme a salvo de la luz.

Después se esfumó toda consciencia, como polvo en el viento.

Alguien estaba llamando a la puerta, pero sonaba demasiado cerca y fuerte. Era en la tapa del baúl. Escott era el único que sabía que yo dormía allí, así que le dije que pasara y se abrió una grieta. Pensé que había visto un óvalo oscuro flotando en un mar de diamantes.

—¿Estás bien, amigo? —preguntó—. Llevo una hora llamando.

Sacudí la cabeza, más dolorida aún. Quería que se marchara y me dejara descansar.

—Pero hombre, tienes cara de muerto. Deja que te ayude a salir.

Empecé a reírme tontamente y le dejé que tirara de mí hacia fuera. Parecía como si, últimamente, lo único que hiciese era permitir que otra persona tirara de mis pies. Sin embargo, me sentía débil y se lo permití hasta que me acordé de que él todavía estaba recuperándose de una cuchillada y el esfuerzo de tirar de mis brazos no estaría haciendo ningún bien a los puntos. Para equilibrarme, apoyé una mano sobre su hombro, saqué las piernas del baúl, avancé dando traspiés hacia la cama y me dejé

caer sobre ella. Me sentó muy bien estirarme. Algo frío y húmedo me cubrió la frente, un paño. Escott me había leído la mente.

—Tienes un chichón increíble. ¿Cómo demonios te lo has hecho? ¿Vas a contestar a mis preguntas?

Traté de abrir los ojos de nuevo frotándomelos con el paño. Todavía flotaban unas estrellitas moradas a mi alrededor, y tuve que localizarlo por la dirección de su voz.

—¿Qué ha pasado?

—Me cogieron por sorpresa, no pude ver nada.

Considerando la situación, debía de parecer estúpidamente tranquilo. Sentí que sus dedos me tocaban los párpados delicadamente y oí cómo encendía una cerilla. Me pareció que podía verla moviéndose de lado a lado.

—Estás siguiendo la luz. Tus pupilas están reaccionando ante ella.

—Entonces puede que sea temporal.

—¿Sientes algún dolor?

—Sólo en el chichón.

—Tienes un desagradable agujero en la camisa —observó tranquilamente.

—Va a juego con el que tengo en la espalda.

—Debe de haber sido una noche muy interesante.

Esta vez tomé la iniciativa y le conté brevemente lo que había pasado, aunque sin mencionar la parte de Bobbi y la máquina tragaperras.

—¿Has hecho progresos? —preguntó, estudiando mi aspecto.

—Alguno, creo. —Pero sólo estaba siendo optimista e involuntariamente cerré los ojos para tratar de aclararme la vista.

Él esperó un momento antes de sugerirme prudentemente los mataderos como remedio. Tenía que dejar de ser tan sensible con respecto a mis hábitos culinarios.

—Puede que me ayude —afirmé—. En todo caso, daño no me hará.

Mi reacción pareció aliviarlo.

—Estaré encantado de guiarte, pero no nos será fácil entrar juntos.

—Hay tanta gente que va y viene que es probable que no perciban nuestra presencia. ¿Estás en condiciones de ir?

Al menos su voz parecía más fuerte.

—He tenido cuarenta y ocho horas de descanso. Siento picor en los puntos y eso significa que se están curando. Incluso he mandado a Cal a su casa.

—Si estás seguro, por mí está bien. ¿Me ayudas a cambiarme de ropa?

Lo hizo y luego, de alguna manera, me bajó por las escaleras hasta su coche. Afortunadamente le había dejado descansar. Aparcó cerca y me puso algo en la mano.

—¿Qué es esto?

—Tus gafas de sol. Estaban en el fondo de tu baúl. En caso de que nos encontremos con alguien, se creará cualquier historia que les cuente sobre tu ceguera.

—Siempre que no se conviertan en una parte permanente de la actuación.

—Y si te sirve cualquier sangre, ¿no sería más fácil que te buscara un perro

simpático?

Me quedé espantado.

—¿Un perro? Me gustan los perros, no podría...

—Sólo era una sugerencia —se apresuró a decir.

Salí y lo esperé. Me cogió del brazo y me guió lentamente por la acera, bajando y subiendo bordillos. A juzgar por el ruido y los empujones, estábamos atravesando las puertas de los mataderos. En ese momento el hedor del ganado era muy fuerte, y se oía a los animales con claridad y muy cerca.

—Intenta encontrar un lugar que no parezca demasiado transitado —lo avisé.

No respondió. Seguramente estuviera pensando que estaba loco, porque la mayoría de los sitios permanecía en plena actividad. Fue una caminata larga y mojada hasta que, finalmente, encontró un lugar que reunía todos los requisitos.

—Una cerca —dijo—. A la altura del hombro, de madera, hay diversas vacas al otro lado.

No era necesario que me lo dijera, podía sentirlos. Busqué la cerca a tientas y la atravesé.

Supongo que tendría que haberlo avisado. Sentí que su respiración se agitaba.

—Podrías ganar una fortuna en las casas del terror. Menudo truco.

No hice ningún comentario, pues mis manos habían entrado en contacto con un cuerpo cálido y peludo. Calmé al animal con palabras suaves y fui palpando hasta llegar a su cabeza. Sabía adónde tenía que llegar. Mis dedos podían guiarme hasta el lugar exacto, pero hice una pausa y volví la mirada hacia donde se encontraba él.

—¿Escott?

—¿Sí? —contestó en un susurro.

—¿Te importaría no mirar?

—Esto... umm... No hay problema, amigo. —Sus pies se arrastraron mientras se daba la vuelta. Puede que no entendiera por qué era tan susceptible con eso, pero al menos respetaba mis sentimientos. Podía confiar en que no miraría.

Mi dolor de cabeza remitió rápidamente. Me puse en pie con cuidado, sintiéndome mucho más fuerte. La sangre extendía un calor maravilloso por todo mi cuerpo, como un lingotazo de licor suave, pero sin los efectos secundarios de la borrachera. Me deshice de la engañosa euforia e intenté poner a prueba a mis ojos. Las chispas moradas fueron desaparecieron, y pude divisar el perfil de Escott al otro lado de la cerca. La crucé de un salto.

—Creo que ya estoy bien.

—Tus ojos...

—Ya se han despejado.

—Están...

—¿Qué?

—Nada, me alegro... ¿Podemos marcharnos?

Evidentemente Escott no se preocupaba por el ganado en absoluto. Volvimos al

coche sin ningún percance y nos quitamos los zapatos. Las cosas habían mejorado lo bastante como para que yo pudiera conducir, pero Escott estaba más cansado de lo que quería admitir y permaneció en silencio. Para mí era perfecto, porque quería pensar. Al despertar, había pasado la primera hora intentando de recuperarme, después de un día entero de olvido total. No recordaba haber soñado. Puede que no volviera a hacerlo.

Físicamente, me encontraba bien, pero desde el punto de vista emocional estaba enfadado. Todavía tenía la rabia en mi interior, preparada para caer sobre Morelli o sobre mí mismo. Podía haber salido del club en cualquier momento la noche anterior, pero me quedé allí y dejé que me golpearan con la esperanza de encontrar un recuerdo. Salvo por la humillación sufrida al permitir que me dieran una paliza sin devolver los golpes, realmente no estaba herido. Lo más curioso es que no sentía ningún rencor hacia Gordy; su comportamiento había sido tan neutral en todo el asunto que yo pensaba que tan sólo era un instrumento en manos de Morelli. También me acordaba de los restos sanguinolentos de la cara de Sanderson. Eso me había ayudado a contenerme; eso y el hecho de que no quería ponerles mi mano sobrenatural encima.

En el ejército conocí a un chaval que había perdido la mano derecha de un tiro. Años más tarde, vi que llevaba una mano artificial cubierta con un guante. Había cogido la costumbre de metérsela en el bolsillo y fingir que no estaba allí, y cada vez que alguien lo miraba a los ojos, él le devolvía una mirada dura con la que pedía que también fingiera. Había otro chaval en la misma unidad que había perdido una pierna desde la rodilla para abajo. Me le volví a encontrar en Nueva York cuando estaba cubriendo una noticia para un periódico. Era el bailarín principal y el director de un grupo de polca. Él tampoco hacía caso de su miembro herido, pero de una forma diferente.

Mi vampirismo era una condición peculiar, algo así como un problema de salud. Si respetaba las reglas que me imponía, tendría menos problemas, y lo haría más aceptable para mi confundido cerebro. Además, seguir las reglas tenía evidentes ventajas. Sin ellas estaría en el fondo del lago Michigan, olvidado y sin venganza, junto con quién sabe cuántos más. Había sufrido un cambio más grande de lo que mi abuelo hubiera podido imaginar, pero había estado luchando contra ello. Por eso me había mostrado reacio a que Escott me observara mientras me alimentaba. De haberse intercambiado nuestras posiciones, dudo mucho que la idea se le hubiera pasado por la cabeza.

Mi ira tenía ahora un destinatario.

Morelli pensaba que el hermano Gerald estaba muerto, y lo mismo pasaba con sus muchachos. Era una oportunidad única, de la que iba a intentar aprovecharme.

—Voy a volver a por Morelli —dije.

Escott asintió.

—No puedo pensar en una razón mejor para volver a emplear tus talentos.

¿Tienes ya algún plan?

—Sí. De hecho, me has inspirado al volver a los mataderos.

—¿En serio?

Le expliqué mi idea. Me dio su aprobación con una risita y añadió ciertos toques de su propia cosecha. Cambiamos de dirección para ir a su casa, recogimos algunas cosas y volvimos a mi hotel. Mientras me daba un baño, él se puso a trabajar en la agujereada camisa de mi esmoquin.

—Desearía haber estado por ahí para ver su cara —dijo mientras soplaba suavemente para secar la sustancia rojiza. Me puse la camisa con cautela, y bajé la barbilla para echar un vistazo al pecho. Una gran parte de ella estaba cubierta con algo que parecía sangre, pero que en realidad era una sustancia de teatro con un aspecto muy realista que Escott había inventado.

—El problema con la sangre real —dijo mientras limpiaba su pincel— es que se seca, se vuelve pegajosa y se pone marrón, pero esta conserva su aspecto fresco y saludable. Por desgracia no se quita, pero en este caso eso apenas importa.

—No, cuanta más sangre mejor —asentí. Era agradable estar haciendo algo positivo, además de furtivo, como un escolar con una broma.

Mi cara había recuperado el color, pero Escott abrió su caja de maquillaje y lo suavizó, poniéndome ojeras y ahuecándome las mejillas.

—Al menos tu cara tiene la estructura ósea adecuada para este tipo de cosas. No hay nada más complicado que intentar adelgazar una cara redonda.

—Nunca he tenido ese problema. —Siempre había sido flaco—. ¿Aprendiste todo esto en el teatro?

—Sí, en Canadá. Fui aprendiz de maquillador en una compañía shakesperiana durante tres años. También fui figurante, decorador, constructor de decorados, y como ya sabes, de vez en cuando interpretaba algún papel. Le tenía un especial cariño a los papeles de carácter. El adivino de Julio César fue una de mis mejores interpretaciones, aunque no tuvo mucho éxito, si tenemos en cuenta que César decidió ignorar mis advertencias.

—¿Tienes alguna advertencia para mí?

—Mi querido amigo, a decir verdad, debería llamar al señor Morelli y advertirlo a él. Le espera una noche difícil. Desde luego, no pareces tan malo como el fantasma de Banquo, pero lo parecerás. Después de todo, nos estamos esforzando sutilmente para conseguirlo. —Me dio las llaves de su coche.

—Pero yo no podría...

—Insisto. Al menos esta noche, no es necesario que te retrases para esperar un taxi. Puedes dejarme en casa y continuar hacia el club desde allí.

Eso tenía sentido y yo le estaba muy agradecido por el préstamo. Como había señalado, podía tener problemas para conseguir que un taxista quisiera llevarme con el aspecto que tenía en aquel momento.

—Bueno, sé que debes de estar cansado...

—Tonterías, ni que estuviera haciendo algo agotador.

—Está bien, estaba pensando que si mañana te sientes bien, podrías buscarme un coche.

—No hay problema. Tengo un amigo en el negocio. ¿Nuevo o de segunda mano?

Le di dinero suficiente para un buen coche de segunda mano. No tenía preferencias por el modelo siempre que fuera de un color oscuro y lo suficientemente anónimo. Lo lleve hasta la puerta de su casa y, tras prometer que le contaría todos los detalles al día siguiente, giré hacia el norte el morro del gran Nash y me dirigí al Nightcrawler.

Aparqué a una manzana de la entrada del club, en un sitio que no se veía desde allí, cerré con llave cuidadosamente y bajé la calle oscura intentando que mi esmoquin ensangrentado pasara inadvertido. El ambiente estaba húmedo y tranquilo; las duras suelas de mis zapatos de vestir hacían mucho ruido sobre la acera, al menos para mis oídos. Di una vuelta completa para evitar la entrada principal, me introduje en el callejón que estaba vacío, subí de puntillas los escalones de cemento y me incliné sobre la puerta de la cocina para escuchar. En el interior había mucha actividad, pero de todas formas me deslicé hacia dentro, y avancé en forma invisible a lo largo de los veintiocho pasos del pasillo. Me habían hecho un favor al llevarme con los ojos vendados la otra noche, ya que mi estado de entonces era muy parecido al método de viaje que estaba utilizando ahora. Dirigí mi forma invisible hacia las escaleras, subí por ellas y al llegar arriba me materialicé parcialmente para orientarme.

El pasillo del piso de arriba era muy parecido al de abajo, sólo que más largo, pues recorría el edificio en toda su longitud. Por la izquierda y al otro lado del pasillo había una puerta que podía ser el despacho de Morelli. El resto del pasillo tenía puertas a intervalos regulares. Algunas estaban abiertas y tenían luz en su interior, y cerca sonaba una radio, cuyo sonido competía con la orquesta que tocaba abajo en el club.

De momento parecía estar desierto, así que aproveché la oportunidad para inspeccionar la zona. Con la forma parcialmente corpórea, los movimientos eran más fáciles y más silenciosos y mis sentidos no estaban tan anulados, aunque era casi como nadar en el aire. Me dirigí al primer despacho; estaba vacío, así que pasé a las demás puertas. Había varias habitaciones, varios baños, y un segundo tramo de escaleras en el ala este. Alrededor de una docena de los muchachos de Morelli parecían residir allí de manera permanente, en habitaciones de dos. El sitio era como un hotel. La puerta que seguía al despacho daba a una habitación mucho más grande, probablemente la de Morelli. Eché un buen vistazo en su interior y abrí todos los cajones. Tenía un baño grande revestido de azulejos, un armario repleto de cosas, y una puerta que se abría a una habitación un poco más pequeña. Por el decorado y el olor supe que era la de Bobbi.

Ella estaría abajo, probablemente en el casino. Si hubiera estado cantando, la

habría oído. Me pregunté si sabría lo que había pasado la noche anterior. Puede que Morelli no se lo hubiera contado. No perdía nada por creerlo así.

En la planta baja había otro pasillo que discurría aproximadamente por el centro del edificio, en ángulo recto con respecto al primero, y acababa en una puerta que estaba cerrada. El pasillo servía como zona de separación entre el casino y el club. La puerta daba acceso conjunto al guardarropa y a la caja del casino. Tenía curiosidad por saber dónde guardaban el dinero que recaudaban, y volví al despacho de Morelli.

Después de una breve búsqueda, una de las marinas que había en la pared giró sobre su eje hacia fuera, y reveló una caja fuerte con cerradura de combinación. No estaba familiarizado con esas cosas, pero había leído mucha literatura morbosa sobre el tema y había visto muchas películas. Tenía un oído lo bastante aguzado como para oír saltar los seguros de la caja, y en ese momento no tenía nada mejor que hacer. La puerta del despacho estaba cerrada, por lo que, en caso de interrupción, tendría tiempo para desaparecer.

Mover el dial de dígitos era más difícil de lo que parecía, y un minuto después de haber empezado me sobresaltaron unas fuertes pisadas que se aproximaban en mi dirección. Volví a colocar el cuadro, me situé detrás de la puerta y desaparecí.

La llave y el pomo de la puerta giraron al mismo tiempo y tres cuerpos irrumpieron en la habitación y encendieron las luces. El silencio se prolongó un rato mientras ellos examinaron la sala. Sentí el aire desplazado cuando golpearon la puerta lejos de mí.

—Ha tenido que pasar por delante de nosotros —dijo alguien.

—No habría tenido tiempo. —Era la voz de Morelli.

—Entonces es posible que el interruptor no funcione bien.

Comprobaron el exterior. Al instante me vino la idea de que la abertura giratoria del cuadro hacía sonar una alarma en otra parte del edificio. Todo estaba saliendo bien, salvo que Morelli dejó a un hombre para vigilar mientras ellos inspeccionaban el resto del edificio. Los otros dos se marcharon. Esperé un intervalo de tiempo prudente hasta que se sentó en una silla. A juzgar por los ruidos que había hecho parecía que estaba disgustado con su deber de guardia. Sin hacer ruido me materialicé frente a él, y su expresión cuando levantó la vista fue impagable. Tenía toda su atención, y eso facilitó el resto.

—No te muevas —le dije.

No se movió.

—Yo no estoy aquí, tú no puedes verme, no me recordarás. Duérmete.

Cruzó los brazos sobre el secante del escritorio, apoyó la cabeza y se quedó dormido. Lo miré fijamente, pero estaba dormido de verdad. De repente me recorrió un escalofrío y contuve una risa nerviosa. ¿Habría sido igual para Lamont Cranston? Solamente la Sombra sabía...

Volví al cuadro, lo giré y esperé.

Mi hombre se despertó cuando la puerta se abrió con estrépito. Me imaginé a todo

el mundo mirando al cuadro inútilmente, porque había vuelto a colocarlo en su sitio.

—¿Lo has tocado?

—¡Ni me he acercado, Slick, te lo juro! He estado en esta silla todo el tiempo.

Morelli gruñó y lo comprobaron de nuevo sin mejores resultados que antes. Hubo una breve discusión y al final dejó a un segundo hombre para vigilar junto al primero. Esperé bastante tiempo para que Morelli llegara al piso de abajo o donde fuera que pasaba las noches.

Los dos hombres se quedaron frente a frente, uno por detrás del escritorio y el otro en la silla de delante. Estaban en silencio, pero los pequeños sonidos que emitían indicaban que habían sacado una baraja de cartas. El primer hombre ya estaba preparado, e hipnotizar al segundo fue igual de fácil. Los envié a ambos a la tierra de los sueños, y volví a repetir mi actuación con el cuadro.

La siguiente invasión armada fue más divertida. Morelli interrogó a sus dos secuaces, acusándolos injustamente de un montón de cosas, y después los echó a patadas, y decidió quedarse él mismo para hacer el trabajo.

Es decir, exactamente lo que yo quería.

Le dejé ponerse cómodo. Hizo varias llamadas desde el teléfono y después pidió que le subieran un café y un sándwich de la cocina. Amontonó las cartas y echó un solitario. Yo estaba detrás de él, materializado parcialmente, y observándolo con interés. No le salía el solitario, así que hizo trampas hasta que lo consiguió. Me alejé un momento cuando llegó su tentempié y no lo molesté mientras comía. Con lo que tenía en mente, iba a necesitar toda su energía.

Cuando volvió a quedarse tranquilo, entré y lo cubrí como una manta. La experiencia anterior me había enseñado que, en aquella forma, yo era como una especie de película fría. Empezó a tiritar casi inmediatamente. Me agarré a él cuando se levantó y manipuló algo que había en la pared, probablemente la calefacción. Se paseó de arriba abajo, y después descolgó el teléfono e hizo una pregunta colérica sobre el estado del sistema de aire acondicionado. Ambos esperamos hasta que le volvieron a llamar para confirmarle que todo estaba funcionando bien. Colgó el teléfono de un golpe y se sirvió otra taza de café para entrar en calor. Me dejé llevar por la corriente, y me senté para descansar en la silla que había ocupado la noche anterior.

De forma muy gradual, fui volviéndome visible, hasta que estuve sentado, completamente materializado, frente a él, mirándolo fijamente con los ojos en blanco y abiertos de par en par. Pensé que así superaría mi aparición inicial.

Su reacción fue bastante gratificante.

Puede que primero hubiese observado algo por el rabillo del ojo mientras bajaba la vista hacia las cartas, algo imposible. El ojo capta automáticamente el movimiento, pero yo no me estaba moviendo, sino que aparecía de manera gradual.

Sus ojos se alzaron de golpe y se abrieron hasta quedar como los míos. Su corazón se disparó, la respiración se le quedó atascada en la garganta, y permaneció

en ese estado durante aproximadamente un minuto, al parecer demasiado aterrado como para apartar la mirada o incluso moverse. Pensé que si decía «¡uh!» (y estuve muy tentado de hacerlo) se desquiciaría del todo, así que permanecí inmóvil y desaparecí lentamente.

Escott había dicho que mis travesuras eran desconcertantes. Ahora iba a ver de primera mano sus efectos sobre un incauto.

Se quedó inmóvil en el sitio durante un tiempo, con el corazón golpeando furiosamente su tórax. Las cartas y el café frío quedaron olvidados, y rodeó la silla. Tan pronto como la tocó, volví a envolverlo como una manta para que tuviera un breve escalofrío y después me separé. Él dio un respingo como si se hubiera quemado, y se alejó marcha atrás hacia la puerta.

Escuché cómo retrocedían sus pasos por el pasillo. Cuando salió, cerré la puerta con llave. Me dirigí hacia el escritorio, hice un montón con todas las cartas y las dejé en el centro del secante, boca arriba. La carta de arriba era el as de espadas. Volví a girar el cuadro, lo cerré de golpe y desaparecí justo cuando se abría la puerta.

No fue el primero que entró; le cedió el paso a Gordy, a quien reconocí por su corpulencia. Morelli estaba afectado, pero era demasiado orgulloso como para demostrarlo delante de sus hombres, o para explicar por qué les había hecho volver con tanta urgencia. Examinaron la habitación palmo a palmo, y comprobaron la caja fuerte, de nuevo sin ningún resultado. Yo pasé todo el tiempo sobre Morelli para no tropezar con nadie más, y él estaba cada vez más nervioso. Apretaba los dientes para evitar que castañearan.

Después se fijó en las cartas que había sobre el escritorio.

—¿Quién de vosotros ha hecho eso? —preguntó.

Todos eran inocentes y así lo dijeron. Se calló, probablemente pensando en el significado de la carta de encima. Al final acabó echándoles a todos, salvo a Gordy. Además, sacó la silla y metió otra. Dejó la puerta abierta y mandó a Gordy que se quedara en el pasillo vigilando las escaleras.

Estuvo inquieto un tiempo, en pie y paseando por la habitación, pero finalmente se dejó caer detrás del escritorio, indignado. Ya no siguió jugando a las cartas, sino que se limitó a quedarse sentado allí, totalmente alerta y escuchando. Entonces me dispuse a cumplir sus expectativas.

Aparecí de repente sobre el suelo, recreando la posición en la que estaba cuando me vio muerto sobre la acera la noche anterior.

Fue un verdadero impacto.

Se puso en pie de un salto, y derribó la silla con tal estrépito que hizo que Gordy entrara, pero demasiado tarde para verme.

Esta vez, Morelli le ordenó que se quedara dentro de la habitación.

Ordenó que subieran más café y se encendió un puro, que era lo único que lo calmaba cuando estaba nervioso. Esperé con paciencia.

La sugerencia de Gordy de echar una partida de cartas fue ignorada. Ninguno de

los dos habló mucho. No era de extrañar.

Llegó el café y se lo tomaron. Morelli se levantó y dijo que volvería en un minuto. Después de tanto líquido y tantos sustos, yo sabía a dónde se dirigía.

Decidió ir al baño grande de azulejos de su propia habitación. En su ausencia, hice delicadamente que Gordy se durmiera y apagué las luces del cuarto. Después de asegurarme de que estaba despejado, apagué las luces del pasillo y esperé a que Morelli saliera. Cuando lo hizo, volvió a sentir mucho frío. Dudó en medio de la luz de su habitación. No quería aventurarse por el pasillo oscuro.

—¿Gordy? —Su voz no era normal, ni fuerte. Tuvo que repetirlo unas cuantas veces antes de que Gordy contestara. La luz del despacho se encendió.

—Sí... ¿Slick? ¿Por qué están apagadas las luces?

—¿Qué demonios estabas haciendo sentado a oscuras?

—No lo sé. He levantado la vista y he visto que estaban apagadas.

—¿Las has apagado tú?

—¡No, jefe! —Parecía molesto—. Puede que algunos de los chicos estén gastándonos una broma.

—Pues entonces encuéntralos y diles que no tiene ninguna gracia.

—Claro. ¿Ahora?

—¡Sí, ahora!

Gordy salió disparado y fue deteniéndose en los demás cuartos para hablar con los muchachos. Los dientes de Morelli castañeaban, así que le di un descanso y entré por delante de él en el despacho. Abrió un cajón del escritorio y sacó algo que produjo un fuerte sonido metálico al dejarlo encima del escritorio. No era difícil imaginar lo que era. Bueno, si eso le daba una cierta seguridad, por mí estaba bien. Sólo tendría que socavarla.

Me materialicé parcialmente frente a él y extendí las manos. Empalideció, alzó la pistola —era un arma de la policía, del calibre 38— y disparó los seis cartuchos de la recámara. En mi estado semicorpóreo sentía las balas como si me hicieran cosquillas. Las noté, pero no me hicieron daño. No obstante, me balanceé como si me hubieran dado y desaparecí. La sala estaba llena de humo cuando sus hombres entraron a la carga buscando algo a lo que disparar, y todos empezaron a hacer preguntas, incluso el taciturno Gordy. Morelli rehusó contestar y sólo dijo que la pistola se le había disparado por accidente.

—¿Seis veces?

Para un gánster era una mentira pésima.

—¡Callaos y marchaos!

Salieron.

Estuve rondando por ahí hasta las cuatro de la mañana. Para entonces el club y el casino llevaban mucho rato cerrados, y el dinero ya estaba contado y guardado bajo llave detrás de la marina. Antes de abrir la caja fuerte, Morelli había presionado un botón que había debajo del escritorio, que comprendí que desactivaba el circuito de

alarma. Todo el mundo estaba fuera del despacho cuando introdujo la combinación que abría la puerta, así que nadie pudo ver cómo me inclinaba sobre su hombro y conseguía todos los números.

Se sentía mejor después de haberme disparado y yo llevaba un tiempo tranquilo, lo que le devolvió algo de confianza. De todas formas, dejó a dos de sus hombres en el despacho con la puerta abierta y con instrucciones estrictas de mantener los ojos bien abiertos. Después se fue a la cama.

Transcurridos veinte minutos, cuando las cosas volvieron a calmarse, hice que sus hombres cayeran dormidos, busqué el botón, y desactivé la alarma. Me llevó otro cuarto de hora manipular el maldito dial y dar con la combinación correcta. No había visto el último número y tuve que hacer varias pruebas. Era un trabajo frustrante y nada bueno para mis nervios, ya que me obligaba a mantener la mitad de mi atención en el pasillo, por si oía a alguien aproximarse. Retrospectivamente, estoy seguro de que lo hice en un tiempo muy bueno para ser un completo novato. Y, desde luego, el esfuerzo valió la pena.

Fui un ladrón honesto y cogí solamente mis cinco mil ochocientos dólares, en los billetes más pequeños que encontré, aunque había mucho más en el interior. Volví a dejarlo todo como estaba y activé la alarma de nuevo. Imagino que pasaron un rato largo intentando descubrir cómo había desaparecido ese dinero.

Quería hacer una gran visita final a Slick antes de marcharme y, aparte de eso, entrar a ver a Bobbi, pero el reloj decía que era tarde y que tenía que tener en cuenta posibles problemas con el coche o retrasos inesperados en mi viaje de vuelta a casa. Sin arriesgarme, me marché, pero me prometí a mí mismo y a Morelli otra representación.

Capítulo 9

La noche siguiente, Escott llegó poco después de la puesta de sol. Había encontrado un Buick azul oscuro con un año de antigüedad y me dijo que la garantía duraría al menos una semana más. El interior estaba limpio, el motor sonaba bien, y el exterior solamente tenía unos cuantos agujeritos en la carrocería para demostrar que no era virgen.

—Me ha llevado un montón de tiempo el papeleo —me dijo—. El vendedor quería que estuvieras presente en la firma antes de la entrega del coche.

—Entonces, ¿cómo lo has conseguido?

—No lo he hecho yo. Ha sido tu dinero lo que le persuadió. Eso y la amenaza encubierta de encontrar otro comerciante que fuera menos quisquilloso. Bueno, firma aquí.

Firmé donde me dijo. Me dio las llaves y yo le di las gracias.

—No hay de qué. ¿Tienes carné de conducir?

—Uno de Nueva York. Tuve que vender mi vieja tartana para salir de allí. ¿Por qué?

—Tenía curiosidad de si tenías pensado adquirir uno para Illinois.

—Buena pregunta. Lo haría si pudiera.

—Puedo hacer algo a ese respecto también. Nos parecemos un poco en constitución y rasgos, así que podría falsificar tu firma y hacerlo en tu lugar.

Parecía tristemente ilusionado por quebrantar la ley en mi nombre y así se lo dije.

—Bueno, es una oportunidad única para tener una nueva experiencia... ¿Qué tienes de gracioso? Soy una persona formal, la ley no ve con buenos ojos la falsificación.

—Lo sé, pero no es necesario que lo hagas.

—No me importa. Para mí, esto se parece un poco a ir a un garito durante la Prohibición: diviértete, pero que no te pillen. Bien, dependiendo de la fecha de vencimiento del antiguo, tarde o temprano necesitarás un nuevo carné de conducir, ¿o prefieres que la policía te multe cuando te lo pida?

—Dudo que dejara que las cosas llegaran tan lejos, pero entiendo tu punto de vista.

—Bien. Está claro que sabes que lo mejor es permanecer en el anonimato. Cuanta menos gente te vea más seguro estarás.

—Hablas como si yo fuera una especie de espía bolchevique o algo parecido.

—Ahora se les llama comunistas, ¿o son socialistas? Pero tienes razón. Antes de tu... llamémosla... conversión, ¿cuál era tu actitud hacia los vampiros?

—Por lo general pensaba en Theda Bara, si es que pensaba en ello, pero aparte de eso, pensaba que sólo eran un mito.

—¿Qué mejor escudo podría uno pedir?

Tenía parte de razón. Volvimos a mi habitación y, mientras le contaba el

espectáculo de la noche anterior, volvió a maquillarme.

—Hunde los carrillos... Perfecto... Sube las cejas...

—Me encantaría poder verlo.

—Sí, puedo hacer un trabajo muy efectivo si me lo propongo. Esta noche vas a tener un aspecto un poco más espantoso. Voy a tener en cuenta la descomposición.

—Qué detalle.

—Sabía que lo apreciarías. La próxima vez, puede que me traiga una cámara. Sería interesante comprobar si se te puede grabar.

—Sí, ya me lo he preguntado alguna vez.

—Ahí. —Dio un último retoque y relajé el cuello—. Bien, como nosotros decimos, «mucha mierda».

—Espero que sea para Morelli.

—¿Has tenido en cuenta que es posible que a partir de ahora haga indagaciones sobre ti? Puede que esté preguntándose por qué los periódicos no han dado ningún informe sobre un cuerpo encontrado en esa calle la mañana siguiente de su «asesinato».

—Bueno, esto es Chicago y ese tipo de cosas suceden.

—No tan a menudo, pero a veces sí. Pero seguro que tiene amigos en la policía y otros departamentos que pueden averiguar cosas para él.

—Tendré cuidado, pero por lo que a él respecta, yo soy un fantasma y no tiene intención de contar a nadie que lo están embrujando.

Soltó una risilla.

—Entonces diviértete...

—Pero que no me pillen.

Aparqué el coche en un sitio nuevo, lo cerré con llave, y crucé caminando rápidamente las dos manzanas que había hasta el club. El local estaba más concurrido, si eso era posible, y había más hombres en la puerta principal. Merodeaban por ahí, con las rayas de sus trajes de etiqueta desdibujadas por el abombamiento producido por las diferentes armas que llevaban, mientras controlaban los rostros de todo el que llegaban. Morelli debía de haberse quedado verdaderamente impresionado la pasada noche, pero yo no alcanzaba a imaginar cómo podía pensar que más guardias podían protegerlo de fuerzas sobrenaturales. Sin acercarme a ellos, crucé la calle y desaparecí a la sombra de un portal. Esto siempre me ocasionaba cierta desorientación, pero estaba mejorando, especialmente cuando se trataba de moverse en línea recta. La calle era un espacio agradable y amplio, que se podía atravesar fácilmente y sin agobios. Cuando llegué al exterior del club, me elevé como un ascensor. Cuando me sentí cerca de una ventana, me colé por ella y me materialicé en el baño de Morelli.

Su puerta estaba abierta. Eché un vistazo por la jamba y vi a Morelli poniéndose la corbata frente a un espejo grande, preparándose para comenzar la noche. Sería una noche memorable para él.

Puse en marcha las cosas abriendo los grifos de la bañera y tirando de la cadena. Rápidamente vino a ver qué pasaba, probablemente sin pensarlo, y se paró en seco al ver que la habitación estaba vacía. Con movimientos lentos y prudentes, cortó el agua y miró a su alrededor. No tardó mucho, pero para entonces yo ya estaba en la habitación, abriendo todos los cajones de su escritorio.

Desde debajo de la cama seguí sus movimientos y observé cómo daban vueltas sus pies por toda la habitación. Cerró de un golpe airado uno de los cajones, cargó contra la puerta que daba al pasillo, tiró de ella bruscamente y miró hacia el exterior. Allí no había nadie a quien acusar, así que cerró la puerta y empezó a registrar el armario, la habitación de Bobbi, su armario y la parte baja de las camas, sin obtener ningún resultado. Después hizo un circuito por las paredes, golpeándolas con algo duro. Esto me desconcertó un poco, hasta que me di cuenta de que estaba buscando paneles secretos. Mientras estaba ocupado en el interior del armario, yo regresé flotando al baño y volví a tirar de la cadena.

Salió disparado y se quedó en el umbral, tratando de mantener un ojo en el baño y el otro en la habitación. Vacilante, tiró de la palanca de la cisterna, levantó la tapa y se quedó mirando los misterios del interior. Apagué las luces del dormitorio.

Se dio cuenta de inmediato. El interruptor estaba cerca de la puerta del pasillo, y tenía que cruzar un gran espacio a oscuras para llegar a él. Si esperaba el tiempo suficiente, sus ojos se acostumbrarían a la oscuridad y podría atravesarlo con facilidad. No lo hizo. Con más firmeza de la que yo habría tenido, abandonó la seguridad del baño iluminado y lo atravesó. Su corazón latía con fuerza, pero se obligó a caminar a paso normal. Después de todo, no había nada en la oscuridad que no estuviera a la luz. Personalmente, yo siempre había encontrado un pequeño consuelo en este razonamiento. Su caminar me dio todo el tiempo del mundo para materializarme a sus pies y hacer que tropezara.

Cayó estrepitosamente, ahogando un grito, y prescindió de toda apariencia de normalidad. A gatas y un poco frenético, empezó a buscar el interruptor de la luz cuando todavía le faltaban tres metros largos para llegar hasta él.

Quería hacer uso del trabajo de maquillaje de Escott mientras todavía estuviera fresco, así que cuando se encendieron las luces yo estaba cara a cara con Morelli.

Creo que a cualquiera que hubiera llegado a la habitación en ese momento le habría dado un susto de muerte, pero el hecho de encontrarme a tan sólo unos palmos de él, y encima con un aspecto no demasiado saludable, puede explicar su reacción. No podía salir por la puerta, pues yo estaba en medio, pero para entonces ya se encontraba más allá de todo pensamiento coherente. Retrocedió con un grito y perdió el conocimiento como un personaje de una película de cine mudo.

Me eché a reír sin remedio, con unos graznidos que no tardarían en atraer a sus matones. Moviéndome rápidamente, tiré los cajones al suelo, arranqué la ropa de cama de su sitio, y después me zambullí en el armario. Utilicé los últimos segundos para soltar la barra colgante de una colección elegante de trajes y chaquetas antes de

desaparecer.

Gordy abrió la puerta del armario de un tirón; supe que era él por su tamaño y la rapidez con la que se movía. Registró entre la ropa tirada para asegurarse de que no había nadie escondido debajo de todo ese desorden, y después salió. Reinaba un gran alboroto en el cuarto mientras intentaban reanimar a Morelli. Examinaron su cuerpo por si tenía algún tipo de agujero de bala o de cuchillo, mientras otros hombres registraban los demás cuartos en busca de posibles intrusos. No encontraron a nadie, y cuando Morelli despertó no pudo dar una buena explicación para su desmayo o el desorden que presentaba la habitación.

No era un hombre que se caracterizara por su paciencia, ni tampoco por su sentido del humor, y el hecho de que lo hubieran encontrado en un estado tan embarazoso no mejoraba las cosas. Echó a todos salvo a Gordy, que no dijo gran cosa.

—Descubre si ha venido alguien nuevo esta noche —dijo Morelli—. Utiliza este teléfono.

Tan sólo le llevó un minuto.

—Seis, jefe —informó—. Entraron con un grupo de clientes habituales y han estado en la barra durante toda la noche.

Morelli gruñó y dio una patada a uno de los cajones.

—Algún gilipollas se está riendo de nosotros. —Me fijé en el plural que estaba utilizando. Quería incluir a todo el mundo en su encantamiento para no sentirse aislado por el fantasma. Lo contrario significaría que el fantasma tenía un motivo legítimo de queja contra él; y así era.

—Vigilaré a todos los muchachos. —Gordy lo dijo con un tono cautelosamente neutro. Quizás se le hubiese pasado por la mente la idea de que Morelli estaba volviéndose loco.

—Quiero que hagas unas averiguaciones sobre Fleming.

—Claro, jefe, ¿sobre cuál de los dos?

—Ambos, pero especialmente sobre el hermano. Averigua todo lo que puedas, cuándo llegó a la ciudad, quién reclamó el cuerpo y dónde está. Despierta a gente si tienes que hacerlo, quiero saberlo esta noche.

—Está bien, jefe.

Salieron del cuarto a la vez. Hicieron una parada en la cocina para enviar a alguien a que ordenase todo aquel desaguisado que yo había hecho. No tenía ninguna intención de molestar a los asistentes, así que literalmente me pegué a Morelli. Empezó a sentir frío de nuevo. Gordy se marchó a por la información, y dejó a Morelli paseando nerviosamente por el club y el casino mientras yo lo seguía como un pez piloto. Aguantó de esta manera media hora, y después se dirigió hacia la salida de atrás. Ordenó que le trajeran el coche y dejó dicho que estaría de vuelta a la hora de cierre. Disfruté del breve trayecto, aunque fue un viaje a ciegas, e ignoraba hacia dónde se dirigía. Aparcó y salió, y yo permanecí detrás de él y me materialicé para

echar un vistazo. Estábamos en el muelle, y el coche se encontraba sobre un embarcadero de cemento que sobresalía como un rompeolas. Debía de haber sido una construcción sólida que se había hundido en la tierra o yo habría sentido la presión que siempre experimentaba al encontrarme sobre el agua.

Morelli estaba a punto de desaparecer en el límite del embarcadero, donde unos escalones bajaban al agua. Dejé el coche y lo seguí rápidamente. Estaba subiendo con cuidado a un bote pequeño. Me retiré antes de que pudiera verme. En el lago, en aguas más profundas, se encontraba anclado el Elvira. Inconscientemente, mi mano izquierda empezó a contraerse y a cerrarse de forma nerviosa.

Morelli se alejó del embarcadero en el bote. Me encontraba debajo de una luz, por lo que no tuvo más remedio que darse cuenta de que estaba allí. Dejó de remar y se me quedó mirando, boquiabierto, mientras, lentamente la corriente arrastraba la barca. Permanecí inmóvil, un espantapájaros con ropa manchada y hecha jirones, observándolo. Me fui desvaneciendo gradualmente hasta convertirme en nada. Aunque mi experiencia en el mundo de la representación era muy limitada, sabía cómo hacer una salida espectacular.

Me retiré de la luz y volví a adquirir forma. Morelli estaba remando rápidamente hacia el Elvira, donde se encontraban tres miembros de la tripulación preparados para ayudarlo a subir a bordo. Por suerte, habían estado observándolo a él y no se habían dado cuenta de que yo estaba allí, cosa que era una suerte, pues de momento tenía en mente ser su fantasma exclusivo.

Me llevó diez minutos volver caminando al Nightcrawler. Paseé lentamente para dar tiempo a que las cosas se calmaran, y volví a entrar por el baño. El equipo de limpieza era eficiente; el lugar había vuelto a la normalidad anterior a mi llegada. En la puerta de al lado, alguien estaba hablando en el despacho de Morelli, y a juzgar por el sonido de la voz parecía Gordy. Me apoyé distraídamente en la pared y fisgoneé; era mejor que la radio, porque yo era la estrella.

Gordy estaba al teléfono, intentando en vano conseguir información sobre mi inexistente hermano. Parecía un experto en las tareas que se le habían encomendado: llamaba por teléfono a gente, les daba el nombre de Gerald Fleming, y les decía que consiguieran pistas sobre él. Por si acaso, añadía también mi auténtico nombre. Algunas de las llamadas eran a Nueva York, y me pregunté si debería empezar a sudar. No se mencionaron nombres familiares y su tono indicaba que estaba acostumbrado a tratar con la gente del otro lado. En algún lugar, por ahí fuera, había una red muy grande de ojos, oídos y ajetreados lápices. Colgó y ambos esperamos.

En diez minutos empezaron a llegar las primeras llamadas. A nivel local, el departamento de policía no había tenido noticia de ningún cuerpo que correspondiera con la descripción de Gerald Fleming, ni muerto ni de ninguna otra manera. Ningún hospital de la zona me había tenido en una de sus camas con una herida de bala. Cuando empezaron a informar los hoteles, me alegré de haberme registrado con otro nombre. Recibió una única llamada de Nueva York que afirmó que yo era un

periodista en paro que me había marchado a Chicago en busca de pastos más verdes. Era deprimente oír describirme así, pero por una vez fue una suerte tener una carrera profesional completamente mediocre.

La puerta del despacho se abrió y otras pisadas entraron en la sala. La voz me resultaba inquietantemente familiar, pero no pude ubicarla.

—¿Algo?

—No, señor Lebrede. —Esta vez Gordy utilizó un tono respetuoso en lugar del neutro que le caracterizaba.

El señor Lebrede se dejó caer en una silla con un suspiro.

—¿Qué ha dicho la señorita Smythe de él?

—Que no podía dormir y que tuvo las luces encendidas toda la noche.

—¿Y tú?

—Ha estado actuando de manera muy extraña.

—De eso nos hemos dado cuenta todos —dijo secamente.

Sonó el teléfono.

—¿Sí? Continúe... Perfecto. —Colgó—. Estoy empezando a pensar que ese tipo ha caído del cielo. Nadie ha oído hablar de él.

—Suponiendo que se llamase realmente Gerald Fleming.

—Slick dijo que era una versión más joven del otro tipo. No cabe ninguna duda de que era su hermano. Además, estaba más verde que un palo, incluso tenía su nombre apuntado en su cartera. Era un estúpido.

—Si tú lo dices... —Se hizo un silencio—. Faltan cinco mil ochocientos dólares de la caja fuerte; cinco mil ochocientos dólares era la cantidad que Morelli le quitó. Que nosotros sepamos, nadie más tiene acceso a la caja, por lo que puede que Morelli esté intentando sacar algo. Si no tenía otro propósito que comprar una chuchería para mantener contenta a la señorita Smythe, lo dejaré pasar, pero manténlo vigilado, como siempre.

—Sí, señor.

—Y no olvides el recado que quiero que hagas. ¿Aún tienes la dirección?

—Sí, señor.

El hombre se levantó y se fue. Tenía curiosidad por su aspecto y esperé hasta que se alejó por el pasillo para hacer un pequeño crujido con la puerta del dormitorio. Me confundió, porque se encontraba lejos del entorno en el que lo había visto por primera vez, pero finalmente recordé al rollizo jugador de póquer que me había invitado a unirme a la partida. Parecía de mi estatura, pero tenía el peso de Gordy: ningún músculo y toda la grasa acumulada en el culo. Lucky Lebrede, propietario de la mitad del club, quien al parecer estaba jugando una partida diferente al póquer a espaldas de Morelli.

Bajó las escaleras andando como un pato y yo cerré la puerta con suavidad. Las horas se extendían ante mí, continuas y aburridas. Podía volver al hotel y esperar allí a que Morelli volviera, pero decidí quedarme rondando por ahí. Quería ver a Bobbi

de nuevo, y tenía la esperanza de que ella subiera las escaleras en algún momento durante la noche. Era una esperanza ínfima y una locura, pero me alegró la espera.

No me encontraba en un estado adecuado para recibirla, así que fui al cuarto de baño, me quité la chaqueta y la camisa, y me limpié el maquillaje. Era una porquería muy resistente, pero usé la toalla para quitármela. Escott había utilizado una crema fría al limpiarse la cara, y puede que Bobbi tuviera alguna por ahí. Me decidí a mirar y al mismo tiempo tomar prestada una de las camisas de Morelli.

Cerré los grifos y me alerté. Alguien andaba en la habitación de al lado. Miré a través de la puerta; el espejo de Morelli reflejaba casi toda la habitación, incluida Bobbi, que estaba a punto de irse.

—¡Espera! —Me salió sin pensarlo.

Se dio la vuelta, sorprendida.

—¿Quién anda ahí? —Retrocedió hacia la puerta, preparada para escapar.

—Soy yo, Ja... Fleming. Estoy en el cuarto de baño —añadí innecesariamente.

Se relajó visiblemente, y tras un instante volvió a ponerse tensa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —siseó—. Slick te matará.

—Ya me dijiste eso una vez, pero no lo hizo. —Era un alivio saber que Morelli no le había hablado de mi aparente muerte.

—Tienes que salir de aquí.

—No pasa nada, créeme.

—¿Por qué no sales?

—Me estoy vistiendo y soy tímido. —Eso era cierto. Me sentía cohibido por el enorme espejo que había allí.

Hizo un ruido, puede que una risilla.

—¿Por qué no vienes aquí? —sugerí.

—¿Dónde está Slick?

—Lo dejé a bordo del Elvira. Dijo que volvería a la hora de cerrar.

—Sabía que se había ido, y pensé que estabas con él ahí dentro. ¿Por qué estás aquí? Anoche tenía una mirada...

—Hemos llegado a un entendimiento.

—¿Y qué pasa con tu hermano?

—Estamos resolviendo las cosas. —Quería cambiar de tema—. ¿Podrías apagar la luz?

Su mano se movió hacia el interruptor y se detuvo. Parecía como si quisiera preguntar por qué, pero entonces lo pensó mejor. Ambos éramos adultos. La luz se apagó. Tiré la toalla al cesto, cogí mi camisa y mi chaqueta, y apagué la luz.

Ella estaba en medio de la habitación y tuvo que detenerse, vacilante en la oscuridad. Tenía los brazos cruzados, y sus manos apretaban sus codos con fuerza mientras miraba hacia mi dirección. Si estaba asustada, yo podía cambiar su mente con facilidad, pero eso habría sido un fraude, y detesto los fraudes, así que me contuve y dejé que ella decidiera qué hacer. Yo ya sabía lo que yo quería hacer. Iba

vestida con un traje blanco de sencillas líneas ceñidas y horquillas de plata en su pelo. El conjunto era desconcertante y estimulante.

—Esta noche estás preciosa. —No era lo más brillante ni original que podía decir; ella debía de haberlo oído muchas veces, pero lo cierto es que estaba deslumbrante.

—¿Por qué estás aquí?

Una pregunta razonable. No contesté.

—¿Te ha enviado Slick?

—No. Pensaba que no ibas a ser tan curiosa.

—Creo que esta vez tengo derecho a serlo.

—Si estás preocupada por él, no estará de vuelta hasta dentro de unas cuantas horas, así que relájate. Preferiría hablar de otras cosas. —Con cautela me acerqué más, pero no lo suficiente como para tocarla.

—¿Cómo sobreviviste la otra noche? Vi cómo estaba él. ¿Cómo conseguiste salir de ésa? Nos matará a los dos si nos encuentra.

—He dicho que estamos resolviendo las cosas.

—¿Una noche conmigo forma parte del trato? —El efecto que producía en los hombres no le producía impresión alguna. Lo daba por sentado, como otras personas el respirar. Su pregunta también me dejó bastante desconcertado.

—Dios, no me digas que te hace...

Su mandíbula se levantó y se cuadró, lo que me dejó un poco desconcertado.

—Lo siento... Yo... Slick no sabe que estoy aquí. Será mejor que me vaya.

—¿De verdad quieres irte?

—Muy a mi pesar. Estoy aquí porque quería verte de nuevo. Iba a esperar en el pasillo de abajo después de haberme...

—¿Y que te viera media plantilla? Una idea muy inteligente.

—¿Quién ha dicho que sea muy inteligente?

—¿Pero cómo has conseguido entrar aquí? Él debe de saberlo.

Sacudí la cabeza, olvidando que no podía verme.

—¿Lo has hecho sólo para verme?

—¿Quieres que me quede?

Consideró detenidamente la pregunta. Ésa era otra de las cosas que me gustaba de ella, la manera en que escuchaba y sopesaba los hechos, una habilidad sin duda agudizada al vivir cerca de gente como Morelli.

—Solamente si cerramos la puerta con llave.

—Considéralo hecho —dije, y me dispuse a cerrarla.

—No podrás. Slick es el único que tiene una llave.

—Apostaría a que es el único que tiene derecho a utilizarla, pero no está aquí, así que olvidémoslo. ¿Qué otra cosa te gustaría?

—¿Te importa lo que a mí me guste?

Para los hombres de su pasado, y posiblemente los de su presente, ésa no hubiera sido una consideración muy importante.

—Sí. Me interesa mucho.

—Me confundes.

—¿De veras? ¿Por qué?

—No debo sentir eso, yo... Esto sólo es un cuerpo, al fin y al cabo.

—No para mí, en absoluto.

—¿Eres diferente?

Pensé en una respuesta con peso y desistí.

—Sí.

A tientas, echó los brazos hacia adelante, y sus manos acariciaron levemente mi pecho desnudo. Se quedó tan cerca de mí que pude percibir su olor a rosas, miedo y, en ese momento, deseo. Era como un cirio blanco y yo estaba empezando a sentir su dulce calor. Los latidos de su corazón golpeaban tan fuerte en mi cerebro que yo no podía oír ninguna otra cosa. Si me hubiera dicho que lo dejara, dudo que hubiera tenido la capacidad y el discernimiento de hacerlo. Algo tan primitivo y tan antiguo como el tiempo se apoderó de todo pensamiento consciente y de toda prudencia. Ella estaba en mis brazos y la naturaleza estaba siguiendo su curso.

Un acalorado minuto más tarde, se apartó bruscamente de mí.

—Aquí no, en esta habitación no... de esta manera. —Se fue a su habitación, cerró la puerta con llave y mientras se volvía de espaldas se quitó el pelo de la cara. Desabroché unos cuantos botones estratégicos y la seda blanca cayó amontonada alrededor de sus tobillos. Fue una sorpresa agradable saber que, al igual que a Jean Harlow, no le gustaba llevar ropa interior. Sin perder un segundo, nos metimos en la cama.

Mi método básico de hacer el amor era el mismo que cuando estaba vivo, y nunca había recibido ninguna queja, pero esta vez, por las señales que estaba enviando mi cuerpo, sabía que la expresión final del acto había cambiado considerablemente. Me encontraba en la deliciosa situación de poder perder dos veces la virginidad en una sola vida. Una vez había disfrutado del increíble juego sensual de ser la víctima de los besos especiales de Maureen. Ahora comprendí por qué había sido incapaz de describirme cómo había sido para ella.

Mis pulmones estaban bombeando de manera regular. No respiraba, pero podía oler. La fragancia oscura de la sangre roja que corría por debajo de su piel era enloquecedora. Estaba yendo demasiado rápido y tenía que parar, pues mis labios ya estaban buscando su garganta cálida y tensa. Cambié un poco, me centré en los otros placeres que ofrecía su cuerpo, exploré su suave boca y palpé los músculos firmes que subyacían por debajo de su tersa piel. Ella conocía bien el acto e hizo todo lo posible para complacerme, pero como ya había aprendido hacía tiempo, mi mayor satisfacción estaba en dar placer a mi pareja. Hice todo lo posible con el rugido constante de los latidos de su corazón, que me estimulaba en lugar de distraerme. Me hizo saber que estaba preparada, pero yo lo alargué todo lo que pude, lo alargué...

El beso no le provocó dolor, pero fue muy intenso y su cuerpo se estremeció

mientras yo la sujetaba y la atraía hacia el mío, necesitado de la esencia cálida y salada de su vida.

Después de unos largos momentos, me fui apartando de ella gradualmente. Sus manos se deslizaron alrededor de mi cabeza para que no me moviera. Quería que continuase, pero yo tenía miedo de ir demasiado lejos y tomar demasiado. Yo era consciente de mi inexperiencia y no quería que sufriera por ello. Finalmente, aceptó con un suspiro, se arqueó para atrás y hundió la cabeza entre las almohadas. Con los ojos medio cerrados sonrió, dejó caer sus párpados, se quedó dormida y su corazón volvió a latir a ritmo normal. Apoyé el oído en uno de sus suaves pechos y pude escucharlo mientras las olas de calor salían de ella y me atravesaban.

A primera hora de la noche había ignorado el primer débil cosquilleo de hambre, pues tenía planeada una visita a los mataderos más tarde, pero eso habría sido un simple acto de alimentación. Esto había sido algo sexual, amoroso, y para un vampiro, la diferencia era abismal.

Retiré mi peso de encima de ella, me eché de costado y acaricié su cabello con la mano que me quedaba libre. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había tocado a alguien. Tanto, que casi había olvidado lo bueno que era poseer y ser poseído. A través de las paredes podía escuchar lejanamente a la banda, que tocaba algo lento y sentimental. Entonces empezó a sonar el teléfono de su cuarto.

—Maldita sea —dijo—, tengo que contestar. —Sin preguntar por qué, me moví para que pudiera salir. Un minuto después volvió y se acurrucó de nuevo a mi lado.

—Era el director de escena. Tenía que representar un número y no he ido.

—Y le has dicho que estabas enferma, ¿no?

—Veo que te las sabes todas. Creo que no había sentido nada parecido desde hace mucho tiempo.

—¿Pero no te he hecho daño ni estás mareada, verdad?

—Estoy muy bien, de maravilla.

Le ladeé la barbilla con un dedo para mirar detenidamente su cuello. Las marcas eran sorprendentemente pequeñas y no había ningún signo de violencia aparente. Deslizó su mano sobre la mía, la levantó y besó.

—Creo que eres diferente. ¿Qué me has hecho?

—Si te ha hecho sentir bien, ¿qué más da?

—Lo que no quiero es que haya sido producto de mi imaginación.

—Ha sido real. ¿Te ha molestado que no hayamos seguido un método más tradicional?

—No, ha sido muy parecido, pero más... —Se encogió de hombros—. No puedo describirlo, sólo sé que quiero volver a sentirlo de nuevo.

—Puede que no te convenga en este momento. Volveré mañana por la noche.

Su rostro se ensombreció.

—¿Qué pasa con Slick?

—Puedo deshacerme de él.

—¿Qué quieres decir? ¿Matarlo?

—¿Por qué piensas eso?

—Es algo a lo que te acostumbras al cabo de un tiempo. No me hago falsas ilusiones sobre lo que es o lo que soy yo para él. Nos utilizamos mutuamente para conseguir lo que queremos. La historia de siempre.

—¿Qué vacío parece.

Ella no quería compasión y de su voz arrancó un tono de dureza.

—Sé que lo es.

—¿Tienes que utilizarlo? ¿Qué es lo que quieres?

—Lo que ya tengo. Soy la cantante estrella en uno de los mejores clubes nocturnos, y salgo en un programa de una radio local una vez a la semana. Slick se aseguró de que conociera a la gente adecuada y de mantenerme feliz. Cuando se canse de mí, utilizaré esos contactos para progresar en mi negocio.

—¿Pero eres feliz?

—Sí, creo que sí.

—Si es así, ¿por qué te empeñabas tanto en esa máquina tragaperras la otra noche?

—Por puro aburrimiento. Incluso este lugar se vuelve aburrido. No me gusta toda la gente que viene aquí y me canso de sus miradas, pero a Slick le gusta que me confunda entre ellos. Le gusta presumir de mí.

—Pero no le gusta que seas demasiado agradable.

—Al menos con la gente equivocada. Pero a veces está bien, verdaderamente bien, cuando estoy sobre el escenario, los focos me golpean y comienza a sonar la música: eso es lo que realmente quiero. Me hace sentir tan viva que no me importa lo que tenga que hacer, siempre que pueda permanecer ahí y cantar.

—Está metido en un negocio peligroso. ¿Qué harías si le sucediera algo?

—Siempre hay otros cómo él, y además no es tan malo. Mi primer novio solía pegarme. A Slick le gusta la camorra, pero al menos no me pega a mí. También está el otro propietario del club... —Se quedó muy quieta—. Pero nunca acudo a él para nada.

—¿Quién es?

—¿Slick no te la ha dicho? Es ese jugador de póquer, Lucky Lebreto.

—Un tío pintoresco.

—Pues no te interpongas en su camino. Puede que Slick sea malo, pero Lucky es peor, y es mucho más inteligente. Es como una araña grande, siempre vigilando las cosas.

—¿Te vigila a ti?

—¿Tú qué crees? Todavía no me ha puesto una mano encima, y no entra dentro de mis planes darle la oportunidad. Creo que Slick y él han llegado a una especie de acuerdo con respecto a mí.

—¿Qué amables.

—Tú lo has dicho.

—¿También han llegado a algún acuerdo con respecto a Gordy sobre... su auténtico patrono?

—Slick no sabe nada de eso, ni tampoco debería saberlo yo, pero a veces se oyen cosas.

—¿Como qué?

—Sólo oí el final, pero Gordy y Lebrede estaban teniendo una discusión, o algo muy parecido. Lebrede le preguntó si tenía pensado mostrarse tan torpe como el señor Huberman, y entonces Gordy se achantó, y nunca antes le había visto hacer eso con nadie. Incluso Slick sabe hasta dónde tirar de la cuerda con Gordy.

Me acordé del escándalo de Huberman; fue la maravilla con la que sueña todo editor de prensa amarilla. Alguien se esmeró en ofrecer a los periódicos pruebas especialmente morbosas del romance de Huberman con una rubia despampanante que no era su mujer. Una cosa bastante anodina, que pasa con demasiada frecuencia, pero no siempre con senadores. El acabose fue cuando el público general se enteró del verdadero sexo de la rubia. A Huberman lo encontraron en el suelo de su despacho con la pistola todavía en la boca. Se había volado los sesos.

—¿A Gordy le gustan las mujeres?

—Claro. Ya sé lo que estás insinuando, pero no es eso. Lebrede tiene otra cosa sobre él.

—Puede que sea hora de que te vayas.

—Todavía no, pero pronto. Me marcharé cuando esté preparado.

—Pero...

Puso cara de pena.

—No seas tan protector conmigo, puedo cuidar de mí misma.

—Está bien, ya me he dado cuenta. —Estaba en lo cierto, no era asunto de mi incumbencia.

—La señora Smythe no crió a ninguna tonta.

—No lo discuto.

Aceptó mis palabras y se tranquilizó.

—¿Y ahora vas a contarme la historia de tu vida?

—Esta noche no.

Se llevó una mano a la garganta.

—Pero quiero saber algo de lo que me has hecho antes. ¿Eres realmente diferente o es que sabes algo que yo no conocía hasta ahora?

—Sí. —Me reí entre dientes.

—¿A ambas cosas? No me tomes el pelo.

—No lo hago.

—¿Entonces qué es lo que pasa?

—¿Has oído hablar del *jockey* con una sola pierna?

—Sí...

—Pues bien, conmigo pasa algo parecido. Es una especie de condición...

La tos brusca de una pistola fue la única advertencia que tuvimos. Absortos el uno en el otro, ninguno de los dos oímos que alguien se había aproximado a la otra habitación ni nos fijamos en que había luz por debajo de la puerta. Quizá hubiese venido a investigar por qué no había acudido a su actuación, y nos hubiese oído hablar. Un segundo después de que la bala volara la cerradura, abrió la puerta de una patada y entró en la habitación dando bandazos como un canto rodado que baja por la colina, o mejor dicho, por la montaña. Era Gordy, haciendo las veces de guardián para su jefe.

No me reconoció a la luz tenue que procedía de la habitación de Morelli, pero yo era un hombre en un lugar donde no debía estar, y eso era razón suficiente para hacer saltar las cosas por los aires. Tenía la pistola en alto y nos apuntaba con ella. Yo apenas me había puesto en pie. Esperaba el impacto de una bala, pero afortunadamente se contuvo y no disparó de nuevo. Bobbi estaba sin respiración, pero no gritó. En la habitación reinaba un silencio sepulcral, roto sólo por el chirrido de las bisagras que provocaba el balanceo de la puerta.

Alcé mis manos lentamente, estiré los dedos y aparté los ojos del cañón de la pistola con silenciador. Lo miré fríamente a la cara. Él concentró toda su atención en mí. Bien, yo quería que se olvidase por completo de Bobbi. Pasados unos segundos, agucé el oído por si llegaban refuerzos, pero no vino nadie. Podía abalanzarme sobre él. Era posible, a pesar de la distancia que nos separaba, pero también había el riesgo grande de que una bala perdida alcanzara a Bobbi, así que desistí.

Finalmente, dijo:

—Ven aquí, niño bonito.

Mejor, quería que saliera de la habitación. Me moví lentamente mirándolo a los ojos, con la esperanza de que Bobbi fuera lo suficientemente lista como para quedarse donde estaba. Ni le hablé ni la miré; la situación era bastante delicada, y quería que Gordy se concentrara sólo en mí. Por cada paso que daba hacia adelante, él retrocedía otro hacia la luz del dormitorio de Morelli. Eso no me convenía. Yo quería la oscuridad. Fingí que bizqueaba, y me llevé las manos a la cara. Esto hizo que me fuera más difícil observar sus movimientos, pero para entonces yo había despejado la puerta y Bobbi estaba fuera de la línea de fuego.

Gordy se dio cuenta de que yo estaba planeando algo. El ángulo de la pistola cambió hacia abajo.

—Muévete y te vuelo los cojones.

Vampiro o no, una amenaza así pararía en seco a cualquier hombre.

—Quítate las manos de la cara.

No había otra elección, tenía que hacerlo y ver lo que pasaba. Me enderecé, bajé las manos y lo miré a los ojos.

Siguió sin reconocerme bien, pero entonces recordó que la última vez que me vio yo estaba tirado sobre una acera, completamente vestido y aparentemente muerto. Y

en ese momento estaba sin camisa, despeinado, de pie y aparentemente vivo. No es de extrañar que tardara en comprender lo que pasaba.

Los párpados se le desplegaron en los ojos. Permanecí inmóvil, con la mirada fija en él, con la esperanza de que estuviera tan desconcertado como yo lo habría estado en su lugar. Retrocedió un paso hacia la puerta y continuó hasta quedarse en el umbral.

—Corre —susurré.

La idea ya debía de estar en su mente. Se estremeció, se dio la vuelta y se fue por el pasillo con pasos pesados.

Bobbi lo oyó; había salido de la cama y miraba más allá de mí, mientras a su cara asomaban unas cuantas preguntas. Recogí mi ropa rápidamente.

—¿Qué ha...?

—Ahora no te lo puedo explicar. —Le di un beso de despedida y salí como una flecha detrás de Gordy. Bajaba dando saltos por las escaleras de servicio. Me puse la camisa sin abrochármela y la chaqueta por encima, cosa que no era una cosa fácil mientras corría, pero pude seguirlo. Llegó al final, miró a su alrededor con indecisión y se giró para echar un vistazo hacia atrás. Me agaché, me desmaterialicé y lo seguí.

Al no saber cuál era su ruta, decidí pegarme a él y seguirlo. Al cruzar una puerta entró en un caos de ruido, y yo supuse que era el casino. Allí se paró y tomó aliento. Puede que sólo quisiera estar rodeado de gente. Con paso más calmado atravesó la sala y se introdujo en una zona más pequeña y mucho más tranquila, probablemente el guardarropa.

—Hola, hombretón, ¿qué pasa? —le preguntó una chica.

Sin responder, pasó por su lado dándole un empujón y se dirigió a una sala aún más pequeña donde estaban colgadas las chaquetas. Oí un clic y percibí que estaba haciendo algo con las manos. Con cierta inseguridad, empezó a repetir un signo de llamada. Estaba utilizando una especie de radio de onda corta para tratar de contactar con el Elvira. Me acerqué para poder oír los dos lados de la conversación. Por desgracia, eso hizo que empezara a temblar, pero ¿qué se le iba a hacer?

La conexión era pésima, y la voz de Morelli apenas se entendía.

—Sí, Gordy, has descubierto...

—Jefe, estaba aquí, lo he visto, he visto al tipo.

—¿Lo has visto?

—En su habitación... Era real, estaba vivo...

—Cállate y sal de ahí, tendré el bote esperándote.

—Todavía sigue allí arriba, con Bobbi...

—¿Qué?

—Los pillé juntos, pero tuve que salir de allí. Dios, tenía que haber visto sus ojos.

—¿La dejaste?

—No tuve más remedio, tuve que hacerlo.

—Entonces vuelve a subir tu trasero hasta allí y sácala, ¿me has oído? Sácala de

allí y tráemela...

En ese momento me fui, atravesé a tientas la puerta de atrás del guardarropa y me volví corpóreo. El largo y mal iluminado pasillo que separaba el casino del club se extendía hacia delante. Comunicaba los camerinos con el quiosco de música y daba al otro lado del hueco de la escalera. Fui a toda velocidad hasta el final y tuve que esfumarme de nuevo a causa de dos hombres que se encontraban sentados en los escalones, fumando. Volví a asumir mi forma en el pasillo de arriba, me precipité hacia la habitación de Morelli, y cerré la puerta con llave. Bobbi acababa de vestirse.

—Gordy acaba de hablar con Slick de nosotros; se supone que te va a llevar al yate.

—¿Y?

—Y no creo que te espere una fiesta.

—No te preocupes, sé cómo manejarlo. Tenía más miedo de que Gordy fuera a dispararte hace un rato.

—Ni lo pienses, te voy a sacar de aquí.

—Este local está plagado de sus muchachos. Dime cómo tienes pensado burlarlos.

—Quiero que salgas de aquí.

—Lo sé, pero voy a quedarme. Puedo manejar a Slick y no diré nada sobre ti.

—Bobbi...

—Si Gordy está subiendo tienes que irte. Slick no me hará daño, pero a ti seguro que te mata. Me da igual el tipo de trato que tengáis.

Antes de que pudiera perder la paciencia, Gordy empezó a aporrear la puerta. Esta vez no estaba solo.

—El armario de Slick... ¡Métete dentro! —Me empujó en esa dirección. Me sentí como si me hubiera metido en un vodevil.

—Bobbi, voy a abrir la puerta —dijo Gordy.

—¡Cálmate! —Ella abrió primero.

Para guardar las apariencias, permanecí en el armario el tiempo suficiente para desaparecer, volver a salir de nuevo y situarme cerca de Gordy.

—¿Sí? ¿Qué pasa ahora? —preguntó ella. No parecía una mujer a la que acababan de sorprender haciendo algo que no debía.

—Slick quiere verte, vas a dar un paseo en barco.

Ella no preguntó por qué. Mientras se ponía a toda prisa una chaqueta ligera, ellos registraron las habitaciones y luego la arrastraron escaleras abajo hacia un coche que estaba esperando. Los acompañé en mi estado invisible. Puede que supiera cómo manejar a Slick, pero yo no confiaba en él tanto como ella. Además, me acordaba del tipo al que le había dado una enorme paliza con su propia pistola.

Cuando llegamos a los muelles tuve una verdadera prueba a la que enfrentarme: el agua del lago. Todos y cada uno de los instintos que tenía o que había adquirido recientemente estaban enviándome señales de emergencia, y me costó mucho

ignorarlas. Me pegué a Gordy como una lamprea mientras nos metíamos en el bote de remos. Si tenía frío, que se aguantase.

Había dos hombres a los remos, pero mi presencia a bordo les dificultaba el trabajo, y jadeaban por el esfuerzo a medida que nos íbamos acercando al Elvira. Ayudaron a Bobbi a subir a bordo, y luego la siguió Gordy, que tuvo que esforzarse mucho para subir por la escalera de mano ya que me llevaba a mí colgando. Pensaba que iba a caerse al agua, pero era muy fuerte y alguien le echó una mano. Subimos a cubierta tambaleándonos. La embarcación era lo bastante grande como para proporcionarme una cierta estabilidad, pero seguía teniendo la carne, si es que aún me queda algo de ella, de gallina. El yate entero, enorme como era, vibró cuando subí a bordo.

—Se ha levantado viento —señaló alguien.

—Ya lo he sentido, pero no era el viento, sino la corriente.

—¿Ya están aquí? —Escuché el grito irritado de Morelli desde corta distancia. Gordy se movió hacia la voz, llevando a Bobbi por delante. Bajamos unas escaleras.

A juzgar por el tamaño, debía de ser el camarote principal. Encontré un rincón despejado y me quedé allí a escuchar. Al principio las cosas parecían tranquilas. Podía imaginarme a Morelli mirando a Bobbi fijamente, intentando leer su mente.

—¿Quién era?

—Ya lo sabes Slick, ¿por qué andar jugando?

—Dime su nombre.

—Era Fleming, el tipo al que me enviaste a seguir la otra noche.

Hubo un largo silencio.

—Bien, ¿cuál es el problema? ¿No querías que lo hiciera? Me dijo que le habías enviado tú.

—¡Cállate! —Hubo otra larga pausa. Cuando habló de nuevo, su voz era más tranquila y más fría—. ¿Has follado con él?

—No. —Parecía decepcionada y disgustada—. Gordy interrumpió todo.

—Entonces sal de aquí. Vete a mi camarote. —Hubo movimiento y la puerta se abrió y se cerró.

Morelli parecía cansado.

—Gordy, dime lo que has visto.

Gordy estaba menos nervioso que cuando hizo la llamada.

—No había ido a cantar, así que fui a comprobar como estaban las cosas. Los oí a través de la puerta y la abrí de un disparo. El tío estaba en la cama con ella y salió rápidamente. Por si vale de algo, todavía tenía los pantalones abrochados. Al principio no supe quién era, pero después salió y vi que era el tal Fleming.

—Continúa.

—Sabía que lo habíamos dejado muerto sobre la acera. Usted lo vio. ¿Cómo es posible que ahora esté vivo? ¿Es su hermano gemelo o algo así?

—¿Viste cómo entró?

—No, no sé cómo pudo entrar. ¿Hay algún pasadizo secreto?

Una réplica breve y obscena de Morelli le hizo callar. Debía de haberse olvidado de revisar él mismo esos pasadizos hacía poco.

—Puede que haya sobornado a alguien. Esas cosas pasan. ¿Qué aspecto tenía? ¿Parecía normal? ¿Qué llevaba puesto?

—Pantalones y zapatos; no llevaba ni camisa ni sombrero, pero no me quedé allí mucho tiempo.

—¿Cómo era su cara?

Gordy no entendía lo que estaba buscando.

—Era una cara normal, como la que tenía cuando lo dejamos allí tirado, pero, Dios, sus ojos...

—¿Qué pasa con ellos?

—Lo juro, eran rojos... No había ni rastro de blanco en ellos.

—¿Rojo? ¿Rojo puro?

—Lo vi como lo veo ahora a usted. La luz era buena, mejor que esta. Me dan escalofríos sólo de pensar en cómo miraba.

—Pues no lo hagas. —Se quedaron en silencio, y al cabo de un momento, Morelli prosiguió—: Mira, sé que hay algo extraño en todo esto y en Fleming, pero no tiene ningún sentido dejarnos intimidar. Permaneceremos aquí en el barco durante la noche, después cerraremos el club y mañana lo inspeccionaremos todo a fondo.

—Sí, jefe.

—Estaré en mi camarote.

Lo seguí. El pasillo era corto. Llegó a otra puerta y la cruzó. Busqué un rincón cerca de Bobbi, que estaba sentada sobre la cama, pero no la toqué.

—¿Y bien? —dijo él.

—¿Y bien qué?

—Gordy os vio juntos.

—Estar juntos no significa que nos acostáramos.

—Puede que no os diera tiempo a hacerlo.

—¿De qué te quejas? Esos planes fueron idea tuya, no mía, y has estado con docenas de chicas desde que yo me trasladé aquí, y nunca he dicho ni una palabra, ni siquiera cuando estaba en la habitación de al lado.

—Y estaríais en la misma habitación las dos a la vez si yo quisiera. Te gusta demasiado tu trabajo.

—Las dos a la vez, qué gracioso. Apenas aguantarías cinco minutos.

—Os ha pillado, puta, empieza a desnudarte y verás el daño que puedo hacerte en cinco minutos.

—No.

—Si puedes hacerlo con un muerto...

—¿Qué es lo que crees, que lo mataste?

—Sí, lo maté. Murió de un disparo en la calle hace dos días, ¿o eso no te lo ha

contado?

—Estás loco.

—Puedes preguntarle a Gordy, él estaba allí. ¿Te gusta follarte cadáveres? —Hubo un desgarrar de ropa y los sonidos de dos cuerpos que forcejeaban. Ella lo abofeteó y lo maldijo, pero él la forzó. Aunque fuera su amante, me sentí obligado a interferir y lo envolví como un papel de periódico a una caballa.

Unos segundos más tarde sintió el primer escalofrío.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó. Ante una pregunta tan vaga, no es de extrañar que ella no contestara nada. Se apartó de ella y se pegó a la pared del camarote con el corazón desbocado—. Estás aquí, ¿no es cierto? ¿Por qué no sales? ¡Vamos, Fleming! ¡Sé que estás aquí!

Bobbi se quedó sentada inmóvil, probablemente convencida de que estaba allí encerrada con un lunático peligroso. Yo no quería apretarle demasiado las tuercas, así que me aparté para dejar que se repusiera del frío. Ninguno de ellos se movió; Morelli estaba escuchando y Bobbi lo observaba.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Estaba aquí, sé que estaba aquí. No quería que te tocara.

—Aquí no hay nadie, Slick. Nadie.

—¿No sientes el frío? Estaba aquí, es posible que todavía esté por aquí, vigilando.

—Estás loco. Me voy a mi cuarto.

—¡No! Tú te quedas aquí.

—¿Para qué? ¿Para seguir discutiendo?

—Si quieres, sí.

—Lo importante es lo que tú quieres, ¿no?

La discusión volvió a empezar y fue entonces cuando me di cuenta de mi equivocación. La escenita anterior había sido una especie de ritual. Sin perder un momento, prepararon el terreno para otro drama. Bobbi había estado con otro y Morelli reivindicaría sus derechos utilizando su cuerpo para hacerlo. Bobbi había dicho que sabía cómo manejarlo, y en cuanto a Morelli, supongo que no era de mi incumbencia su manera de expresar su masculinidad, siempre que no le hiciera daño de verdad.

Empezaron a gritarse. Ella lo incitó para que fuera más lejos y entonces él se le echó encima y dieron rienda suelta a la pasión. No me alegraba la situación, pero los dejé y salí del camarote. Nadie había venido a investigar el ruido... Al parecer la tripulación estaba acostumbrada a sus histrionismos.

Gordy, todavía en el camarote principal, se sirvió del mueble bar antes de tirarse en un asiento junto a la ventanilla a descansar. Parecía abarcar toda la sala con la mirada, lo que me impedía materializarme sin que me viera. Finalmente encontré un rincón, fuera del alcance inmediato de su vista esperaba yo, e intenté solidificarme.

No pude. Era como empujar un tren colina arriba, con furgón de cola y todo. Asustado, me pregunté si al quedarme durante un tiempo prolongado en ese estado

inmaterial se habría convertido en algo permanente. Lo intenté de nuevo, y fue aún más difícil. El tren se movió un poco, pero sólo con un esfuerzo atroz. La siguiente vez me concentré de verdad, visualizando cada parte de mi cuerpo, tratando de forzarlo a recobrar la materialidad. Pesaba. Los brazos eran como de plomo, las piernas se resistían, los ojos...

Con la lentitud de la melaza fría vertida, fui adquiriendo forma, aunque con un esfuerzo que me dejó muy débil. Gordy me vio casi al instante, pero no me costó mucho ordenarle que se quedara quieto y se durmiera. Cayó sin decir ni pío, lo que me permitió una recuperación tranquila.

Con mi cuerpo de nuevo bajo mi control y los sentidos totalmente agudizados, cobró consciencia inmediata e urgente de la enorme cantidad de agua que nos rodeaba. Eso hizo que volviera a tener la carne de gallina. Tenía todos los pelos de punta, desde la parte más baja de la columna hasta la parte más alta de la cabeza, pero no había mucho que pudiera hacer con respecto a la situación, salvo tratar de ignorarla si era posible.

El camarote era más pequeño de lo que pensaba, y yo sabía que había estado allí antes. Mi mano izquierda, guardiana de mis recuerdos, estaba temblando *motu proprio*. Traté de sujetarla con la otra. En el exterior, oí una conversación esporádica de la tripulación, aunque no pude precisar cuántos hombres había a bordo. Más lejos se oían ruidos distintos, mezclados con golpes y con otros sonidos que demostraban que lo estaban disfrutando.

Un vistazo por el camarote reveló el bar, la mesa, las sillas y una caja fuerte incrustada en la pared. Pensé que podía tener un sistema de alarma como el del club, así que inspeccioné el escritorio pequeño que había al lado. El interruptor se encontraba casi en el mismo sitio. En ese momento estaba apagado y, aunque puede que no hubiera nada de valor a bordo, merecía la pena probar ahora que tenía la ocasión.

Era improbable que tuviera la misma combinación que la que había en el club, pero por el momento no tenía nada mejor. Sin embargo, los seguros hicieron clic en los mismos números, al menos hasta llegar al último, donde tuve que hacer experimentos. Mientras tanto, mi mente deambulaba. Me preocupaba la dificultad que había tenido para materializarme. El hecho de que estuviera sobre agua era, sin lugar a dudas, el problema, pero una punzada ilógica de culpabilidad, relacionada con el hecho de haber bebido sangre humana por primera vez, me obsesionaba. A pesar de que la experiencia con Bobbi había sido extremadamente grata, no podía dejar de preguntarme si eso no me convertía en una especie de monstruo. Según lo que decían los libros, las películas e incluso los diccionarios, yo era un parásito malvado. Existía una extraordinaria cantidad de mala prensa sobre los vampiros y yo estaba comprensiblemente preocupado. Lo único que tenía para rebatirlo era mi limitada experiencia.

No tenía la impresión de que fuera malvado. Sí, era un depredador, pero a

diferencia de otros cazadores, yo dejaba a mi presa viva, y en un caso, hasta había hecho que se sintiera muy bien después. Y yo mismo me sentía mejor. Puede que fuera la euforia del acto sexual, pero había hecho que me sintiera más fuerte. Tal vez la sangre humana fuera el alimento perfecto, además de que se adquiriría de una manera mucho más excitante y placentera.

El último seguro hizo clic en el sitio y la puerta se abrió con un balanceo. En el interior había un montón de dinero en efectivo y varios paquetes sin etiquetar llenos de papeles. Aquello parecía más de la especialidad de Escott y puede que no se me presentara una segunda oportunidad, así que doblé todos los documentos y me llené los bolsillos con ellos, dejando el dinero en efectivo. Era un periodista, no un ladrón.

—No te muevas —dijo Gordy desde atrás. Me había despistado demasiado y me había olvidado de echarle un ojo. Me dijo que me diera la vuelta.

Por segunda vez aquella noche, su pistola me estaba apuntando. Estaba en el asiento junto a la ventanilla, pero lejos de estar relajado, su corazón latía con furia. Sin embargo, estaba increíblemente tranquilo para encontrarse frente a lo sobrenatural. Dudo que yo hubiera tenido el mismo valor. Pensé en ponerle a dormir de nuevo, pero rechacé la idea. Era mejor esperar a que llegara Morelli; sería el momento de ajustar cuentas.

Llamó a alguien de la tripulación y le dijo que localizara a Morelli. A juzgar por los ruidos de tensión que llegaron del camarote de abajo, la interrupción no fue bien recibida. Supongo que podría haberlo retrasado, pero ¿por qué dejar que uno de mis asesinos se divirtiera? Agucé el oído y traté de mantener la cara seria cuando el mensajero llamó a la puerta. Morelli, jadeante, le dijo que se largara. El mensajero le comunicó su breve mensaje. Morelli le dijo que se fuera al infierno. El mensajero se largó. Había hecho lo que tenía que hacer y el daño ya estaba hecho. Morelli había tenido que esforzarse para excitarse y en ese momento su concentración se había ido completamente al garete. Tras un corto periodo de tiempo desistió y las cosas se calmaron. Después de otro minuto entró tarifando, dispuesto al ataque.

—¡Maldito seas, Gordy! ¿Qué...?

Gordy se limitó a señalarme con su mano libre.

Morelli empalideció. Empezaba a acostumbrarme a verlo de ese color. Tenía el aspecto desaliñado, con el pelo despeinado y un albornoz por única vestimenta. Yo no había mejorado las cosas.

—Oh, Dios, es él —se dijo a sí mismo, pero en voz alta.

—Es el tipo que vi antes, Slick, sólo que sus ojos ya no están rojos.

Nadie se movió. Quizás Morelli temía que volviera a desaparecer. Era tentador, pero si fallaba no quería que fuera delante de ellos. Cuanta menos debilidad mostrara, mejor.

—Mira su ropa, todavía tiene los agujeros y la sangre. —Gordy se levantó para estar en mejor posición si había que disparar.

Morelli estaba mirándome. Se fijó en la ropa; todavía no me había abotonado la

camisa y sus faldones colgaban de forma descuidada por la parte de delante. También reparó en el trabajo de maquillaje que Escott había hecho.

—Parece bastante real —dijo, tratando de mostrar cierto valor. Bajó los ojos hacia mi pecho—. No puede ser el tipo, a éste no le han disparado.

Sentí tener que disentir.

—O hubo un fallo en la calle —dijo Gordy—. Puede que Joe no llegara a darle y el tipo lo fingiera.

—¿Y qué pasa con lo otro?

—Una especie de truco, como usted dice. Ha podido hipnotizar a los chicos y robar la caja fuerte. Mire, ahora lo he pillado con las manos en la masa.

Morelli me miró de arriba abajo.

—¿Dónde están los papeles?

—En sus bolsillos.

—Vacíalos —me dijo. Era la primera vez que se dirigían a mí directamente. No me moví. Si quería sus papeles, podía venir a buscarlos él mismo. Me lo ordenó de nuevo, cada vez más impaciente, y vino a por ellos. Exasperado, se me acercó como una bomba a punto de estallar, aunque sin interponerse en el campo de tiro de Gordy, por si yo intentaba algo. Lo dejó todo sobre la mesa y buscó otras cosas. Me sacó la cartera, la vieja. Tenía que habérmela dejado en casa, pero no se puede estar en todo. Miró los documentos del interior.

Su sorpresa fue casi física. La cartera que sostenía debería estar en un cuerpo pesado en el fondo del lago, no en sus propias manos temblorosas. La soltó y, si tal cosa era posible, los ojos se le salieron de las órbitas aún más que al entrar en la sala.

Gordy percibió el cambio.

—¿Qué pasa? ¿Slick?

Los pensamientos de Morelli centelleaban en su cara. Estaba intentando entender, tratando de volver a la realidad. Fracasó.

Sonreí.

Se derrumbó.

—¡Dispárale, Gordy! ¡Dispárale ahora!

La pistola ya estaba a la altura de mi pecho. El instinto hizo que me lanzara a un lado. La bala provocó un breve destello como si hubiera atravesado estrepitosamente mi cerebro, dejando un dolor candente. La fuerza del disparo y la velocidad del impacto me lanzaron hacia delante, sin control, y mi cabeza, sumando todo mi peso a la fuerza del disparo, se dio un golpe seco con el pico de la mesa de madera. En comparación, la bala había sido un pinchazo. Me quedé atontado y paralizado por el dolor.

Dieron la vuelta a mi cuerpo. Mis ojos miraban fijamente a la luz, incapaz de apartar los ojos.

—Eche un vistazo —dijo Gordy—. Hay una herida, pero no un agujero. Pero juraría que le he dado.

—¿Está muerto?

Puso su mano pesada sobre mi pecho y después me cerró los ojos. Yo no podría haberme movido aunque hubiera querido.

—Está muerto, compruébelo usted mismo.

Antes de que pudiera hacerlo, se oyeron unos pasos rápidos y la puerta se abrió de golpe.

—¿Slick? —Era la voz de Bobbi, asustada—. Oh, Dios mío.

—¡Vete al diablo! No, espera... Míralo, ¿es él? ¿Es él?

—Sí. —Su garganta estaba congestionada por las lágrimas. Estaba triste por mí, o conmocionada, no sabría decir.

—¡Cállate y vete!

Sí, Bobbi, sal. No quiero que tengas que ver...

—¡He dicho que te vayas! —Ella salió dando un portazo. Se alejó por el pasillo tratando de sofocar los sollozos.

Había sufrido el mismo dolor antes y en este mismo camarote, tumbado, indefenso, entre voces y preguntas, con el aire espeso de sudor y humo, el hedor de mi propio cuerpo y los pulmones ardiendo.

Me sumergí en una pesadilla, abrazando el horror del recuerdo como un amante.

Amante... Bobbi...

No, Maureen.

Maureen...

Capítulo 10

Nos estábamos riendo de una broma privada. Me encantaba oírla reír. Lo hacía en muy pocas ocasiones. Pero cuando me giré para mirarla, había desaparecido, y la sonrisa que había dentro de mí murió.

Me despertó el cese del movimiento al parar el tren. Era un sueño familiar que antes detestaba, pero ya no, porque necesitaba el sombrío recuerdo de Maureen para saber que una vez la había amado y me había sentido vivo. Aunque se hubiese despedido de mí. En ese momento, Nueva York ya había quedado atrás, tanto los buenos como los malos recuerdos, y quería volver a vivir. Eso era lo que me decía a mí mismo mientras me abría paso por la concurrida estación de tren con mis dos maletas. No era una gran mentira porque yo no era un gran mentiroso, pero era la mejor que podía inventar en ese momento.

Ese día no hacía mucho viento en Chicago, era finales de verano y la humedad había alcanzado niveles letales. El paseo desde la estación fue desagradable, las maletas me pesaban en las manos y la acera desprendía un calor que me llegaba a la cara como si fuera culpa mía. Estaba empezando a ponerme malo cuando un hotel con el precio adecuado en el cartel me invitó a refugiarme. Era barato sin llegar a ser una pensión de mala muerte. Más tarde, si el dinero empezaba a escasear, acabaría en una de éstas, pero ese día no.

Subí sin compañía las escaleras en busca de la puerta que casara con mi llave. En plena crisis, el hotel no podía permitirse el lujo de un botones. La habitación no era peor de lo que esperaba: pequeña e impersonal, con una cama hundida sujeta con tornillos al suelo, una fea cómoda y una silla a juego, aunque tenía un baño privado y un teléfono y venía con un ventilador que encendí inmediatamente. Abrí la ventana de par en par para dejar entrar los gases de la calle y me despojé de mi traje sudado. Dejé correr el agua fría en la bañera y me metí dentro. Más tarde saldría a tomar una hamburguesa y hojearía los periódicos para decidir en cuál podían contratarme.

El agua me cubría el pecho cuando sonó el teléfono.

Me quejé y maldije, porque soy una de esas personas que siempre tienen que contestar, independientemente de lo que estén haciendo. Tenía que ser alguien que se había confundido, porque la única persona que conocía en Chicago era el recepcionista de abajo. Salí tambaleándome y, dejando un reguero de agua, cogí el auricular y contesté.

—¿Jack Fleming? —No era una voz familiar.

—Está hablando con él, ¿de qué se trata?

—Jack, soy Benny O'Hara de Nueva York. Puede que me recuerdes del bar de Rosie hace un año...

Benny O'Hara, un tipo pequeño de grandes orejas que me dio un chivatazo sobre una noticia de un incendio premeditado a cambio de cinco dólares y una copa. Llevé a los polis allí, cogieron a los tipos y yo conseguí una exclusiva para el periódico con

pie de autor.

—Sí, el cuatro de julio, hicieron que pareciera provocado por los fuegos artificiales para cobrar el seguro. Lo recuerdo.

—Escucha, te he visto salir de la estación de tren y te he seguido. Pensé que podrías ayudarme...

La misma vieja historia. Necesitaba un pequeño préstamo, pero esta vez no me lo podía permitir.

—Lo siento, Benny, pero estaba a punto de salir...

—¡No, espera, por favor, esto es importante! —Parecía desesperado, así que no colgué por curiosidad—. Tienes que escucharme. Tengo algo grande para ti, una verdadera noticia, créeme.

—Te escucho.

—¿Puedes bajar y reunirme conmigo en la calle? No te puedo contar todo por teléfono. Por favor, Jack.

—¿Cuánto me costará?

—Querrás decir cuánto va a proporcionarte. Es una noticia candente.

—¿Otro incendio premeditado? —bromeé.

—¡Por favor, Jack! —No estaba de humor para eso.

—Está bien, dame un minuto.

—Sal a la calle, gira a la derecha y continúa caminando. Yo saldré a tu encuentro.

Parecía demasiado dramático, puede que tuviera algo importante. Si me presentaba ante un editor con una noticia de primera preparada para lanzar, mis posibilidades de conseguir un trabajo, y con mejor sueldo, mejorarían mucho. Merecía la pena probar. Le dije a Benny que esperara y colgué tratando de no parecer demasiado entusiasmado.

Me sequé y me vestí. Salí del hotel, y seguí sus indicaciones al tiempo que examinaba las caras con las que me encontraba tratando de dar con él. Tras una manzana, apareció a mi lado.

—¡No me mires, por Dios! —dijo en voz baja.

Lo poco que vi de su cara no resultó muy tranquilizador. Siempre parecía al borde de la inanición, era algo normal en él, pero esa vez parecía demacrado y muy nervioso. Me pregunté cuándo habría sido la última vez que había dormido.

—Sigue caminando y te lo contaré todo.

—¿Por cuánto?

—Ya te diré. Cuando haya acabado puedes tomarlo o dejarlo.

Eso no era típico de él. Si no me había alarmado suficiente antes, lo hice en ese momento.

—¿Quién te sigue?

—Todavía nadie, creo, pero podemos correr ese riesgo. Sigue caminando.

Seguí caminando.

—¿Has oído hablar de Lucky Lebrede?

—No.

—Es un jugador local, propietario de parte del Nightcrawler.

—¿De qué? —pregunté sin comprender nada.

—Es un club nocturno —dijo, afligido—. Antes era un gran garito, pero después, cuando él se metió en el negocio, pasó a ser un local de juego.

—Ilegal, naturalmente.

—¿La Guardia es italiano? De todas formas, por aquí es alguien para mucha gente, aunque trata de pasar desapercibido y se aparta del camino de las bandas, así que no es demasiado conocido.

—¿Entonces qué es lo que pasa con él, Benny?

—¿Te ha contado Rosie cómo me gano la vida?

—Me dijo que eras cerrajero —respondí con cara seria.

—Rosie es una chica estupenda.

—Benny...

—¡Está bien! Ya voy. Tengo que aprovechar una oportunidad cuando se me presenta, porque en estos tiempos no se dan muchas para los cerrajeros. Tengo un amigo que posee un local, y cada miércoles celebra en él una partida de póquer de categoría. Los jugadores utilizan billetes de mil dólares como quien utiliza cerillas. A veces la partida se prolonga durante días. Normalmente son gente de fuera que está buscando diversión, y son diferentes cada semana, pero Lucky nunca pierde una partida. Es un verdadero fanático del póquer y siempre gana.

—He oído hablar de gente así.

—Hay que verlo para creerlo. Lo juro, una semana se fue a casa con ocho mil dólares. Como puedes imaginar, no paga impuestos por ello.

—¿Cómo te permitieron entrar en su partida?

—Yo no juego. Mi amigo les dijo que era guardaespaldas. Me dio un revólver y me quedé por ahí, mirando atentamente. Algunos de esos patanes se lo creyeron. Me trataban como si fuera Al Capone, y además daban buenas propinas. De todas formas, yo mantenía mis ojos bien abiertos y una noche decidí seguir a Lucky a su casa, para protegerlo, ya me entiendes.

—Sí.

—Bueno, entró en su casa, y para un tipo con esa cantidad de dinero, no era una gran casa, así que me imaginé que debía de tener un montón por ahí tirado sin gastar y sin protección. Puede que quisiera contratar a alguien para que lo vigilara mientras él estaba fuera.

—¿Y decidiste presentarte para el puesto?

—Naturalmente, pero a la noche siguiente, cuando volví, ya se había ido, imagino que al club. En cualquier caso, intenté llamar a la puerta, e imagínate mi sorpresa cuando de repente se abrió sola. Pensé que tal vez algo no anduviese bien por ahí dentro, así que eché un buen vistazo para asegurarme de que no había ningún ladrón.

—Continúa.

—Por suerte, no lo había porque, y te juro que esto es la verdad, el tío se había dejado la caja fuerte abierta de par en par. Insisto, ¿cómo se puede llegar a ser tan descuidado?

—Sí. Qué tío más descuidado.

—El caso es que pensé que sería una lástima que todo ese dinero fuera a parar a las manos equivocadas, y decidí que debía cuidarlo por él.

—Muy amable de tu parte.

—Lo mismo pensé yo. Había un montón de billetes grandes y como no tenía ningún sitio donde meterlos, saqué de la caja un sobre grande que parecía vacío. Sólo había dos hojas de papel en su interior, y no ocupaban espacio, así que empecé a meter el dinero dentro y me llevé todo el lote conmigo. Cuando volví a mi apartamento e hice recuento, fue cuando me fijé bien en esas hojas.

—¿Qué había en ellas?

—Parecía como si un chaval hubiera estado jugando con una máquina de escribir. Estaban cubiertas por las dos caras y de arriba abajo por un montón de símbolos y números interrumpidos repetidamente. Supuse que era una especie de código y como a mí me gustan los rompecabezas, intenté resolverlo.

—¿Y?

—Y no fue tan fácil, pero lo hice, y lo que había en esas páginas es suficiente como para incriminar a todo el Estado.

—¿Entonces de qué se trata?

—De una lista de chantajes. Eran nombres de personas importantes, gente que uno no se esperaría. Contenía los nombres, el lugar donde vivían, lo que se podía utilizar para chantajearlos, todo. Lo he comprobado.

—Venga ya, Benny.

—¡Lo juro! Lo tengo conmigo y tengo que deshacerme de ello.

—¿Por qué? ¿Y por qué yo?

—Porque no estás en la lista, porque eres nuevo en la ciudad y ninguno de esos matones te conoce.

—¿Qué matones?

—Los muchachos de Lucky y otros. Están con la banda de Paco. Me han estado persiguiendo durante días y no puedo salir de la ciudad. Tienen controladas todas las estaciones. No puedo comprar un coche, barco o bicicleta sin que ellos se enteren.

—¿Y quieres endosármelo a mí? Entrégaselo a la poli.

—¿No entiendes nada? Hay polis en la lista... Jueces, abogados, personal de periódicos: todo el que tiene algo que esconder. Echarán tierra sobre la lista, y sobre mí también si acudo a ellos. Ya lo he intentado. Pero tú estás limpio, puedes hacer algo con ello, puedes airearlo.

—¿Qué quieres de mí?

—Tan sólo que me ayudes a salir de la ciudad. Después podré cuidarme solo.

Siempre he sido un idiota cuando se trataba de pensar en las consecuencias a

largo plazo de las decisiones precipitadas.

—¿Qué tienes planeado?

—Eres un buen tipo, puedo confiar en ti. Te daré un par de indicaciones e irás a comprar un coche para mí, pero a tu nombre. Después, lo único que tendremos que hacer será salir de la ciudad. Me dejarás en algún pueblo del Estado más cercano, y podré seguir solo desde allí. Tú te quedas con el coche y la lista. Lucky y sus muchachos no saben nada sobre ti, por lo que también estarás a salvo.

—Me parece bien. ¿Cuándo?

—Ahora mismo. Tengo que salir hoy, antes de que pierda los nervios. Da la vuelta en ese callejón y espérame. Si está todo despejado, estaré allí en un minuto.

Me metí en el callejón, lo recorrí hasta la mitad antes de parar y dar la vuelta. Estaba oscuro y silencioso. Me quité el sombrero y le limpié la badana con un pañuelo. Mi única compañía era un gato con una sola oreja que andaba entre la basura. Hacia la mitad del callejón corría un chorrito de agua, y por encima colgaba flácidamente la colada de alguien. Esperaba que Benny se diera prisa.

Mucho antes de que su figura escuálida apareciera por la otra entrada pensé en irme. Tenía un peculiar modo de andar, a saltos, como si estuviera a punto de echar a correr y siempre cambiara de opinión en el último segundo. Llegó hasta mí, resoplando y con un tic nervioso en los ojos. Iba desarrapado a pesar de la pasta que afirmaba tener y tenía el aspecto intranquilo de un fumador empedernido al que se le acaban de terminar los cigarrillos.

—Ahora tenemos que ser prudentes —me avisó. Y me dio un billete de mil dólares.

—¿Es auténtico? —Jamás había visto uno antes.

—Como las plumas de Sally Rand. Puede que quiera cambiarlo por billetes más pequeños, pero con él puedes conseguir un coche verdaderamente bueno. No puedo cambiarlos yo mismo porque no tengo aspecto respetable, pero para ti sería fácil.

No tanto, pero puede que si me pusiera mi mejor traje me aceptaran en un banco.

—Está bien, ¿dónde está la lista?

—Aquí, y te la puedes quedar. —Sacó dos hojas de papel dobladas por la mitad y me las dio. Las abrí. Tal como me había descrito, estaban llenas de símbolos y números escritos a máquina.

—¿Cómo se lee esto?

—Es fácil, sustituyendo...

Alguien tosió a nuestra izquierda. Fue una tos extrañamente uniforme, tres veces muy seguidas. El pequeño cuerpo de Benny se estremeció y aparecieron tres grandes agujeros rojos en su cabeza, su pecho y su estómago. Cayó de costado en el arroyuelo sucio y quedó sobre el agua, con los ojos desorbitados y sorprendidos para siempre.

No defenderé mi reacción, tanto si fue de cobardía como de autodefensa, pero el caso es que salí corriendo del callejón y escapé a la calle como si tuviera fuego en el culo.

El terror es un gran estimulante. Después de tres manzanas seguía bajando la acera a todo correr, dejando una estela de alboroto y, en ocasiones, de destrucción cuando me enfrentaba a los obstáculos que se presentaban a mi paso. No miré hacia atrás. Sentí la tentación de hacerlo, pero sólo conseguiría reducir mi velocidad y avanzar menos. No podía correr el riesgo. Sin embargo, el calor y mi falta de resistencia hicieron su efecto y tuve que frenar un poco; sin embargo, seguí circulando a velocidad suficiente para llamar la atención. Entré en unos grandes almacenes y traté de reponerme sin dejar de moverme.

La lista y el billete de mil dólares seguían en mis manos. Doblé las dos cosas, las metí en la cartera y pensé en llamar a la policía. Aunque puede que eso no fuera buena idea ya que, como testigo, no valía mucho en aquel momento. Había visto, que Dios me ayude, morir a Benny, pero no había llegado a ver a su asesino. Y por lo que él me había dicho, puede que estuviesen en el ajo. Y, además, ¿qué podría decirles? ¿Que había aceptado dinero de un ladrón para ayudarlo a escapar? La verdad no podía contarla y sabía por experiencia que era un mentiroso pésimo. Continué caminando con la esperanza de que se me ocurriera algún plan antes de que alguien me pusiera la mano encima.

Cuando empecé a sentirme a salvo, miré a mi alrededor. Aunque fuera nuevo en la ciudad, no tuve ningún problema para reconocerlos. Había visto a tipos así en Nueva York. Físicamente se podían parecer a cualquiera, pero tenían una actitud difícil de definir que los diferenciaba de la gente corriente. Puede que fuese la frialdad del depredador, pero no tuve tiempo de analizar de qué se trataba, porque venían hacia mí.

Localicé las salidas de atrás, atravesé precipitadamente los almacenes empujando a los empleados, y salí disparado a una calle angosta donde varios camiones de mercancías hacían sus repartos. La calle desembocaba en una más grande, más concurrida y, con un poco de suerte, más segura. Escuché unos pasos que retumbaban detrás de mí y me metí corriendo entre la multitud.

Estuvimos jugando a ese juego durante casi una hora. Eran cinco, tres a pie y dos en un Ford verde oscuro que me siguió cuando me metí en un taxi. Eran inteligentes y, sin lugar a dudas, profesionales. Yo era un extraño en su territorio y la verdad es que no tenía muchas probabilidades de escapar, pero tenía que seguirlo intentando si no quería acabar como Benny.

Pensé en soltar la lista cuando estuvieran mirándome. Tal vez sólo quisiesen eso. Yo era demasiado insignificante como para preocuparles. Parecía lo mejor, pero no tenía la seguridad de que así fueran a dejarme escapar. Seguí huyendo.

Me estaba agotando. El taxi me dejó en la avenida de Michigan. Aunque había ganado un pequeño respiro, tenía que encontrar un escondite pronto. Necesitaba tiempo para descansar y pensar, y un lugar seguro para hacerlo. En ésas estaba cuando alcé la vista y vi la enorme estructura de piedra caliza de la Biblioteca Pública de Chicago. Las bibliotecas solían ser refugios tranquilos para mí, así que me metí en

ella.

El primer piso no me servía; demasiado abierto, lleno de periódicos y de gente que los leía. Subí las escaleras. El segundo piso era un refugio para reliquias de la guerra civil, pero no para mí. Me precipité al tercer rellano y me recibió la alegre imagen de hileras e hileras de estanterías. Como cuando un pez vuelve al agua, me deslicé entre ellas y encontré un lugar estratégico desde el cual podía ver la avenida y las escaleras.

Le debía al taxista una medalla por despistar al Ford durante el tiempo que había necesitado para encontrar un escondite. Mucho más abajo, su capota verde estuvo circulando de arriba abajo por la avenida durante media hora hasta que desistió y se marchó. No entró ningún tipo de aspecto peligroso, así que me relajé y me refugié en las profundidades de los estantes.

Lo primero que tenía que hacer era deshacerme de la lista, y luego salir de la ciudad hasta que las cosas se calmaran; puede que incluso ir a casa durante un tiempo y descansar. Podía redactar un informe detallado y enviar copias al fiscal del distrito local, a los federales, a los periódicos y a cualquiera que pudiera preguntarse quién se había cargado a Benny O'Hara. Puede que eso no sirviera de nada, pero era el máximo riesgo que estaba dispuesto a correr en ese momento. Ver a un hombre abatido a tiros en tus propias narices hace que se tambaleen las agallas de cualquiera, y yo nunca me había tenido por una persona especialmente valiente. Las últimas horas habían sido tan aterradoras que estaba preparado para dejar el periodismo y volver a ayudar a mi padre con la tienda.

Pero en ese momento me encontraba hambriento y volví a echar en falta la hamburguesa que no me había comido antes. La mente se encarga de las conmociones y el cuerpo sigue ocupándose de las condiciones básicas para sobrevivir.

Me puse de puntillas y dejé las dos hojas de papel sobre una de las estanterías de la parte de atrás. El pasillo estaba despejado, nadie me había visto. Apunté la sección en la que estaba, y me fui; sabía que estarían a salvo mientras permanecieran allí.

Encontré una escalera trasera y la utilicé para salir de nuevo a la calle con mucha prudencia.

No había moros en la costa; ni Fords verdes, ni tipos duros, pero seguí caminando por las zonas más concurridas durante unas cuantas manzanas antes de relajarme lo bastante para entrar en un café. Se trataba de un local pequeño y concurrido, llamado Blue Diamond, que olía bien, así que entré y fui a sentarme en una mesa del fondo. Pedí un bistec con todo en lugar de una hamburguesa, y mientras comía tomé notas con mi taquígrafa personal en una servilleta sobre lo que había sucedido. Estuve un buen rato entretenido con la comida, bebí abundante café y tomé un postre extra sin dejar descansar a la camarera. Una vez que oscureció, le dejé una buena propina y me aventuré a las calles.

Los taxis eran caros, pero volver caminando al hotel era demasiado para mis pies.

Además, no tenía ni idea de dónde estaba, sólo sabía el nombre de la calle en la que se encontraba. Se lo dije al taxista, con la confianza de que tomase el camino más directo. No tardó mucho. Conocía bien su oficio y me dejó en la esquina que le había dicho, aunque en la oscuridad parecía diferente. Todavía tenía los nervios a flor de piel y estaba cansado, una mala combinación.

Permanecí con los ojos abiertos, aunque no estaba preocupado. Los hombres que habían estado persiguiéndome no podían saber dónde estaba, ya que Benny había sido muy prudente. Pobre Benny.

Y pobre de mí, descubrí enseguida.

Dos de los hombres salieron de la nada. Debían de haber estado vigilando toda la calle, esperando a que regresara. Acababa de poner los pies en el suelo y de empezar a avanzar cuando apareció el coche verde; se abrió la puerta y me metieron a empujones. En no más de cinco o seis segundos habían completado la operación y estaban llevándome a algún sitio desconocido.

Improvisé un combate de lucha libre con dos de ellos en el asiento de atrás; mientras yo hacía todo lo que podía por salir de allí, ellos hacían todo lo que podían por impedirlo. Una vez logré alcanzar con la mano la palanca de la puerta, pero me dieron un puñetazo en un costado y otro en los riñones.

—¡Oye, calmaos ahí detrás! —Gruñó el conductor.

Varios golpes después, dejé de estar en condiciones de continuar la discusión. Me tiraron al suelo y me sujetaron boca abajo, con los pies apoyados en mi espalda y mis piernas. Estaba asustado y mareado por los puñetazos, y los vaivenes del coche en aquellas condiciones claustrofóbicas no ayudaban demasiado.

—Me estoy mareando —dije hacia el suelo.

—¿Qué dice?

Lo repetí un poco más fuerte.

Se oyeron algunas risas procedentes del asiento de delante, pero los tipos de atrás no pensaron que fuera tan gracioso. El que estaba más cerca de mi cabeza me quitó el sombrero, lo puso al revés, y lo colocó debajo de mi nariz.

—Como me vomites encima te vuelo los ojos —me advirtió.

Tragué e intenté coger aire en los pulmones. Fue un trayecto largo y duro, pero logré contener la cena. Paramos una vez y el conductor salió durante unos minutos, dejando el motor en marcha. El coche se balanceó cuando volvió a subir.

—Frank dice que lo llevemos al barco, y que después os larguéis hasta que os necesite de nuevo. Georgie, lleva por mí el coche de vuelta a casa.

—¿Cuándo se nos va a pagar?

—Esta noche en el barco, como siempre.

—Vamos, Fred, llevamos detrás de este tipo todo el día.

—Discútelo después con Frank, yo no soy el que paga.

Alguien me puso un trapo en los ojos y me sacaron a rastras del asiento de atrás con las manos sujetas a la espalda. Tuvieron que sujetarme entre dos, puesto que no

podía mantenerme en equilibrio. Olía a agua y se oía el rumor del oleaje. En mi cabeza aparecieron imágenes del lago Michigan y unos zapatos de cemento. Traté de soltarme, y recibí un puñetazo en los intestinos que me dejó sin aliento. Me arrastraron unos pasos. Los siguientes minutos fueron confusos y sólo recuerdo que mis pies tropezaron con algo vivo. Perdí el equilibrio de nuevo y, sin los brazos, no pude detener la caída. Mi codo izquierdo chocó con algo duro, al igual que mis rodillas. Traté de darme la vuelta para ponerme derecho, volví a caerme y mi cabeza se golpeó bruscamente, antes de que algo duro me diera por detrás de la oreja. A pesar de estar con los ojos vendados, unas luces centellearon ante mis ojos y entonces la oscuridad lo clausuró todo.

Fue como si hubiera estado durmiendo durante semanas y justo en ese momento estuviera despertando. Algunos hombres estaban hablando y me molestaba que estuvieran manteniendo su conversación en mi dormitorio. Quería decirles que se fueran al infierno, pero mi boca no se prestó a colaborar.

—Vivito e intacto —dijo un hombre. Recordé que era el que se llamaba Fred.

—¿A eso le llamas tú intacto? —Fue la ingrata contestación.

—Empezó a pelear, ¿qué quiere que le diga?

—¿Se les ha pagado ya a tus muchachos?

—No, señor Paco.

—Está bien, tomad, y que mantengan las bocas cerradas. Perdeos y olvidaos de lo de hoy. Fred, tú quédate conmigo. Georgie, lleva el coche de vuelta a casa.

—Bien.

Los hombres se marcharon arrastrando los pies. No parecía una sala muy grande y yo seguía aquejado por una ligera sensación de movimiento, cosa que atribuía a mi estado medio inconsciente. Me dolía la cabeza y estaba mal del estómago; cuanto más despierto estaba, más consciente era del dolor. Empecé a recordar cosas, ninguna de ellas demasiado agradable.

—¿Qué le habéis hecho? —dijo Paco.

—Se cayó cuando lo subimos al barco.

—Despiértalo.

Me echaron agua en la cara. Ahí fue cuando me di cuenta de que habían estado hablando de mí. Me revolví y me desperté por completo, plenamente alerta. No podía moverme mucho, pues estaba atado con fuerza a una silla, pero me habían quitado la venda de los ojos, aunque lo que vi no fue muy tranquilizador.

El bulto grande que sostenía el vaso de agua era Fred. El hombre más bajo y con aspecto de bulldog que había detrás de él era Paco. Ninguno de los dos parecía amistoso.

La sala era alargada y tenía el techo bajo. Las paredes estaban extrañamente curvadas. Deduje que estábamos en un barco, y en uno grande. Eso explicaba el movimiento y mi mareo; era un pésimo marinero.

—Está despierto —dijo Fred. Paco y él se apartaron de mi campo de visión. Mi

silla estaba en medio de un suelo desnudo, enfrente de una mesa. Apoyado en la mesa se encontraba otro hombre, más moreno y delgado que sus amigos. Separó la cadera de su punto de apoyo y se acercó a mí. Escuché un chasquido y un cuchillo fino y de filo largo apareció en su mano. La hoja estaba tan afilada que dolía de sólo mirarla. Me contraí mientras él se inclinaba hacia mí.

—Ponnos las cosas fáciles, amigo —dijo, y cortó las cuerdas. Apenas podía moverme cuando se cayeron, pero traté de flexionar los miembros. No fue una buena idea, pues cuando la sangre reanudó su trabajo pasaron de entumecidos a dolerme como si los estuvieran pinchando con alfileres y agujas.

—¿Quieres beber algo?

Asentí con la cabeza. Hizo una señal y Fred me trajo un güisqui doble frío. Habría preferido agua, pero tomé lo que me ofrecieron. Era bueno, me reconfortó por dentro. Mi benefactor me sonrió, yo le sonreí y volvió a guardar el cuchillo. Fred cogió mi vaso vacío y volvió a llevárselo al bar empotrado. Estaba mirando a Paco como si esperara una señal. Paco estaba mirando al tercer hombre, cuya atención estaba puesta en mí.

—Creo que ya sabes por qué estás aquí —dijo. Tenía unas pestañas gruesas y alargadas, los ojos de una mujer, y no me gustaba la expresión que había en ellos—. Levántate.

No había ninguna razón para no hacerlo, aunque me tambaleé un poco y tuve que utilizar la silla para apoyarme. Fred vino, me sacó todo lo que llevaba en los bolsillos y lo tiró sobre la mesa. Lo registraron. Adiós a mi billete de mil dólares. Me miraron y Fred sonrió con satisfacción.

—Sabía que el enano le había pasado algo.

—¿Qué otra cosa te ha dado? —preguntó Paco.

Encontraron la servilleta sobre la que había garabateado mis notas, pero eso no era lo que buscaban.

—Es periodista —dijo el tercer hombre. Fred se echó a reír. Miraron con interés un antiguo pase de prensa que había cogido de mi cartera y leyeron mi identificación —. ¿Hace cuánto tiempo has dejado Nueva York, Jack R. Fleming?

—Miren, no sé qué es lo que quieren. He llegado en tren hoy mismo...

—¿El pequeño Galligar te pidió ayuda?

—¿Galligar? —Probablemente fuera el nombre de Benny en Chicago—. No sé de qué estás hablando. El canijo ese empezó a hablarme en la calle. Tenía una historia absurda, algo digno de la Black Mask, que no me creí, y dijo que me daba mil dólares si lo ayudaba a salir de la ciudad. Pensé que el billete podía ser falso y que sería una especie de timo nuevo, pero entonces alguien le pegó un tiro y yo salí corriendo.

—¿Por qué no me cuentas la historia? —dijo mirando mis notas.

—Dijo que unos tipos estaban detrás de él porque le había robado dinero a la gente equivocada.

—¿Quién es L. L.?

—Loie Long o Lang, creo. Así de pronto no me acuerdo. —Me acomodé en la silla, cansado—. Las iniciales sólo son para no olvidarme, luego pondré el resto.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Soy periodista, pero también escribo literatura de ficción. Es una experiencia vital demasiado buena como para desperdiciarla. Estaba pensando en hacer que la cosa surgiera como una noticia y vendérsela a una revista de detectives, y hasta puede que escriba un libro sobre ello. Si tuviera que vivir del sueldo de reportero me moriría de hambre, así que también escribo historias.

Se me quedaron mirando. Por unos segundos pensé que se lo habían creído, pero entonces Paco soltó una carcajada. Los otros dos se unieron a él y mis esperanzas se fueron al traste.

Lo siguiente que hicieron fue desnudarme, y estuve allí durante varios minutos, sin nada encima salvo la piel de gallina, mientras ellos registraban mi ropa. Pusieron del revés cada prenda, incluso la cartera y los documentos, salvo el billete grande, que seguía sobre la mesa.

—Sé que la tenía, señor Morelli —dijo Fred, utilizando el nombre del tipo por primera vez. El otro no pareció preocuparse por el desliz, lo cual me preocupó. Había oído ese nombre anteriormente y sabía algo sobre el hombre que lo poseía, pero pensé que no me convenía que lo supieran y decidí fingir ignorancia—. Los otros que estaban conmigo se lo confirmarán.

—¿Lo habéis perdido de vista en algún momento?

—Bueno, sí, pero lo encontramos pronto y lo cogimos...

—¡Es el colmo, Fred! —dijo Paco—. Lo habéis perdido durante el tiempo suficiente como para que la escondiera.

—¿Esconder el qué? —Traté de parecer frustrado y enfadado. No me costó mucho.

—La lista.

—¿Qué lista?

—La que Galligar te pasó.

—Lo único que me dio fue un cuento chino y ese dinero, y después alguien se lo cargó. Supuse que también me dispararían a mí y por eso salí corriendo. Coged el dinero, no lo quiero, pero dejad que me vaya.

Morelli interrumpió la réplica de Paco.

—Está bien, Fleming, estaremos encantados de dejarte marchar y podrás llevarte el dinero. Incluso te daré otros mil por todos los problemas que te hayamos causado. Cuéntanos donde has puesto la lista y podrás irte.

—¡No tengo ninguna lista!

—Te creo. Sólo dinos dónde está.

—No lo sé.

Suspiró.

—Entonces puede que tengamos un problema.

Para él no había ningún problema; se echó para atrás para dejar a Fred el espacio suficiente para moverse. Traté de defenderme y luché con rabia, pero era demasiado grande, experimentado y rápido. Rompimos algunas cosas dando golpes por todo el camarote, pero a nadie le importó, porque yo era el único que caía sobre ellas. Traté de alcanzar la puerta, pero él se anticipó, me agarró por detrás, me giró y me dio en el estómago. Se apartó un poco para coger aire y me desplomé en el suelo, incapaz de moverme. Al cabo de un minuto, volvió a levantarme de un tirón y me dejó sobre la silla.

Morelli se agachó y entró en mi campo de visión.

—¿Te sientes preparado para hablar ya?

No sabía qué contestar; de hecho sólo había una cosa para la que me sentía preparado en ese momento. Lo vio venir y dijo:

—¡Oh, mierda! —Y se apartó rápidamente. Tuve la fuerza suficiente para inclinarme sobre el brazo de la silla antes de dejar salir la cena y el güisqui doble sobre su mesa.

No les hizo mucha gracia. A mí sí, pero no me reí. Simplemente, me colgué del brazo de la silla y traté de no mirar. Un olor ácido llenó la sala y obligó a salir a Morelli y a Paco. Hicieron que Fred lo limpiara, pues decidieron que había tenido la culpa. Furioso, estuvo maldiciendo todo el tiempo, con imprecaciones dirigidas en su mayor parte a mi persona.

Cuando acabó, me sacó a rastras a la cubierta. En la lejanía se veía una hilera de luces, demasiado lejana como para que la alcanzara nadando en mis condiciones, aunque me hubiese dado la posibilidad de tirarme por la borda. Me puso contra una barandilla y me dobló hasta que estuve casi en el agua. Con un brazo firme alrededor de mi cuello, me dijo que abriera la boca y me metió un dedo hasta la garganta. Me resistí hasta que lo sacó, y después vomité en el agua negra. Lo hizo tres veces más y entonces, cuando estuvo seguro de que ya no tenía nada dentro, me soltó sobre cubierta.

Totalmente exhausto y jadeando como un perro, odié a Fred más de lo que había creído posible. Si hubiera tenido un arma o las fuerzas necesarias para hacerlo, puede que lo hubiera matado tranquilamente.

No tuve la posibilidad, y él volvió a llevarme abajo.

Morelli y Paco estaban allí, Morelli con la cadera apoyada sobre la mesa, como la primera vez que lo vi. Paco estaba bebiendo una cerveza cerca del bar. Fred cargó conmigo hasta la silla y me dejó sobre ella. Salvo por un ligero olor acre en el aire, no había ni rastro de lo que había sucedido.

—No tienes buen aspecto, Fleming —dijo Morelli. Todavía tenía el cuchillo fuera. Lo utilizó para cortar la punta de un puro y pasó un minuto encendiéndolo adecuadamente. Soltó el humo en mi dirección—. ¿Quieres hablar ya o prefieres que Fred siga golpeándote?

No quería ninguna de las dos cosas, por lo que no dije nada. Fred siguió

golpeándome. Paró por un momento para coger aire y Morelli me repitió la pregunta sin obtener respuesta, así que Fred volvió a empezar. Abrigaba alguna esperanza de que se cansara y lo dejara, pero cuando se cansó, Paco se hizo cargo de la situación, y él tenía nudillos metálicos.

Fue una sorpresa desagradable. Justo cuando pensaba que ya era imposible hacerme más daño, me golpeó con ellos en las costillas. La primera vez que lo hizo grité y eso lo animó. Estaba fresco y ligeramente bebido, y estaba disfrutando. Me caí de la silla y él la emprendió a patadas hasta que Fred volvió a sentarme en ella. Tuvo cierto cuidado conmigo. No me tocaron la cara, porque me sería difícil hablar con la boca hinchada o magullada, y querían que hablara. Pero yo sabía que si lo hacía, tendrían la lista y me matarían. Era una conclusión fácil, e incluso en mi estado pude llegar a ella. Permanecí en silencio y dejé que me golpearan. Tenía muchas ganas de vivir. Después de un rato dejé de reaccionar a los puñetazos y Morelli le dijo que lo dejara. Mi viejo amigo Morelli, pensé antes de perder la consciencia.

Se dieron un descanso, comieron algo y comenzaron de nuevo. El camarote parecía un horno y el aire era una mezcla irrespirable de sudor, humo de puro y vapores de licor, aunque las ventanas estaban abiertas. Con sorpresa, vi el cielo azul claro y los rayos de sol que se abrían paso a través de las nubes blancas. Tenía que ser una visión irreal. Los hombres no se daban palizas en días como éste; entonces olí mi propio hedor y supe que no era así.

En un momento dado, Morelli me dio un poco de agua. Tenía la lengua como si fuera propiedad de otra persona.

—Podrías ahorrarte mucho dolor, Fleming. Tan sólo dime dónde la has puesto.

Debía de tener fiebre. Escuché a alguien reírse y dije:

—Donde el sol no brilla.

Me lanzó lo que quedaba de agua a la cara. Me hizo sentir bien hasta que me desmayé de nuevo, cosa que me hizo sentir mejor.

Me desperté. Algo fuerte en el aire estaba quemándome las narices. Aparté la cabeza, pero aquello seguía allí. Habían sacado sales olorosas de alguna parte y las estaban utilizando para mantenerme despierto. Llegado ese punto era necesario, porque estaba a punto de perder el conocimiento.

—Olvídate de eso —dijo Morelli cuando mis ojos se abrieron finalmente. Tenía más agua y me la ofreció. Sabía rara, pero la bebí sin pensar.

Me dejaron solo y empecé a dejarme llevar por la corriente del dolor, pero no llegué a hacerlo del todo, pues lo que fuera que había en el agua no me lo permitía. Mi corazón empezó a latir con fuerza y un sudor frío me recorrió todo el cuerpo. Sentía que me faltaba la respiración. Los dolores, dormidos durante algunas horas, comenzaron de nuevo. Para mi humillación, empezaron a correr lágrimas por mi cara. Fred y Paco lo encontraron muy divertido. Morelli se sentó y se fumó otro puro, dejando que ellos hicieran todo el trabajo.

Cerca de la media tarde se dieron un descanso.

—Creo que no lo sabe —dijo Paco, bebiendo otra cerveza.

—No seas bobo. Lo sabe, pero no quiere hablar. Si no lo supiera se habría inventado otra historia o nos diría que no lo sabe. Pero este tipo no dice nada. Algo sabe.

Fred bostezó.

—Tengo que dormir —dijo sin referirse a nadie en particular, y salió.

—Puede que debamos volver y llamar a Gordy —dijo Paco—. Se le dan bien estas cosas.

—No, Lucky lo tiene ocupado buscando a Galligar.

Paco se rió.

—Necesitaré un par de branquias para hacerlo. Mis chicos se aseguraron bien de ello.

—Quieres decir que lo fastidieron. Si les hubieran disparado a los dos no estaríamos aquí ahora.

—Lo sé. Pero conseguiremos que hable. No pensarás que sigue siendo tan terco, ¿no? Es un estúpido, pero tiene agallas.

Sus voces se apagaron. Soñé con Benny, un inquieto judío católico enterrado para siempre sin haber profesado ninguna fe, otro tipo de la Cocina del Infierno peleándose por un dólar.

Soñé. Si pudiera tirarme por la borda con un chaleco salvavidas tal vez fuera capaz de llegar a la orilla. Incluso la perspectiva de ahogarse parecía preferible a otra sesión con Fred y Paco. Lo único que tenía que hacer era levantarme del suelo. Ni soñando, habían hecho su trabajo demasiado bien.

Soñé con Maureen, con su pelo oscuro y sonrisa excepcional, una chica nerviosa que miraba por encima del hombro, pero que necesitaba amor y lo dio todo a cambio. ¿Seguiría a salvo?

Soñé, pero no pude descansar.

Tras unas horas abrí los ojos. Mis párpados parecían ser la única parte de mi cuerpo que aún podía moverse. Me sentía como una pieza de cristal hecha añicos y recompuesta con un pegamento flojo. Un toque en falso y se caerían todos los trozos. Me dolía al respirar y el aire me quemaba en los pulmones. Las ventanas continuaban abiertas, pero no había ventilación.

No podía pensar con claridad a causa del dolor, pero quería llegar a una de las ventanas. Una vez allí pensaría en el siguiente paso.

Sólo habría unos tres metros de distancia. Tres pasos para un hombre totalmente sano, muchos más para mí. Había un asiento junto a la ventanilla empotrado y acolchado. Si pudiera llegar hasta él, podría..., pero no podía recordar con exactitud.

Retorciéndome, avancé unos quince centímetros. Tenía que hacerlo lentamente. Otros quince centímetros y descanso. Lo mismo. Los hombros me dolían del esfuerzo, pero después fue el resto del cuerpo; les dije a mis músculos que se callaran y cooperaran, para que pudiéramos... ¿el qué? El asiento junto a la ventanilla. Estaba

un poco más cerca. Quince centímetros y descanso. Las lágrimas volvían, era un derroche de energía, pero no pude parar. Mi vista se enturbió ¿a causa de las lágrimas o del dolor? ¿Dónde estaba la ventana? Descanso. No te muevas, sólo échate al suelo y muere, díles lo que quieren. Se acabará. ¿Cómo se han atrevido a reducirme de esta manera? ¿Cómo se han atrevido a convertirme en un despojo? Treinta centímetros esta vez. La ira era buena, te vuelve loco y te hace escapar. Sigue arrastrándote y ódialos por esto. Arrástrate para que puedas volver y hacerles lo mismo a ellos. Arrástrate...

Pero la estructura pegada con pegamento se deshizo antes de llegar a la mitad del camino y durante un largo rato no pasó nada.

—Dios mío, ¿pensabas que podía llegar muy lejos? —Mi admirador era Paco. Me encontraba con los ojos puestos en sus zapatos. Deseé que me diera una buena patada en la cabeza y que acabara con todo, pero no estaba dispuesto a hacerme favores.

—Ponlo en la silla —dijo Morelli.

No, por favor, no te molestes.

Me sentaron en la silla.

Me caí de ella.

Me ataron a la silla. Muñecas y tobillos. Con resistentes cuerdas de cáñamo. Lo miré sin saber qué era.

—Fleming.

Oh, lárgate.

—Fleming. —Inclinó mi cabeza hacia atrás. Me atraganté con algo de güisqui. Algo que había bebido la última vez, pero no podía recordar.

—Despierta, Fleming.

Estaba despierto, por desgracia.

—Mírame.

No, voy a saltar al lago. Estábamos rodeados por un lago, que me golpeaba de una manera insanamente divertida. Me hería hasta la risa. Lo dejaré para después y me reiré entonces, si hay un después. ¿Qué había en el güisqui?

—Fleming, mírame o te corto los párpados.

Eso llamó mi atención, pero no lo miré a él sino al fino cuchillo que tenía en la mano. Sí, era posible que pudiera cortarme más. La mirada en sus ojos, esos ojos oscuros de mujer, prometía eso y mucho más. Me pasó suavemente el filo del cuchillo por el dorso de la mano, firme como un cirujano. La sangre brotó del corte. Sí, podía cortarme.

—Fleming, tienes que hablarnos, tienes que decirnos dónde está. Créeme, no hemos sido muy duros contigo. Sólo te duele, nada que no se cure. Si no hablas, será peor y empezaremos a romperte cosas. Podrías sangrar por dentro hasta morir. Dinos dónde está la lista y te juro sobre la tumba de mi madre, te juro que te dejaremos marchar.

Casi le creí. Hablar y morir o no hablar y morir de todas formas. Me condenaría

antes de decirles la hora. No les daría esa satisfacción. «Estúpido», me había dicho Paco. Sí, y terco.

—Fleming, ¿has oído? ¿Me entiendes?

Asentí o al menos traté de hacerlo. Me soltó la cabeza y dejé de ver otra cosa que mi regazo. Me echó la cabeza para atrás y me quedé mirando al techo, que se movía cada vez que pestañeaba. Algo bajó por mi garganta. Sentí arcadas y tosí.

Al cabo de unos instantes, mi corazón empezó a acelerarse. Estaba más alerta. Fred colocó las manos en mi campo de visión.

—¿Ves esto? —preguntó.

Sí. Nudillos metálicos. Dejó que los mirara bien.

—El señor Morelli dice que no tengo que dar más puñetazos.

Percibí el agobiante olorcillo del humo de un puro.

—Habla, Fleming.

No, soy demasiado terco.

—Fleming...

No.

—Fred.

Oh, Dios.

Me golpeó dos veces y ambos sentimos las costillas. Escuché el crujido de alguna de ellas y perdí el conocimiento.

La luz del día volvía a estar allí cuando desperté. Estaba tirado en el suelo, con una mezcla de calor y frío, y un dolor por todo el cuerpo, como si mis huesos fueran demasiado grandes para la piel y trataran de salir de ella. Fred me estaba mirando. Había tanta compasión en su rostro como en una losa de cemento.

—¿Qué? —preguntó y se inclinó hacia mí. Supongo que le había dicho algo. Traté de recordar.

—Necesito mear.

—Dime dónde está la lista y te ayudaré.

—Yo... Puedo utilizar el baño o el suelo... ¿Quieres tener que limpiar otra vez?

Dijo que no.

Al final encontró un recipiente que traerme. Cuando trató de ponerme en pie, no pude soportarlo. Permanecí allí quieto, impotente, mientras él me la sostenía sobre una lata. No salió mucho, y estaba oscurecido con sangre. Volví a sentirme mal y di gracias por no tener nada en el estómago.

Se marchó y les dijo que estaba despierto. De alguna manera me mantuvieron de esa manera durante horas o días. Perdí la noción del tiempo cuando la fiebre se apoderó de mí. Morelli me dio una aspirina y me dejaron en paz un rato. Mi buen amigo.

La costilla rota me recordaba su presencia cada vez que respiraba. De vez en cuando incluso pensaba en escapar, pero todos soñamos cuando estamos enfermos.

El día, por lo poco que vi, estaba nublado. Había algunas conversaciones de

preocupación por la lluvia, pero nadie hizo ningún movimiento hacia la orilla, salvo Fred, quien, con tormenta o sin ella, quería irse a casa. Escuché algo que no presagiaba nada bueno, acerca de un intento más.

Estaba atado de nuevo a la silla. Los tres tenían un aspecto desaliñado, pero todavía contaban con la ventaja del jabón y el agua. Solamente podía imaginar cómo estaría con la barba poblada y crecida y tras varios días sin comer. No me importaba demasiado.

Morelli pronunció su pequeño discurso, y tuvo que repetirlo varias veces para que lo entendiera. Yo lo único que quería era que apagara ese maldito puro para poder respirar.

En el exterior comenzó a llover. Había poco viento. Era el tipo de diluvio ininterrumpido que les gustaba a los granjeros. Una pena que descargara allí, sobre el lago. Oscureció. Encendieron las luces del camarote y el calor volvió a aumentar.

—Habla, Fleming. ¿Dónde está la lista? —Agitó el puro encendido cerca de mis ojos. Pensé que ya había superado la capacidad de sentir más dolor y más miedo hasta que lo apretó sobre la palma de mi mano. Mi lengua se apretó contra los dientes y traté de escapar, mientras la visión se me volvía borrosa.

—¿Dónde está? —Lo repitió una y otra vez hasta que mis muñecas se llenaron de sangre y mi mano estuvo roja por las quemaduras. Tenía la garganta dolorida y me pregunté si habría estado gritando.

—Habla, Fleming.

Se echó hacia atrás y permitió que Fred lo intentara de nuevo. A Fred se le había agotado la paciencia y quería llegar a la orilla. Se desquitó conmigo y me rompió otra costilla. Sentí como si mis entrañas se estuvieran aflojando. Iba a acabar el trabajo definitivamente y acabaría con mi sufrimiento.

Pero yo no quería morir.

Estábamos en la popa del barco. Habían renunciado y se dirigían a la orilla. Morelli se puso en pie al abrigo de la escotilla que conducía abajo. Paco me sujetaba mientras Fred me ataba algo a los tobillos.

—Slick dice que no estamos lejos de la casa —estaba diciéndole Paco—. Uno de sus muchachos te llevará en bote al puerto. Irás andando a la casa, cogerás el coche y te encontrarás con nosotros en el embarcadero cerca del club.

—¿No puedo pedir su coche o coger un taxi?

—Dice que no. Lucky quiere su coche para buscar esa maldita lista y tenemos que devolverlo antes de que se dé cuenta de lo que estamos haciendo. No queremos taxistas, tienen ojos y orejas.

—Todo este trabajo para nada.

—Sí, bueno, hay que saber cuándo cortar por lo sano. —Alzó mi cara hacia la suya—. Es tu última oportunidad, Fleming. ¿Dónde está?

¿Dónde está el qué? No podía recordar.

—Está yendo demasiado lejos, Frank.

—¿Fleming? Bah, al infierno con él. Sujétalo, que hay algo más que estaba deseando hacer.

Fred me sujetó. Paco sacó su pistola, una grande, y me apuntó al corazón. Finalmente me arrancó una réplica. Mi último grito ahogó el estruendo del disparo.

No sentí nada. Un tirón y una sacudida del cuerpo y después el feliz alivio del dolor. Mi cuerpo salió despedido hacia atrás, cayó dando una voltereta en el agua oscura y se hundió rápidamente, con un grupo de burbujas que volvían a la superficie. El peso de mis tobillos me hizo descender de manera uniforme hacia la fría e insoportable presión. Si todavía hubiese respirado me habría ahogado. La presión iba en aumento y empecé a luchar contra ella. Algo de dentro quería salir. Se apoderó de mi forma inerte, y la abarcó...

Estaba flotando. Otra burbuja se había comprimido en una esfera de plástico que se movía por el agua. Iba flotando camino al cielo.

Fui así hasta la superficie. La cosa que me había salvado en ese momento se conducía sobre el agua. Algún instinto nos llevó directos a la orilla más cercana. Mi mente no se hizo preguntas, la mayoría de las cosas extrañas resultan normales cuando sueñas.

Volví a sentir peso. Solidez. La lluvia que me empapaba la ropa ya empapada. El viento contra mi cara, el mismo viento que alejaba las nubes.

Alcé la vista y me estremecí ante las estrellas, que brillaban tanto como el sol.

Capítulo 11

La silueta de una cabeza eclipsó las luces del camarote. Me resultó familiar. Le acerqué la mano con un ademán débil, y mis dedos rozaron su satén. No muy lejos escuché a una mujer con una respiración fuerte, que emitía un pequeño ruido de sorpresa, el típico ruido que las mujeres hacen cuando abren un cajón y encuentran un bicho escondido entre sus cosas de volantes. Mis dedos agarraron el satén, pero lo soltaron rápidamente porque no tenían fuerza. El ángulo de la luz había cambiado sobre la silueta y revelaba unos rasgos delgados.

—Ponte cómodo, amigo, no hay prisa.

¿Escott? ¿Qué demonios estaba haciendo aquí? Pestañeeé e hice un esfuerzo para que mis ojos funcionaran de nuevo. Tenía un poco de mala cara y, por alguna extraña razón, llevaba puesto ese ridículo albornoz suyo. Le agarré la dura solapa acolchada con la mano.

—¿No es demasiado cálido para este clima? —pregunté tontamente.

—No he tenido tiempo de cambiarme.

—¿Por qué no?

—Mi invitación aquí ha sido bastante repentina.

Pensé en eso y pestañeeé completamente despierto.

—¿De qué demonios estamos hablando?

—Has sufrido una conmoción cerebral. Así que cálmate y ya solucionaremos las cosas.

Lo dijo como si todo estuviera bien, pero algo no marchaba bien y yo no podía calmarme hasta que no descubriera qué era. Tenía los codos en el suelo e hice un esfuerzo. Escott me ayudó y me incorporé, apoyando la espalda contra una pata de madera. Al palparme la zona dolorida, descubrí una mancha de sangre en mi cabeza. Estaba pegajosa y tenía el pelo apelmazado.

Escott se apartó y pude ver el resto de la habitación. Yo era el centro de atención de cuatro pares de ojos.

Bobbi fue la primera que llamó mi atención. Fue la que gritó cuando hice el primer movimiento; no se la podía culpar por ello ya que pensaba que estaba muerto. Llevaba una prenda negra suelta, su versión de un albornoz. Su cara estaba desprovista de todo color y tenía un aspecto demacrado, con los ojos de color avellana tan abiertos que se les veía el blanco. Se sentó rígidamente en el asiento junto a la ventanilla, y sus manos agarraron los extremos de un cojín con los hombros encogidos cerca de las orejas. La sonreí y traté de tranquilizarla con un guiño leve. Ella se relajó, pero sólo un poco.

Cerca de ella, pero no demasiado, estaba Slick Morelli. Sus ojos también estaban desorbitados, todo su cuerpo irradiaba tensión. De los dos, era el que parecía más atemorizado. Para él era la tercera vez que yo volvía del mundo de los muertos. Dios sabe qué estaría pasando por su mente cuando me miraba fijamente.

A la izquierda, apoyado en la puerta del camarote, estaba Gordy. Su cabeza casi rozaba el techo bajo y tenía su automática del 45 con silenciador en la mano. No me estaba apuntando a mí sino a Escott. Puede que se hubiera dado cuenta, con él nunca se sabía. Parecía más preocupado que asustado y sus ojos se movían nerviosamente de un lado para otro, y después volvían a mí.

El cuarto par de ojos, profundamente hundidos en unas cuencas grises, me estudiaban sin perderme un instante de vista. Eran ojos que debían de haber pertenecido a una víctima de inanición, pero su propietario no estaba precisamente subalimentado, crónicamente insatisfecho, quizás, pero no subalimentado. Los brotes marrones de su barba camuflaban la papada y hacían que la cabeza pareciera crecerle directamente de los hombros sin la ventaja del cuello. La piel de su coronilla calva no tenía brillo, y me pregunté si es que era una persona enfermiza o es que se rasuraba demasiado. Era el único que parecía relajado, pero al parecer sabía a qué se estaba enfrentando; totalmente alerta, empuñaba una ballesta con un virote de madera que me apuntaba al corazón.

Escott siguió mi mirada y puso cara de arrepentimiento.

—Lo siento, Jack. La ha cogido de mi colección.

—¿Cuánto sabe?

—Me temo que mucho. Permíteme presentarte a Lucky Lebrede, el legítimo propietario de la lista.

—Sé que es el propietario.

—Entonces sabes que la quiero de vuelta —dijo. Habló como si el menor contacto conmigo, incluso verbal, le ensuciara de alguna manera.

—¿Cómo lo descubrió? —Señalé su arma.

Sus ojos pasaron de mí a Escott.

—Cuéntale.

Escott suspiró y se apoyó contra la otra pata de madera.

—Me temo que empezó cuando me rescataste de Sanderson y Georgie. El señor Lebrede, a través de cauces que se niega a divulgar, consiguió mi nombre de Georgie Reamer. Al estar interesado en las actividades de Paco, le intrigó que un detective privado de poca monta como yo debiera ser eliminado y hubiera conseguido librarse de dicho destino. Georgie le dijo que tuve ayuda, y por eso el señor Lebrede me puso bajo vigilancia. Desde entonces me han seguido. Gente profesional, me temo. Tomaron nota de mis visitas a tu hotel, se enteraron de nuestra asociación y también te siguieron a ti.

—Incluso a...

—Sí, también allí.

Lebrede tenía una mirada de suprema repugnancia en su rostro. A mí me pasaba lo mismo; tampoco me gustaba él.

—Informó a Frank Paco de nuestra visita y del pequeño incidente en el callejón trasero del club que me costó un baño de sangre. Le informó de que te había

asesinado, al menos aparentemente, un hombre de Morelli, durante un intento torpe de obtener la lista. El mismo día que visitó tu habitación para buscarla, te encontró en tu baúl y se preguntó cómo lo habías subido desde la calle. La tierra y tu baúl le parecieron cosas muy extrañas. No es un hombre ignorante, ni especialmente supersticioso, pero no le fue fácil unir todas las piezas para formar algo lógico, aunque fuera una conclusión inverosímil. Interrogó a Morelli y éste confirmó sus sospechas, y esta noche ha decidido actuar.

—¿Así que te ha secuestrado para utilizarte como moneda de cambio?

—Sí. Como digo, no he tenido mucho que opinar al respecto, porque se han presentado tres de sus hombres en mi puerta. Tampoco he podido ofrecer mucha resistencia con estos puntos. Lo que más me preocupa es la ballesta.

Miré a Lebreo, y su cara hizo que me olvidara de los mucho que me dolía la cabeza. No había mucho que leer en ella salvo asco, y eso se percibía bastante rápido, así que en su lugar miré a Bobbi para ver cómo lo estaba llevando. Parecía que bastante bien, si tenemos en cuenta que estaba enterándose de ciertas cosas sobre mí de mala manera. Aunque no sé si le veía algún sentido a aquélla. Tenía la boca tensa. Creo que intentaba esbozar una sonrisa. Al menos no me temía, y eso era algo.

—Quiero la lista —dijo Lebreo en tono monocorde—. La quiero esta noche.

—No me digas —dije.

La ballesta se movió ligeramente. Un dedo me separaba de la muerte eterna.

—Gordy —dijo.

La 45 disparó y el gran silenciador redujo el estruendo a un nivel razonable. Escott saltó y apartó la mano de un tirón. La bala había pasado entre sus dedos extendidos donde habían descansado sobre el suelo. Uno de ellos tenía un corte y se lo llevo a la boca. El tipo tenía muchas agallas, pues ni siquiera estaba temblando. Tenía los ojos puestos en Lebreo, brillantes y fríos. Si de repente se hubieran intercambiado sus posiciones, Lebreo lo habría pagado muy caro.

El hombre lo ignoró y se dirigió a mí.

—Te haré una advertencia. La próxima vez Gordy le disparará al brazo.

Las cosas se calmaron, los corazones y pulmones estaban trabajando a destajo. Eran demasiados como para diferenciarlos, pero no me hacía falta ese tipo de información para saber que no era un farol.

Exhalé un breve suspiro.

—Está bien. Te la conseguiré.

—Jack —dijo Escott.

—Está bien. Lo he recordado. Entre Morelli y su barco, las cosas se han ido aclarando. Sé dónde la dejé. —Miré a Morelli—. También sé lo que Paco, Sanderson y tú me hicisteis.

—Pero no fue... —protestó Morelli.

—Calla, Slick —dijo Lebreo.

—Pero no...

Lebrede subió ligeramente el tono de voz.

—No te lo diré otra vez.

Morelli se calló.

—Eso está mejor. Tu escepticismo es comprensible, pero tu ilimitada estupidez no. Si necesitas más pruebas mira el cuello de la chica. Tenía unas marcas pequeñas, pero no invisibles.

Escott alzó las cejas, abrió la boca de golpe y la cerró antes de que el otro se fijara en su cara. Sabiamente, decidió que mi vida amorosa era asunto mío.

Morelli no tenía una mente tan liberal y tiró del chal que le cubría el cuello. Bobbi trató de no darle importancia, pero él la obligó a quedarse quieta. Cuando vio las marcas él la soltó y cruzó al otro lado de la habitación para alejarse. Sin embargo, antes de hacerlo se limpió las manos en su ropa. Bobbi se lo quedó mirando —a ninguna mujer le gusta que la desprecien así— y luego pasó a mirar a Lebrede.

—Asqueroso y gordo bastardo. —Se levantó y se fue hacia la puerta, donde se detuvo a unos centímetros de Gordy. Éste miró a Lebrede en busca de órdenes, pareció aliviado cuando las obtuvo y se echó a un lado. Bobbi abrió la puerta rápidamente y se marchó. Morelli empezó a protestar, pero Lebrede lo atajó.

—Esto es un barco. ¿Adónde puede ir? Luego hablaremos de su infidelidad. ¿O necesito recordarte que eres el que la animó a empezar con esto? Has olvidado que las mujeres son criaturas muy peligrosas y no se debe confiar en ellas.

—¡Calla!

—De momento, hablaremos de lo que voy a hacer contigo. Paco y tú me habéis traicionado para tratar de apoderaros de la lista...

—¿Y por qué se la pediste a Paco, eh? Podrías haber recurrido a mí.

—No soy tan estúpido como para enviar a un mono a buscar un plátano y esperar que me lo dé. Se lo pedí a Paco porque obedece las órdenes siempre que haya dinero suficiente, pero él recurrió a ti, lo cual ha sido un gran error. Encontró lo que estaba buscando, y entonces decidisteis quedároslo. Debí haberme imaginado lo que estaba pasando cuando desaparecisteis durante tres días.

—Todavía no la habíamos conseguido.

—Eso ha sido una suerte. De lo contrario, habría tenido que quitársela, quizás utilizando el mismo método que vosotros empleasteis con Fleming.

—Inténtalo y veremos cuánto tiempo vives. Nueva York se levantaría...

—Tus amigos de Nueva York y yo tenemos un acuerdo. Ellos comprenden lo valioso que puedo ser incluso sin ti. Me he asegurado de eso. Estos días están llevando a cabo un negocio y han aprendido que los exaltados como tú son una carga. No confíes en ellos para que te venguen, porque tus acciones te han puesto en un muy mal lugar. Has tenido tres veces a este hombre en tus manos y has fracasado porque no has tratado el problema buscando sus puntos débiles y aprovechándote de ellos.

Morelli sacudió la cabeza y se fue hacia el bar para servirse una copa bien cargada. Se la bebió de un golpe, se sirvió otra y encendió uno de sus puros.

—Apaga esa maldita cosa —dije.

Parecía sorprendido de que le hablara, pero no iba a apagarlo por orden mía, así que siguió echando humo. Me puse en pie lentamente para no sobresaltar a Lebredo. Todavía me dolía la cabeza, pero no era algo insoportable. Me dirigí a Morelli, le saqué de un tirón el puro de la boca y lo aplasté.

—Esta costumbre tuya es verdaderamente desagradable.

Me golpeó en la cara con su puño, pero esta vez no fingí acusar el golpe. Sacudí la cabeza un poco, pero para él fue como pegar un puñetazo a un árbol. Chilló y se agarró la mano. Lo agarré por el codo y lo lancé al otro lado de la habitación. Se estrelló contra la pared, cayó al suelo y no se levantó. Fui al asiento junto a la ventanilla y me tiré en él, cansado. Lebredo y Gordy no se movieron, lo cual me pareció perfecto.

—Está bien. Consigamos tu asquerosa lista y resolvamos esto.

—¿Dónde está? —preguntó Lebredo.

—La escondí en la biblioteca que hay en la avenida Michigan, encima de una de las estanterías. Tendría que enseñarte dónde.

Gordy sacudió la cabeza.

—Ya nos ha mentado antes.

—Entonces no estabais apuntando con una pistola a la cabeza de mi amigo.

—Ahora la biblioteca está cerrada —dijo Lebredo.

—Tengo una manera de entrar. La encontraré si sigue allí.

—Será mejor que esté.

Morelli gruñó y se dio la vuelta. Eso convenció a Lebredo, que no quería quedarse a discutir. Cogió la pistola de Gordy con la otra mano para que éste pudiera ir a buscar una cuerda. Pusieron en pie a Escott, le ataron las manos a la espalda y le pusieron una mordaza en la boca.

—Gordy... —dijo Morelli, mirándolo con expresión atontada—. Por el amor de Dios, mata a Lebredo.

Gordy hizo una pausa, sin girarse para mirarlo.

—No puedo, Slick, sabes que no puedo.

Morelli se puso en pie de manera vacilante y se apoyó en la mesa.

—No voy a olvidar lo que has dicho, Slick —dijo Lebredo—. Gordy sabe que no debe contrariarme. Conoce los preparativos que he hecho por si algo me sucediera, y tú también.

—Maldito seas... Condenado... —Hubo un suave chasquido y Morelli lanzó su cuchillo. Fue lo último que dijo o hizo. Lebredo lo esquivó y disparó dos veces. Morelli cayó hacia atrás y se quedó inmóvil. Se volvió hacia nosotros y luego hacia Lebredo. Éste le devolvió la pistola a Gordy y salimos todos en fila.

Lebredo también tenía bajo su control a la tripulación de Morelli o la había sustituido por la suya; en cualquier caso, nos habían preparado un bote y no hicieron una sola pregunta sobre el tiroteo de abajo. Gordy y Escott subieron los primeros,

junto con un hombre que manejaba los remos. Llegaron al embarcadero. Sus figuras abandonaron el bote y subieron lentamente los escalones. Nos esperaron fuera del cono de luz de la farola. El bote volvió y me subí en él. Me agarré con fuerza a los laterales e intenté no pensar en el agua negra que nos rodeaba y en la ballesta que tenía detrás de mí. Tardamos una eternidad en llegar al embarcadero. Mi presencia dificultó el trabajo al remero. Estaba jadeante y cubierto de sudor por el esfuerzo cuando llegamos allí. Finalmente pude subir los escalones. Lo único que quería era poner toda la tierra posible entre el agua y yo.

El coche de Morelli estaba esperándonos en la carretera. Escott y Gordy se subieron al asiento de delante y Lebreo al de atrás. Me pusieron al volante y lo primero que sentí fue la ballesta rozándome el cuello. Podría haberme dado la vuelta de repente y agarrarla, pero Escott habría acabado con el estómago lleno de plomo y un lago convenientemente situado para arrojar su cadáver. Lebreo, como buen jugador de póquer, tenía todos los triunfos en la mano. Arranqué el coche, metí las marchas lo más suavemente posible y me dirigí a la gran biblioteca.

Siguiendo sus órdenes, aparqué en una calle lateral vacía entre el resplandor de las dos farolas. Lebreo me dijo que saliera, y salí.

—Nada de trucos ni tejemanejes. Consíguela, vuelve directamente aquí y te diré dónde está el baúl lleno de tierra.

—¿Lo has cogido?

—Pregúntale a tu amigo.

Escott asintió y dejó caer los hombros. Se sentía sintiendo culpable por el desastre y no podía hacer nada para arreglar las cosas.

Lebreo continuó:

—No lo tendrías si no lo necesitaras. Lo he guardado en lugar seguro, por si Escott no fuera suficiente como moneda de cambio.

Me vinieron a la mente muchas cosas que llamarle mientras miraba fijamente su rostro impasible. Podría haberlo eliminado, pero estaba en una mala posición para ocuparme también de Gordy, y parecía nervioso.

Salí del coche bruscamente y me dirigí a la fachada de la biblioteca. Eran bastante más de las dos, pero todavía había algunos coches solitarios que circulaban por la calle, ocupados en sus propios asuntos. Una manzana más allá había un poli haciendo la ronda que sacudía los pomos de las puertas, pero no podía pedirle ayuda. Las explicaciones llevarían mucho tiempo y Gordy podía reducirlo con bastante facilidad si Lebreo le decía que lo hiciera. Hasta era posible que el poli fuera una de las víctimas de sus chantajes. Benny O'Hara me lo había dicho muy claro. Por el momento estaba atrapado.

Me introduje en el edificio, volví a adquirir forma, subí las escaleras sin hacer ruido hasta el piso en cuestión y agucé el oído por si había un guardia nocturno. Todavía iba vestido con lo que quedaba de la ropa que me había puesto para asustar a Morelli, así que lo más probable es que el tipo me disparase o sufriera un ataque al

corazón al verme.

Era un sitio grande; mis pisadas resonaban en mis oídos con una claridad que daba escalofríos. Encontré la sección que buscaba y fui a la estantería de la parte del fondo. Estiré la mano y palpé toda la parte de arriba, pero mis dedos sólo encontraron una superficie vacía y lisa. Allí no había nada.

Me desmaterialicé parcialmente y ascendí flotando. La estantería estaba limpia. Habían escogido el peor momento para limpiar el polvo...

Me olvidé de concentrarme, me materialicé y caí contra el suelo.

Maldición. Y un montón de maldiciones más.

Lebredo no se lo iba a creer. A Escott le quedaba poco. Yo estaba furioso. Maldije y traté de refrenar mis pensamientos, porque tenía ganas de hacer trizas el lugar, especialmente al imbécil que había estado limpiando. Después de tanto tiempo, los papeles podían estar en cualquier parte, probablemente perdidos en la basura.

Pasé de mal humor por delante del escritorio principal. La papelera estaba vacía. Sin saber por qué, busqué por todas partes. Algunos de los cajones estaban cerrados con llave, pero después de ver que los tiradores eran bastante fuertes, los abrí por la fuerza y descubrí una caja de objetos perdidos.

Sobres, revistas, un monedero, gafas y un fajo de papeles sueltos. Las dos hojas que quería estaban entremezcladas con ellos. Si todavía hubiese respirado, habría suspirado de alivio.

Los ojos apagados de Lebredo emitieron una especie de destello al ver que volvía y me metía en el coche. Escott me dirigió una mirada interrogante, y yo asentí, con la esperanza de que Lebredo mantuviera su palabra y consciente además de que, en el mejor de los casos, era un disparo a ciegas. Sinténdome desnudo, me puse de espaldas a él y lo observé por el espejo.

—Dámela.

Cogió las hojas y se reclinó para examinarlas a la tenue luz. Los ojos de Escott estaban cerrados y el aire siseaba suavemente al salir por sus fosas nasales comprimidas. Quería que hiciera algo, pero yo estaba atrapado mientras la situación no cambiase. Tenía la esperanza de que Lebredo no hiciera su jugada final dentro del coche.

—Muy bien —dijo, al tiempo que las plegaba y se las metía en el bolsillo con una mano—. Ahora te llevaré a donde te prometí.

Ahí estaba, ese tipo de calles de sentido único por las que Chicago se ha hecho famosa, sólo que, en este caso, el chófer era yo.

—Ya tienes lo que querías, suéltale.

—No. —Una negación simple e incuestionable—. Arranca el coche y conduce. Puedo mataros a los dos ahora o luego, y creo que incluso tú preferirás un poco más de tiempo.

Su repugnancia manifiesta hacia mi persona era correspondida, pero arranqué el coche. Seguí sus indicaciones haciendo rechinar los dientes y las marchas, lleno de

frustración. El camino me resultaba familiar. Escott y yo intercambiamos una mirada desconcertada cuando obedecí la última orden y giré el coche hacia la entrada que daba a la gran casa de Frank Paco.

Frené cerca de la puerta de entrada. Gordy salió y tiró de Escott. Lebreo salió con gran esfuerzo de la parte de atrás y me puso la ballesta encima mientras yo salía. El lugar estaba oscuro y en silencio, con la sola excepción del sonido de los grillos y de nuestros pies que crujían sobre la gravilla blanca.

—¿Está aquí mi baúl?

—Abre la puerta.

Estaba cerrada con llave. Los otros me siguieron hacia la entrada revestida de mármol. El aire todavía tenía un olor seco y ahumado y el techo estaba manchado de hollín. Habían arreglado la electricidad. Lebreo dio las luces. Yo parpadeé ante el repentino resplandor. Sin perder un instante, plantó cuidadosamente sus grandes pies y apuntó.

Traté de ganar más tiempo.

—¿Por qué aquí?

—¿Por qué no? Los hombres de Paco te encontraron aquí la noche del incendio. Han cantado para salvarse de una acusación de incendio premeditado, por lo que la policía también lo sabe. Como saben que has tenido relación con Paco y Morelli, llegarán a la conclusión más fácil y obvia, la de que los hombres de Paco te han matado para vengarse.

—Un lugar demasiado evidente, ¿no crees?

—Reconozco que el caso es poco concluyente para la oficina del fiscal del distrito, pero con una o dos sugerencias mías, la investigación no irá más allá.

—¿También están en tu lista?

—Algunas personas clave, sí.

—No les pides dinero, ¿no? En realidad no lo necesitas; se trata de decirle a la gente lo que tiene que hacer, para hacerles sudar.

—Exacto.

—No tienes por qué matarme. Deberías saber que puedo serte muy útil.

—Pero la única manera que tengo de controlarte es usando a Escott y posiblemente a la señorita Smythe, y un acuerdo así sería complicado y difícil de mantener. Si no puedo tener un control total sobre alguien, no me interesa; la situación actual es satisfactoria para mí. Es mucho más sencillo matarte, eres una amenaza demasiado grande para mí y para cualquier otro.

—Así que no vas a hacerlo para salvar a la humanidad de mi especie.

—Justo, voy a hacerlo por mí mismo. —Apretó el gatillo.

Esta vez no estaba sobre agua corriente, y en el instante en que su dedo llegaba a la mitad del gatillo, desaparecí. El virote de madera atravesó el espacio donde yo había estado un instante antes y se incrustó en la pared de enfrente. Al mismo tiempo, oí un disparo.

Escott.

Pasé como un rayo por delante de Lebreo, me materialicé delante de Gordy, y le arrebaté la pistola. No ofreció ninguna resistencia ni cuando lo empujé violentamente hacia Lebreo. Se tambalearon al chocar, y el cuerpo de Lebreo, torpe y desequilibrado, se vino abajo.

Creía que iba a encontrarme a Escott muerto o herido a causa de mi retraso y la velocidad de Gordy, pero estaba en pie, con la cara pálida y la mirada clavada en la puerta de entrada, que estaba abierta. Gordy también lo hizo, antes de bajar la vista hacia el hombre que gruñía sobre el mármol.

—Vaya... Alguien le ha ganado a Lucky.

La verdad es que no creo que lo dijera como una broma, pero en el exterior, alguien sí que se reía. Bobbi entró caminando con rigidez. Llevaba una pistola sujeta con sus dos pequeñas manos. Sus labios eran sendas navajas, y su cara una dura máscara de odio. Todos dimos unos pasos en dirección contraria, salvo Lebreo, que se había quedado boquiabierto de pura incredulidad. Se había olvidado de seguir su propia advertencia con respecto a las mujeres.

Gordy hizo un gesto de impotencia.

—Bobbi, ¿por qué haces esto? ¿Sabes lo que va a pasarme?

—Sé cómo salvarte —dijo finalmente. Tenía dificultades para hablar. Su respiración era irregular e intentaba contener las lágrimas.

Escott hizo un ruido de impaciencia. Le quitó la mordaza de la boca. Tenía la boca demasiado seca como para hablar. Le desató las cuerdas que tenía en las muñecas. Me lo agradeció y fue a registrar a Lebreo.

—Aléjate de él. —La voz de Bobbi se alzó en una especie de chillido. Escott se echó atrás rápidamente y se me quedó mirando.

—Bobbi... —dije.

—Le he oído en el coche. He oído que le decía a Gordy lo que iban a hacer contigo y cómo iban a deshacerse del cuerpo de Slick.

Lebreo se giró y se incorporó con cierta dificultad.

—Gordy, quítale la pistola. Sabes lo que te pasará si muero.

—Oh, cállate —dijo Escott, malhumorado. Era una buena idea. Cuanto más abría la boca Lebreo, peor se ponían las cosas para él.

—Gordy...

Bobbi hizo un ruido breve y agudo, como si quisiera llamarle algo, pero no se le ocurriera nada lo suficientemente malo. En su lugar, apretó el gatillo. Lebreo gritó y se agarró el hombro.

—¡Por Dios, Gordy!

Ella disparó de nuevo y esta vez le dio en el costado. Los ojos de ella bizquearon un poco cuando el humo de la pistola pasó frente a su cara.

Lebreo le enseñó su pequeña y desafilada dentadura.

—Pequeña y asquerosa puta, me aseguraré de que...

Ella emitió un ahogado grito de rabia y disparó de nuevo. Lebrede recibió el balazo en plena cara, cayó redondo y, tras unas convulsiones de su voluminoso estómago, quedó totalmente inmóvil.

Nadie se movió durante largo rato. La cara de Bobbi cobró una apariencia más normal. De alguna manera, pareció menguar. Sin mirarnos, limpió cuidadosamente la pistola con el dobladillo de su chal negro, la dejó en el suelo, y se marchó caminando.

Gordy se mordió el interior del labio inferior. Parecía preocupado.

Escott suspiró, después cogió tranquilamente su ballesta y examinó con expresión de fastidio algunos arañazos que tenía en la culata. Registró los bolsillos de Lebrede, evitando meticulosamente las rojizas cavidades, sacó la lista y me la ofreció.

Sacudí la cabeza.

—Quédate con ella, no quiero ni ver esa maldita cosa. —Le di la pistola de Gordy y salí.

Bobbi estaba junto al coche, de brazos cruzados y con un talón apoyado en el estribo. Tenía el pelo mojado y hecho una maraña y se le había corrido el maquillaje de tanto llorar. Aun así, estaba preciosa.

No sabía si acercarme a ella, pero alzó la vista y me sonrió lánguidamente.

—Tenía miedo de que fuera demasiado tarde. Pensé que te había ganado la mano.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Un minuto después de salir del camarote envolví mis zapatos en esta bata y me tiré por la borda. No había mucha distancia hasta el embarcadero, y se nada mejor desnuda. —En un acceso de modestia, sujetó con más firmeza lo que llevaba alrededor de los hombros para cubrirse—. Sabía que en algún momento utilizarían el coche, así que me escondí en el maletero.

—¿Estás bien?

Asintió.

—Ahora sí. Creí que no podría hacer nada... Pero cuando le oí hablar... No puedo creer que lo haya hecho yo. Es como si le hubiera pasado a otra persona.

—Te lo puso fácil.

—Quería ayudarte y volver a por Slick. Es un gorila, pero a veces se porta bien conmigo. Supongo que siento algo por él.

—¿De dónde has sacado la pistola?

—Es de Slick. Siempre lleva una de sobra en la guantera. Los polis pensarán que lo hizo él. —Dirigió la mirada hacia la puerta abierta de la casa.

—Él no pudo hacerlo. Está muerto en el yate.

—Gordy puede ayudarnos con eso.

—¿Gordy? Pero...

—Lebrede sabía algunas cosas sobre él y por eso tenía que seguirle la corriente. Me figuro que su abogado sabrá de que se trata. Imagínate la clase de abogado que tenía Lebrede. Podemos ofrecerle más dinero y sobornarlo.

—¿Y si no vende?

—Entonces puedes robar en su oficina. Según tengo entendido, posees auténtico talento para eso.

—¿No te importa lo que soy?

—Eso me da igual. Eres lo que eres. Tú no me juzgas a mí y yo no te juzgo a ti. Pero ¿podrías decirme cómo llegaste a ser así?

—A causa de una mujer.

Sacudió la cabeza y soltó una pequeña carcajada.

—Supongo que en eso estamos empatados. Yo soy como soy a causa de un hombre. —Se acercó de puntillas y me besó—. Vamos, salgamos de aquí. Estoy cansada.

Gracias a las dotes de persuasión de Bobbi, llegamos a un acuerdo con Gordy. Nos llevó de vuelta al yate mientras ella le explicaba lo que podía hacer con el abogado de Lebreto. Lo único que Gordy tenía que hacer era llevar el cuerpo de Morelli a la casa de Paco, para que pareciera que se habían matado el uno al otro. Supongo que, en cierto modo, era lo que había pasado.

—Con un poco de suerte —dijo ella—, nadie se enterará de sus muertes hasta pasados al menos un par de días, y para entonces ya habremos resuelto tus cosas.

Gordy asintió complacido. Confiaba en ella. Frenó y se dispuso a salir del coche. Le agarré del hombro.

—¿Dónde está mi baúl?

—¿Baúl? —Hizo una mueca de dolor. Relajé la mano.

—Lebreto se lo llevó —dijo Escott—. ¿Dónde está?

—Es que no lo hizo, dijo que era demasiado lío. Me dijo que le siguiera la corriente. Lo dejó caer para teneros cogidos.

Sacudí la cabeza.

—Un farol.

Gordy se encogió de hombros.

—El póquer era su juego. —Salimos todos y lo seguimos con la mirada mientras bajaba del embarcadero al bote. Empezó a hablar con el remero y le explicó el cambio de situación.

—Espero que se acuerde de dejar su pistola junto a Lebreto para que las balas casen —dije.

—Puede que también quiera limpiar el mango y las balas para eliminar cualquier huella —sugirió Escott.

—Me aseguraré de ello —dijo Bobbi—. Puede que necesitemos el coche. ¿Puedes llevarlo de vuelta a casa?

—Sí, te llamaré mañana por la noche. Lo prometo.

Me besó de nuevo y se reunió con Gordy.

—Qué chica más extraordinaria —comentó Escott a medida que nos alejábamos lentamente en dirección a mi coche, que había quedado aparcado cerca del club.

—Lo mismo pienso yo.

—¿Sabes que esto nos convierte a todos en cómplices?

—Sí, ¿pero crees que ella debería ir a la cárcel?

—Ni por una sola hora. —Parecía como si quisiera decir más, pero estaba cansado y la caminata estaba siendo larga para él. Se relajó en el asiento del pasajero con un suspiro de agradecimiento, y luego sacó la lista y echó un vistazo a las páginas codificadas.

—Benny dijo algo sobre una sustitución. —Arranqué el motor.

—Entonces no debe de ser demasiado difícil resolverlo. —Asintió mirando al cielo hacia el este—. Tendrás que apresurarte, el amanecer no espera.

—Debería ser yo el que dijera eso.

—Sí, pero no eres tan melodramático como yo.

—Es una lástima. Teniendo en cuenta en lo que me he convertido, tendría que intentarlo.

Torció las cejas.

—No estarás pensando seriamente en comprar una capa negra, ¿verdad?

Me reí entre dientes.

—No seas ridículo. No es la estación adecuada, y además son muy caras.

Puso cara de alivio.



PATRICIA NEAD ELROD (nacida en Texas, 1954) es una escritora de fantasía especializada en novelas sobre vampiros. Actualmente vive en Texas con sus perros, libros y una TARDIS.

Patricia Nead, comenzó a escribir a los doce años, cuando comenzó a interesarse por los vampiros, después de ver varias películas sobre no muertos y la popular serie televisiva *Dark Shadows*. Durante la década de 1980 se convirtió en una participante activa de los juegos de rol.

En 1986 participó en un concurso de módulos de juego para la revista *Dragon* que finalmente fue adquirido y publicado por TSR. Fue su primera publicación profesional.

Mientras tanto, a través de los juegos de rol desarrolló un personaje sobrenatural, un vampiro detective, y poco a poco comenzó a desarrollar su trasfondo y su escenario adjunto, que terminaría convirtiéndose en *Bloodlist*, la primera novela de la serie *The Vampire Files*, a la que pronto seguirían varias más.